

Norman Manea

EL TÉ DE PROUST

Cuentos reunidos

colección andanzas



Índice

Portada
Cuento color de rosa
El jersey
La muerte
Podíamos ser cuatro
Los ovillos descoloridos
El té de Proust
Las bodas
Las señales horarias
El cuento del cerdo
Las botas y el violín
El ladrón
Instructores
Dos camas
El verano
Retrato del albaricoquero amarillo
Función de estreno
El gato
Punto de inflexión
Educación sentimental
La promesa
Premisas para la camarada T.
Kinderland
La pared divisoria
Marina con pájaros
Octubre a las ocho
Noches de luna
Notas
Créditos

Cuento color de rosa

Parecía una noche tranquila y lejana, en el río y al otro lado, donde no sabíamos qué había. En la habitación, en cada uno de nosotros, el silencio se había congelado; primero en los viejos, en los padres, en las tías, en el muchacho del que te dije que se parecía a ti.

No podían dormir, aguardaban a que se rompiese el silencio del río, que saliese la noche por las ventanas. Minutos antes de medianoche, la música, de repente, los atrapó, los fundió... Ya no respiraban.

La banda de música situada junto al puente empezó a tocar, al principio despacio, para ir creciendo en solemnidad e intensidad. La marcha fúnebre flotaba sobre la noche, presta a golpearla de lleno, se oía el pateo sombrío y vengativo. Luego la música cesó un instante, lo justo para que ellos tuviesen un respiro y pudiesen sentir sus miradas buscándose significativamente en la oscuridad.

Los cristales de las ventanas volaron hechos añicos mientras en el cielo estallaron llamaradas y un coro de gemidos: los que se habían quedado atrapados en el puente con cañones, caballos, motocicletas, con sus cocinas ambulantes, camiones y carros.

Gritos desesperados se entremezclaban. Los de la habitación se acercaron a los huecos que había donde antes estaban las ventanas, pero enseguida dieron un brinco: una explosión había producido un segundo hundimiento. Ahora era el otro puente, el puente de hierro, más apartado. El ruido había sido igual de potente, pero hasta ellos llegó apagado debido a la lejanía. Tal y como había dicho aquel chiquillo de gafas: primero el puente de madera que había junto a su casa y después el del ferrocarril, a unos pocos kilómetros.

Y empezaron a oírse silbidos cortos y agudos, balas y gemidos enloquecidos de terror. Eran los del puente o los que se habían quedado a esta parte, quizá los que se estaban ahogando, los que habían pasado al otro lado. Ahora, entre las aguas de la noche, los fugitivos ya no tenían la alegría homicida de cuando es de día. La ciudad les era desconocida y hostil, la odiaban, se habían pasado la jornada entera gritando que no la abandonarían hasta que los mataran a todos.

Los de la habitación se miraban, iluminados por las llamas del puente que ardía. Esperanzados, parlanchines, aturdidos, se acordaban del chico de gafas, del amigo que, como te decía, se parecía a ti.

... En el crepúsculo del día que moría, en la casa del muchacho que vivía enfrente, habían irrumpido varios soldados y un oficial. Pero no eran lo que parecían, sólo llevaban uniformes verdes. Portaban armas de verdad: una pistola brillante, una metralleta, y los otros dos llevaban fusiles. El chico miope había contado todo eso jadeando, nervioso por las gafas demasiado grandes que le caían en la nariz y le impedían dar los detalles con la celeridad que habría querido.

No sólo tenían armas sino también instrumentos musicales. Cuando entraron en la casa, saludaron a los dueños y pidieron permiso para descansar. Se alegraron de saber que allí se alojaba un general y podrían esperarlo. Los recibieron con miedo; en los días de retirada sucedían atrocidades de todas clases. Pero no podían negarse, sabe Dios qué desgracia habría podido sobrevenirles. Los dueños, azarados de terror, sólo se tranquilizaron cuando volvió el general. Entonces, uno de los recién llegados fue a buscar los instrumentos, eso dijo. En realidad, detuvieron al general, lo ataron pasándole varias veces la cuerda por el cuerpo delgado, el general no se opuso, pues comprendió la situación, como si la hubiese sentido. La historia se supo por el chico de las gafas, al atardecer, después de lo que pasó con la pluma estilográfica.

A primeras horas de la tarde, subieron, despechugados y ebrios, dos hombres armados. En su rostro se leían las amenazas que lanzaron mucho más tarde (parecía que huían de un ejército gigantesco y aterrador que les pisaba

los talones, no tenían escapatoria). Eran del lugar y estaban al servicio de los extranjeros. Ahora se derrumbaban cegados de pavor y bestialidad, más desesperados que los otros a cuya sombra esperaban salvarse.

Querían un reloj, no lo sabían muy bien, querían escapar. Tener al menos la impresión de que escapaban, consiguiendo lo que fuese. Pedían un reloj de pulsera, pero nadie tenía ya reloj. Alguien corrió a casa de los vecinos, pero tampoco allí había relojes. Les dijeron que se llevasen la pluma estilográfica, lo único que había quedado. Tenía un plumín reluciente, como si fuera nuevo. Estaban perdiendo la ciudad, la altivez y el poder; aullaban diciendo que no se retirarían así por las buenas... Mi madre, aterrada, subió corriendo las escaleras y volvió con un oficial. Su uniforme nos asustó, tenía un semblante pálido y sudado. Echó a aquellos dos, repartió bizcochos, lo había perdido todo, sabía que ya nada tenía sentido.

El chico, que no cesaba de ajustarse irritado las gafas, afirmaba que los músicos vestidos con uniformes falsos tocarían a medianoche; una señal para que saltasen los puentes por los aires. Primero el de madera y luego el de hierro, más alejado.

Y la noche ahuyentó hacia el amanecer todos los gritos y las balas y las esperanzas y el estupor de los que contemplaban desde los huecos de las casas cómo se cumplía lo que había dicho el muchacho.

A la mañana siguiente, las calles estaban llenas de muertos vestidos de uniforme verde; antes del mediodía los cadáveres ya habían sido despojados de sus ropas. Entre los fugitivos escarnecidos por la desnudez y el calor yacían los carros y camiones con margarina, conservas y chocolate, con mantas, guantes y botas. Desde la otra orilla disparaban sin tregua, como si quisieran defender los carros y cadáveres horriblemente calcinados.

También al día siguiente se comprobó que el ejército que había puesto en fuga a los extranjeros no era ni gigantesco ni aterrador; la aurora trajo a la ciudad tan sólo un grupo de jinetes muy jóvenes, alegres, a lomos de caballos pequeños y veloces, que estremecieron la ciudad en espera del auténtico ejército, que no llegaría hasta unas semanas más tarde.

Hasta entonces las calles apestaron. Los cadáveres de los fugitivos o de los habitantes a quienes había alcanzado alguna bala perdida se pudrían. No podían levantarlos, obstaculizados por carros y camiones repletos de

chocolate y caramelos, botas, lápices falsos que explotaban, pelotas falsas que explotaban, muñecas falsas que explotaban, cubos brillantes que explotaban, conservas, margarina, macarrones, bebidas...

Y antes de que llegase la calma y se limpiasen las calles, las gentes se abalanzaron ávidas entre las mantas, conservas y margarina, entre los carros y camiones amontonados y volcados. Y los niños, capitaneados por el de los lentes, unos lentes ahora azules de asombro, se arrojaron estruendosamente sobre los lápices falsos y las muñecas falsas, y se pusieron a quitarse unos a otros las pelotas falsas y los cubos brillantes...

El jersey

Se iba los lunes y regresaba los viernes. Se marchaba llorando, como si fuese para siempre. La próxima vez no soportará dejarnos solos; en una semana pueden pasar muchas cosas. Quizás al acabarse los días de ausencia se produzca un milagro y ya no sea necesario que se marche, que nos separemos. O sea, se abrirá de repente el cielo y nos encontraremos en un tren con vagones de verdad, no como los de aquel de donde nos descargaron en este desierto del fin del mundo, como a ganado transportado al matadero. Un tren con calefacción, con luz, con asientos mullidos... Señoras afectuosas y educadas servirán a todo el mundo, a su elección, los manjares que deseen, cual corresponde a unos viajeros que regresan del otro mundo. O, antes del viernes, cuando vuelva, se habrá hundido, por fin, engulléndonos y redimiéndonos, este cielo infinito de ceniza en el que esperamos, asustados, entrar algún día, para que todo se acabe.

De manera que regresaba con prisas, inquieta, jadeante y encorvada bajo el peso del saco cargado de días y noches de trabajo para nosotros.

Parecía una sombra, había enflaquecido y se había puesto muy morena. Esperábamos en la ventana a que brotase lentamente del humo de la llanura, para ver acercarse, febril, un fantasma. Sabíamos que había pugnado y suplicado y, al final, le permitieron ir a las aldeas extranjeras de los alrededores. No habría podido huir, no tenía ni cómo ni adónde, mientras nosotros permaneciésemos en aquel lugar. El trabajo de mi padre lo pagaban con un cuarto de pan al día. De no haber sido por ella, habríamos muerto enseguida, al principio mismo.

Así que la dejaron ir; mostraban una cínica benevolencia, cediendo a sus súplicas, como si fuese un juego que vale la pena consentir un tiempo para interrumpirlo, de pronto, con una crueldad y un placer redoblados.

Hacía punto de lunes a viernes en casas de campesinos pobres de los alrededores y cuya lengua desconocía. El juego habría podido detenerse en cualquier momento, ya lo sabíamos, en la choza donde nos había dejado o en las casas calurosas donde trabajaba, muda, para ganarse unas patatas y unas alubias, pero también harina, algunas veces incluso queso, ciruelas pasas y manzanas. Ella creía todavía que saldríamos de ésa y se agarraba a cualquier cosa que pudiese salvarnos.

El viernes significaba, por tanto, un nuevo principio. Como si hubiésemos logrado otro aplazamiento. Se deslizaba hacia nosotros, aplastada por el peso, arrastrándose encorvada bajo el saco. La alegría del encuentro era tan intensa que ninguno de nosotros podía articular palabra. Durante un buen rato, ella se movía como una loca, como si no pudiese creer que había vuelto a encontrarnos y que nos estaba viendo. Corría impotente y asustada entre las cuatro paredes de la estancia sin acercarse a nosotros. Se recuperaba a duras penas, reunía fuerzas para abrir el saco que había tirado al suelo al entrar en la habitación. Cuando se inclinaba para repartir las cosas significaba que se había tranquilizado.

Extrajo y colocó en el suelo, como tenía por costumbre, seis montones de patatas y remolachas para los seis días siguientes; apartó tres manzanas. Nadie esperaba más de lo acostumbrado. Se pasó la mano por la frente y se quedó encogida de cansancio junto al saco. «He traído algo más» no significaba necesariamente una sorpresa. No esperábamos nada nuevo, habíamos olvidado desear regalos diferentes; nos sorprendía que fuera capaz de tanto.

Lo extrajo a duras penas del fondo del saco, como si levantase, derrengada, a un animal agarrándolo por las orejas o las patas delanteras. No tenía fuerza para sostenerlo entre los brazos a fin de enseñárnoslo. Lo dejó deslizar de sus manos esqueléticas, en el suelo, en la boca del saco, donde parecía todavía más grueso y compacto.

Desde luego, sólo podía ser para mi padre; aunque parecía muy bonito o precisamente porque, desde el primer momento, cualquiera se habría visto tentado a quedárselo, lisa y llanamente, aunque no hubiese estado destinado para él. Brillaba con todos los colores, como si el brujo que iba a salvarnos quisiera mostrar de lo que era capaz. La noche soplaba a nuestro alrededor

humo, frío y tinieblas; sólo oíamos detonaciones, gritos, el ladrido de los perros guardianes, las cornejas y las ranas. Hacía mucho que habíamos olvidado un centelleo tal.

No había tenido tiempo de abrirlo para que lo viésemos del todo, extendido, pero ya no importaba. Estaba claro que era real. Incluso nuestra salvación parecía ahora más cercana, en cualquier caso posible, desde el momento en que podíamos ver y palpar semejante prodigio.

No pude contenerme y me acerqué a acariciarlo. Su aspecto era suave, bueno, te daban ganas de meterte dentro de él, sin que te importara nadie más. Le pasé varias veces la palma de la mano por las mangas y por el cuello. Lo apreté y lo retorcí, se dejaba hacer. Lo tendí, lo abrí y lo volví a plegar; lo cogí para llevárselo a mi padre. Me habría olvidado de todo si la voz de ella me hubiese detenido a tiempo, como yo esperaba, para decirme que, en realidad, era mío. Pero si todos podíamos anhelarlo, con más razón le correspondía a él, que había sido el primero en perder, hacía mucho, toda esperanza.

Era grueso, parecía grande, lo habían hecho para él, sin lugar a dudas. Tenía que dárselo, me estaba demorando inútilmente.

–No, no es para papá –acertó ella a susurrar, como si fuera culpable.

Me detuve, confuso. Lo llevaba en brazos, cegado por sus colores y su calor. Me percaté de que no debí haberme entrometido, que tendría que haber entendido la cuestión desde el principio.

Por fin, la pobre se había hecho algo para ella. Le serviría mucho más que a nosotros para ir por los caminos nevados de la estepa. Tenía que pensar por mí mismo, recordar de qué manera se iba, abrigándose con una tela de saco y las piernas envueltas en trapos. No podía permitirme esa ceguera, esa estupidez. Me daban ganas de llorar de rabia. No lo habría soltado, se mostraba blando y obediente, pero si era de ella ya no podía decir nada. Lo abrí para verlo una vez más. No me pareció tan grande. Lo había hecho para ella, al menos por una vez había pensado en sus propias necesidades.

Me volví y me dirigí hacia el hada buena, acurrucada en el rincón que parecía más caliente de la habitación.

–El jersey es para Mara –dijo, no sé si sonriendo o llorando.

Había oscurecido, ya no la veía, no me percataba de si había sonreído (como me había parecido) o se había derrumbado, como sucedía a veces. Estaba cayendo una niebla violácea sobre mí y a mi alrededor, o bien estaba anocheciendo.

No debería haberlo hecho, pero me había quedado inmóvil mucho rato, con la cabeza metida en la suavidad de las mangas y el pecho, me había cobijado allí para no volver a salir. Sin embargo, a través de la gruesa capa de lana advertí pronto el silencio helado, cada vez más pesado, que a ellos les resultaba insoportable; no se les oía ni la respiración.

Di media vuelta y fui resuelto hacia Mara. Me dirigí finalmente a donde era menester, así lo afirmo. Lo puse en los brazos de la niña.

Al día siguiente lo contemplé con mayor atención. Ya no parecía tan maravilloso. Primero, porque se había tejido solamente de nudos, eso se veía. Lo volví del revés y se lo enseñé a Mara para que se convenciese: un nudo al lado de otro. Como si hubiese crecido únicamente con restos apenas ligados entre sí. Después, el color. En algunas partes parecía más rojo, es cierto. Pero el resto era una mezcla ininteligible. Blanco con gris, negro, un rastro de amarillo, huellas de verde, otro verde más oscuro, una raya gris, un residuo de arcilla marrón podrida junto a una ciruela morada, más allá una punta de jamón rosa y al lado el pico rojo y amarillo de un pájaro. Por supuesto, no era un corte de chica, cualquiera se habría dado cuenta. Eso no se lo dije. Mara gozaba de una situación especial que debía mantener a toda costa, eso ya me lo habían inculcado.

La queríamos muchísimo, la defendíamos con más ardor que a nosotros mismos, así nos lo encarecían siempre. No podíamos hacerle ver que era demasiado grande para ella y de cuello cerrado, como los de chico. En definitiva, habría podido darse cuenta por sí sola (ya era bastante mayorcita), pero para ello habría sido menester que se lo quitara a fin de poder verlo. Desde luego, se le permitía todo. Como pidió quedarse con él puesto, se lo autorizaron. Al menos los primeros días, durmió vestida con él. Es verdad que estábamos helados de frío día y noche, especialmente por la noche. Si te ponías más cosas encima, te azotaba siempre la misma calamidad: los piojos. Desnúdate, lávate, envuélvete con otros trapos limpios, los otros los hervíamos y les repasábamos todas las costuras, de lo contrario sería un

desastre. De modo que a mí, lo sabía muy bien, no me habrían permitido dormir vestido tres noches seguidas. Y el caso es que a ella la protegían con más rigor. Si oían decir que en la otra punta de los pabellones se había puesto enfermo alguien, empezaban a examinarla muy nerviosos: le palpaban la frente, el cuello, le miraban fijamente los ojos, el pelo o las uñas. Menudo pánico si alguna vez tenía la frente o las manos calientes...

Ella tenía que volver con vida, costase lo que costase, repetían ellos en voz baja siempre. Había venido a parar entre nosotros por error, ¿qué dirían si precisamente ella desapareciese y nosotros regresásemos? Los demás verían que sólo nos habíamos preocupado de nuestro pellejo. Quizá la madre de ella se hubiese enterado de dónde estábamos y se hubiese puesto en camino hasta aquí para restablecer la verdad con los papeles en regla. La niña no tenía ninguna relación con la maldición que pesaba sobre nosotros, era inocente. Su madre la había enviado a pasar unas semanas en casa de su antigua amiga, lejos del hospital donde estaba internada. Sorprendida por la catástrofe, se la llevaron, mezclada con nosotros, y así había llegado hasta aquí. Las protestas no convencieron a nadie, no tenían tiempo para clarificar nada, no nos creían. Ni que decir tiene que nosotros también éramos, a nuestra manera, inocentes, todos lo proclamaban a voz en grito para mantener la esperanza. Pero el caso de nuestra huésped a todos les parecía más grave. Si la situación no se aclaraba y a la desdichada seguían reteniéndola con nosotros, era menester (en eso todos estaban de acuerdo) que se quedase la última, que nos sobreviviese a todos. Susurraban por los rincones, cuando la niña no los oía, rivalizaban por protegerla, no sabían cómo satisfacer sus gustos y, al propio tiempo, preservarla del peligro. Debí haber adivinado desde el principio que el regalo sólo podía ser para ella y que la dejarían que disfrutase a sus anchas con él.

Pero al cuarto día ya lo veía con calma. Una maravilla, no podía mentir. Se lo habría pedido al menos para una noche. Me lo habría dado, incluso me lo habría regalado si se lo hubiese rogado. Siempre se mostraba buena conmigo. Pero no me estaba permitido, ya lo sabía. No obstante, podía admirarlo libremente horas y horas. El más habilidoso de los brujos no habría conseguido nada más extraordinario. Los nudos reforzaban y concentraban, por debajo, el calor, aumentándolo, para que la envoltura pareciese, en la superficie, ligera y lisa. Respecto a los colores, extrañas islas de tinta, acá

negra, acullá verde y más allá azul, podía uno pasear los dedos y la mirada y hundirlos a su antojo, hasta encontrar una extensión como de arena roja africana y una esquina gris de nube, con franjas de un toque dorado: sol o flores. No habría bastado todo un día para recorrer esos continentes, que crecían el uno del otro y te dejaban embobado.

No tuve tiempo de aburrirme contemplándolo. Ni de pedirlo prestado ni de llevarlo hasta que ya me fuera indiferente. La semana siguiente, Mara apareció con las mejillas coloradas de fiebre. De modo que lo dejó yacer, abandonado, en el rincón junto a la ventana. Yo lo miraba, pensaba en él, pero no lo toqué, aunque me habría gustado.

Mara se sentía cada vez peor, iba a morir. Desde la enfermedad de los abuelos, sabía cómo sucedían las cosas al principio y al final. Iba a morirse pronto, no podrían ayudarla. Yo sabía que las horas en que resucitaba, otra vez alegre y parlanchina, sólo eran engañosas.

Ellos ya no tendrían ningún motivo para no dármele después a mí. La enfermedad avanzaría, los días se habían hecho más largos, la muerte se acercaba, lo sentía. Aterrado, esperaba ver cómo se quedaba repentinamente fría nuestra querida niña. No sé si ofreciéndome ahora..., como satisfaciendo una reivindicación mía, se detendría el curso natural de las cosas. Me lo habrían dado para salvarla, aunque yo no tenía ninguna culpa de que ella se hubiese puesto enferma. Y no habrían encontrado medicinas para salvarla.

No me había inmiscuido en sus pláticas y sollozos cuando decidieron enterrarla en la orilla del bosque, junto a los abuelos, con todas sus pertenencias.

Yo aguardaba temblando y esperando que olvidaran... Pero mi madre lo arrancó del rincón y lo arrojó con furia encima de las demás cosas.

Se quedaron unos momentos junto a la niña, sollozando, sin aliento, apretados el uno contra el otro. Aunque no llevaba nuestra sangre, Mara era la primera en seguir a los abuelos. Se había convertido en uno de los nuestros. Cuando sacaron el ataúd de casa, mi padre puso la mano encima, palpó, lo encontró, lo apartó y lo dejó caer al suelo detrás de él. Mi madre lo observó, lo miró de hito en hito y no dijo nada; aceptaba que lo salvásemos.

Volvimos del bosque ya tarde, tiritando de frío. Llovía, la tierra se había pegado a nuestros pingajos. Terrones empapados de agua habían cubierto a Mara. Yo sabía, desde lo que pasó con los abuelos, que ya no regresaría. Recordaba cómo se encogía de frío en la oscuridad, pasándome las manos por el cuello. Su risa franca y espontánea nos encantaba. En silencio, nos tendimos en el suelo de tierra, donde se nos echó encima la noche.

No me acerqué ni lo toqué. Lo miraba simplemente, a hurtadillas, veía cómo se oscurecía, abandonado y rígido. Tampoco al día siguiente me dijo nadie que lo cogiese, aunque la habitación parecía haberse vuelto más húmeda y fría. El lunes, mi madre se fue otra vez; por la tarde, cuando nos quedamos solos, mi padre me lo puso por los hombros. Sentí cómo se me deslizaban las mangas por el pecho y me calentaban. Metí los brazos y la cabeza en aquella envoltura caliente. Se me pegó al cuerpo, parecía hecho para mí. Me daban ganas de salir al patio para que me vieran. Al menos me habría paseado con él puesto por la habitación, pero me faltaba valor. Me quedé encogido, por fin lo tenía, como deseaba desde hacía tanto tiempo... Temblaba, ya no podía dominarme.

Pero la alegría duró poco. Al día siguiente lo noté flácido, colgándome mansamente por los hombros. Era la señal, lo recordaba. Lo mismo había pasado con los abuelos y ahora con Mara. La enfermedad acechaba, se deslizaba lenta y subrepticamente, sin que se notase, se infiltraba poco a poco, de forma duradera, para estallar de repente, al atardecer, cuando los afectados por ella se tambaleaban, atontados por la fiebre, y se derrumbaban sin poder articular palabra.

Empezaba la agitación, les pedían medicinas a los vecinos, siquiera un piramidón, una aspirina, un poquito de alcohol. Al final, aparecía el termómetro. El único de todo el campo, que guardaba una vieja maniática envuelto con el mismo jirón sucio de manta; el termómetro era difícil de conseguir y sólo tras ruidosa insistencia. Había pasado cuidadosamente de mano en mano como un talismán hasta llegar al enfermo, por si acaso se rompía, ya que habría desaparecido el último lazo con el mundo normal, al que nos sentíamos aún ligados.

Luego aparecía el señor doctor, como sucedió también en esta ocasión. El caballero distinguido y seguro de sus remedios, con gafas de montura fina, había sido sustituido por un tísico cheposo, cansado y harapiento. Le llamábamos también doctor, tenía, como el otro, manos blancas y pequeñas, pero no se las lavaba al principio y al final de la visita, como antes. Por otro lado, abreviaba todo lo posible los gestos y la consulta.

Había pegado la palma de la mano a la frente de la niña, le miró los dedos, luego palpó las venas y contó con los labios los latidos del pulso, descubrió el cuerpo amarillento y demacrado para darle la vuelta a una y otra parte, señaló las manchas, una, otra más... O sea, que la enfermedad se había adueñado por completo del cuerpo de la pequeña paciente. No había nada que hacer salvo elevar las manos musitando, con los ojos bajos, el nombre del suplicio que únicamente duraría unos días más. Sólo un milagro, sólo un milagro... Por lo tanto, levantó las manos otra vez, sin fuerza, implorando, como lo hacían todos, el milagro. Acto seguido se marchó sigiloso, encorvado y avergonzado, como había venido.

Caía la tarde, notaba no solamente que la luz se debilitaba cada vez más, sino de manera especial la crudeza de un frío glacial que pelaba. Estaba dejándose sentir el frío de la noche cuando me percaté de algo extraño: como si me hubiese abandonado, el jersey ya no me protegía; inerte y helado, pendía sin fuerza sobre mí. Sin duda, todo el tiempo había incubado en su interior la enfermedad. Había engañado a Mara, pero ella, al morir, no logró llevarse la enfermedad consigo. Había llegado mi hora. Me lo habría arrancado para quemarlo, para tirarlo. Demasiado tarde, ya no habría tenido sentido.

No quería terminar en aquella fosa húmeda y lóbrega donde uno no sabía lo que iba a pasar. Reconocía mi culpa: no habría tenido que ansiar con tanto afán los colores y el calor. Debería haberme dominado, haber esperado, no haber espiado con tanta desfachatez el sufrimiento de Mara y lo que siguió, hasta que lo sentí envolviéndome el cuerpo. No tendría que haber sido tan débil, ciego e impaciente como para dejarme vencer por lágrimas de alegría cuando entré en posesión de él. Con seguridad, me habían visto y me habían señalado con el dedo por mi avaricia e indignidad. Si hubiese renunciado, no digo que desde el principio, pero sí, al menos, después de la muerte de Mara, el castigo quizá se habría evitado...

No pude más y me acerqué a la ventana. Mi padre acechaba, como de costumbre, el milagro o la catástrofe por el estrecho vano de luz. Al hacerse de noche, la desesperación se adueñaba de él y ya no sabía controlarse...

–La enfermedad. La enfermedad, me encuentro mal –pero sólo me oyó al rato.

Se volvió de sopetón y me puso la mano en la frente y en el cuello. Me llevó hasta la ventana, me hizo contar, sacar la lengua y abrir los ojos.

–Estás pálido, muy pálido, pero no tienes nada –dijo cogiéndome con sus grandes brazos para que me durmiese.

No tenía fuerzas para hablar. Varias veces señalé las mangas envenenadas. Me llevé la mano hasta el cuello enfermo, pero él no se percataba de eso. Había oscurecido del todo, me cubría su ancha sonrisa y se inclinaba sobre mí poniéndome la mano sobre mi frente húmeda.

Me desperté en el ataúd, bajando a la fosa, junto a Mara; no recuerdo más. Temblaba, se había hecho de día, quería decirles que no iba a llegar al viernes, que nadie me podría salvar. Había llegado la noche, no veía nada, sólo una nube profunda, cada vez más profunda, y oí encima de mí una voz asustada.

Sentí en el cuello y en las orejas el soplo de una respiración fatigosa.

–Menos mal que hemos llegado, hemos llegado a tiempo –decía.

Se oyó también la voz atiplada del médico resoplando alrededor.

–No tiene manchas, no hay síntomas.

Eso dijo, «síntomas». Sonaba bien, llevé a rastras la palabra, me caía, me derrumbaba, «síntomas», era como una caricia, me resbalaba, descendía, no recuerdo nada más. Peces viscosos y húmedos me pasaban por los labios ardientes, me lamían las orejas y yo corría con ellos. A veces, me sacudía las olas del pecho e intentaba abrir los ojos. Veía a Mara transparente, de cera, los dientes amarillos y afilados del médico y de nuevo la fosa.

Debí de pasar varias noches ahogado hasta que volví a oír la voz que me era familiar.

–Me voy más tranquila, menos mal que ha pasado.

La muerte me había soltado de sus brazos, yo me tambaleaba, recuperado, tanteaba mis primeros pasos, sostenido junto a la pared por el brazo de mi padre, hasta la ventana de la estepa que lo había engullido todo.

Conseguí preguntar si aún tenía manchas.

—No las has tenido. No has estado enfermo. Sólo ha sido un susto, eso dijo el médico. Delirabas, estuviste todo el tiempo delirando. «Se me ha pegado», decías. «Se me ha pegado», y tratabas de elevar las manos.

Me levantó por los sobacos para que mirase por la ventana. Me dio una infusión muy caliente. El viernes por la mañana, la estepa nos devolvió a mamá.

—He venido más temprano, les dije que estabas enfermo. Me han dado un poco de manteca para que cojas fuerzas.

De modo que cogí fuerzas y pude volver a verlo. Vencido, empujé, sometido, en un rincón, listo para servirme. Pero yo ya no era el mismo. Lo hice esperar, no lo miré más. Me habían envuelto en una manta gruesa, ya no tenía nada de frío. Todos giraban a mi alrededor, decididos a no volver a dejarme solo.

Había encogido, cada vez era más pequeño. Al fin, lo dejé que me ciñese. No había resultado ser tan peligroso. Durante el tiempo que había estado tirado, hecho un ovillo, junto a la pared húmeda, se había suavizado su fibra áspera e irregular. Metí las narices y toda la cara entre la aspereza de aquella envoltura antes tan suave y buena. Para que me embriagara de nuevo su calor, como de pan tostado o patatas cocidas, el olor de serrín fresco o el de la leche, la lluvia, las hojas, la añoranza de lápices y de manzanas. Pero no era así, tenía más bien un olor extraño, a moho. Algo podrido y cargado. O quizá sólo fuera acre o asfixiante, ya no me acuerdo. Se había puesto negro, se había marchitado, alienado y extenuado.

Los días siguientes nos familiarizamos el uno con el otro, comenzamos a reconocernos. Nos reencontrábamos poco a poco, volvía a ser él mismo. Se mostraba cada vez más suave y caliente. Los colores renacieron, un mundo de tintas. No obstante, su cercanía me asustaba, me agobiaba. Lo había anhelado como un malvado, que fuese solamente para mí. ¡Mi impaciencia había acelerado la muerte de Mara! Yo temblaba aunque nadie, excepto él, lo sabía. Me acercaba a él falto de valor, exánime. Los brazos se me trababan dentro de él y no conseguía sacar la cabeza. Cuando por fin se me quedó bien ajustado al cuerpo, me ahogaba. Ya no le temía a la enfermedad. Mara le había quitado la fuerza, ya lo sabía; no podía provocar otra vez el mal. Sólo quedaba el

sentimiento de culpa, el miedo a que me abrazaran sus mangas ardientes, enroscándose en torno a mí, como intentaba la niña todas las noches cuando se apretaba, encogida de frío, junto a mí.

Me iba habituando y él se había vuelto sensato. Ya no me saltaba a los ojos para provocarme recuerdos. Me obedecía y me servía, cada vez más borroso y resignado. A menudo me olvidaba de mí mismo, había adquirido cierta seguridad.

En el entierro del médico no lo llevé, habría sido demasiado. Ventiscaba con furia, tiritaba de miedo y de frío. Lo escondí bien para que no lo encontrase nadie. Me olvidé de él durante bastantes días, lo liberé más tarde, cuando los entierros se multiplicaron, varios al día. Ya no había aplazamientos en ninguna parte, era inútil querer protegerse. Caían a decenas, la maldición se abatía al buen tuntún, precisamente sobre quienes menos se lo esperaban. Ya no tenían tiempo para ocuparse de mí, ni yo tampoco. El miedo fue general, colosal, lo bastante como para tragarnos a todos. Nos empequeñecíamos, ebrios, nos olvidábamos de nosotros y de los demás.

Ya no contaban ni la infamia ni la culpa, nada. Él también lo comprendió. Borraba sus colores y su olor para pasar inadvertido. Sólo era útil: lo llevaba todos los días y me protegía del frío, eso era todo. Se estiraba perfectamente, como un escudo, nada recordaba nuestra gloriosa intimidad de antaño. No nos veíamos, nos resguardábamos como podíamos, indefensos. Los vientos de la estepa se acercaban más y más para escoger a sus víctimas entre nosotros. Su voraz aullido ocultaba los miedos. Nadie podía distinguir ya un pobre sollozo, sin fuerza, culpable e infame.

Todos los días nos acechaba. Olvidábamos los días, esperábamos, escuchábamos el crujido rabioso de la noche. El tiempo nos acosaba, ya no se podía hacer nada, también el tiempo había enfermado, estábamos en su poder.

La muerte

Según las reglas del juego, tan pronto percibían el ruido, las niñas tenían que quedarse inmóviles. Ya no latía ningún músculo. No pestañeaban ni se movían. Aunque se tratase de un simulacro de detonación: un grito, una piedra golpeando la empalizada o un trozo de botella lanzado contra la pared, y las pillase en plena carrera, saltando, acarreando agua, peinándose o en las posturas más extrañas, en las que no pudiesen mantener el equilibrio por mucho tiempo.

No hace mucho, dio la casualidad de que dos de ellas se quedaron, de improviso, colgadas al borde de una ventana, a punto de caerse. El alféizar estaba alto, casi a la altura de un piso. Sus delgadas piernas no aguantaban más, se iban a caer de espaldas en cuestión de segundos... Un mocetón acertó a pasar por allí y consiguió cogerlas a tiempo.

Algunas veces permanecían hasta una hora inmóviles, como lo exigían las reglas, en la misma posición en que las había sorprendido la señal. Las manos en alto, una pierna al aire y el cuello torcido o la espalda encorvada. Los brazos colgando casi hasta el suelo, rígidos, a punto de agarrar el extremo de la manga de un viejo abrigo caído o incluso, algo asombroso, el envoltorio todavía grasiento de un paquete de mantequilla que había ido a parar allí, sabe Dios cómo, desde la cantina de los centinelas. El deseo, por fuerte que fuera, de reanudar la acción interrumpida no conseguía moverlas. Habían muerto y ninguna tentación habría tenido el efecto de despertarlas.

Así pues, había también juegos. Las niñas habían inventado éste: «el de los maniqués». Querían convertirse, de pronto, en señoritas y damas graciosas. La inmovilidad de las pequeñas estatuas sucias y harapientas traslucía cierta elegancia que, según imaginaban, pertenecía al mundo que seguía conservando, suponían, el arquetipo de damas nobles y distinguidas, cuya perfección relacionaban con la inmovilidad de los maniqués.

El juego podría haberse llamado también de otra manera. Quedarse petrificadas tal como estaban, casi desnudas y esqueléticas, el grado de inmovilidad que conseguían, la forma brusca de detenerse renunciando a cualquier movimiento (casi no respiraban) no presagiaban nada bueno.

Al verlas, el muchacho se preguntó varias veces si ese juego no atraería y apresuraría el mal fario. Creía sentir en las proximidades, oculto, el cañón de un fusil apuntando detrás de un muro o desde la garita... Semejante juego distraería enormemente a los centinelas. Cuando recibieran la señal, mediante un grito que simulaba a menudo una detonación, las niñas no advertirían que una de ellas se había desplomado. No caerían en la cuenta de que la detonación había sido verdadera y que la caída del blanco no formaba parte del juego.

Alardeaban encantadas de la aptitud que habían adquirido para conservar, estando inmóviles, el orgullo y la delicada coquetería de otro mundo en el que, eso imaginaban o alguna persona de edad se lo habría contado, todavía existían damas y caballeros hechos a propósito para ser admirados de lejos, desde el otro lado de los escaparates... El muchacho creía ver el punto de mira del fusil o el agujero pequeño, oculto a sólo unos pasos, de la pistola acechándolas, y disparando de pronto como señal de otro juego que habría distraído muchísimo a los ogros que espiaban.

El día en que, sorprendidas por la alarma en el antepecho de la ventana, cerca del techo de los dormitorios, donde se alineaban literas muy pegadas unas a otras, las dos niñas estaban a punto de perder el equilibrio y las cogió en el último momento Lică,* su gigantesco primo de pelo crespo y rojo pero también blanco, una especie de color rosa teja descolorido, el muchacho tuvo la seguridad de que ahora sí había sucedido la desgracia. Aterrado, tardó un rato en abrir sus ojos negros: las morenitas estaban correteando de nuevo. Todavía asustadas, es verdad, pero vivas y alegres, inconcebible.

Alrededor, al otro lado de la empalizada, habían brotado flores. Había llegado la primavera, se oía el canto de los pájaros. No hubiera sabido reconocerlos, darles un nombre, nadie había encontrado tiempo para hablarle de las flores y los pájaros. Ni de los muchos insectos que salían al mismo tiempo que el sol.

Estaba apoyado contra uno de los postes de la empalizada. Con los ojos cerrados, aplanado por la pereza que se apoderaba de él. Sentía mucho calor y se desabotonó la camisa hasta la cintura. Una camisa multicolor hecha de muchos retales diferentes y puestos al tuntún; a saber de dónde los habría sacado su madre. Se había desabrochado los dos botones, uno rosa, de una colcha, en el cuello, y el otro cosido en la parte de abajo, cerca de los pantalones, grande y negro, de «abrigo», como repetía Licã para hacerlo rabiar. Se había abierto los dos botones y echado la camisa a los lados, dejando al descubierto un pecho flacucho, huesudo y amarillento. Tenía los ojos cerrados, los párpados le temblaban, palpitantes a causa de la luz.

El sol le calentaba las costillas delgadas y aún no bien formadas... expuestas al alcance de la bala que estaba a punto de dispararse.

Recibió el impacto en el pecho. Su primer pensamiento, antes de abrir los ojos, fue: «No se ha oído nada, no ha sido un tiro». En efecto, nada.

Sintió un zumbido cerca, en el pecho. La bala clavada hondo. Agitó desafortunadamente los brazos y gritó. Eso era la muerte, no duraría más que unos segundos, todo se desmoronaba, ya no había tiempo. Corría pálido, apuñalado, un muerto con los ojos abiertos de par en par, aterrados, negros, mientras el insecto amarillo lo perseguía revoloteando alrededor de su espalda. Levantaba las manos para protegerse, tropezaba y daba traspiés hacia atrás. Dio varias vueltas, la camisa se le cayó de los hombros, giró sobre sí mismo y echó a correr sin mirar atrás. Saltaba, la tierra se abría a cada salto, corría con la boca abierta, blanco, sudando, para agarrar los últimos instantes, para llegar a tiempo. El dolor aumentaba, el veneno subía, era una trayectoria sutil y rápida, sería demasiado tarde... Chocó contra la puerta del barracón e irrumpió dentro.

Su tío estaba mirando afuera, como de costumbre, por entre los tablones. La vieja rezaba en un rincón. No habrían podido ayudarlo, tampoco lo habían visto. Se tambaleaba, sabía que pronto lo abandonarían las fuerzas, se precipitó hacia la puerta de al lado, la de los vecinos, más allá, la de los otros, más allá, en el pasillo. Ya no podía hablar, se ahogaba, tenía las mejillas encendidas y empapadas de lágrimas.

Traspasó el umbral de un salto y rodeó riendo a carcajadas, desesperado, el patio. El tiempo se alejaba cada vez más rápido, pasó a otro barracón y la encontró, por fin. Consiguió enseñarle la hinchazón que le había salido en el pecho, el lugar del impacto. Jadeaba, le suplicaba, «deprisa, deprisa», había que intentarlo todo inmediatamente. Salvarlo, quizás... Lo habían alcanzado, le habían dado, le habían hincado algo amarillo, venenoso... Pero la palma áspera le acariciaba la cabeza para tranquilizarlo. Caricias tontas, su madre solía perder el tiempo así. Vale, ya no le quedaban más fuerzas, estaba llegando al final, ni siquiera ella entendía la desgracia. «No es nada, una abeja, no es nada», la voz tranquila de ella lo aterraba. Así pues, tampoco ella lo entendía...

Quería levantar la mirada y chillar cuando oyó detrás de él una violenta carcajada que le era familiar. Su primo Licã estaba tronchándose de risa. El grandullón había enflaquecido aún más, tenía una pinta desastrosa, pero aún conservaba fuerzas. Parecía haberlas concentrado en la risotada que había arrojado sobre él.

Podíamos ser cuatro

Los días flotaban blancos, el blanco del hierro candente, y de ellos despuntaba, de vez en cuando, un colmillo para amedrentarnos, ahuyentarnos y separarnos.

El bosque aguardaba la caída de la tarde, sentíamos su murmullo protegiendo nuestro regreso.

Observamos cómo el paquete giraba sobre sí mismo antes de dejar que el curso del agua se lo llevase. Si junto a nuestra improvisada vivienda no se descubrían plumas, huellas de sangre ni tripas esparcidas, escaparíamos a las sospechas y consecuencias... No sabíamos que, de todas formas, las sospechas se acumularían, hubiera o no pruebas, hasta que nos convenciésemos de que podíamos resistir así, a través de su cortina abigarrada y tornadiza.

Observamos cómo el paquete daba vueltas. Confiábamos en que el desbarajuste de miedos que nos amargaban los días y las noches (miedo a las personas, a los piojos, a los uniformes o al hambre) resultaría al fin impotente porque siempre éramos tres, incluso cuatro, y nuestras miradas estaban protegidas por la certidumbre de que seríamos siempre tres, incluso cuatro. Observamos cómo el paquete daba vueltas y se alejaba. Vana tentación la del bosque, que nos lanzaba una y otra vez su reclamo con embriagadores perfumes para que nos refugiásemos en él, inútil y triste perfidia con que el bosque espiaba mis momentos de soledad o duda, la perfidia lenta de los árboles, la tierra, las hojas y las estaciones, porque nosotros resistiríamos, solidarios, a los miedos, que nos enviaban su veneno, y al refugio del bosque tranquilizador y verde. Simplemente, teníamos que seguir juntos, seguros de que ninguno nos traicionaría.

Habíamos tirado el paquete envuelto en papel de periódico. Ahora ya podíamos irnos, pero nos quedamos inmóviles, con la mirada fija en el agua, sin saber por qué, clavada sin ninguna razón en un agua que imaginábamos

fría.

Ví a mi madre sonriendo protectora, alargó la mano hasta la de él para acariciársela y él le respondió no a la caricia sino a la sonrisa, sonrió también, en silencio, mirando el agua, hasta que, por fin, se decidió a liberarnos a todos.

–Listo, podemos irnos...

Se diría que eso no bastaba porque nadie se movía. Nos habíamos quedado alelados, adormecidos, sin ser conscientes de que el instante pasaba y una mano distinta a la que lo había acariciado a él, una mano ardiente se deslizó entre mis cabellos. Sabía que, después de todo lo que no había logrado demostrar en el puente, sería ridículo dárme las de hombre. Con todo, tenía que ser el primero en soltarme. Sin liberarme de la caricia que me enredaba el pelo, les dije a todos y al bosque:

–Hale, Finlandia...

Fuimos nosotros dos delante; yo caminaba al mismo paso que Finlandia. Atento a su mano que jugaba olvidada entre mis cabellos desgreñados. Le parecía curioso que la llamase por su nombre entero, todos le decían Fina o Anda. Era un nombre ridículo, Finlandia, yo había tenido la seguridad de que todos los niños irían detrás de ella en tropel gritando, felices por poder reírse de un nombre-mote. Los niños no fueron gritando detrás de ella o quizá se hubiesen preparado para hacerlo cuando irrumpió en medio de ellos, se quedaron mirándola boquiabiertos y, repentinamente serios, se pusieron a buscar otros menesteres entre las piedras del camino. Solamente yo jugaba con su nombre entero, lo pronunciaba con claridad, de forma cadenciosa y fresca mientras ella me revolvía el pelo, distraída.

Todos podíamos sentirnos satisfechos con ese retorno; toda la aventura a la que nos habíamos entregado con tanto placer se había llevado a cabo con sorprendente facilidad, con una claridad largamente anhelada, desde la noche anterior hasta el alba que ahora concluía. Pero la mano ardiente de Finlandia no podía quitarme la tristeza por no haber culminado la victoria, tal y como había deseado. Había intentado realizar una acción que colmase y realizase el triunfo, como una bandera con los colores rojo, verde, blanco y amarillo, la bandera de la victoria y de las victorias futuras; la acción controlada y pausada de dejar caer despacio, con irritación, sin prisas y a disgusto,

despreciando la emoción que nos había embargado y nos embargaba, dejar caer sin ningunas ganas el paquete comprometedor, escondido durante todo el día y destinado al río. Ellos merecían la alegría de ese acto y también el refugio del bosque lo merecía como advertencia y también merecía yo el efecto formidable, a cuyo recuerdo habría podido volver, como a un puerto seguro, en las duras semanas que iban a irrumpir sobre nosotros y en las cuales había que demostrar en todo momento que nosotros tres o incluso cuatro éramos más fuertes que los perros, los guardianes, los uniformes y el hambre y los piojos y los terrores que nos acosaban. Más fuertes que los piojos y las balas y el bosque y la pobre tentación de la carne de ave robada.

Poseído por la emoción de los fugaces placeres que había experimentado en un plazo de tiempo tan breve, la presión de aquella noche y de aquel día enseguida afloró en mí, a los pocos instantes de detenernos en el endeble puente de madera, lejos de la aldea desconocida: rápidamente arrojé el paquete al agua rauda y límpida. Salvado del calvario de una emoción prolongada, pero angustiado por la prisa mezquina del desvalido...

El paquete envuelto en papel de periódico, lleno de plumas y despojos mezclados con sangre, rodó únicamente un segundo. Ellos pensaron, con absoluta seguridad, tan sólo en la sopa dorada y en la carne asada que nos zampamos todos desde la medianoche hasta el amanecer, prolongando el inesperado festín que comenzó al caer la tarde. Un largo festín: desde que la cogimos, la matamos, la desplumamos y luego la pusimos a cocer, el borboteo alegre del agua, la maravilla de freírla con aceite, el éxtasis en el que todas estas fantásticas etapas nos hicieron caer, hasta el olvido, por el hechizo del olor a carne.

Seguro que lo único en que pensaron, cuando el paquete se alejaba, llevado por el hilo del agua, dispersando las huellas del alevoso y enmarañado banquete, fue en esas fases de la fiesta que concluía. No sospechaban que yo hubiese preparado y malogrado la otra, la auténtica fiesta: el acto que había de compensar, mediante un lento ritual, la voraz prisa desencadenada la víspera.

Volvimos a casa reconfortados por el susurro del agua y las oleadas del crepúsculo que azoraban al bosque y resonaban en el interior de cada uno de ellos. En cada uno de ellos tres, porque el vencido volvía constantemente

sobre sus pensamientos, pensando en la oportunidad de haber entrado en posesión de una leyenda que yo había malogrado por inexperto y por culpa de la emoción.

Sin embargo, sentía que los pensamientos de ellos estaban dispersos, se perseguían y los buscaban por los alrededores con gestos confusos y se rendían mansamente al abrazo de la noche rumorosa que los extenuaba. Cedía incluso Finlandia, quien, sin darse cuenta, había dejado de acariciarme el pelo con la mano para acariciar el aire que bañaba nuestros cuerpos, su cuerpo en flor, perezoso y abandonado a merced de olas de frescor y abetos embriagadores.

Iban detrás de nosotros, quizás igual de absortos. Finlandia comenzó a bromear conmigo, comprendí que no le parecía natural el silencio helado que había entre nosotros cuatro. Respondí a sus chanzas, tal y como ella quería, nos reíamos a chorros y volcaba en mí su jovialidad.

Pero mi risa no duró mucho, como ella esperaba, porque eso también me habría parecido anormal: recordé que muy a menudo ella lo hacía así. Y también recordé la historia del vestido de mi madre, la tela de cobertor que tanto costó encontrar, que no sé cómo conseguiría y pagaría mi padre. El modo de dársela, contento por la alegría de ella (hacía dos años que íbamos con harapos) para que se hiciese un vestido. Cómo se quedó ella mirándolo largo rato, con expresión interrogante, como creyendo que por alguna razón desconocida no podía alegrarse. Le contestó que no le caería bien, que había adelgazado mucho desde que la guerra nos había llevado entre gente extraña. Pero lo cogió e incluso se fue a ver a Finlandia al otro extremo de aquella aldea hostil donde ella vivía con sus padres y le dio la tela a ella. Finlandia se hizo un vestido con el que andaba cimbreándose, pero sin dejar que nadie se acercase. Y luego, la noche en que apareció en nuestra casa con aquella ropa nueva: cómo se hizo el silencio e, igual que ahora, se puso a bromear conmigo y yo me reí. Me reí como un tonto también la noche pasada, cuando acabamos de desplumar la gallina y mi madre me mandó a buscar a Finlandia para que viniese a comer con nosotros. Fui hasta la otra punta de la aldea, aunque nosotros ya éramos bastantes. Nada más llegar, se puso a bromear otra vez conmigo y a revolverme el pelo con su mano ardiente, como si la hubiese apartado de las brasas.

Me pareció raro reírme así, como un idiota. Dejé de reírme y me volví para mirarlos: no caminaban juntos, sino uno detrás de otro. Sin ver los árboles ni el río, sino sólo los pasos menudos con que avanzaban detrás de nosotros.

Comprendí que tampoco el oído se dejaba seducir ni por el bosque ni por la noche que se colaba sigilosamente desde arriba, desde abajo o por los lados; se diría que ellos no existían, que simplemente pasaban. Estaba convencido de que mi risa era estúpida y de que Finlandia me acariciaba con la mente puesta en otra parte. Liberé mi pelo revuelto; ella ni se percató, perdida en las delicias del crepúsculo, eso suponía yo, o en otras ensoñaciones incomprensibles.

Volví de nuevo la cabeza para mirarlo a él, que caminaba inmediatamente detrás de mí, para atraer su atención. En efecto, levantó la cabeza. Me miró con ojos opacos, sin rehuirme. Como se mira a un ciego o se habla con alguien que no entiende pero que marcha a nuestro lado. Di unos pasos con la cabeza vuelta y mirándolo a los ojos. Deseaba su lumbre angustiada, pero no encontraba nada que justificase mi descontento.

Miré otra vez al frente; una débil franja de sol y de luz límpida brillaba en un claro del bosque. Nos paramos (Finlandia fue la primera en detenerse) dominados por la severidad protectora de los árboles, último brillo doloroso del día que se cernía sobre el bosque en la anochecida.

Yo no sabía si se dejarían atrapar por la perfidia ladina del bosque, si resistirían o si me ayudarían a mí a resistir, a reencontrarlos. Me quedé perdido, clavado en el sitio como un idiota, había olvidado lo del puente y todo lo demás, y al rato noté, como en medio de un sueño borroso, que Finlandia se separaba de mi lado y se alejaba, en silencio, y que tras ella quedaba flotando una quietud en el aire (pasaban momentos de aire y de olvido, se desprendía una sombra de humo y se volvía a ir). Me quedé perdido, solo, con toda la carga triste y pernicioso que me oprimía el pecho y que me negaba a entender; tenía miedo, y no quería esa carga.

No sé cuánto tiempo pasé con la mano apoyada en la corteza rugosa del árbol, atento al vacío que se abría a mi alrededor. Habían transcurrido momentos muy largos, como en un sueño apresurado. Cuando alcé los ojos, el orden en el que habíamos venido se había alterado. Finlandia se había alejado

mucho, cada vez más ensimismada. A no mucha distancia de ella se alejaba también él, como embelesado por las hojas y la luz de su pelo cobrizo y ondulante...

Vi cómo lo abandonaban todo. Habría querido llamarlos, odiarlos, pero me gustaban, siempre se mostraban alegres y dicharacheros conmigo...

Tenía que estar con ella, contra ellos. Pero ella no tenía paciencia, siempre desabrida y nerviosa. La encontré a mi lado, dándome la espalda, no sabía que yo había comprendido, sin entender, los susurros y disputas de ellos, por las noches, procurando que yo no los oyese. No me veía, apoyaba todo su peso en un árbol, la única verdaderamente atrapada por la avidez de aromas y brisas del bosque, abandonada a las garras de la noche.

Todo lo que había planeado demostrarle en el puente resultó un irremisible fracaso. Ahora se me presentaba una inmerecida ocasión para rehabilitarme. Resuelto a ofrecerle una compensación por el fiasco del puente, me oculté detrás de un árbol. Me quedaría allí lo que hiciese falta, hasta que su descanso necesitara una sonrisa, entonces ella me buscaría, aturdida por la inquietud, y cuando me encontrase, muchísimo más tarde, se entregaría, agotada, a la alegría infantil y tierna durante tanto tiempo olvidada y a su risa ardientemente deseada.

Sólo duró unos instantes... Me entraron convulsiones: el gigantesco asado que se hinchaba constantemente y me subía por la garganta hasta la boca; la pena por el fracaso; la embriaguez del bosque; la náusea de mí mismo; de ellos, del bosque, de la comida, el odio con que habría querido correr con toda esa pasta verdosa que me sofocaba y se me pegaba a la boca, ensuciar los árboles y la hierba y vengarme de todo vaciándome. Sacudido por arcadas, arrojaba asquerosas madejas de vómitos apoyado contra la corteza del árbol... Me quedé destrozado, solo, sin fuerzas, y me dejé caer lentamente junto al rugoso tronco del roble, cerca de la porquería que había expulsado del estómago, del olor fétido a podredumbre y a carroña. Estaba vacío, mareado y tendido en la tierra: kilómetros, miles de kilómetros de instantes corrían junto a mi inmovilidad... Hasta que oí de nuevo las hojas y retorcí la hierba. Volvía en mí, pero el tiempo parecía no acabarse, tenía otra vez miedo del pérfido bosque que acechaba mis flaquezas para obligarme a sentir necesidad de él,

para que yo me dejase a su merced. No logré controlarme, ansioso por acabar con todo, convencido de que ella se había ido detrás de él y de Finlandia sin acordarse más de mí ni del bosque.

Miré aterrado el camino que bordeaba el bosque. No estaba allí. Volví arrastrándome exangüe y serpenteando entre los árboles. La vi de nuevo, ¡estaba en el mismo sitio! Me deslicé, cansado, tambaleándome, a tientas, con pasos cautos y lentos para que no me oyese... Querría haber llegado frente a ella para sorprenderla, para ser capaz de provocarle una sorpresa y proporcionarle una alegría, la alegría que tanto esperaba. Y después marcharnos juntos, satisfechos por aquella fantástica jornada, haciendo caso omiso de los otros dos, de Finlandia perdida en el horizonte y de él, que la seguía cegado por la llama de su pelo cobrizo.

Llegué a duras penas frente al árbol, frente a ella y frente a las hojas con las que ella se había consolado. Dispuesto a gritar mi furor, mi vergüenza, la miseria, el asco, la soledad y los terrores que nos derrotaban, nos envilecían, nos separaban, nos afrentaban y nos... Pero cuando me vi ante sus ojos y su rostro extrañamente límpido por la anochecida y las lágrimas serenas y grandes ya no tuve tiempo ni fuerzas. Se había rendido demasiado pronto, se abandonaba, totalmente perdida, al espeso bosque, que pasaba silencioso en la noche...

Los ovillos descoloridos

Volvíamos, en pos de las tropas, hasta los lugares de donde nos habían expulsado. Nos deteníamos durante meses en algún que otro pueblo. Niños, gente desconocida, mejor no tener nada que ver con nadie.

En un cuarto vivíamos nosotros, en el otro los extraños. Entre ambos, un pasillo con suelo de mosaico coloreado. De colores vivos. Me quedaba mirándolo minutos enteros mientras las uñas sucias se me clavaban en la carne.

Miraba los colores largo rato, pero no sabía cómo desahogar mi rabia.

No obstante, un día podría suceder una desgracia. El juego de los niños en el patio había sido más divertido que en otras ocasiones, formidable. Pero me peleé con ellos, eché a correr y me persiguieron. Después de que atravesara el arroyo, cuando se dieron cuenta de que ya no podían alcanzarme, me gritaron «Judas».

Al principio no lo entendí, pero luego sí, los míos me habían explicado que habíamos matado al Hijo de Dios.

Quizá no supiesen que, siempre que corría hasta ellos, me exponía a una catástrofe. No lo comprendían y me motejaron así cuando ya no pudieron alcanzarme; entonces recogí del suelo el tornillo. A través del velo de las lágrimas, que lograba contener, jugueteaban los colores del mosaico: verde, rojo, rojo, verde, negro. El tornillo voló, dio en el blanco y la niña se desmayó. Cayó como segada, estaba pálida, pero menos que yo.

No sentí ninguno de los golpes que me dieron. Sabía que me obligaban a reanudar las fechorías; no había conseguido salvarme con una sola, como me había propuesto.

El castigo por la evasión y por todo lo que había hecho era curarme de la envidia. La vigilancia agotadora, los cálculos. De la envidia y el aislamiento me salvaba cada vez gracias a la maldad. A la maldad no. Quizás a otra cosa,

a la desesperación. Después de haber golpeado a la niña, trastornado porque eso me supondría perder a los demás, ya no podía desear la compañía del grupo. No encontraba mi lugar entre la bondad y la maldad que me asfixiaban.

Las ventanas se tapaban temprano con papel azul; el papel azul difundía una tranquilidad fluida y sofocante. Al anochecer, las agujas de hacer punto y las gafas me cogían entre las dos. El papel azul traía con demasiada presteza la noche.

Me quedaba con la cabeza entre las manos, como un viejo. Cuando me hartaba de mirar el papel azul, las gafas, la colcha y las agujas, cerraba los ojos y ponía en práctica la argucia que me daba fuerzas para dormir y esperar un nuevo día. Metía debajo de la mesa, sin que nadie se percatase, la maldad, el ruido y el alegre infierno del exterior. Entonces sabía que podía esperar tranquilo.

Me había hecho jurar por su vida que no volvería a hacerlo, pero, la primera vez que me pilló, supuse que se ablandaría y me acariciaría el pelo; soñé tanto con ello que, en mi aturdimiento, hasta mucho más tarde no advertí que no había sucedido eso y que seguiría amándola solamente por piedad. Había imaginado con tanta precisión el momento en que me pillaría (y sabía que lo haría, pues yo no podía calcular con exactitud cuándo regresaría) que estaba seguro de que sonreiría apesadumbrada por mi barrabasada, demasiado pequeña e insignificante para lo que yo era capaz de hacer. Me habría conquistado con su sonrisa triste, como yo deseaba... No me pegó. No tenía tiempo para ello ni fuerzas, me quería demasiado.

Si hubiese sonreído, comprensiva o cariñosa, o si me hubiese pegado, todo habría sido posible. Pero le dijo a él, y yo lo oí: «Dentro de unos años, este niño me pondrá las manos encima». Sentí que me ahogaba y me puse a agitar los brazos, horrorizado de que los míos pensaran que bromeaba cuando gritaba que no sabía nadar.

No encontraba sitio entre la maldad de los de fuera y la bondad de los de dentro, un sitio para mí.

Los ovillos no acababan nunca; cuando comenzaban a menguar aparecían otros nuevos. Unos grandes y otros pequeños. Redondos y compactos. No soportaba ver cómo se achicaban y se convertían en guantes, bufandas o mangas. A mí me servían así, quería tenerlos cerca, sólo así. No tenían colores

vivos, estaban descoloridos, mezclados, procedían de restos. Tenían una textura incolora, deslucida, apretada y resistente. Al principio, escondía solamente uno. No el más grande. Uno mediano y duro que saltara bien.

La primera vez que me pilló en el pasillo se extrañó. No me riñó, me lo quitó y me dijo que no tocara los ovillos de donde estaban. Volvió a pescarme. Estaban descoloridos, pero acariciaban los colores del mosaico. Espiaba en silencio y con disimulo la ocasión de quedarme solo e irrumpir en el corredor para vengarme de los espléndidos juegos del patio. Me los quitó por segunda vez. La tercera, se puso a gritar. Luego juró que se moriría si yo seguía; yo sabía que no era verdad y que no hablaba en serio.

Cuando endureció el rigor de las prohibiciones e injusticias, para cortarme los caminos de retorno a ella, empecé a vigilar los de color. Aparecían raras veces, uno azul, uno rojo. En cierta ocasión hubo uno verde. Lo acechaba, lo escondía junto a otro normal, en un sitio que escogía tras pensar durante días y días.

Cuando faltó el primero, yo pasaba tranquilamente por el pasillo, convencido de que enseguida me pescarían. Pero entre mis cosas no encontraban el ovillo de color que faltaba desde hacía tres días, causa de tantas broncas. Me pillaban con uno de lana corriente, infracción ahora considerada menor y tal vez admisible porque el que faltaba era el ovillo de color, el único, el que había de embellecer la pieza y sin el cual no se podía continuar la labor. Yo miraba a otro lado y tendía arrepentido y desdeñoso el ovillo, como si jamás me hubiese interesado.

Pocos días después, el de color volvía a estar en su lugar. También transcurrían días sin ovillos y sin que otros nuevos hubiesen aparecido todavía. Entonces se juntaban mangas y dedos, aparecían extrañas bufandas, jerséis hostiles, calcetines y guantes fastidiosos.

Un tremendo bullicio volvía a reinar en el patio. Lamentaba no haberlos perdonado cuando no me aceptaron y golpeé a la niña, que corría otra vez, rubia y alegre, entre ellos.

La espera se volvía ardua, pero ya no era inútil. Algunas veces, la alegría podía ser incluso mayor; el primer ovillo que reaparecía era uno de color. Alegría emponzoñada por la obstinación con que era menester aguardar la aparición de los ovillos vulgares y corrientes para poder planear otra vez la

diversión. Aparecían y podía dominar de nuevo, con orgullo, tanto la algazara insoportable de afuera como el murmullo apagado y suave de las agujas en el cuarto.

El orgullo de que no me hubiesen cogido nunca más con uno de aquellos tentadores ovillos de colores me había dado seguridad; ese orgullo hacía que las ruidosas travesuras del patio fuesen algo deplorable y mediocre. Me había vuelto fuerte, contaba con mi orgullo, había sido difícil dar con él, lo había construido poco a poco, con sensatez, y lo defendía encarnizadamente. Lo defendía con ardor y con una pasión enconada, desconocida e inquebrantable, abrumadora, definitiva y violenta, hasta el punto de que me daban ganas de echar la puerta abajo y abalanzarme, como un loco, afuera.

El té de Proust

Los que se apretujaban al otro lado de las puertas grandes y pesadas de madera, curiosos por ver el espectáculo, quizá fuesen los viajeros, sus acompañantes o los holgazanes que suelen pulular por las estaciones. Ninguno de ellos pudo acceder aquella tarde a la sala de espera. Tampoco conseguían ver lo que sucedía dentro. Las ventanas eran altas y los cristales rectangulares de las puertas estaban sucios y empañados.

La sala era inmensa, resulta difícil imaginar que algo hubiese podido animarla; todo se perdía engullido en el interior. Los zarrapastrosos que se acurrucaban sobre los petates, apretados unos contra otros, en corros que iban desde las paredes hasta el centro de la sala, habían ocupado todo el espacio. El jaleo era incesante.

Voces tenues y desesperadas, otras roncadas y a veces hondos gemidos se elevaban de pronto cuando aparecían las enfermeras. Las batas blancas apenas conseguían abrirse paso entre tantas piernas y cuerpos mezclados, asidas por manos que se alzaban por todas partes para agarrarse como fuera a los faldones o a las mangas, cuando no a los hombros, al cuello y a los brazos de las distinguidas damas. Chillaban, parecía que rezaban, roncaban y maldecían. Algunos lloraban, en especial los que se hallaban demasiado lejos y no lograban coger la bolsa y el vaso.

Los curiosos que se agolpaban al otro lado de las puertas de madera y cristal grueso trataban inútilmente de distinguir, entre la masa de esqueletos envueltos en harapos atados con cuerdas, el rostro, la edad o el sexo de los que se apelotonaban en la sala de espera de la estación. Las mujeres parecían, todas, presidiarios viejos y chochos; niños, que surgían entre ellas con la cara lívida, hombres apocalípticos, aplastados, como empequeñecidos por el mismo instrumento de tortura que les había dejado el cuerpo contrahecho.

Las enfermeras sabían, desde luego, que en la sala no se encontraba ningún hombre y que tampoco había mocitas ni mujeres jóvenes. Si hubiesen comprendido los llantos y lamentos que las rodeaban, habrían caído en la cuenta de que precisamente esa ausencia era lo que intensificaba el pánico: aquellos desdichados no entendían ni querían reconocer que se habían salvado, barruntaban una nueva canallada más diabólica, destinada, sin la menor duda, a preparar más suplicios o, quizás, quién sabe si el mismísimo final. ¿Por qué habían retenido a los hombres y mujeres fuertes? ¿Para traerlos más adelante con otro tren? ¿Porque acaso no había habido sitio? ¿Se había opuesto alguien a que arrojasen a unos encima de otros? Con renunciar a aquellos vagones grandes y lujosos, enganchados unos a otros como barcos imperiales... Podrían haberlos traído en carros, obligarlos a andar decenas de kilómetros, pero todos juntos, los maridos, las esposas, las hermanas, los hijos, las hijas, los viejos, los niños, todos.

... Rapada como las demás y con la cabeza cubierta con una especie de capucha de saco, la mujer ante la que se había parado la enfermera tampoco tenía edad. Había estado todo el rato en silencio. No se inmutó cuando la que había a su lado le quitó de las manos un resto de manta para taparse con ella. No esbozó el menor movimiento cuando la vieja de su izquierda, al observar que su mutismo venía a confirmar sus propias suposiciones, empezó a agitarse alzando las manos al cielo. Finalmente, levantó la cabeza: una máscara arrugada, marchita y vieja de fenicio. No se movió ni siquiera cuando la enfermera dio un paso atrás, sofocada por la peste que había a su alrededor... Simplemente, miraba atenta. Como el enano que apoyaba su cabecita amarilla contra la espalda desnuda de ella.

La sala trepidaba, era un hervidero. Un vocerío continuo y cadencioso había bajado del techo y se acercaba a las paredes. La sala se había hecho más pequeña. Todo ocurría abajo, a poca altura. Cuando uno alzaba la mirada, echando la cabeza hacia atrás, el techo se alejaba, como un cielo cada vez más alto e inalcanzable. El rumor se quedaba atrás, lejos, apagado, en alguna parte, debajo. El ruido ensordecía a los que estaban en el suelo y el miedo los tenía exhaustos, se habían olvidado de todo.

También ella había olvidado pensar en lo que habría podido acontecer en ese tren que ya no llegaría. Sabía que no la habrían admitido, tenía aspecto de vieja, nadie se habría creído que no había cumplido ni los treinta años. Además, tampoco tenía motivo para haber venido en un tren destinado a los hombres y mujeres jóvenes. Seguro que habría visto cómo se iban pegados, sin ninguna vergüenza, mi padre y mi prima en el momento en que salieron de las filas. Ella no los miró, pero lo había visto todo, desde luego. Formó en columna muy formal, apretando sin fuerza la mano del enano que se arrastraba tras ella. No estaba nerviosa ni le daba tirones. Lo ayudó a subir los altos estribos del vagón. Recordó que el chiquillo, desde arriba de la escalerilla, volvió el rostro marchito y arrugado hacia los dos que se habían quedado en el andén, demasiado cerca el uno del otro. Pero no dijo nada, tomó asiento y, cansada, cerró los ojos.

Quizás allá abajo, el alboroto provocado por tantas voces inseguras la dejaban anonadada, ella olvidaba. Pero de pronto se volvió y agarró el delgado cuello del enano, al que desplazó del nido donde se había acurrucado. Su espalda huesuda y húmeda ciertamente no habría podido reemplazar, ni siquiera en los sueños o recuerdos del niño, las mejillas frescas y llenas, como él hubiese deseado, de una almohada.

Las manos que tocaron el cuello y luego los brazos delgados como palos de la bestezuela fueron, no obstante, los de la señora de bata blanca. La señora sonreía al tiempo que inclinaba la cruz roja que brillaba sobre su frente. Tendía la bolsa de pastas y la taza.

La taza humeaba. Las mejillas de la fierecilla bajaron hasta el círculo líquido y amarillento, hasta el vaho, de un aroma maravilloso. Un placer sin precedentes que no podía durar y que a cualquiera le habría dado miedo prolongar, por feliz que le hubiese hecho. Imposible pero auténtico, la sala también era auténtica, y también el vocerío; oyó cómo por encima de su cabeza se abría la bolsa, y las manos se le llenaron de pastas.

El chico sorbía mareado de deleite y atemorizado. Había comprendido que todo era de verdad, y que, por lo tanto, se acabaría; incluso él mismo, ebrio de placer, aceleraba presuroso el fin. Había vaciado media taza. Dejó de beber y miró las pastas pequeñas y abultadas que tenía en las manos. Comenzó a masticar, sin prisas, la primera concha dulce y harinosa. Justo entonces sintió

hambre. Con una mano agarró la bolsa. En la otra sostenía la taza. Se metió un puñado de pastas en la boca. Un enano enternecedor, aunque horrible, de manera que la señora puso otra bolsa en manos de la madre.

–Bébetelo también el té. Bébetelo ahora que está caliente.

Tal vez sea verdad eso que dicen de que las almas de quienes hemos perdido se recluyen en cosas inanimadas. Están ausentes hasta que sienten nuestra proximidad y nos llaman para que las reconozcamos y las libremos de la muerte. En efecto, tal vez una mera orden de la memoria no sea capaz de conseguir que regrese el tiempo pasado, pero éste sí puede resucitar gracias a la sensación extraña y espontánea que ofrecen el olor, el gusto o el sabor de algún elemento accesorio e inerte del pasado cuando volvemos a encontrarlo.

Pero el aroma de aquella bebida divina no habría podido suscitar recuerdo alguno: semejante placer no había existido nunca. Por sus recuerdos, sea como fuere, aquel bebedizo embrujado no podría ser llamado de ninguna de las maneras té.

Era menester volver la mirada a lo alto, al cielo de piedra sucia donde zumbaban nubes negras de moscas y donde tenía que aparecer el abuelo, el único capaz de responder.

Se habían congregado, como de costumbre, en torno a él; cada uno apretaba la taza humeante de agua verdosa. Hierbas de los contornos de aquellos lugares desconocidos a las que, algunas veces, el abuelo añadía, cuando encontraba, flores de acacia.

En la alta bóveda de la sala de espera, donde las bombillas atraían enjambres de moscas vivaces, surgieron, como en una pantalla redonda, el abuelo, la abuela, los padres y la tía calentándose las manos en el vapor de las tazas y todos ellos mirando a lo alto, hacia un mismo punto. Por supuesto, también estaba Anda... Participaba con actitud humilde y sumisa, pero lo bastante descarada para no faltar, empero, al ritual del té, al que el abuelo convocaba a todos y durante el cual a veces éste se les quedaba mirando largo rato para hacerles ver que él sabía lo que había pasado y lo que estaba pasando con todos, con las hijas, pero también con el yerno y con aquella guapa y culpable nieta.

... El abuelo, de nuevo vivo, no apartaba la mirada del terroncito blanco de azúcar suspendido, como de costumbre, de la lámpara del techo. Debían mirarlo todos, en tensión, minutos enteros, antes de darle el primer sorbo al líquido caliente. Quienes se acordaban del sabor del azúcar, es decir, quienes antes del desastre habían tenido tiempo para habituar el paladar al sabor de los terroncitos blancos, notaban cómo poco a poco se les humedecían los labios y se les ponían pegajosos. La insípida bebida verde se volvía dulce, buena, «un té de verdad», decía el abuelo.

El ritual se repetía casi todas las tardes. Oficiado con severidad, pero también con humor, por aquel anciano de barba salvaje con rodajes todavía negros. Estaba seguro de que volvería y había conservado, como testimonio del mundo de antes y para el de después, el pedacito sucio de azúcar. Tras verter el agua caliente en las tazas, a nadie le estaba permitido mirar nada salvo su taza y debían esperar hasta oír el borboteo del agua cayendo en la jícara vecina y que, una tras otra, se llenasen todas. Luego levantaban la mirada hacia la lámpara de la que colgaba, sujeto de un hilo, un pequeño paralelepípedo, casi blanco, de azúcar. Había que mirarlo con paciencia, mucho rato, y sorber el té despacio, después de que cada uno sintiese los labios, la lengua, la boca y todo su ser vivificados y suavizados por el recuerdo de un mundo al que no teníamos que renunciar porque, suponía el abuelo, aquél no había renunciado a nosotros y no podría prescindir de nosotros. El té humeaba en las tazas, ellos guardaban silencio, concentrados, como se les había pedido, en un terroncito sucio de azúcar que el abuelo había tenido la idea de guardar y colgarlo todos los días delante de ellos.

En lo alto, por encima del tumulto donde los desdichados trataban infructuosamente de volver a la vida de antaño, en lo alto, en un espacio libre y aislado de la enorme sala, el abuelo, que tanta fe había tenido en un regreso que no alcanzó a ver, habría podido confirmar que, en efecto, el maravilloso bebedizo era la prueba de que el mundo los recibía de nuevo.

–Moja la pasta en el té. Bébetelo, que aún está caliente.

–Bébetelo, que aún está caliente –repetían algunas mujeres.

Las pastas abultadas y redondas mojadas en el té tenían el mismísimo sabor de la felicidad; ojalá hubiese podido disfrutarlas más tiempo. O sea, abandonarse por completo a la plenitud embriagadora de la sensación, don

inestimable que solamente los elegidos pueden esperar merecer para, algún día, lograr traerlo de nuevo y restituirlo, en un intercambio milagroso.

Las pastas sabían a jabón, a barro, a robín, a piel quemada, a nieve, a hojas, a lluvia, a huesos, a arena, a moho, a lana mojada de oveja, a esponjas, a ratones, a madera podrida, a pescado, tenían el sabor único del hambre, del hambre.

Por otra parte, hay dones cuya única cualidad y cuyo único defecto es que no pueden cambiarse por nada. No pueden volver a evocarse en otro tiempo, ni a poseerse ni a restituirse.

El miedo y el hambre, la humillación, la impaciencia ciega y salvaje de fiera y una soledad feroz sí se han conservado. Sólo así quizá pueda conservarse la infancia misma.

¿Vivencia profunda, estado de gracia y hechizo, borrachera y olvido de sí mismo? ¿El sabor y el olor y la abundancia de aquellas madrigueras donde la espera parece prolongar un infinito nacimiento?

Si después perdí algo fue precisamente la crueldad de la indiferencia. Pero más tarde y con dificultad, mucho más tarde. Pues más tarde me convertí en lo que se llama... un ser sensible.

Las bodas

Una ciudad de calles polvorientas flanqueadas por hileras de árboles gigantescos. El sol reposaba largo tiempo en los amplios patios de las casas. El alba rayaba con lentitud, el mediodía se mecía perezoso sobre el almuerzo bullicioso que parecía no terminar nunca, tan insólitos y numerosos eran los manjares, prolongados por cubiertos demasiado pesados para la impaciencia y glotonería del niño.

La noche llegaba pronto. Las familias sentadas en hilera en sillas o bancos, delante de las casas bajas y blancas, pasaban las horas muertas contando cosas de la guerra hasta después de medianoche. El silencio del cielo tenue elevaba las voces confiriéndoles una extraña claridad y tristeza. Así había de ser el primer verano...

Todavía no se habían trasladado a las casas de los otros familiares, en las afueras de la pequeña ciudad. Estaban viviendo aún en la casa del centro, en la de los profesores.

De repente, el día reventó, ya desde el amanecer, como un inmenso globo anaranjado alcanzado por un disparo del sol. Una algarabía de risueñas voces juveniles despertó la calle principal. Se abrieron las ventanas a la risa y a los cantos de las primeras formaciones. Un domingo fresco y presuroso, como no se había visto nunca, trastornó desde los primeros albores la tranquilidad de las calles. Grupos de gente se movían inquietos y desorientados, se juntaban, se separaban y se buscaban de nuevo hasta acabar concentrándose en el parque procedentes de todos los puntos de la ciudad.

Se diría que había salido todo el mundo, atraídos por el colorido y la animación de la calle. Las filas se engrosaban y agrandaban sin cesar, ocupando las aceras y avanzando en oleadas cada vez más prietas.

... Se balanceaba llevado de la mano por su primo, empujado y conducido por la muchedumbre.

La pequeña ciudad bullía, era un retumbo intenso de esperanza. Columnas y filas compactas de cabezas discurrían hacia el parque. Allí iba a pronunciar el discurso. Le habría gustado perderse entre ellos, en aquella tremolina de gritos joviales.

Caminar lo cansaba. Aún no sabían nada de su misión; el secreto lo abrumaba. El viento levantaba voces potentes, un coro ensordecedor; el sol se filtraba titubeante y lo mareaba.

Su primo lo llevaba a rastras y, de vez en cuando, le apretaba la mano. Le advertía que estaba a su lado. Había comprendido que el chico se defendía a su manera, apático. Los esfuerzos por animarlo resultaron vanos. Finalmente, aceptó con fastidio el desconcierto y la desgana del muchacho.

Poco a poco llegó a intuir el carácter del chico. No se imaginaba lo acostumbrado que éste estaba a retirarse, a medida que se sabía descubierto, para buscar otros escondrijos.

Desde hacía un mes, desde que se topó de pronto con tantos parientes en aquella población desconocida, estaba viviendo en casa de su primo, el profesor. Un tierno refugio, diríase; desde el principio se dejó llevar, contento, por la curiosidad y las muestras de afecto de quienes lo habían albergado. Pronto consiguió olvidar la sensación de ahogo que había experimentado en el pasado. Se desvivían por procurarle alegrías, por divertirlo con alguna sorpresa o por hacerle compañía.

Por ejemplo, estuvieron preparándolo casi una semana, con las palabras más dulces, para el baño con «piedra lipes». Lo convencieron para que asociase a esas dos palabras, que realmente parecían venir de otros mundos, la fascinación de su crecimiento futuro, para que pronto se volviese fuerte, igual que los chicos de su edad. La hipocresía de aquellos parientes parlanchines lo había impactado demasiado tarde. Sus pérfidas palabras quemaban como agujas candentes en la piel roja y herida. El agua estaba hirviendo y escocía. Pero los gritos no sirvieron de nada. Lo tenían sujeto, se habían acabado las ternezas de antes. Al poco, le comunicaron con satisfacción que se había curado de la sarna...

Entonces no tuvo la sensación de estrangulamiento contra la que luchaba en el pasado, pero sí la tarde en que se quedó a solas con el profesor. Repasaban la alocución. Había aprendido a sortear las trampas que se le

tendían. Ya no repetía el error de creer que estando entre los suyos no tenía que defenderse. Se diría que se separaba, indiferente, de sí mismo. Observaba al profesor, tan seguro de sus intuiciones. Los encuentros con aquel primo se habían convertido en algo que para éste era un juego, no tenía razones para rebelarse.

Los últimos enfrentamientos le enseñaron más que el baño con la piedra lipes. Al principio, se había dejado engañar por la amistad varonil, sin cariñitos ni suspiros, que le ofrecía el profesor. Esperaba feliz, como en un sueño. De suerte que los acontecimientos parecieron producirse por sí solos, ante las preguntas con las que aquel primo recién descubierto buscaba acercarse a él.

—¿Tuviste miedo allí?

—Sí, por las noches.

—¿Os pegaban?

—No mucho. Me escondía. No era de ellos de quien tenía miedo.

—¿De quién, entonces?

—De la noche. De las noches bonitas. De la llanura, una llanura inmensa.

De unas noches muy bonitas.

—¿De eso tenías miedo?

—Sí. De las soledades. De las cornejas. No sé por qué. Del silencio. La llanura no se acababa, ni el silencio.

El primo hizo una pausa más larga.

—Sí, lo comprendo. Era extensa. Te asustaba. ¿Y los otros?

—Rezaban, cuchicheaban. Algunos lloraban. Yo estaba solo.

—¿Qué fue lo peor?

—El hambre.

Las charlas acababan en paseos hasta que el profesor averiguaba todo lo que quería. Algunas veces, tomaba notas en una agenda de tapas azules y brillantes que sacaba rápidamente de un bolsillo de la pechera de la camisa.

—¿Lloraste allí alguna vez?

—Cuando se murió el abuelo. Sólo congeniaba con él.

—¿Tuviste días alegres?

—Sí, cuando Mara enfermó por vez primera. Me llevaron a casa del tío para que no me contagiara.

Lo obedecía como a un hermano mayor y lo recompensaba con una plácida confianza. Había olvidado que también otros hacían lo mismo: te llevaban hasta el umbral de la amistad y, de pronto, ¡mostraban su auténtica faz! Se deleitaban viendo el sufrimiento ajeno, cuanto más mejor, eso les distraía... Lo había olvidado y no tuvo tiempo de prepararse para el otro rostro del amigo.

La alocución sonaba bien, la ensayaban a diario. Todo lo que él le había dicho a su primo, pero convenientemente adaptado, de forma más concisa y empleando otras palabras. El silencio lejano se transformó en un silencio extenso; quedaba más bonito, aunque no entendía por qué.

Hasta que el profesor de pronto se incomodó, frío y negro como un cuervo.

—¡Así no, así no! Tienes que hablar alto, de lo contrario no te va a oír nadie. ¡Alto! Alto, ¿me oyes?

Sorprendido por los gritos, se quedó mudo. Recuperó enseguida la voz para aplacar al furioso.

—«... los hermanos en cuyas manos hemos vuelto a ver cómo es un pan y os decimos: no olvidemos, no perdonemos y castigemos a los...»

—Sí, eso está mejor. Otra vez. Veamos.

Se armó de valor y subió la voz a un tono muy alto, como un abejaruco retozón. La regla saltó impulsada por la mesa.

—¡No, así no, así no! ¿Cuántas veces quieres que te lo diga? Estás pensando en las musarañas. Lo estás haciendo solamente para irte cuanto antes. Tienes que darle tono, ¿lo entiendes? ¿Entiendes? Alto, entonando... Venga, vuelve a empezar con «los hermanos en cuyas manos». Veamos.

La regla volvió a saltar una y otra vez a los gritos desesperados del hombrecillo sofocado por la cólera. Volvió a empezar, agotado, con menos éxito aún.

Tenía que extender la mano. La regla relampagueó fría diez veces sobre los dedos. El llanto no subía, no subía. Gorgoteaba en el interior, lo había detenido a tiempo, por debilidad, por lástima de sí mismo. Pero sentía una opresión en la garganta, como si se asfixiara por el humo. Se rompía otra vez, pero no le importaba. Otro, desprendido de él, sería el que diera la cara en esos lances.

Nadie le había pegado. Ni cuando vio que se llevaban a su padre entre fusiles mientras él seguía jugando en el patio con los niños; cuando lo llamaron *egoísta* no entendió la palabra, únicamente sentía el peso, la culpa, porque que ría llegar lo antes posible al patio, con los chicos que elegían guijarros brillantes para lanzarlos a ras del agua, guijarros que golpeaban el agua con un solo chasquido y llegaban volando a la otra orilla. Tampoco le pegaron en aquellos años, nunca le había pegado nadie hasta ese momento.

Los ensayos se volvieron más y más duros, a medida que el acontecimiento se aproximaba. La víspera –como ya no se podía arreglar nada–, el primo puso en práctica de nuevo, con angelical estupidez, la vieja amistad. Bromeando, para mostrarle que sabía ser joven y viejo al mismo tiempo...

La mano extraña le apretaba ahora, de forma negligente, la suya. El profesor no tenía fuerzas ni rapidez para corregir sus propias intuiciones. Se habría asombrado al descubrir con cuánta atención e indiferencia lo seguía el alumno... Hacía mucho que había aprendido a retirarse bajo la costra pálida del sueño para proteger sus emociones. Sin embargo, ahora se abandonaba a la fiesta, la proximidad del profesor ya no representaba ningún poder. Se dejó llevar, poco a poco, por el frenesí de la multitud a punto de explotar.

El parque estaba lleno de gente. Voces de indignación y de fiesta. Miradas limpias, la brisa mecía las húmedas hojas de los árboles. La mano del profesor parecía inerte, no advertía lo que le ocurría al nervioso muchacho.

Un murmullo atravesó de repente el follaje. Acto seguido, durante un instante, el silencio sobrevoló el parque. De inmediato, la banda de música de los ferroviarios atacó una marcha. A la improvisada tribuna había subido un hombre alto, bigotudo y muy delgado. Habló de la guerra, de sufrimientos y de paz, de venganza, justicia y trabajo.

Detrás del estrado, el chico aguardaba su turno. Le tocaba después del militar, antes de la mujer. La mano del primo, olvidada encima de su cabeza, lo impulsó de un empujón ante la multitud.

Lo subieron a una silla. La animación creció. Luego lo dejaron solo. Solo en el estrado, ante la marea humana. No temía olvidar la hábil concatenación de palabras y la entonación adecuada. Lo aterraba que la silla no lo sostuviese

y se cayera, dando con él en tierra.

Lo esperaban, reinaba un silencio absoluto. Percibía la impaciencia de la gente, su avidez. Se concentró por completo en ellos.

—«Nosotros, que no hemos sabido lo que significa la niñez, que nos hemos alimentado de frío y miedo bajo el cielo de la guerra, nos dirigimos hoy...»

No vio los ojos empañados ni las lágrimas. De pronto, los gritos y aplausos lo volvieron a la realidad, dejándolo estupefacto.

Detrás del estrado, el primo recibía felicitaciones. El aspecto azorado de sus rostros demostraba que el discurso se había pronunciado como era menester, el éxito era merecido. Mientras, los familiares y numerosos conocidos pugnaban, uno tras otro, por abrazar al actor. La avalancha de besos lo dejó exhausto. El respeto con que lo recibieron por la tarde equilibró la situación. Continuamente le preguntaban si quería algo, se acercaban con palabras y gestos indecisos por temor a herirlo.

Durante mucho tiempo, se sintió investido con la toga solemne del triunfo. Se lo recordaban a diario.

Su primo, el profesor, volvió a ser el camarada de antaño. La severidad y los impulsos buscaban ahora otra dirección. Desde luego, estaba convencido de que el chico había olvidado la aspereza con que lo había tratado y de que tales experiencias reforzaban la confianza en las propias fuerzas. Los largos paseos vespertinos se reanudaron. Las conversaciones también. Todo podía ser como antes...

Sin embargo, el respeto de los allegados se había mezclado con nimiedades habituales, reproches y consejos. A veces uno se preguntaba lo que había quedado de aquella festiva circunstancia.

Pero el suceso, siquiera en apariencia, no fue olvidado. Lo recordaban siempre que tenían ocasión. Incluso buscaban esa ocasión y, a medida que la encontraban, se familiarizaban con el gran acontecimiento y se permitían apropiarse de él, cada vez con mayor convicción, como si les hubiese pertenecido a ellos.

En la calle se paraban desconocidos para observar a aquella precoz celebridad. Cruzaban de una acera a otra y se acercaban a la señora de pelo blanco.

–Disculpe, ¿no es éste el chico que habló?

Le acariciaban el pelo. Por un instante, sentía que un invisible polvo áureo se le posaba sobre los hombros. Al poco, todo había desaparecido. Podrían darle una regañina por no haber saludado a la estanquera gorda, por no haberse limpiado las uñas o por estar con las manos en los bolsillos mirando a otra parte, distraído, cuando le hablaban las personas mayores...

Los parientes, sobre todo los lejanos, que no habían participado en el acontecimiento pero que estaban conmovidos por el eco de su gloria, eran quienes más lo hartaban.

–Ay, querida, ¿por qué no venís a casa? Me lo han dicho, claro, tráetelo aunque sea una vez. Te lo suplico, es fantástico...

Durante las visitas, le servían a él inmediatamente después de sacar la mermelada. Lágrimas olvidadas entre parloteo y gritos; cada uno quería tapar la voz del otro, oírse sólo a sí mismo. Tomaban con buen humor el café flojo y dulce.

Siempre aparecían nuevos conocidos, primos terceros por alianza, antiguos vecinos del tullido que llevaba los sifones o amigos de la infancia de los difuntos abuelos. Las gentes se buscaban entre sí para encontrar sus propias costumbres.

El viento de las esperanzas sacudía la pequeña ciudad en los primeros meses de paz. Se vivía con demasiado jaleo, con exceso de vitalidad. La exaltación buscaba su objeto. A menudo estallaba sin más, por exceso de paciencia o impaciencia.

Los parques bullían al son de la música de tango. Visitas, onomásticas, cumpleaños, peticiones de mano y bodas. Especialmente bodas. De los parientes y conocidos, de los vecinos y amigos de los amigos, innumerables bodas. Iban invitados a todas partes para recuperar el tiempo perdido y para convencerse de que habían vuelto vivos y de que volverían a empezar, con fuerzas renovadas, desde el principio. Iba toda la familia, sin olvidar a los ancianos ni a los niños.

... Es difícil decir de quién partió la idea. Desde luego que, en cierto modo, flotaba en el ambiente. Siempre se andaba buscando algo para reanimar el juego y provocar las lágrimas o la risa. Ya no importaba saber quién había

hecho la propuesta. Se acostumbró a ella, todas se convertían rápidamente en algo natural, y se sometió sin reaccionar.

Recordaba la sensación que aquel humo le causó la primera vez, una sensación de ahogo: asfixia y, luego, como si se desgajara de sí mismo. El soldado le había dado un cuarto de pan. Los rostros lívidos del abuelo y de su madre aparecieron estupefactos en la puerta. El chico había vuelto victorioso, ni él mismo podía creerlo. Pero le prohibieron que volviera a acercarse a los centinelas, aunque lo acariciasen o le hiciesen regalos. El que quería seguir siendo amigo del soldado se había desgajado lentamente de él. Las semanas siguientes, bajo las dentelladas del hambre, sintió a menudo el humo de aquel desgarro; se había habituado y esperaba en calma las convulsiones.

De aquellos recuerdos lo sacaba el golpe de platillo del batería, que interrumpía el baile y separaba a las parejas. Seguía un momento de ternura.

–Les pedimos silencio, por favor. Tenemos un invitado de honor.

Lo subían a una silla y a veces a una mesa. Los convidados preparaban los pañuelos. Junto a la puerta, el joven acariciaba la espalda de su compañera. A los pocos instantes, cuando estallaban los aplausos, la abrazaba con súbita pasión.

Subido al pedestal, el invitado cumplía su papel. El cuello blanco de la camisa le iluminaba el pálido semblante. Rasgos delicados que el cansancio tornaba frágiles. El humo ya no lo asfixiaba sino raras veces. La ruptura tenía lugar sin dolor. Parecía que otro recitaba delante de él aquel patético discurso. Ya se había acostumbrado a lo que le sucedía.

Seguían los aplausos y los abrazos. Los recién llegados repetían los gestos de los presentes en las fiestas anteriores. Quienes lo habían acompañado a otras bodas, parientes cercanos o convidados habituales en todas las bodas, ya se sabían el número y le esbozaban de antemano una sonrisa de complicidad.

A duras penas escapaba de los agasajos y felicitaciones de los convidados. Finalmente, llegaba ante una grandiosa porción de tarta. Le traían también una copita de vino. Había advertido que los músicos recibían una copa mayor. Solía quedarse apartado junto a los de la orquestina.

Olvidado en un rincón, junto a los estuches de los instrumentos, perdido entre lánguidas melodías, se remontaba al pasado, entre los rostros de entonces. El abuelo, antes de que lo abatiese la enfermedad, cuando le posó su mano grande y vieja en el hombro... El médico llorando la primera noche de pillaje junto al puente, cuando irrumpieron los centinelas, después de sacarlos de los vagones, para robarles las ropas, las sortijas y todo lo que aún les quedaba.

Sólo su tío fue de los pocos en conseguir salvar el dinero. Debía de haberse llevado consigo bastante dinero. Lo escondió tan bien que salió airoso de todos los cacheos y palizas. Que había logrado salvar el dinero es algo que comprendieron pronto, por los grandes trozos de pan y mermelada que compraba. Allí se cambiaba un abrigo por dos rebanadas de pan, pero eso al tío no le preocupaba. No obstante, iba a casa de él a pedir dinero prestado... Cantidades insignificantes, para varios días –ni que decir tiene que no las usaba–, y las restituía siempre con puntualidad. Pero cuando enfermó Mara no le consintieron seguir con el juego.

–¿Qué haces aquí? ¿En qué estás pensando?

Una mano pesada le apretaba la nuca. Algún juerguista lo descubría detrás del contrabajo y lo sacaba de su abatimiento. Lo levantaba y se lo devolvía a los suyos o bien, llevándolo a rastras hasta la mesa nupcial, obligaba a la novia a concederle, en señal de homenaje, el baile principal de la velada. El novio consentía con una inclinación.

Trataban de imponer silencio, pero la algazara continuaba. Se apartaban las sillas y la música imperaba. La novia fue hasta el centro del salón para honrar al célebre actorcito. Dirigía con discreción sus pasos y de vez en cuando se inclinaba sobre él y le sonreía. La música cumplía con su obligación, él aceleraba los pasos y contaba uno a la izquierda y dos a la derecha, tropezaba en los faldones blancos, demasiado largos, y la hebilla y la lustrosa lengüeta negra de los zapatos se enganchaban en el primoroso volante del vestido. El baile con la novia no era un momento festivo sino más bien una pausa. Veía a la gente cuchicheando en grupos, distraídos, tambaleándose congestionados por la comida y la bebida.

Algunas veces, la diligencia oratoria quedaba recompensada por la suerte de conversar con el suegro de la novia, quien le hacía sitio junto a él en la cabecera de la mesa para asombrarse y convencerse, poniendo gesto de sabio, de la precocidad del héroe.

Mas, atrapados por la música y la bebida, volvían a olvidarse de él, junto al estuche del saxofón. Los músicos oficiaban de forma concienzuda estimulando el regocijo. En el salón, donde el ambiente se caldeaba, se levantaban el polvo y el vaho del sudor.

Se retiraba detrás del batería, se balanceaba en la banquetta estrecha y frágil y se apoyaba contra la pared. El frenesí aumentaba, recordaban a sus muertos y sus sufrimientos. Lloraban, lanzaban billetes a la orquestina, pedían piezas populares y romanzas, se abrazaban.

... Finalmente, el tío apareció. Contempló a Mara, consumida por la enfermedad. Lamentó la desgracia y les pidió, a decir verdad con cierta turbación, un préstamo hasta el día siguiente. La madre no le contestó, ardía de ira, eso se veía claramente. Era su hermano, la vergüenza había colmado el vaso y ya no lo soportaba. No le respondió ni a la segunda ni a la tercera vez; él repetía su petición cada vez más incómodo. Ella se limitaba a mirarlo largamente a los ojos. Al rato, le dijo con voz cansada:

–Siéntate un momento.

El tío se inclinó y se sentó, avergonzado, tal y como le habían pedido. A la media hora, se marchaba con el chico, lo tendría dos semanas con él hasta que se restableciera Mara, para evitar que lo contagiase. Se comportó con el chico con sorprendente miramiento. Le proporcionó una manta solamente para él. Dormía envuelto, como si estuviese dentro de un saco, y no sentía la humedad del suelo. Durante dos semanas también tuvo comida. Su tío le traía a diario pan, lo mimaba, lo protegía y fruncía el ceño siempre que su mujer ponía mala cara por las atenciones dispensadas al huésped. La tensión creada en torno al tío lo cansó, deseaba que todo acabase cuanto antes para volver a casa.

–¡Vamos, caballerito! ¿Qué haces ahí tan escondido? Corre a ver al renacuajo...

Aconteció en un bautizo, no tendría que haberse escondido nada más llegar. Los bautizos no duraban mucho. Había aprendido el ritual de las fiestas; solían repetirse.

Una vez se despertó a medianoche. Se levantó aturdido, por lo visto se acordó del discurso, miró como a través de la niebla el desorden de la sala y la actitud desabrida de las parejas. Su actuación había tenido lugar mucho antes, probablemente había llegado el momento de acercarse a la novia, pues el resto del programa ya lo había cumplido. Avanzó soñoliento hasta la cabecera de la mesa y se encontró ante una abuela gorda vestida de blanco, con la coronita, de rostro emplastado y por cuyas mejillas de engrudo chorreaban harina y almíbar junto al sudor. No se trataba de una boda de verdad, sino que era un aniversario, unas *bodas de plata*... Demasiado tarde, la vieja ya lo había visto. Tenía prisa por atraérselo y le sonreía con sus dientes grandes y metálicos; para congraciarse con él, le tendió las manos manchadas de la salsa del asado. En el plato que tenía delante se deshacía la mitad de la tarta que estaba comiéndose. Insistía, le dio su cucharilla con manchas de carmín... Vio los pepinillos en salmuera, las sobras de la gallina, el arroz con salsa de tomate y el cuenco hondo con nata. Tambaleándose de asco, llegó al rincón de la orquesta y se agarró con todas sus fuerzas a la silla. Lo levantaron a duras penas, se caía de sueño, el salón estaba manga por hombro, como después de un terremoto, aún hizo unas evoluciones con la vieja novia. Por la mañana lo encontraron en la cama, en casa de unos vecinos, donde lo habían dejado.

–Eh, vamos, que ya es de día...

Más fiestas y más bodas. En adelante, el futuro sería diferente, eso de cían; pero se desvivían por encontrarse unos con otros por si acaso ocurría algo malo. El ajeteo les servía de aguijón, tenían que recobrar fuerzas para ponerse en movimiento de nuevo. El semblante delicado del mancebo subido a la silla los enternecía, las palabras del discurso hacían saltar las lágrimas y los volvían más obstinados.

A veces, el discurso se dejaba para el final o incluso se olvidaba. El protagonista se deslizaba entre los músicos; entre ellos se sentía a gusto.

Otra madrugada más. Sus movimientos eran inseguros. El aire fresco entonaba los párpados. De nuevo daba la impresión de que se desprendía otro de él... Como cuando venía el tío a pedir dinero para que no le pidiesen a él... O cuando tendió, culpable, la mano y su primo el profesor lo golpeó de tal forma que pareció cortarle todos los dedos.

Desde entonces buscaba al primo en aquellas fiestas. Para verlo domeñado por el cansancio provocado por el vino y la comida. Pero no aparecía. Decían del profesor que estaba «completamente trastornado», faltaba de casa durante días y a veces semanas para irse al campo con un equipo de agitadores insensibles al hambre y la fatiga. Estaba más delgado, casi encanijado, siempre impaciente, según decían, por volver a marcharse.

Aquella inusitada mañana volvió a ver pancartas, banderas, las vivas miradas de los hombres, las calles doradas y la algazara festiva del parque. De pronto, cayó en el hervidero de los aplausos, la piel se le hinchó, se puso roja... Pero no, eso fue en otra ocasión, cuando lo curaban de la sarna con piedra lipes y lo tenían sujeto para que no se escapara. Recordaba cómo se alejó, de forma paulatina, del primo porque la amistad resultó ser una trampa, y eso le sirvió de aviso para permanecer siempre alerta.

Nuevamente llegó la noche, el salón iluminado por bombillas y velas, la novia pálida sonriendo junto a su suegro.

Sus amigos los músicos daban la señal. Un potente golpe de tambor y dos palmetazos a los platillos y se hacía el silencio.

—Ahora una sorpresa. Nuestro joven...

Colocaban la silla, los asistentes se reagrupaban, levantaban al solista y lo colocaban en el podio.

—«Nosotros, los niños que no hemos sabido lo que significa...»

Después la tarta, el vasito de vino, los horrores del pasado y la noche arrastrándose hasta la madrugada. Las noches discurrían lentas, se serenaban a altas horas, y las voces se volvían roncas y estropajosas. Después la madrugada, como siempre, fresca. Como si fuese primavera, el viento enturbiaba las miradas, el orador elevaba por encima de la muchedumbre su emoción y los viejos horrores que lo sofocaban. El cieno de las noches se hacía fluido y se perdía con las primeras luces.

Las madrugadas aleteaban de nuevo, tenues, sobre la costra negra y gruesa de la noche anterior. La mirada resucitaba, como esos días que llevaban consigo la luz y la alzaban.

El cielo brillaba como un cuchillo nuevo. Ya de madrugada, sentía el ahogo, el humo. Se tambaleaba, mareado por el cansancio y la tristeza.

Las señales horarias

Al tendero le gustaban las novedades y los chistes. Los clientes un poco tocados del ala le animaban la jornada. Todo lo tocados que fuera, pero que se les notase. Estaba convencido de que los taciturnos ocultaban cosas mucho peores.

Cuando se abría la puerta de la tienda y sonaba la campanilla, el señor Albu levantaba un rostro tranquilo, dispuesto a recibir noticias frescas o un buen chiste. Pesaba la bolsa vacía, metía sin prisas el librador, pesaba la bolsa llena y esperaba a que la aguja de la balanza se parase. Rehusó darles a algunos clientes sus caramelos preferidos confesándoles que estaban pasados. En cambio, recomendaba una variedad nueva, algo más cara, es cierto, pero selecta, absolutamente selecta, «una rareza», repetía varias veces con su voz fuerte y cálida.

No se habría reído de la *radio-jaula* para electrocutar ratones y ranas; habría podido admitir que el *mazapán* era un animal alargado que devoraba las llanuras saltando con sus tres patas.

Siempre había vivido en su casa, nunca había salido de su pueblo. Tuvo tiempo de crecer con las cosas y palabras, de convivir con ellas. Como todos los que no salen de su pueblo y de su tiempo, el señor Albu dominaba tranquilamente las nociones a las que se había habituado. Nunca hubiera imaginado lo que en algunas mentes puede desencadenar una palabra desconocida... Tampoco se preguntaba lo que se les pasaba por la cabeza a los demás. No podía saber el susurro que hacía una *veilleuse*, un barco pesado, rojo, ancho y profundo, que se mecía en las aguas; ni sabía que el *Madagascar* podía ser un árbol del que uno cogía granadas; ni que el *despertador* era un barrena negra con espirales puntiagudas y hojas de sierra.

Sin embargo, aceptaba las cosas más estrambóticas. Quería oírlas, verlas, conocerlas y acostumbrarse a ellas. Por ejemplo, aquella increíble tarde iba a asistir a la primera visita del novio de su hija.

Menos contento que su mujer, pero divertido por el nerviosismo de la joven, adoptó detrás del mostrador un aire de plácida benevolencia. A ratos, acodado sobre el mostrador, sonreía.

El señor Albu escucharía sin duda el trajín que se traían en la habitación contigua con los preparativos. Le parecía extraño que ellos mismos, los padres de la muchacha, e incluso la muchacha, prefiriesen a aquel chico mesurado y callado, acostumbrado a sufrir. Le parecía raro, pero no descubrió ningún resquemor al constatar eso... El joven y sus padres se habían alojado en la casa del director del liceo. El que fuesen parientes de éste –según decían– había pesado lo suyo.

El señor Albu ya había visto al pretendiente. Cuando lo llamaron para entregarle los libros y la corona de laurel, se demoró un poco en acercarse a la cátedra, fascinado por la señorita que lo había precedido. La señorita Albu también observó el atolondramiento de su compañero, su palidez y su mirada ceñuda cuando aceptó el paquete, demasiado pesado para sus brazos delgaduchos.

Concedía el señor Albu que ese chico no era el prototipo de la fuerza y el valor. La chica aducía que no les habían advertido que tuviesen atenciones especiales con él. Desde el principio lo miraron con gran curiosidad. Pero el prestigio se lo ganó por sí solo: leía bien, con una entonación rara, la clase se quedaba de piedra y en aritmética no había peros que poner pues daba el resultado enseguida sin tener ni que coger el lápiz. Había venido cuando el curso académico tocaba a su fin, si bien se ignoraba de dónde. No era cierto que se hubiese aumentado el número de premios a seis para incluirlo a él. Ella decía, acalorada, que el recién llegado se merecía, de cualquier modo, el premio. Desde luego, seis primeros premios parecían muchos. Pero, conociendo al director, uno podía tener la seguridad de que nadie recibía un premio que no se mereciera. Retraído y modesto, el nuevo compañero no se mezclaba con los demás ni ambicionaba ser el primero de la clase, proseguía ella subiendo el tono para defender a su elegido.

El señor Albu observó durante el acto de la entrega de premios a los padres del muchacho, en un lugar retirado al fondo del salón. También ellos tenían un aspecto deplorable, consecuencia de los horrores que, según se decía, habían soportado. Piel y huesos. La debilidad y el miedo se percibían en los gestos inseguros del galardonado. Tenía un aspecto preocupado y serio que, forzoso era reconocerlo, lo diferenciaba de los otros muchachos.

... Si no hubiese estado frente a los anaqueles, si hubiese estado mirando la calle a través del escaparate, como solía, el tendero habría comprendido que el invitado no se aclaraba con las calles, casas y tiendas de la pequeña ciudad. Cuando, después de pasar por la calles Rădăşenilor y Halei, llegó por fin ante la CONFITERÍA ROZINA en la calle Beldiceanu, se quedó inmóvil apoyado en la barra dorada. Miraba un carro cargado de cestos con tomates relucientes que se balanceaba arrastrado por un caballo viejo y gris de crin larga y sucia. Se diría que no tenía ningún deseo de moverse de donde estaba.

Inclinado sobre las cajas y atento solamente a las voces de la habitación contigua, el tendero no lo veía. «Limpia la lamparita.» «Pon bien el cobertor.» «¿Tengo que ponerme la cinta rosa?» «El polvo del despertador.» «Y el de la radio.» «Sobre todo la mesilla de noche, el despertador y la radio.» «¿Has traído los cruasanes? Pon más trufas y gelatina. Sí, también las *mentiras*. Eso es. Y el mazapán.»

De espaldas, el señor Albu no vio por el escaparate que su invitado, cuando asió el picaporte, se puso de puntillas para apretar con todas sus fuerzas.

Empujó la puerta, dio un paso y sonó la alarma. Retrocedió asustado y desconcertado. Todavía estaba en el umbral, con la mano en la puerta entreabierta y ensordecido por los locos campanillazos.

–Entra, joven, sin miedo. Entra.

Entró sin soltar el picaporte, la alarma seguía, pero el señor Albu ya se encontraba cerca. Acarició el pelo planchado y seco del invitado y le soltó con suavidad la mano del picaporte. La puerta volvió a su sitio, el ruido cesó como por ensalmo, engullido por un largo silencio quizá más intenso todavía.

«Casi elegante. En cualquier caso, bien arreglado y limpio», constató el tendero. Desde luego, al candidato lo habían preparado con esmero. Sandalias recién lustradas y calcetines blancos y limpios. Los pantaloncitos azules,

anchos, a la altura de las rodillas, ondeaban sobre unas piernecitas flacas. También llevaba cinturón, casi en buen estado. Camisa blanca de manga corta y ancha hasta el codo, cuello duro doblado sobre el del muchacho, largo y amarillento. Raya a la izquierda, pelo alisado con cepillo y con fijador, como un casquete. Mirada profunda e insistente.

Para honrar el acontecimiento, el tendero se había puesto, bajo la bata blanca y tiesa de farmacéutico, una camisa blanca y nueva y una corbata gris plata de grandes lunares blancos. Hombre contento por vivir el lado agradable de los acontecimientos, estaba ensayando un papel que no tendría que representar de verdad hasta muchos años más tarde.

Ayudó a su invitado a subir los dos peldaños que conducían a la trastienda y le abrió de par en par la puerta. Él se quedó en la tienda y entró al rato.

La marcha algún día de la encantadora criatura, así como la elección de otro protector, acarrearía una gran dosis de melancolía, pensaba con sabiduría el panzudo señor Albu mientras bajaba la persiana para cerrar la tienda. Se imaginaba al invitado saludando con una reverencia y besándole la mano a la señora y, después, yendo a sentarse, pálido de emoción, junto a la niña.

El tendero entró en la estancia diez minutos después. El convidado se hallaba, como un pasmarote, ante un plato de dulces y no miraba a sus anfitriones.

El dueño de la casa examinó a su familia y lo comprendió. Doña Sophie, apoyada contra la estufa de terracota verde, se había puesto las manos en la nuca. El vestido encarnado, fino y ceñido, el cinturón ancho de piel, el pelo recogido en un moño negro, la pereza, el calor del cuello grácil y blanco... El señor Albu comprendía por qué se sentía cohibido el convidado.

Su hija llevaba el mismo vestido de seda blanca que en el acto académico. Trenzadas de espeso pelo negro y mirada intensa. Frágil, elegante y solícita con el elegido de su corazón.

El señor Albu se volvió otra vez a la dueña de la casa, se quedó contemplándola un rato y ya no vio a nadie, no observó que el muchacho procuraba no mirar la estufa de terracota y vacilaba al escoger los dulces. No obstante, el tendero pareció adivinar lo que sucedía y presintió lo que iba a seguir.

–Prueba primero las *mentiras* –propuso la señora.

El chico se estremeció, cerró los ojos, obedeció y vio sapos pequeños de color café y lengua larga y verduzca de la que salía veneno. *Mentiras* a centenares, por la hierba gruesa y alta, saltando bruscamente, demasiado tarde para defenderse de su silbido sutil y frío.

Podemos pensar que Albu había intuido que el invitado no aceptaría con tranquilidad las palabras aunque las comprendiese. Sophie estaba demasiado cerca, su voz quemaba el aire. Querría evitar una nueva situación embarazosa, pero la dueña de la casa no reparaba en la timidez del convidado, le importaba un comino haber hablado en otra lengua, se acercaba más para hacerle perder los estribos con su calor y protección.

–Explícame cómo es que sabes hacer las cuentas tan bien. Sobre todo porque, según me han dicho, entraste en el liceo directamente en segundo.

El señor Albu aguardaba a que se apagase el eco. Esperaba así ganarse la confianza del muchacho. De modo que repetía las palabras de su mujer, convencido de que, en esta ocasión, el invitado sí las oiría.

«No es tonto, sólo un pánfilo», pensaría probablemente el anfitrión, satisfecho de que el joven hubiese entendido cómo podía salvarse.

La señora se admiraba, con su voz pajarera, de las cosas *interesantes* que el chico había contado de su abuelo y de sus ejercicios de escritura y lectura, sin papel ni lápiz. Mientras el invitado recuperaba el aliento, Albu aprovechó el momento para ponerle el plato ante sus narices e indicarle lo que había de hacer.

–Coge ésta, parece buena.

El chico ya no cerró los ojos para ver a los sapos silbando por todos lados; simplemente esbozó una sonrisa que estimuló la complicidad del suegro. El señor Albu consideró que ése era el momento clave de la velada. Pero el momento cumbre de la visita vendría más tarde, mas eso no podía saberlo.

Después de que el premiado hubo engullido bastantes *mentiras*, la dueña de la casa se envalentonó.

–Toma también *mazapán*. Está muy rico.

Perplejo, el forastero volvió a mirar el plato: vio al animal saltando por los pastos; la gruesa cola, como si fuera una tercera pata, tocaba de vez en cuando la tierra. Todavía no había oído a las *trufas*, con su piel aterciopelada, frotándose contra la corteza de los árboles y levantando, asustadas, el morro húmedo de la hierba con los ojos salientes y lacrimosos; no había encontrado *pasas*, aunque sí moscas asquerosas, perezosas, tiernas y calientes; tampoco había oído a las *avellanas* gorjeando entre las ramas.

El señor Albu contenía la respiración. ¡Fue un milagro, algo *celestial!*, contaría él después: el chico puso la mano, sin saberlo, ¡en el mismísimo *mazapán!* Tenía los ojos cerrados y con los dedos apretaba la gruesa cola del animal que jadeaba; entonces, alzó los ojos, aún más pálido, y les sonrió, como queriendo decir: que sea lo que Dios quiera.

La elegida hacía ondear sus rizos negros. Encendieron el *candelabro* y Rozina propuso, girando su rutilante cabecita bajo el haz de luz, que pusieran la *radio*. El invitado sólo oía ya los trinos de la dueña de la casa, *inspirada, qué inspirada has estado, Rozi*. La muchacha se acercó a la ratonera y la encendió. La tela de la caja vibró, como si los roedores del interior se hubiesen despertado de repente. La *radio* se estaba calentando hasta que surgió una voz humana:

–Señales horarias.

Entonces ellos miraron el pez redondo y azul que trepidaba sobre la radio. La tela de la *radio* y el *despertador* experimentaron simultáneamente una pequeña vibración hasta que el gong los golpeó tres veces.

–Son las seis de la tarde.

Surgió una delicada melodía. Músicos enanos, de la altura de una aguja, con instrumentos pequeños como puntas de lápiz. El primer violín miraba con atención a través de dos gruesas lupas. La invisible orquesta estaba apiñada en un rincón de la caja donde los ratones habían empequeñecido, electrizados por los valeses. El milagro de la orquesta oculta en la caja duró cosa de media hora, pero tampoco representó el momento culminante de la tarde. A continuación, la señora le dijo a Rozina:

–Enciende la *veilleuse*.

El muchacho esperaba que se prendiese fuego a la cóncava barca que se mecía en la ribera del turbio río, pero ellos no lo sabían y apretaron muchos botones. Tampoco fue éste el momento culminante de la tarde, como no lo había sido el comienzo de la visita, cuando la señora se puso las manos en la nuca ni cuando se produjo la invasión de *mentiras, trufas, pasas, avellanas* y corría el *mazapán*.

Otra cosa fue lo que quedó de aquella velada durante muchos años.

... La visita transcurrió, sin la menor duda, cada vez mejor, de forma más natural; el señor Albu comprendió perfectamente qué es lo que nunca hubiera aceptado. Finalmente, sopesó con gran atención al candidato. «Simpático, tal vez, pero que se lo queden otros», diría el gordinflón.

Como había concluido sus cálculos, ya no observó al invitado cuando dieron las *señales horarias*. No vio la mirada estupefacta con que los observaba mientras ellos, incluida Rozina, ajustaban la hora de los relojes girando la ruedecita dentada, pero sin que ninguno se acercase al *despertador* que, naturalmente, se la ajustaba por sí solo al estar colocado directamente encima de la *radio*. Aunque hubiese previsto cuántos años todavía pensaría el crío una estupidez semejante –que todos los *despertadores* colocados encima de la *radio* se ajustan por sí solos, por el mero contacto con la caja del receptor, y mostraban la *hora exacta*–, el señor Albu probablemente no habría tenido nada que añadir a las conclusiones de la visita: «Me gustaría verlo dentro de diez años».

... Lo habría visto ya en la capital, entrando en el fresco vestíbulo de un elegante inmueble entre las calles Batiștei y Vasile Lascăr. Entretanto, es de suponer que hubiese resuelto el misterio del mecanismo de la hora exacta y quizás algunas maravillas más. En diez años se adquiere cierta seguridad en el manejo de las palabras, el tiempo empieza a correr en el sentido de las costumbres, igual que para aquellos a quienes no los habían sacado de su rutina. Saludó al portero, éste le devolvió el saludo, pues lo conocía, y luego se acercó al ascensor y apretó el botón.

Desde luego, se había familiarizado con cierto lenguaje, ahora sí reconocía los objetos, la condición y funciones de las cosas por su nombre. Aunque seguían manteniéndose para él a una distancia que, a menudo, los volvía inconcretos y contradictorios. Como si, en algún momento, hubiese

podido poner en duda su existencia o cambiarlos entre sí sin por ello alterar el equilibrio, el caos o la niebla en la que, en cierto modo, vivían. En la que también él vivía, de forma irreal. Como si los acontecimientos concretos, sobre todo cuando más lo oprimían, hubiesen podido liberarlo. Todo un juego: despertarse aturdido, en el vacío, sin reconocerse, o no despertarse más, lo que no cambiaría nada.

Quizá por esas razones se había vuelto tan puntual. Cuando el ascensor llegó, consultó su reloj. Las ocho menos tres minutos. El señor Alfandari no lo tragaba por tal motivo. Pero a él la puntualidad lo tranquilizaba: le daba cierta seguridad —la ceguera—, como si se le concediese un aplazamiento, una protección.

Últimamente, el señor Alfons Alfandari ya no ocultaba su acritud, cada vez más convencido de que Rita estaba liada con un compañero. La muchacha se retrasaba con frecuencia y entraba en casa de puntillas pasada la medianoche. Algunas veces ni la oía, quizá ni viniese en toda la noche. Lo que a él lo irritaba era la elección. No tragaba a los tímidos: los sujetos educados, callados y puntuales tenían mucho que ocultar. En realidad, lo que temía no es que el provinciano fuese educado, callado, tímido y puntual, sino justamente lo contrario, pero que lo disimulara. Estaba convencido de que estos camanduleros acababan estallando con una ferocidad sin igual.

Sobre todo porque, desde hacía un mes, de pronto la señorita había dejado de salir de casa. Permanecía en su cuarto con la luz encendida hasta altas horas. Aparecía al amanecer, descompuesta y distraída. Se quedaba con los ojos clavados en el teléfono. La cara blanca y con expresión desesperada durante días seguidos, hasta que, por fin, oía la voz anhelada. Sus conversaciones no tenían ni pies ni cabeza, la mayor parte del tiempo guardaban silencio.

De espaldas, fingiendo buscar algo en la cómoda, como tenía por costumbre cuando urdía algo, la señorita debió de comunicarle a Alfons, así por las buenas, la noticia de la fiesta. Él no le contestó. En definitiva, ya estaba acostumbrado a sus guateques desde los años del liceo y, ahora que andaba mezclada con gentes de cualquier ralea, no le interesaba. Ella se volvió de repente para que él la viese. Tenía mal aspecto, la torturaba el gazmoño aquel.

–Como quieras, querida. Yo voy a salir. Tengo partida de bridge con Mitu.

–Me gustaría que te quedases –insistió la muchacha.

Alfons habría preferido no acordarse de aquel niño. Rita siempre había sido una extravagante y quizá se sintiese atraída por los bichos raros. Tipos inseguros que no saben lo que quieren y que por dentro parecía que se los comía la sarna. La puntualidad podía ser algo más que una falta de buen gusto.

El ascensor llegó al tercer piso y el invitado volvió a mirar el reloj. Las ocho menos un minuto. Desde luego, debería haber esperado siquiera unos minutos delante de la puerta. Cierta retraso era conveniente. Así lo exigía la placa plateada de la puerta donde rezaba un nombre grabado en metal: DR. ALF ALFANDARI.

El eminente Alfons apareció en la puerta, frío pero amable, ataviado con un traje gris claro que le realzaba la silueta. Barba recién arreglada; la agitaba a guisa de saludo.

–Pasa, amigo mío, pasa, ánimo.

El reloj de pared tapó la voz grave del dueño de la casa. Las ocho. «No va mal arreglado el chico», pensaba el doctor Alf Alfandari. Traje limpio, azul marino, recién planchado. En la señora Alfandari el estudiante posiblemente habría encontrado un aliado si ella no hubiese estado siempre en otra parte, vengándose de las desdichas matrimoniales. Habría congeniado con el yerno y le habría descubierto un sinfín de cualidades, pensaba Alf.

El provinciano se arregló con un gesto rápido el pelo abundante y rizado y vio a través del espejo, a sus espaldas, que el padre de Rita estaba observando atentamente sus zapatos. Viejos, es cierto, pero después de darles una buena capa de betún y de lustrarlos un rato con un paño de fieltro brillaban y mucho.

Rita lo estaba esperando con un vestido suave al tacto, granate y muy ajustado al cuerpo. El pelo negro recogido sobre la diadema dejaba al descubierto un cuello delicado y una cálida nuca. Se llevó perezosa las manos detrás de la cabeza y, seguidamente, se pegó a su adorado sin el menor recato. Pálida, no dejaba de mirarlo, esperando el perdón, la promesa, la propuesta, cualquier cosa. Llevaba casi un año dejando que las tribulaciones de aquel pollo le afectasen también a ella, pero lo hacía con alegría. Sabía que eso

contrariaba a Alf. Éste afirmaba que ella elegiría a un aventurero. Necesitaba un aventurero..., aunque parecía increíble, aquel chicuelo era la prueba. Alf estaba emperrado en que acabaría con un aventurero.

Uno tras otro, iban llegando más amigos. Alf los miraba sonriente, como si fueran hotentotes. De manera que era con éstos, que se habían empeñado en ser ingenieros de algo, con quienes alternaba lady Rita. Tarde, según habían quedado, apareció también Lică. Con botas para la nieve, como había planeado con su amigo, el novio. Llevaba un chubasquero raído y tiritaba de frío. El dueño de la casa ya se había ido a su partida de bridge.

Se desató el jolgorio y se emborracharon enseguida. Bebidas caras, bastaba con un trago. Se tambaleaban, eran demasiado jóvenes para semejantes bebidas. La mente se incendiaba con rapidez, pequeñas llamas azules mordían la oscuridad; las miradas se perdían cuando querían concentrarse; de repente, habrían podido ver sus rostros de diez años después, cuando estuviesen diseminados cada uno por su lado. Rita con su distinguido Westminster o Wilkinson; Lică siempre bien lejos, en Maramureşo en Madagascar, como soñaba. Quizá coincidiesen en alguna parte y Lică le contase lo que pasó aquella noche, y lady Winston se reiría a mandíbula batiente. Conque un objeto desconocido, el bidé, ja, ja, ja, qué maravillosa y descocada juventud, un país cada vez más olvidado y extraño, ja, ja, ja, conque no sabían para qué servía, ja, ja, ja, la felicidad de otro mundo, ja, ja, ja, por eso había huido..., había desaparecido sin dejar rastro aquel lunático impaciente e incómodo..., aquella inquietud, ja, ja, se llevó consigo la inquietud, siguió siendo el mismo adolescente de antes, desde luego, un déspota frágil, cándido, imprevisible, ja, ja, ja, incluso lady Wellington enmudecería de repente. Pálida y con la mirada perdida. Así sucedía. Cuando uno menos se lo esperaba, se veía de pronto delante de otra persona surgida del cielo o del infierno durante una fracción de segundo, pero real y asombrosa. Y Lică miraría a otro lado respetando el silencio, la verdad que la mujer había descubierto. Pasara lo que pasase entretanto, llegase a Mozambique o a Mónaco, Lică no perdió su buen humor, su extraordinario buen humor y su pudor. Un gigantón atolondrado, pendenciero y gamberro, que valía tanto para un barrido como para un fregado, no había perdido su pudor, eso seguro.

... Entonces entraron juntos en el cuarto de baño, tan lujoso que parecía un salón de baile. Más fuerte, consiguió empujar la puerta y cerrarla con llave. Luego dio con el interruptor, junto a la puerta. Licã era fuerte y logró girar el conmutador. La bombilla se iluminó sobre el lavabo. Licã volvió a girar y se encendió una lámpara en el techo. El baño parecía un salón, y se quedaron embobados, sin saber qué hacer. La tina verde, con escalones, armarios blancos, el lavabo rosa y la ducha dorada detrás de una cortina impermeable azul. Tarros, cepillos, frascos, la esponja redonda amarilla y la esponja cúbica roja. Dieron unas vueltas aturridos en el salón de baile, no recordaban a qué habían ido allí. Se sentían a disgusto, en aquella casa sobraba espacio por todas partes.

De pronto se encontraron ante los dos recipientes de porcelana blanca. Parecían idénticos. Aunque uno era más estrecho, con grifos plateados. Habría sido menester un letrerito, alguien que diese una explicación, había bastantes obtusos.

Se inclinaron. Licã comprendió que, pese a todo, el novio no estaba bastante borracho. Conocía muy bien al bobalicón de su primo. Licã titubeó porque, dondequiera que se encontrase, seguiría siendo púdico, eso seguro. Los dedos temblorosos de la mano derecha trajinaron con los botones hasta que lograron desabrocharse. Se inclinaron sobre los recipientes que parecían idénticos. No podían hacer otra cosa, no eran culpables, no tenían conciencia de serlo. Como eran púdicos, miraron con embarazo el reloj que llevaban en la muñeca izquierda.

La radio estaba muda, al otro lado habían apagado las luces y las parejas bailaban en la oscuridad sin música. Para no oír lo que se oía y para no verse el uno al otro, se inclinaron aún más sobre la mano derecha, como si se protegieran. Rebeldes, tímidos, vergonzosos y solitarios. Huérfanos furiosos si hubiese sido posible; fieras ciegas de la selva si hubiese sido posible. Pero lo único que podían hacer era mirar con preocupación sus relojes.

El cuento del cerdo

... ¡Dios santo, los abrazos y gimoteos fueron inimaginables! La gente del lugar adonde regresábamos parecía sana, sus casas bien equipadas, los niños bien alimentados y muy alegres. Y nosotros aún estábamos vivos, insaciables y dispuestos a divertirnos con ellos, como si el mundo hubiese vuelto a ser nuestro. Envejecidos pero sanos y salvos, llegamos con el buen tiempo que se pronosticaba. Cándidos y añejados, como el viento de aquellos meses de primavera. Cinco años parecían haber desaparecido sin dejar rastro.

Otros, cuando piensan en el lugar y el momento de aquel memorable retorno, sólo recuerdan la luz que brotaba en las calles.

El regreso no había sido en una alfombra mágica. Meses y meses arrastrándonos aturdidos por el rugido de los cañones y ofuscados por el hambre, siguiendo al ejército. Luego el tiempo se condensó, dando la sensación de ser un vuelo de un segundo de duración sobre un puente de oro entre dos mundos. Nadie había tenido tiempo de prepararse para el encuentro con el otro mundo.

Una avalancha de rostros, palabras nuevas, casas, flores, canciones, parques y familias a la vez. De la tierra había brotado un mundo ruidoso, besucón y plañidero que nos tenía por suyos, que se consideraba desde siempre emparentado con nosotros. Las primeras comidas, la ropa, la cama, los primeros regalos. Los primeros reproches, el bigotudo que afirmaba ser padrino sólo dio una almohada; fulano, una especie de primo de la abuela, trajo una tetera vieja, mientras el otro, el payaso alto con gafas, acudió cargado con vestidos de mujer, camisas y zapatos e incluso trajo unos candelabros. Nadie lo hubiera esperado de él.

La sorpresa de un pueblo que vivía en una nube, de casas blancas y tranquilas perdidas bajo los frondosos árboles de calles por las que pasaban balanceándose coches de caballos. ¡Una metrópoli! ¡Un cuento de hadas!

Estupor ante las maravillas y sosiego y terror en una casa; encanto porque era precisamente aquella casa; estupor, hechizo y miedo ante lo que sucedía en su interior.

Horas y horas hundido en el diván. Todavía no habían aparecido los ángulos y triángulos del libro de geometría, la intersección de tantas rectas de colores, signos mágicos que se reflejaban formando rayas en el espejo; tampoco el disco de la bicicleta ni los gritos que agujereaban las paredes como si fuesen proyectiles. El diván se hundía igual que el techo y que la franja de la ventana, por la que, de vez en cuando, a través de los ojos de las cortinas, penetraba el torrente rojo de la calle, cuando el sol levantaba llamas rojas, de sangre. En ocasiones se entreveían los bordes de las tapias, las bóvedas sobre las puertas, el cuadrado opalino del techo, ángulos de color rosa y verde debido a los excrementos de las moscas, los numerosos e inesperados cuadros que las manchas de polvo formaban en el enlucido viejo, el brillo momentáneo de los anillos de los cortinajes. Luego las sillas, carros de combate alrededor del campo de batalla de las libretas, reglas, escuadras y tizas de colores.

Después, el espejo fulminado por el rayo: líneas paralelas cortadas por una secante. En cierto momento se oyeron palabras que venían de lejos. Dos paralelas cortadas por una secante, la convergencia de las bisectrices. El punto geométrico de la intersección de las medianas de un triángulo isósceles inscrito en... Las palabras se acercaban cada vez más. Medianas, pirámides, arco seno alfa. Rectas de colores de las que salían unas serpientes delgadas llamadas beta y cotangente. A veces, se oían voces exangües. Los prisioneros, pegados a la pared negra de la pizarra, esperaban la ejecución de un momento a otro.

El almuerzo interrumpía brevemente los acontecimientos. También la aparición del cartero. La casa daba a la calle, al otro lado del edificio alto frente al que se detenía el cartero. Apoyaba la bicicleta en el poste de la luz. Cuando salía del edificio para seguir su ruta, la cartera grande y raída de piel rojiza ya iba casi vacía. Montaba en la bicicleta, los radios se ponían bruscamente en movimiento y el plato rodaba haciendo girar al sol consigo.

Pero los condenados acudían sin cesar, sustituyéndose unos a otros, a partir de las diez de la mañana. Subían unos escalones, pues la planta baja se elevaba un poco sobre el nivel de la calle. Se restregaban bien los pies. Llamaban a la puerta, vacilaban y entraban cohibidos. Niños, hombres hechos y derechos y señoritas. Asustados todos. Sacaban con mucha parsimonia los libros y las libretas. Por mucho que remolonearan, al final tenían que salir todos a la pizarra.

En la primera habitación, la grande, estaba la pizarra, en la pared izquierda. Las pizarras se desenrollaban y cubrían toda la pared. Del rincón negro salían unas voces inseguras, quedas y asustadas y los gritos del verdugo.

Poco a poco, el hábito atemperó el estupor, el hechizo y el miedo del espectador. No era difícil entender que no se hallaba en un manicomio. Simplemente, era una especie de escuela mientras la de verdad estaba de vacaciones. Clases para preparar el examen final de bachillerato, para el de graduación o para los que habían suspendido.

Por regla general, había más de un profesor y más de un alumno. El director daba a su alumno clase de álgebra, trigonometría y aritmética. Su mujer, la rubia, cuchicheaba en un rincón de la mesa con otro culpable: *la prune, la pomme, la poire, l'abricot*. Los gritos del director se interrumpían sólo cuando crecía el murmullo de la mesa. Habían llegado, naturalmente, a la habitual *famille de mots*. *La feuille, le feuillage, feuilleter, le feuilleton, le feuilletage*. La hermana del director y el hermano del director eran también profesores de matemáticas. Con marido y esposa profesores: de francés, de historia o de física. De la mañana a la noche, los gemidos, los sollozos, los gritos, el furor y el sufrimiento sacudían las paredes. En ocasiones, se desgajaban de la serie algunas palabras que bajaban hasta el rincón del diván: *pirámide, pentágono, le professeur, le grand-père, péndulo, Napoleón, Atenas, la ley del péndulo, la ley de Ohm, la ley de Joule, Pitágoras, familles de mots*. La pizarra estaba blanca por la tiza, quemada por las circunferencias y quebrados rojos y agujereada por saetas verdes hasta que se disolvía, bajo el borrador, convertida en corchetes azules y amarillos alargados que se enroscaban en el diván.

No resultó difícil establecer el orden en el que se presentarían los alumnos cada día y cada semana. Y cómo se turnarían o se reunirían los profesores, según las horas y los días. Nadie, salvo la sombra del muchacho acurrucado en el diván, tenía acceso a la habitación grande, que daba a la calle. De vez en cuando, se asomaba, encorvada, la vieja de pelo blanco, la madre de los profesores de matemáticas. Escurría una esponja verde y otra llena de cal sobre un cubo; el agua adquiría una tonalidad roja y verde. Luego, colocaba la esponja mojada al pie de la pizarra, se ponía de puntillas y colocaba otra esponja mojada arriba de la pizarra. Al otro lado de la calle, del edificio gris salían, uno detrás de otro, caballeros con sendas carteras.

Si uno los observaba un día y otro, podían deducirse las relaciones y se ponían de manifiesto simetrías. Al cabo de una semana, cuando en la acera de enfrente el cartero se montase en la bicicleta y el disco de las ruedas llenase un instante la retina, en la habitación se encontraría, con toda seguridad, exactamente igual que hoy sábado, Emilia, la hermana del director, que era la que más chillaba de todos; en ocasiones saltaba de un sitio a otro con el libro de álgebra en la mano y dispuesta a tirárselo a los rizos de la señorita pecosa y de ojos astutos, dulces y como pecosos también.

Las figuras y signos que aparecían y desaparecían en la pizarra, las palabras conocidas y desconocidas que tras dar grandes volteretas, a veces, se caían una detrás de otra, en la plácida esquina del diván, resucitaban gracias a esos incidentes. Los acontecimientos languidecían, perdido su misterio.

El señor delgado con estilográfica de oro prendida en el bolsillo superior de la chaqueta y gafas pequeñas, casi tanto como los ojos, faltó un martes por la mañana. El director se enfadó al haberlo esperado en vano. Como se aburría, miró en cierto momento a su primo, repantigado en el diván. Un niño callado, demasiado delicado. Seguramente se había quedado retrasado en muchas cosas. Estaba perdiendo el tiempo y sería menester darle algo que hacer. Leer, cuentas, que hiciese todos los días deberes, ejercicios o batallas para estar a la altura de los chicos de su edad. ¡Buena idea! Enseguida la pusieron todos en práctica. Se enfervorizaban con gran contento durante las clases y se lo arrojaban de uno a otro como una pelota. La tabla del siete, *je suis, tu es, il est, elle est*, etc., lo ponían a copiar artículos de prensa en libretas grandes, de las rayadas..., hasta el día en que la rubia, la mujer del

director, se quedó mirando largo rato al chico y manifestó que estaba demasiado pálido y después se inclinó hacia el oído de su marido. Él se negaba a escucharla, no le daba la razón, movía la cabeza y la rechazaba con las manos. No obstante, ya al día siguiente lo dejaron en paz. Pero lo admitieron en la habitación como antes.

Las cosas se calmaron y se volvieron naturales y admisibles; el chico estaba anclado en un pasado sin calles ni profesores, donde nadie conocía a Pitágoras ni a Pericles ni sabía lo que era *grand-père*, ni el milagro que había separado, de repente y como por ensalmo, los dos mundos, cuánto duraría este de aquí y quién se había quedado en el otro, en el mundo recién abandonado.

Hasta que un viernes, después de comer, el director le ahuyentó sus pensamientos con un golpecito amistoso en el hombro.

–Te he traído un libro de cuentos.

¡El colmo! El profesor, al que tenían incluso sus hermanos, sonrió.

Las primeras comidas, con sus denominaciones, y las primeras prendas de ropa, con sus denominaciones. Y he aquí el primer libro de cuentos en el que entraba desprevenido...

Las ejecuciones en la pizarra se habían alejado y también la habitación que daba a la calle. Se había mudado a un dormitorio con muchas camas y sin ventanas. Está demasiado oscuro y se estropea la vista, decía la vieja. Sobre todo, insistía, que se queda desde la mañana hasta bien entrada la noche con la luz encendida y los ojos metidos en el libro. Lleva así dos semanas, proseguía, habrá tenido tiempo para leérselo veinte veces. La buena anciana se había vuelto blanca como el invierno y triste como el mal tiempo. De manera que se lo llevó a la cocina, donde, ágil como una chiquilla, hacía lejía para lavar y preparaba salvado y mondas de toda clase para las comidas, siempre corriendo de un sitio a otro mientras desde el patio, a través de la puerta abierta, llegaba el canto de diferentes tipos de pájaros sin par en este mundo. Como si no supiera qué hacer para que el chico creciese hermoso, alegre y gordo, relleno como una sandía. El muchacho, sentado a la mesa de la cocina, no decía una palabra, leía el libro por vigésima no sé cuánta vez.

De esta forma, volvió veinticinco veces en veinticinco días a la choza donde había vivido los últimos cinco o los últimos quinientos años, enterrado en la suciedad y en la oscuridad, cubierto de roña y desastrado, gruñendo entre

otros como él. Hasta que una tarde, el día de santa Viernes,* pareció comprender el estupor, el hechizo y el miedo que encerraba lo que estaba leyendo.

Para comprobarlo, cerró el libro de gruesas tapas de tela verde, se lo puso delante y cerró los ojos. Se subió con cuidado a la silla, solo en toda la casa, aspiró una vez por la nariz y surgieron, como esperaba, dos lenguas de fuego, un puente con incrustaciones de piedras preciosas flanqueado a ambos lados por árboles en los que cantaban pájaros sin par en este mundo. Y él atravesó temeroso, con los ojos cerrados, montañas y mares, selvas y desiertos, como había sucedido en el cuento del Monasterio del Incienso, volando cómodamente en mullidas alfombras que parecían divanes. Cuando abrió los ojos, vio de nuevo, efectivamente, todas las maravillas del palacio: las paredes blancas, el techo opalino con rincones verdes debido a las moscas, los anillos dorados de los cortinajes, la fuente con la llueca y los polluelos de oro con piedras preciosas engastadas, las sillas principescas, la pizarra negra de los pecadores, el trono alto y mullido en el rincón de la habitación grande desde donde todo se veía.

Después, en santa Miércoles, santa Viernes y santa Dominga aparecieron de nuevo los súbditos, artífices de diabluras y ceremoniales de hechicerías y torturas a las que sometía a los inocentes. Algunas veces, por los grandes ventanales se veía a la alondra coja atravesando apresuradamente las montañas, montada en la vieja bicicleta. Los radios de las ruedas giraban con rapidez, chonc, chonc, y los discos crujían en la acera de enfrente.

El prodigioso director había demostrado que la vida en el Monasterio del Incienso era, realmente, portentosa. Y sobre todo lo que había habido en otro tiempo y en otro mundo se había tendido para siempre un puente de oro incrustado con piedras preciosas.

Pero al atardecer, cuando se cernía la oscuridad, el hechizo se desvanecía y los movimientos del Príncipe Azul se tornaban vacilantes. Buscaba cobijo, asustado, en el rincón del diván. No tenía valor para abandonar el trono alto y mullido. Ya tarde, lo llevaban los cortesanos hasta la alcoba. Aún no sabía muy bien lo que significaban los cuentos, comprendía que cualquier cosa podía convertirse en algo completamente diferente, tal y

como se había transformado el cerdito que durante el día hozaba por la casa y por las noches, al acostarse, se desprendía de la piel de cerdo y se convertía en príncipe.

A veces, al anochecer, se sofocaba con el chisporroteo de la piel de cerdo chamuscada, con la nariz llena de humo y de aquel repugnante olor. Temía el mal agüero; bastaba otra noche que durase cinco años para que todo cambiase de nuevo, el príncipe volvería a ser lo que había sido antes y ya nadie lo reconocería ni lo podría salvar. Los cuentos eran de verdad y escondían, todos ellos, la misma amenaza. Cualquiera cosa podía convertirse en algo completamente diferente. Eran verdaderos, de eso era consciente, los sucesos del pasado habían vuelto. Había vuelto el miedo.

Las botas y el violín

La memoria sólo devolvía la cuesta abrupta de un trecho de calle amarillenta, petrificada al sol, el brillo momentáneo de la cartera redonda de parvulario, de hojalata azul, en cuyo interior había blandas medialunas blancas con mantequilla y jamón.

... Pero ellos seguían preparando el regreso, su única venganza. Conservaban con perseverancia este último resto de riqueza: la satisfacción de demostrar que habían sobrevivido. Sólo pensaban en recuperarse, en presentarse de forma respetable ante sus antiguos conciudadanos. Hacían planes, contaban historias, elucubraban y pedían consejos. Se interesaban por todos los cambios habidos y por haber, desde la vida de los campesinos hasta las normas de comportamiento de los oficiales o la indumentaria en los bailes de provincias. Les llegaban noticias sobre personas, casas, calles, organismos, nacimientos y fallecimientos de la ciudad vecina. Pensaban en lo que había sido y en cómo sería en lo sucesivo. Sin embargo, nadie se sentía obligado a decir una palabra para justificar la demora. Casi dos años llevaban viviendo provisionalmente con unos parientes cada vez más fastidiosos. La distancia hasta casa era ridículamente corta, lo reconocían. Pero les faltaba valor para ponerse en marcha, para acercarse. Entretanto, cierto es que habían adquirido algunas cosas y que un poquito de color había vuelto a las mejillas. Las miradas se habían reavivado y brillaban de nuevo por la locura de la victoria, por estar tan vivos como antes (eso creían) y por llevar ropa normal; no habían olvidado el gusto de los manjares, dominaban las palabras y la risa y estaban bien informados de los avatares de la moda. Por ejemplo, habrían sabido elegir un vestido, los muebles de una alcoba o una corbata. Como si todos aquellos años no se hubiesen movido de su lugar de origen y hubiesen seguido entre quienes no se habían opuesto o habían hecho caso omiso de las desgracias de otros.

La pequeña ciudad de antaño se elevaba cada vez más fantástica, con una transparencia solemne y negra, levantando sus cumbres entre nubes de niebla azulada para que, desde lejos, se percibiese su grandeza y su pujanza. Reconquistarla requería una buena dosis de paciencia y de esfuerzo.

De modo que el instrumento ya no parecía tan raro, las clases en cierta manera se volvieron más fáciles... Las burlas de los del patio menguaron, el prestigio del desconocido ya no podía pasarse por alto y las chanzas se suavizaron. Lo recibían cohibidos, como avergonzados, y lo aceptaban en silencio. Él había interrumpido varias veces su juego para observarlos, para escuchar los sonidos que arañaban el cristal de la ventana.

Se mostraba prudente y raras veces se juntaba con ellos. Evitaba exponerse a las preguntas, bromas y emulaciones. Sabía que los golpes, lo pernicioso de las competiciones de fuerza y maña que constantemente organizaban, lo habrían hecho involucrarse y poner en peligro rápidamente su reputación. Opinaban que era una persona retrasada y no capacitada. Él no quería por nada del mundo arriesgarse tontamente a que lo descubrieran, como al principio. Lo habían aceptado. La complicación de las relaciones había obrado a su favor. Permaneció entre ellos protegido y libre.

Sin embargo, los elogios al violinista disminuyeron. Tampoco se podía estar cerca de él, olía a moho y a mugre. Sus dedos negros, viejos y anchos temblaban cuando apretaban las cuerdas. De pronto, parecía que la música le producía un suave mareo. La clase transcurría mansamente y, durante unos instantes, se convertía en otra cosa, en algo incomprensible, en un acontecimiento misterioso e importante. El viejo se mostraba comprensivo, nunca levantó la voz; el día en que papá llegó a casa con un colega violinista aficionado para una audición de control, estuvo tímido y avergonzado, como un ladrón.

Pronto el colega se presentó como un auténtico profesor. Taciturno y riguroso. Desde el primer momento colocó sobre la mesa las gafas y la partitura. Arisco y puntual, parecía contento con el joven discípulo. Lo cual no significaba gran cosa: los inicios siempre prometían más de lo que luego resultaba... El muchacho temía el momento, que no tardaría en llegar, en que el escenario sobre el que evolucionaba, con la aprobación tácita del temido juez, se inclinase y le hiciese perder el equilibrio. Agitaría los brazos en el aire

cada vez más confuso y perdería el ímpetu y la seguridad de aquel breve debut; la falta de confianza y la irritación enrarecerían el ambiente y le provocarían vértigos que desembocaban en náusea y hastío. El profesor levantaría disgustado la frente manchada y pálida, nervioso, echaría hacia atrás sus cabellos escasos, húmedos y rojizos, apoyaría el mentón puntiagudo en el hombro, junto al hueco del violín, extendería el dedo índice, con la uña amarilla de tabaco, hacia arriba, hacia la cuerda más gruesa para que vibrase una vez, otra más, y haría que el alumno lo repitiese una y otra vez hasta que consiguiera reproducir el sonido. Por supuesto, fracasaría y tendría menos posibilidades de recuperarse. Descenderían y se extenderían el hastío, la lava pútrida, caliente y narcotizante y un vaho espeso de muerte.

Había intentado muchas veces, como un héroe juicioso, olvidar cómo se dilataba en su interior, bruscamente, la repulsión después de una primera victoria. Cada vez le costaba más mantener la compostura, lo sabía, ya le había ocurrido, enseguida se deslizaba por una superficie plana y lisa, era una sensación de vergüenza, dejadez y cansancio.

Así sucedió, desde luego, no mucho después. La hija de los vecinos lo llevó hasta el desván para enseñarle sólo a él, en la oscuridad, de qué forma, a veces, complicaban sus juegos. Ya por aquel entonces prefería, sin asomo de duda, la compañía de las chicas, por mucho que lo inquietara y no tuviera valor para provocarla. Salvo durante un breve periodo, siempre le faltaron arrestos para rechazarlas o dejarlas. Manos que se mueven, piernas que giran de pronto tapando o dejando al descubierto para luego enseñarlo todo durante una fracción de segundo, cuando lo llamó y lo echó a carcajadas..., lo suficiente para que el desastre que acabó produciéndose en la clase de música ya no le interesara.

Ni que decir tiene que seguía sin reunir valor para oponerse o desistir. Cobarde e hipócrita ya entonces, esperaba que el hastío lo machacase, lo arrojase impotente frente a los jueces, a los que se abandonaba con un oscuro y bien alimentado sentimiento de culpa.

Tensión nerviosa, luego desmadejamiento, aceptación, indiferencia. No sólo eran las etapas de las traiciones sino también de la devoción, y que, con el paso de los años, habrían de sorprender a los amigos y a las novias.

Vencido y asustado, se deslizaba por la pendiente de la desesperación impulsado cada vez más abajo, bien lo sabía, en la oscuridad.

Es cierto que se había desmayado varias veces. Sin revelar que era por culpa de las clases de violín. Repetía los desmayos, que eran su última arma, pero no pidió que cesaran las clases. Exhausto, observaba simplemente cómo crecía a su alrededor el descontento de la familia. El profesor, sin querer, también asumía una parte. De la cual le cedía, a su vez, durante las horas de tortura, chorros de desprecio y aversión. Ahora se desmayaba regularmente con un intervalo de varios días. Algunas veces incluso durante las clases, con el arco en la mano o dejando escurrir entre los dedos una bola de almáciga. Las visitas al desván lo habían decepcionado. El loco revolcón de cuerpos apretujados provocándose inconscientemente y la sarta de gemidos infantiles no se diferenciaban mucho de las carreras en el patio; había perdido todo vestigio de la admiración con que lo había distinguido la niña aquella tarde. Ella observó de reojo cómo él se negaba a mezclarse en el revoltillo; esperaba que el muchacho le pidiese que le provocara otra vez, sólo a él, los momentos de vértigo de aquel breve encuentro...

El resultado no se hizo esperar. Los había desilusionado, lo liberaban aunque no querían exteriorizarlo. Por otra parte, cada vez se sentían más impacientes y nerviosos: se preparaban para volver.

Recibían regalos para recomponer la casa, preparaban con esmero la ropa con la que harían su reaparición en la pequeña ciudad. Le dijeron que, antes de marcharse, le comprarían un violín nuevo. Si lo deseaba..., añadieron. Lo cual significaba, en realidad, que renunciaban a sus ambiciones, que se contentarían con presentar a los viejos conocidos simplemente a un chico bien educado y primorosamente vestido.

Pidió un par de botas. Estaba decidido a insistir y a vencer la oposición y risa de ellos. No se le habían olvidado las botas lustrosas, estrechas, altas y bien ceñidas a las pantorrillas, la punta aguzada y terrible que te mandaba de un solo golpe al otro extremo del barracón, el sonido tenue y elegante cuando chocaban la una con la otra, el chasquido sordo y rítmico, cuando se acercaba el recuento, el ladrido de los centinelas y los saltos de los perros gigantes.

Botas llevaban también ahora sus padres, se las habían proporcionado los salvadores, los soldados rojos, como les decían. Había oído a sus padres hablar escandalizados de los bailes del país extranjero de donde habían vuelto. «Imagínate, querida, bailando con botas.» Parecían excusarse del placer con que las llevaban. Por más que, en cualquier caso, no tenían nada mejor que aquellas botas pesadas y anchas que se bamboleaban por debajo de las rodillas.

Él no las quería de esas; le explicó con todo detalle al zapatero que tenían que ceñirle bien la pierna y ser altas. De piel brillante y planta muy flexible reforzada con herraduras en la punta y el tacón. Bonitas y fuertes.

... Las botas le asegurarían la admiración de sus compañeros de clase, aunque era el más bajito. Sentado junto a Argintescu, el empollón gordo y enfermizo que todo lo sabía, se haría amigo suyo y se visitarían en sus casas. Se granjearía la simpatía de los chicos e incluso la de algunas chicas, formaría una coalición; el recién llegado, delgaducho y revoltoso, sería el mandamás. También a él le concederían el honor de confeccionar la revista, auténtica joya salida de las manos de su primo Lică. Las letras mayúsculas del título ondearían sobre la cátedra del profesor, con sus sombras oblicuas y rojas. Traicionaría con perfidia al gordinflón.

Porque no sería capaz de contrarrestar desde el principio, ni siquiera de lograr que se tambalease, la tranquilidad con que el empollón esperaba recibir los laureles. La fuerza del vecino sólo era una forma de indiferencia. Desde luego Argintescu tocaba el acordeón ante la admiración de la clase. De modo que lamentaba la ligereza con que había abandonado el violín precisamente cuando le había asegurado la pacificación de un patio lleno de pillastres hostiles. Ahora más que nunca, con esas derrotas, necesitaba la seducción del éxito. Ya entonces tenía deseos de exhibirse. Una suerte de excusa para implorar simpatía, la de las mujeres, por ejemplo. La guapa de la clase lanzaría hacia él sus largas trenzas rubias, en señal de ofrenda, girando sobre sus tobillos gruesos, descalza sobre el suelo polvoriento. ¡Qué personaje tan insoportable! Ya lo era entonces, cuando esperaba a la endeble Bronya y, bajo una fuerte ventisca, le soltaba un largo discurso leído en una hoja de libreta rayada. Ávido de aplausos y encogido por el triunfo. La danza de la pequeña polaca dando vueltas, como un trofeo, breve pausa, cuando tendría que haber

creído en su poder... El juego de las trenzas rubias sobre el resplandor de las botas, un instante, como sobre un espejo negro, para desaparecer enseguida, como si no hubiesen estado...

La oscuridad lo cegaba, las tinieblas de una enfermedad sin fin. Le habría gustado que se abriese la franja de una calle que ascendía entre casas grises, como un rayo de sol a cuyo extremo volase la pesada puerta de la tienda; el muchacho irrumpía por la derecha en la calle vacía, dándole vueltas por encima de su cabeza a una cartera redonda, azul, de hojalata, dentro de la cual chocaban paquetitos con medialunas blancas, cortadas por la mitad, untadas con mantequilla y rellenas de jamón.

... Las botas se ceñían a las piernas como dos vendajes duros y negros de piel. Éstas se habían congelado desde la planta hasta la cadera. Desde arriba, las puso en alto, sobre el montón de paquetes y cajas. Enseguida se quedó petrificado dentro de aquellos dos estrechos canales abrasados por el hielo.

Maletas y jofainas de todos los tamaños, almohadas envueltas en una colcha, el saco con los cubiertos y cacharros que les habían dado los familiares, las cortinas, el cubo, la escoba, la máquina de picar carne, las cajas y el paquete con los tarros de conservas. El trineo se bamboleaba, cargado hasta los topes, entre altas oleadas de nieve.

Las piernas se erguían encima, libres, como había querido. Trataron de tapárselas, pero se negó. Le pidieron que bajase, que fuese a pie, detrás del trineo, para desentumecerse, igual que hacían ellos de vez en cuando, saltando, como si fuese una señal, a uno y otro lado del trineo. Se sentía incapaz de decirles que había perdido las piernas. Eran dos cilindros de hielo. Nada habría podido devolverlas a la vida. El frío se las había arrancado del cuerpo.

El viento revolvía la nieve y le quemaba las mejillas, ráfagas de niebla blanca y helada cubrían el camino. El trineo avanzaba a duras penas desde hacía varias horas.

La pequeña ciudad no estaba lejos. Había pasado el tiempo; la campanilla que colgaba del cuello de los caballos se había obstruido y sonaba cada vez menos. La tormenta arreciaba. Parecía llegarle de alguna parte la voz del viejo cochero, el resuello de los caballos y, a veces, incluso las voces apagadas de sus padres.

Sentado de espaldas al cochero, contemplaba el horizonte desde atrás. La pequeña ciudad a la que se dirigían asomaba y se acentuaba a través de la niebla, precisamente allí, detrás de ellos, y los acompañaba desde lejos. Audaz y fría, bajo nubes de nieve, se perfilaban las altas atalayas de los castillos desiertos donde los del lugar se habían enterrado en vida. Las botas golpearían el mármol del suelo como una sentencia, con un sonido seco, elegante y metálico que aterraría a los culpables.

Los pasos de los condenados se abrían camino entre el silbido bronco del viento y perforaban las paredes de hielo. Se acercaban cada vez más, pero sin conseguir llegar. Una ciudad blanca y alta, fría y desierta, que se abría entre los intervalos de los pasos que iban a tomar posesión de ella.

El trineo se balanceaba entre la nieve cárdena y dorada, como sobre una alfombra movediza. El tormento de la espera aumentó, se apretaba los labios de impaciencia y se clavaba las uñas en la carne. Si alguien lo hubiese visto habría pensado simplemente que era de furia e impotencia. La brillante oscuridad de las botas seguía elevándose, por mucho que apretase los párpados, sobre aquella misma calle estrecha, amarillenta y polvorienta que ascendía por la colina hasta las casas miserables, hasta la puerta de la tienda, donde, tras dar un portazo contra la pared, irrumpió el grito del muchacho pálido y febril.

El ladrón

El día había empezado sin preocupaciones. Un tenue día de primavera, a mitad de semana, cuando la intensidad de los acontecimientos cedía. Horas lánguidas en las que nadie pensaba en nada.

Tras la clase de geografía, en el patio, notó el viento azotándole los hombros y el cuello. Era una sensación agradable, confusa y muy fría. Lo sentía así porque estaba débil por la enfermedad. El fresco lo reanimaba e iba encogido. Se retiró junto a la pared, si bien cerca de la bulla y las agarradas de los otros chicos.

Siguió botánica y después el recreo de nuevo. Él se quedó en el pupitre mirando la pared y el techo, era el día en que reapareció entre sus nuevos compañeros. Era un aviso de lo que iba a suceder: la ruptura estaba próxima.

Debilitado por la enfermedad y abrumado por el incidente acaecido durante el examen escrito, en la clase de gimnasia estuvo torpe de movimientos. Salió antes que los demás, mohíno, hasta el vestuario. En el aula descubrió otra señal todavía peor.

Y otra vez el recreo. Permaneció con los codos apoyados en el alféizar de la ventana. Observaba a los que se habían quedado en el aula y a los del patio: unos comían, otros arrojaban trozos de tiza a la pizarra y aun otros saltaban sobre los pupitres; mientras, en el patio, unos cuantos se perseguían alrededor de la pila de leña. Espió nervioso, hubiera querido conocer sus secretos pero no lo lograba. Al final, se montó un batiburrillo: jerséis, camisas y bufandas de distintos colores ondeando, entrechocándose y tapándose entre sí.

Sabía lo que seguiría. Vergüenza, apuro, sentimiento de culpa por pronunciar palabras que habían de ser cada una –eso se imaginaba– pesados bloques de piedra para asustarlos, para que no pudiese moverse nadie, ni ellos ni él, bajo su peso. Tenía que gritar –era lo exigido– y reclamar, mostrándose

agitado y nervioso. De lo contrario, todo se iría al diablo, no lo creerían. Se quedaría desarmado, ridículo e incapaz de llevar hasta sus últimas consecuencias el suceso del que había sido víctima.

Sin embargo, en clase de historia se levantó y comunicó el hurto. Dio detalles. No podía creer lo que estaba diciendo. Habló con calma pero claro, sin titubeos.

... Por consiguiente, había sido en clase de botánica. El profesor escribió el tema en la pizarra y comenzó el examen. El maíz, no sabía gran cosa del maíz. Clasificaciones, formas, partes, envolturas, etc., la botánica no le gustaba. Tenía un recuerdo vago del maíz. Giró la pluma entre los dedos y limpió el plumín. Era una pluma demasiado grande para sus dedos. Se inclinó sobre la libreta. Empezó a correr el tiempo y escribió dos líneas. Luego, tras un rato de espera, otras dos, media página, la cosa empezaba a marchar.

Mientras el profesor explicaba otra lección, el convaleciente seguía haciendo el ejercicio que tenía pendiente. El murmullo que había a sus espaldas no anunciaba peligro alguno. La voz del grandullón brotó de forma inesperada, presurosa por alcanzar a su víctima. El silencio se hizo añicos. Volvió a recomponerse el silencio destrozado y la clase se quedó de piedra.

—Está copiando. Mírelo cómo copia —gritó el chuleta de la clase.

El profesor se detuvo y se inclinó sobre el acusado. Se hallaba en primera fila. Tuvo que sacar el libro de botánica abierto de debajo del pupitre. El profesor miró al culpable y después el libro, la ilustración de mitad de la página. Se sacó del bolsillo superior de la chaqueta el lápiz rojo y trazó una señal grande y enérgica en la página escrita de la libreta. Cogió el libro y lo puso sobre su mesa.

—Ahora sigue escribiendo.

Paredes espumosas, igual que el techo... Volvió a verse entrando por vez primera en aquella aula de desconocidos. Sus padres consiguieron trasladarlo, confiados en que se libraría de la timidez provocada por compañeros malintencionados y profesores de pocas luces. El traslado lo había asustado y no esperaba que los desconocidos fuesen mejores.

Lo recibieron sin hostilidad pero sin simpatía. Más bien con prudencia. Fue una espera útil: hizo acopio de fuerzas para empezar. Unos días después de llegar le dijeron que leyera. Se levantó titubeando. Los desconocidos

ocultaban su malevolencia, desde luego; sabía que el frenesí explotaría pronto e incluiría, como ya había pasado antes, a los profesores, a las mujeres de la limpieza, al portero y a los padres. Todos tenían que convencerlo una vez más de que era demasiado débil para oponerse a ellos.

Levantó el libro. Oía los cuchicheos y empezó a leer. El murmullo se apagó. Seguidamente, se quedaron de piedra. La voz se alejaba de él, sonaba extraña, poderosa y dominante. Se sentó. Exhausto y mirando la página del libro. Un silencio total, u otra cosa, se adueñó del aula. Un asombro y una emoción de la que no podían desprenderse. Al rato, levantó la mirada hacia la cátedra. La profesora sonreía. Pálida, sonreía con dulzura.

—Has leído muy bien. No sabía que arrastrabas las erres.

¿Se decía así? Con lo que lo habían mortificado poniéndole una cucharilla debajo de la lengua... Nunca habría creído que conseguiría, al fin, sacar a relucir aquella letra, o quizá sólo la hubiese escondido haciéndola rodar mezclada entre las demás.

Seguían observándolo a distancia, incómodos, incapaces de acercarse, y él recobraba sus fuerzas y se colocaba en cabeza, al frente de todos ellos. No lo odiaban. Se mostraba retraído, buen camarada y tranquilo. Las cosas empezaron a marchar sorprendentemente bien, luego llegó la enfermedad y faltó mucho tiempo a clase. Tenía que recuperar los exámenes aplazados. Los profesores parecían haberse acostumbrado a que él fuera el primero de la clase y ahora, probablemente por eso, se mostraban indulgentes, y quizá también por la enfermedad.

... Después del examen, durante el recreo, miró la pared blanca de enfrente y el techo, recordando el cambio que supuso su incorporación, con sus nuevos compañeros. Ahora, la vuelta a clase, con ellos, resultaba ser otro comienzo.

Después de la gimnasia, la situación adquirió otra dimensión. Ningún detalle parecía desprovisto ya de importancia. Durante la clase, el delator se lució con todos los aparatos y juegos, era un chicarrón ágil, descarado y vigoroso. Una especie de empecinamiento maligno y vengativo animaba el frenesí del alumno retrasado. La clase lo notó, pero no se le ponía en contra.

Justamente ahora, se había aturullado más que nunca con los movimientos. Abandonó la sala de gimnasia avergonzado, antes de la hora, y se escaqueó al vestuario. Y de allí al aula, donde descubrió que le faltaba la pluma.

Sólo tras mucho insistir le habían prestado la pluma.

–La perderá, es demasiado atolondrado, si lo conoceré yo.

La madre bajó la voz; hablaba con una benevolencia y un tono de complicidad que daba a entender que, al fin y a la postre, el cabeza de familia aceptaría el capricho. ¡Se trataba de un enfermo aún no del todo restablecido! En efecto, el hombre se encogió de hombros, aburrido, y cedió.

... Había comenzado sin preocupaciones aquel día traicionero. Ahora ya no espía los movimientos de nadie, quería entender el sentido del primer golpe de gong. Miraba el pupitre marrón de la cátedra. Estaba aislado de los demás, ya no los veía. Sólo aquel pupitre castaño y blando que se ondulaba como si fuera de melaza. Enseguida se procedería a hacer un registro. Desde el fondo del aula se oyeron voces irritadas.

–A todos, hay que inspeccionarlos a todos.

¿A quiénes se referían? El alboroto sonaba a provocación. Como si hubiesen urdido algo. ¿Habían pensado en él? ¿Y si no ha buscado bien entre las libretas, en los bolsillos del abrigo y el traje, por los rincones de la cartera? Debía de haberla perdido, sabe Dios cómo, se la encontrarían a él. El miedo y la vergüenza llegaron muy pronto, como suele suceder. No tenía la seguridad absoluta de haber buscado con atención. Cuando llegó del vestuario, revolvió varias veces en todas sus cosas. Luego otra vez, antes de decidirse a hablar. Sabe Dios cómo se habrá perdido. Las fuerzas lo abandonaban. Lo descubrirían, cada vez estaba más convencido. Le encontrarían la pluma a él, olvidada, por despiste, sin darse cuenta o, más bien, colocada subrepticamente por el propio infractor asustado por las consecuencias.

¡Apremiarían al ladrón desconocido a que reconociese su culpa! Prometiéndole, claro está, el perdón. Repetirían la proposición otra vez, dos veces, amenazando con un registro, con tenerlos encerrados a todos en el aula hasta la noche o hasta el día siguiente. Propondrían distintas formas de restituir la pluma. Los profesores saldrían de la clase, todo el mundo cerraría los ojos y que el culpable pusiese la pluma encima de la cátedra. Pasarían las horas y el suplicio se prolongaría. Hambrientos y cansados, se volverían más

aviesos y crueles y les acometería el mismo frenesí salvaje que incitaba al odio y a la destrucción. Él, cada vez más hambriento y agotado, acabaría sintiéndose contento de renunciar y de reconocer lo que fuese, con tal de acabar de una vez.

La pluma, con toda seguridad, se la encontrarían a él. Metida entre las páginas de la libreta o en algún rincón del bolsillo. Olvidada, sabe Dios cómo. O puesta allí por el culpable. El malvado habría tenido, qué duda cabe, cuidado de realizar bien su infamia.

Se sentía inseguro, acosado, culpable... Ya no tenía la seguridad de que le faltase la pluma. De haber podido, habría retirado la denuncia. Se habría retirado él mismo, querría desaparecer un tiempo y no ver a los compañeros. Era un día de ruptura, no cabía la menor duda. No había ninguna otra vía de retorno para volver a ellos. El silencio y los placeres del éxito (efímeras ilusiones) los pagaría con creces.

Ya no tenía fuerzas para dominarse. Todo había sido un juego pérfido y cruel.

Quizá tampoco encontrasen la pluma, bien escondida por el ladrón a su debido tiempo. El día acabaría en tormenta, se prendería fuego a la clase, soliviantada de furia y gritos. Bastante tiempo se habían dejado engañar por su falsa seguridad. Ingenuamente, habían aceptado que se situara en cabeza, al frente de todos ellos. Pero al fin lo habían descubierto y sería castigado. Se encontraría la pluma, ¿el ladrón no sería el propio perjudicado? Por negro que se presentara el día, él quería creer en las señales difusas que presagiaban ciertas alegrías y que todo volvería a la normalidad.

Buscó y encontró paciencia para esperar lo que seguiría al horror. Los regalos con los que, alguna vez, lo recompensarían. Quizás el placer, como el que sintió el ladrón cuando se chivó que estaba copiando. Lo señaló con el dedo y luego le birló la pluma. Quizá le ofreciesen una recompensa especial, el placer que habían sentido otros en circunstancias semejantes. No tenía por qué huir aterrado y esconderse.

Ladrón, miserable, apartado a los últimos lugares, seguramente aún le quedaba una oportunidad para sentirse contento.

Miraba la cátedra. Aislado y abandonado de los demás. Ya no era posible evitar los golpes. Lo habían descubierto y tenía que recibir el castigo. Culpable, encontró pensamientos positivos, el valor de aceptar las consecuencias.

Sonó la campanilla, sonreía. El sonido se prolongó de forma ensordecedora. Anunciaron el registro. Se hizo el silencio. Se notó las sienes húmedas y las manos temblorosas. Las mejillas le ardían de vergüenza. Lentamente, alzó los ojos, muy abiertos, culpables, tranquilos...

Instructores

Hablaba poco. Su tono de voz era más bien cansado que severo. Alguna que otra vez fruncía el ceño y entonces sus gestos cobraban un poco más de velocidad.

Se erguía en la silla... Se pasaba el pedacito de lápiz sin punta de una mano a otra y le daba vueltas, nervioso, entre los dedos. Uno ya no podía seguir haciendo caso omiso de él. Se ponía en marcha también la banda sonora de forma intermitente y extraña. Se sonaba la nariz, gruesa y violácea, con un resoplido tan rápido que le impedía degustar el placer de hacerlo despacio. La voz volvía en sordina sobre un fondo neblinoso y blanco.

«¿Cómo es posible que los hijos de los eruditos raramente lleguen a ser eruditos también? ¡Para que no se diga que la sabiduría es hereditaria!»

Más que la lección propiamente dicha, era el vacío que, algunas veces, tras esas réplicas inconsistentes, dilataba el silencio. Una sensación de malestar por una espera que a uno no le apetece y que, se diría, le hace perder de pronto los colores del mediodía. Un maestro que tal vez no lo sea, y tullido.

Cada día era un torbellino. Apenas habían pasado cuatro años desde que acabó la guerra, pero cuántas tormentas... El matorral resbaladizo y negro: el balazo de castigo. Acurrucado y transparente, el muchacho solamente sabía mantenerse al acecho.

De pronto, fue lanzado en paracaídas a un valle soleado. Casas bienolientes, tías gordas y ancianos patéticos. Los ojos acostumbrados a mirar abiertamente hacia el peligro apenas habían podido soportar el cambio... Habían empezado los arrumacos aterciopelados y empalagosos. Algazara de primas; delirio de bandejas con pasteles de hojaldre; jugueteo de cintas y collares, tazones de leche, zapatos cómodos y lustrosos; pupitres alegres

manchados de tinta. Por las narices revoloteaba el polvillo de abril; lencería almidonada; madrugada; voces; llamas; el arco iris, la retahíla de promesas, el columpio cegador.

Había abierto todo su ser para aprehender... Había recuperado los cursos perdidos y los manuales que a otros resultaban aburridos. Siempre insaciable, lo devoraba todo, concentrado y acuciado por su propia sed.

Después surgieron los primeros tropiezos: ya no soportaba la calma, el borrón y cuenta nueva. Las miradas de los mayores lo agobiaban, sus padres se intercambiaban sin palabras una especie de alarma que los volvía tímidos y ridículos.

Ya en la segunda clase, el fante que era aquel maestro manifestó, de forma solemne, su descontento.

—No me gustan las burlas. Puedo retirarme... Pero siempre vendrá otro. Conocí a tu abuelo y conozco a tu madre. Por eso acepté.

No se correspondía con la imagen que se había forjado el rebelde. ¿Un pequeño empleado, contable, almacenero improvisado de esos que no meten mano a la mercancía, notario aburrido, artesano selecto? Manos blancas con vasos sanguíneos rotos. Un tipo rechoncho y pequeñito. La voz un poco ronca. Sombrero negro de ala ancha. Sorprendente: al llegar, ¡lo colgó en el perchero! Era menester poner mucha atención para fijarse en el bonete de seda, del color de la calva, que portaba el creyente en la coronilla.

Licã suministró una información desconcertante: ¡aquel hombre había sido antiguamente una estrella de la abogacía! ¡En absoluto! Dicen que ha estudiado. ¿Economía? ¿Folclore? Quizá sea sociólogo, ¿o cómo se llama eso...?

Parecía un vecino que hubiese acudido a hacer alguna cosa de poca monta, no religiosa. A hacerle compañía, es un decir, a un impedido. A darle conversación, consejos..., o sencillamente a conllevar una desgracia de esas que a veces le caen a uno encima. Un pariente desconocido al que han llamado para que eche una mano en un momento de apuro.

A menudo se distraía y se quedaba sumido en sus pensamientos. Se secaba con un gran pañuelo blanco la frente caliente y colorada visiblemente surcada por gruesas venas. Doblaba con sumo cuidado el pañuelo y volvía a

colocárselo en el bolsillo superior de la chaqueta con la punta hacia fuera, debajo de la solapa. El otro pañuelo, el reservado para el trombón, también blanco pero hecho un ovillo, hinchaba el bolsillo interior de la chaqueta.

El alumno a cuya casa iba era un compañero hosco: cólera contenida bajo una capa de cortesía perezosa. Sus ojos negros lo escudriñaban fijamente sin pestañear...

Cierto día, muy poco después, la pobre madre que esperaba al viejo a su llegada y lo acompañaba, temerosa, al salir, elevó las manos al cielo, desesperada, y le pidió, entre lágrimas y sollozos, que le dijera al preceptor que no volviese la próxima vez...

Aquella pálida mujer le imploró que lo intentase. El viejo tenía la cabeza gacha y no la miraba. Recordaba a una chica esbelta y morena ante la cual, sólo diez años atrás, los transeúntes volvían la cabeza deslumbrados para mirarla... Esa mujer encorvada y siempre presa del pánico ahora aparentaba más edad que su madre, que se había muerto de frío y penalidades en unos confines de donde pocos volvieron.

—Él no es como los demás, ¿sabe? Desde hace un año parece que nos odia. Se marcha y vuelve muy tarde por la noche con libros de todas clases y no habla con nadie. Apenas una palabra o dos, como si lo importunásemos. ¡Ojalá no nos viera! Más feliz sería si no existiésemos.

El maestro se presentó por primera vez un lunes por la tarde. Secuencia turbia. Llovía, no llevaba paraguas y caminaba deslizándose bajo los salientes de los tejados, iba calado y tiritando. Llamó al cristal de la ventana, según lo convenido. En casa solamente estaba el chiquillo. El maestro se quitó el sombrero, que chorreaba de agua, y la chaqueta, negra y húmeda. Los colgó en el perchero. Se quedó con el chaleco. Debajo llevaba un jersey, iba bien abrigado. El bonete de seda pálida de la coronilla no se le notaba... Regordete, manos blancas y manchadas de venas gruesas y grisáceas. Una barba pequeña y blanca. Ojos ágiles, cutis recién afeitado y sonrosado. Frente despejada con surcos. Hundió la gruesa nariz en un pañuelo y se sonó varias veces de forma muy ruidosa, como si se hiciera el remolón, como si pidiera un respiro antes de conversar con la eminente personalidad que tenía delante. No debe hablarle como a un niño, no toque las nuevas ideas, evítelas, seguro que

su madre le había aconsejado eso. El desconocido debía de estar recapitulando, mientras se sonaba las narices, todo lo que le habían contado del taciturno militante que se hallaba sentado a su derecha.

–Está a punto de cumplir trece años, de convertirse en un hombre, por eso me han llamado... La ceremonia no es complicada. La lengua es antigua y bonita. En ella se ha escrito el más grande de los libros. Y se ha conservado hasta hoy. Es una lengua precisa, como la geometría, sé que le gustan las matemáticas. Le interesará.

¡No le interesaban en absoluto ni le interesarían al joven combatiente aquellas retorcidas e inútiles antiguallas! No estaba lo que se dice desprovisto de defensas contra las trampas que le tendían.

–Le enseñaré a leer. La pronunciación, el ritmo de la frase y los tiempos un poco complicados de los verbos. Otra cosa estaría de más –prosiguió el visitante mientras doblaba el pañuelo y se lo metía en el bolsillo superior del chaleco.

Se levantó y se volvió hasta el perchero, de donde levantó una abultada cartera marrón con muchas rascaduras. ¿Dónde la llevaba y cuándo la había dejado allí, junto al perchero...?

Volvió con la cartera y la apoyó contra la pata de la mesa. Se inclinó, sacó un libro grueso, viejo y negro, y luego otro más delgado, como un catón. A continuación, una especie de sobre de tela negra que colocó en la mesa, sobre los libros.

–Nuestros hombres demuestran su pertenencia mediante dos pruebas. Una es permanente e íntima, que se hace al nacer, seguramente la conocerá. La segunda es externa, visible...

Sacó del envoltorio negro de tela dos extrañas correas y cubos de piel que desenvolvió sin prisas. Sí, eran dos pequeños cubos negros de piel, montados en un soporte algo mayor, también de piel, con unas correítas largas y finas.

–Se ponen así... Una en el brazo izquierdo y otra en la frente... La piel es de un animal puro, como exige el canon. Primero se envuelve el brazo. Una preferencia que se le da al acto, a la práctica. Cuando concluimos el Pacto, prometimos que antes actuaríamos y después comprenderíamos... Al cumplir

los mandamientos penetramos también en su sentido. Me han dicho que sabe un poco de filosofía. Somos unos simples servidores del que hemos reconocido y nos ha elegido...

Un disco rayado... ¡Podía seguir haciendo todos los gorgoritos que quisiera!

–Ya sé que esto no le interesa... Dejemos a un lado las explicaciones. Únicamente como curiosidad... Después se pone el de la frente. Entre estas operaciones no puede haber rupturas. Nada ha de separar la idea del gesto, el sentimiento del acto que lo inspira y expresa.

Antes de marcharse, no olvidó enseñarle al alumno las primeras páginas del nuevo libro de lectura, las extrañas letras, para que se fuese acostumbrando hasta la próxima cita.

Caía la tarde, los padres no habían venido. Recogió sus cosas, se envolvió en la chaqueta todavía húmeda y balbució algo ininteligible a guisa de saludo. En la ventana humeaba la oscuridad. Silencio, soledad. Los padres no habían regresado, no tenía a quién expresar su indignación y desdén por tantas ridiculeces acumuladas sólo en una hora.

Regordete y encorvado, el vejete se perdió en un visto y no visto, con pasos menudos, llevándose a cuestras sus frases vanidosas.

–Se ponen en el brazo izquierdo, a la altura del corazón, y en la cabeza. ¡Un pacto! De entre todos, sólo vosotros me habéis elegido... Dijisteis: ¡Es el nuestro y el Uno! ¡Os concedo, a mi vez, la unicidad!...

Caía la tarde. En la habitación se dejaba sentir un frío húmedo.

¡Oraciones, lágrimas, reproches! Parecía que de nuevo se hundía la tierra en la ciénaga de la que acababa de salir. La noche farfullaba amenazas y viejas maldiciones a punto de descargarse.

... ¡Un hombre! ¡Iba a convertirse en un hombre! Pero no para dejar que lo aturdieran con beaterías. Historias del bisabuelo que se casó a los trece años con la bisabuela de once..., correas sagradas, la piel de un animal puro. La oración salmodiada y cantada, como si se hallase en tu interior desde hace mucho tiempo, porque eres igual de viejo que los que te acogen entre ellos. Al final de la ceremonia, una breve alocución. Luego te ofrecerán, como sucede entre hombres, el vasito de aguardiente, el pedacito de torta y sus chistes manidos.

Semejantes escenas hipócritas, preparadas con esfuerzo, nunca habrían podido curarlo de lo que había surgido en su interior aquel último año: repugnancia y desafección. Todavía estaba entre ellos, lo que hacían le afectaba, algunas veces volvía a experimentar el estremecimiento de antaño. Así es como lo habían vencido, con lágrimas y desesperación.

Sólo se comunicaba con ellos en escasos momentos de vacilación y de recuerdos. En cuanto a lo demás, ¡puaf! ¡No se había conservado ningún puente! En otro tiempo, había sido un ovillo de miedos al que daban calor las palabras dulces y mendaces de ellos; eso fue todo, así lo había decidido, carecía de sentido volver a pensar en el pasado.

Después de todo lo que habían vivido juntos, de pronto, los veía infantiles, ridículos..., rodando sobre la barriga rebosante de olores cotidianos. Revolcón viscoso, presto a llenarlos de risa o de llanto o de comida o de cotilleos. Pequeños proyectos domésticos, elixir, trucos: una terapia humillante. Pueriles, frenéticos: así se mostraban los extraños con quienes convivía.

¿Acaso tampoco creían en la ceremonia que estaban preparándole? Simplemente necesitaban una prueba más de que todo era normal, como Dios manda. Nada más, sólo prisas por acumular beneplácitos. Que familiares y vecinos y antiguos amigos confirmasen que sí, que todo estaba en regla, que la vida había vuelto a aceptarlos, que la situación era normal y estable, como lo había sido *antes*, y ellos mismos *igual que siempre*. Era menester cumplir escrupulosamente todas las usanzas: el espectáculo al que habían invitado a un farsante tan erudito y manso no era más que un pobre fragmento del ritual al que estaban dispuestos a someterse. Ávidos y con ahínco, hora tras hora, día y noche, hasta la victoria suprema, el entierro...

¡Ya era hombre, el único entre todos ellos! Con los ojos desencajados de furia... Un auténtico luchador lo habría reconocido de inmediato, no tenía ninguna duda, como a un camarada de fiar: lo que piensa un hombre a los trece años es tan importante como lo que piense a los treinta, esto lo entendería, con seguridad, un interlocutor suyo de cincuenta, sesenta o los que tuviera.

¿Maduros, seguros de sí mismos y gangueando veredictos? Inflándose para la siesta con estúpidos discursos laudatorios, embriagados, embrollados con sus monótonas peroratas, soñolientos, murmurando historias tergiversadas,

sin pies ni cabeza, de las cuales perdían el hilo.

¡No, no sería como ellos! Así relampagueaban los ojos del pequeño rebelde terco e importante. Una debilidad, otra más... ¡Un auténtico hombre habría evitado semejantes confrontaciones, pues sería dueño de su fuerza y de su soledad! En vano trataba de prevenir esas dolorosas imprudencias, podían con él..., todavía tan atado y vulnerable. Tuvo una especie de desvanecimiento: el veneno de la indignación humillada, un llanto que, enroscado en su interior, no estallaba, un grito ahogado, unos peldaños que no se acababan nunca. Se le iba la cabeza. Se encorvó, quería aire, luz, agua, un refugio donde ya no pudiesen encontrarlo.

Desde hacía un rato tenía en la mano su cazadora de dril. La secuencia se proyectaba maquinalmente prolongando la espera. ¡Pronto reaparecerían atropellándose los unos a los otros, confusos, en medio de la exagerada alegría propia del reencuentro!

Fuera estaba oscuro; si se hubiese dado prisa habría llegado a la película. Ya no llovía: ¡se podía deambular por las calles! Regresaría tarde, cuando ya no pudiesen preguntarle nada.

En efecto, regresó tarde. En la cocina, encontró preparada la bandeja con pan, mantequilla y una taza de leche. Se la bebió y, a continuación, sacó con precaución el libro que tenía escondido debajo del aparador.

Dormían o se hacían los dormidos, poco importa. Se habían acostumbrado a las extravagancias del caballerito y ya no lo importunaban con las normas y el orden.

Se acercó la lámpara. Abrió el libro. La frase inicial estaba en su sitio, incendiaria. Había repetido muchas veces su cadencia clara y negra: «Un espectro recorre Europa... Un espectro asola Europa...». La banda sonora subía de volumen con vehemencia:

«Todas las potencias de la vieja Europa se han conjurado en santa jauría». La voz llenaba toda la pantalla, ya no se veía nada, sólo se oía la invasión machacona de sílabas ardientes listas para el ataque: «La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases». Punto y un pequeño respiro.

«Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas... las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés... ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta... En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.»

El miércoles, el maestro reapareció, puntual, al mismo tiempo que la lluvia. En esta ocasión llevaba un paraguas enorme y remendado y una gabardina negra y lustrosa cerrada en el cuello. Pasó con rapidez, sin ningún preámbulo, al alfabeto y a las primeras palabras.

Las clases siguientes fueron por la misma línea. Empezaban por la gramática: sustantivos, pronombres, verbos. Estudio de verdad, como la geografía, la historia o el álgebra. No era difícil admitir que era un alumno aplicado, el vejete no escatimaba elogios. Al final balbuceó: «el mejor».

¿Era un estímulo ante las fiestas que se acercaban? Otoño frío y lluvioso. Días serenos de finales de septiembre, rigores domésticos en los días sagrados. Ya no le pedían, como ocurrió el año anterior, que los acompañase y estuviese con ellos bajo las enormes y frías cúpulas... No le pedían lo imposible: en realidad, no pretendían establecer ninguna relación entre las clases de los lunes, miércoles y jueves y lo que había de pensar y hacer... De modo que no eran serios, no creían: se contentaban con llevar su cansancio, su resignación y los artificios solemnes entre los demás...

La clase del jueves se desarrolló como de costumbre, limitada a la conjugación de los verbos irregulares...; los verbos de un idioma tan riguroso resultaban ser, mira por dónde, casi todos irregulares.

La clase acabó un poco más temprano. El gran experto cerró el libro más deprisa que en otras ocasiones. Había acabado pero no había acabado. En su asiento, con la cabeza hundida entre los hombros, ya no miraba a su discípulo.

—Entre nosotros, el perdón no es una mera apariencia, una hipótesis. Se ha demostrado, se ha producido... Tras cuarenta días de oración, nos dieron unas tablas nuevas para reemplazar a las que habían sido destruidas.

Hablaba despacio, con voz ronca. Sacó el pañuelo blanco y arrugado del bolsillo interior de la chaqueta negra, pero no se sonó como un saxofón, según solía. Lo mantuvo apretado con la mano sobre la rodilla derecha, junto a la pata de la mesa.

–Entre nosotros, el arrepentimiento no precede al juicio sino que lo sigue. El juicio ha de ser justo y no sujeto a influencias. Para nosotros, el tiempo de la conciencia..., usted entiende esta palabra, probablemente la usará todos los días..., para nosotros el tiempo moral no es irreversible.

Concentrado, no levantaba la mirada. Parecía susurrar sólo para sí. Sin embargo, encontró tiempo para ironizar, el muy guasón, no había olvidado sus tics, desde luego que no... La taimada y respetuosa distancia entre «nosotros» y «usted» ya no tenía el efecto de la primera vez, desde luego que no, y maldito lo que le importaba. Sabía que las palabras se desgastaban, de lo contrario no las habría puesto en movimiento con tanta dificultad, jadeante y ronco, haciendo largas pausas entre las frases.

–El creyente, digamos el sabio..., eso le cuadraría mejor a usted..., ha de saber que el pecado no acarrea de modo implacable el castigo divino. El tiempo de la conciencia permite la rehabilitación, el perdón es posible...

Había llegado la noche con su quietud, era difícil interrumpirlo. Las palabras ascendían lentamente con pausas desiguales. La voz se había vuelto más grave. A grandes intervalos articulaba palabras inseguras y frágiles, como pidiendo una cálida y prudente acogida para poder elevarse y oírse.

–Cada primero de año, los justos son juzgados según la letra estricta de la ley. Sólo los justos merecen severidad. El día del perdón, en el gran ayuno que sigue al año nuevo, los que no son buenos ni malos..., los que no son ni fu ni fa, los que poseen actos buenos y malos..., son juzgados con clemencia. Y los pecadores se pueden arrepentir. Ellos también pueden ser perdonados si se enmiendan. ¡Si se trata de yerros que afectan a la divinidad, naturalmente! Los que afectan a los hombres han de perdonarlos éstos.

Se sacó un pañuelo impecable del bolsillo superior de la chaqueta y hundió la trompeta en el cuadrado de seda blanca. El otro pañuelo se hallaba en un rincón de la mesa, no se sabía cuándo había abierto el puño y el ovillo de tela se había quedado en la mesa, se había olvidado del pañuelo habitual que usaba para su nariz gruesa y doliente. No prolongó la operación, como

antes, sino que se metió el pañuelo blanco, arrugado, en el bolsillo. Pero la cabeza no la levantó, en la pantalla aparecía sólo el fino bonete y tampoco la voz se le aclaró.

–Creados libres, es decir, sometidos al error, la propia ley nos permite el perdón. El arrepentimiento sigue al juicio, no lo precede. Nadie ni nada puede influir en el juicio, tiene que ser justo. ¿Puede el arrepentimiento verdadero modificar el pasado de la vida espiritual? Entonces, el destino también... ¡El futuro no se derivaría, en rigor, de los acontecimientos! El tiempo moral no es irreversible. El proceso de conciencia..., en la conciencia, mejor..., sigue al juicio del pasado, de nuestra vida espiritual. La ley permite el perdón. Siempre que el recogimiento y el remordimiento sean auténticos. Entre nosotros...

Y se levantó lentamente, con dificultad. Se hubiera dicho que seguiría una larga readaptación al acto de andar, a la habitación, a los gestos naturales. Pero no, cogió rápidamente el sombrero, el abrigo y la cartera, hizo una inclinación de cabeza al tiempo que murmuraba algo, nada, abrió la puerta y salió al pasillo. Se acabó, se había ido.

La casa se quedaba vacía los días de fiesta. Algo risueño y severo flotaba entre las lozanas paredes. La habitación limpia y desierta; el silencio vacilante y tímido se cargaba de incógnitas y de frialdad. Los padres se hallaban lejos, en un lugar donde el rebelde no ponía ya los pies. Bajo los altos candelabros de la bóveda dorada, entre los bancos estrechos y viejos, dispersos entre otros y escondidos tras largos echarpes de seda blanca, musitaban, desde luego, balanceándose con el estribillo de las plegarias e inclinándose a veces con ímpetu hasta besar el suelo con la furia de la humillación tantas veces transmutada en vanidad y desafío.

Soledad, silencio..., en la habitación más grande y vacía no era posible concentrarse, los pensamientos se dispersaban.

–Son días más grandes para nosotros. El perdón no es una simple esperanza, sino que se ha producido. Solamente los justos merecen un juicio severo. El pecado no lleva indefectiblemente al castigo. El perdón es posible. Tan sólo los yerros contra la divinidad, los que se cometen contra los hombres han de ser perdonados por ellos. El perdón no es lo que se dice una absolución... Las nuevas tablas estaban destinadas a los hijos de los que

pecaron con el becerro de oro. O sea, los descendientes, arrepentidos y perdonados. Pero la segunda edición ya no era lo mismo... El tiempo moral es recuperable. El perdón es posible, se ha demostrado. ¡No obstante, el perdón no absuelve! Conservamos en el tabernáculo, junto a la nueva ley, los restos de las primeras tablas.

La mesa cubierta de raso, los armarios cerrados y sin la menor huella de polvo. Los cristales de las ventanas limpios y la cortina recién lavada. Podría haber sido agradable y familiar, mas no lo era. Era un refugio equívoco y sinuoso, uno no sabía cómo hacerse más pequeño.

Se precipitó al descampado, entre los roñosos bullangueros y violentos del barrio. Volvió tarde, sudando, exhausto por los empujones y la carrera. En la puerta, Licã le gastó a su vecino una de sus bromas pesadas, de las que dejan a uno para el arrastre. En casa todavía había luz. Todavía ardían los candelabros y el mantel blanco relucía. Los padres elegantes y tiesos se rehuían la mirada. Se diría que no veían a aquel golfillo sucio en el marco de la puerta.

¿Qué clase de año había comenzado? ¿Que lo digan los que leen los posos del café o los expertos en antigüedad oriental! ¡Estamos en octubre, estimados feligreses! Lo sabéis perfectamente: ayer cobrasteis la paga quincenal. ¡El año no se acomoda a las nebulosas leyendas sagradas! El año se acerca a su fin.. ¡Viene el invierno, pero no según vuestro calendario lunar, en el que todavía aran el buey y el arado de madera!

La instrucción proseguía, intensificando los ejercicios de lingüística divina. Se multiplicaban los verbos, adverbios y sustantivos. Fuera nevaba copiosamente, como en las religiones nuevas, disidentes.

Las clases se desarrollaban con rigor y dignidad. Habían desaparecido las patéticas divagaciones teológicas y se respetaba la regla: gramática, vocabulario, traducción y ejercicios. El pacto de participación seguía siendo limitado. De nuevo lunes, miércoles y jueves, conjugación, declinación, adjetivos, numerales, atributo, complemento, predicado, vocabulario, traducción, ejercicios. El abrigo negro en el perchero, el sombrero negro en el perchero, la cartera junto al perchero, el pañuelo arrugado para sonarse, el pañuelo blanco *pour le plaisir*. El señor de edad mediana, bajito y regordete podría ser de la Recaudación o del Distrito Forestal o de ninguna parte,

secretario del juzgado, sastre, practicante, violinista, cajero o detective. En realidad, era un instructor concienzudo y lacónico, que se movía dentro de los límites de su contrato.

El discípulo descubrió tarde y por azar que en la cocina se proyectaba, una vez acabada la clase, un breve adagio de divulgación, según el gusto de las masas. Iba a beber agua cuando oyó la voz ronca. «El de Berdicev se tropezó el sábado por la mañana, cuando iba a sus oraciones, al rebelde del pueblo. Para retarlo públicamente, éste sacó la pipa y la encendió. El de Berdicev se paró delante del pecador. Desde luego se te ha olvidado que hoy es sábado. No, de ninguna manera, no se me ha olvidado, dijo el descarado. Entonces, probablemente no sepas que tenemos prohibido fumar en sábado. ¡Nada de eso! Conozco todas vuestras leyes, contestó el fanfarrón. El rabino de Berdicev se mantuvo impasible, sin entrarle al trapo. Luego levantó los ojos y se dirigió al cielo: ¿Has oído? Él está infringiendo tus preceptos. ¡Pero has de reconocer que nadie puede obligarlo a mentir! Así era el de Berdicev, la ternura personificada. Sólo tenía ojos para el bien... Tras dar unos cuantos pasos se volvió hacia aquel zopenco que se había quedado boquiabierto en mitad de la calle. ¿Por qué haces esto? ¡Porque soy ateo!, galleó el cabeza de chorlito. Conque eres ateo... Ya, musitó pensativo el de Berdicev. Bien, ¿y en qué seminario o con qué maestro has estudiado? ¿Cómo? ¿Cómo que seminario? ¿Qué clase de seminario?, balbuceó el mentecato. ¡Naturalmente!, repitió el de Berdicev. ¡No puedes ser ateo si no conoces los libros sagrados! De lo contrario, cómo... Así era el de Berdicev, la sabiduría personificada.»

¿Una alusión? Por consiguiente, el intruso se mofaba del pagano al que mortificaba tres tardes por semana.

... El sonido de la película era un leve murmullo al ritmo de palabras cantarinas. El comerciante de historietas y somníferos seguía desplegando la misma y generosa capacidad narrativa.

«Cierta día se presentó un joven: Llevo varios años casado, no tengo hijos y soy un desgraciado; tanto mi esposa como yo queremos tener hijos. Bien, dijo el de Berdicev, vete a tu casa, tendrás un hijo. Nueve meses después, el joven volvió radiante: había tenido un hijo. Pronto se presentó otro

solicitante: Quiero un hijo; estoy casado desde hace cinco años, ayúdeme. Le contestó lo mismo: Vete a tu casa, tendrás un hijo. Pasa un mes, pasan dos y dos más y la promesa no se cumple.»

El suelo cruje, el espacio es estrecho, calderos, cestas, bolsos, ollas. Hasta la pequeña cocinita, tan angosta como una despensa, sólo había un paso. Era menester hacer auténticos equilibrios para poder quedarse inmóvil y contener por completo la respiración a fin de que la madera del piso no gimiese bajo los pies.

«El joven volvió furioso y amargado: Me dijo usted que si tal y que si cual y no se ha cumplido nada, estoy desesperado. El viejo se encogió de hombros: ¿Qué quieres que haga? Contigo no ha sido posible. El desgraciado insistía y gritaba: ¿Y por qué conmigo no y con el otro sí? ¡Porque el otro de mi casa se fue directamente a la tienda y se compró un cochecito de niño! ¿Qué hiciste tú?, le preguntó el viejo. No lo sé, no me acuerdo, balbuceó el muy lerdo. ¿Lo ves? Por eso no ha sido posible, suspiró triste el de Berdicev. Así era el de Berdicev, la fe personificada.»

Lunes miércoles jueves: declinación, conjugación, traducción, ejercicios. «El de Berdicev decía: Vi un ladrón en el momento en que lo prendían. Lo oí que murmuraba: Volveré a empezar, la próxima vez saldrá mejor. El ladrón me enseñó que había que volver a empezar cada día...» Otra vez lunes miércoles jueves, el sombrero en el perchero, el pañuelo achís, gramática, vocabulario, traducción. «El de Kotsk decía: En el infierno hay oraciones más reales que en el paraíso. Así era el de Kotsk, tenebroso. Gritaba: ¡Prefiero a un idólatra entero antes que a un medio creyente! Sus últimas palabras fueron: ¡Por fin voy a verlo! ¡Cara a cara!»

Otra semana: verbos, adverbios, preposiciones, conjunciones. «Uno puede comprender a cada pueblo a través de su lengua y su gramática. Fíjese en los ingleses, son dignos y demócratas: tanto el rey como el basurero escriben *Yo* con mayúscula. Mientras que nosotros... Para nosotros no existe el *usted*. A todo el mundo lo llamamos por su nombre. Y todos tienen una relación directa con Dios, sin intermediarios...»

De nuevo el abrigo, la cartera, el pañuelo, libretas repletas de reglas y signos, el alto en la cocina, el cafecito: «El de Berdicev, el más afable de todos, se detuvo un día en medio de la oración del día del juicio. Miró a las

alturas y gritó: Hoy todos se prosternan para esperar tu sentencia. Pero yo proclamo: ¡Tú serás juzgado! ¡Por todos los que sufren y mueren para santificar Tu nombre, Tu ley y Tu promesa! En otra ocasión murmuró: No Te pregunto por qué nos persiguen y nos matan en todos los lugares y con cualquier pretexto. Pero al menos sí quisiera saber si, efectivamente, sufrimos por Ti... Mientras que el de Kotsk dio un puñetazo en la mesa y aulló: ¡Exijo que se haga justicia! ¡Que el Legislador supremo se someta a Sus leyes!».

El hielo de los canalones se fundía, las chicas reaparecían con su olor artero y primaveral. Los descampados eran un griterío surgido de los grandes partidos de fútbol, las madrugadas y los crepúsculos expandían delgados chorros de alcohol. Los cautivos se mecían, soñadores, al soplo de brisas exóticas. Los gallos borrachos y los perros guardianes y los gatos melómanos brincaban alrededor de las vallas, el síncope de la rabia.

... Documental de época, si el tiempo aún quisiera escrutar sus callejones sin salida, su carga y sus breves victorias: los lunes miércoles jueves sólo penetraba el moho de los pergaminos y rollos viejos, no se hablaba de la primavera, del día internacional del trabajo que se celebraría el jueves siguiente, de los sucesos de la guerra o de la escuela, ni de las emocionantes películas sobre los días de duda y triunfo, polvo para futuros archivos, para el estornudo de futuros tataranietos capaces de hacer los juegos de manos del futuro.

El preceptor parecía vencido y cansado. Ya no se meneaba en la silla ni amontonaba de repente las palabras. Las frases discurrían con igual ritmo, en voz baja, como procedentes de un autómata. Ya no tenía ganas de atacar ni de esperar la reacción. Se contentaba con una modesta indiferencia. Las mejillas caídas y los ojos acuosos. Sudaba copiosamente y jadeaba. Su nariz grande y delicada, de anchas ventanas violáceas, seguía dándole la lata. Se sonaba con estrépito en un enorme pañuelo que arrugaba y se metía rápidamente en el bolsillo interior de la chaqueta de paño grueso, de invierno, abrochada encima del chaleco y del jersey de lana que le cubría la camisa cerrada en el cuello por el nudo grande de la corbata.

Había perdido la batalla, hacía mucho que debería haber comprendido que sus patochadas no tenían sentido. Quizás estuviese enfermo..., pero el contrato no preveía semejantes indiscreciones.

A últimos de mayo, se anunció en la escuela la selección para la fiesta de las vacaciones de verano. Nerviosismo insólito incluso para el candidato favorito.

Casualidad o no, el salmista volvió a encontrar, precisamente entonces, cuando nadie se lo esperaba, ganas de perorar y valor para tomarse confianzas. Interpretaba nuevamente el papel de un viejo pariente de paso por la ciudad, contento de trabar conversación y de soltar, de esta forma, por descuido, alguna chanza o algún consejo. Reflexiones, anécdotas, preguntas, cortesías... ¡Que escondían, como enseguida se vio, pérfidos ataques! Eso decidieron juntos, de modo dialéctico, el vigilante Licã y su lugarteniente miope y desgredado, el futuro hombre, el delicado soñador, el rebelde al que le gustaban los libros y la escena. ¡Astucia, perfidia!

–Llamémoslo más bien enseñanza en lugar de fe. ¡Oh, vosotros que padecéis sed, id al agua! Así decimos nosotros. –El énfasis de la cita era, en realidad, una trampa camuflada de la que salían silbando pequeñas flechas curvadas con la punta venenosa–. La fe está allí donde la dejan entrar. Deje usted que entre la fe. Incluso otra, si es menester. –Y, acto seguido, tras la reanudación de conjugaciones declinaciones traducciones–: ¿Sabe lo que decimos nosotros? Que si te entra por un oído y te sale por otro, en el camino ha quedado una huella... ¿Demasiado joven? ¡Un defecto pasajero! Uno lo va perdiendo cada día que pasa... –En fin, antes de ponerse la escudilla negra en la calva volvió a subrayar el «usted-nosotros» que manejaba con insistencia–. Al fin y a la postre, las creencias no son tan diferentes. Veo que incluso ustedes tienen santos... Nosotros no tenemos, ¿sabe? Santos no, eso no lo tenemos. Ningún hombre es tan recto que realice el bien sin pecar. Santos no tenemos... Sabios sí, como es natural. De modo que más vale que la llamemos enseñanza; además, también cuadra con usted.

He aquí adónde se puede llegar si uno admite una concesión, después otra, hasta que, zas, la cotorra te da un soplamocos. ¡No le soltaste tú una a tiempo y sabe que ahora no puedes! Ya no puedes.

Por lo tanto, algo había cambiado: las manos del rebelde estaban, de momento, atadas, podía hacer uno cualquier cosa. Sus padres lo habían sabido por otros padres o por algún profesor parlanchín... La buena carnaza les había caído de improviso, eran dueños de la situación y de sacarle provecho sin

escrúpulos: si quieres irte, si quieres que aceptemos en caso de que te propongan, antes tendrás que darle las gracias a nuestro vecino que no es vecino, al señor maestro, abogado comerciante detective o lo que sea, por todas las sandeces que tiene la bondad de enseñarte, entre estornudo y estornudo, todos los lunes miércoles jueves, su eminencia, nuestro muy ronco benefactor.

Por lo tanto, ¡el chantaje! De lo contrario, no se explicarían las impertinencias oblicuas, cada vez más cortantes. ¿El narrador filósofo y el maestro creyente? ¡Un pragmático, desde luego! ¡También nosotros habíamos aprendido lo que eso significa, sabíamos que podíamos esperar cualquier cosa de gentes de la ralea de ustedes!

–Todos los inicios son de vértigo. ¿Y acaso la felicidad es algo del otro mundo? El sufrimiento, sólo el sufrimiento da peso al tiempo. Anote, puede anotar lo que quiera. Me han dicho que sube también a la tribuna. Que da arengas, recita, quizás incluso escriba poesías, de esas rojas. Anote, anote, no me da miedo...

La secuencia se aceleraba, el objetivo enfocaba la calva, la corbata y las pequeñas y delicadas manos.

–Los versículos escritos en pergamino hablan de amor, de recompensa y de castigo. Es decir, de la verdad. Y de la libertad. ¿Conoce algo más importante que estas ilusiones? Ustedes consideran al hombre culpable. Recelan de él todo el tiempo.

Un movimiento abrupto: la cámara giró hacia la ventana, el cielo y los árboles del patio.

–¿Unanimidad? ¡Cada hombre es único, no sólo Dios! En la antigüedad, era muy raro que nuestro tribunal condenase a muerte. ¡Por crímenes verdaderamente inusitados! Sin embargo, ni siquiera entonces el pueblo alababa a sus jueces por eso. Pero existía una disposición que anulaba automáticamente la condena a muerte. ¡Si la sentencia se había decidido por unanimidad! Resulta sospechosa, camarada, ¿qué vamos a hacerle? ¿Está tomando nota? A lo mejor hasta le interesa. ¿Quiere entregarme a la Inquisición? Se han dado casos. Anote, hijo mío, anote también esto: «El sabio

con abrigo de pieles». El que está protegido del frío puede permitirse dárselas de listo. En lo que toca a ustedes, no se trata de sabios. Tienen santos. Con abrigo de pieles.

¿Qué pensar? El domingo por la mañana, en la pereza de las horas incoloras, preludio del desbarajuste del reposo, el candidato intentó de repente sorprender a los conspiradores: comunicó oficialmente el acontecimiento del verano. ¡Extraordinaria escena! Ojos de par en par, alegría, besos, como si no hubiesen tenido la menor idea... Parecían sinceros: el cabeza de familia salió disparado a la calle para comprar una botella de vino, el ama de casa corrió al piso de los vecinos para comunicarles la noticia. ¿Una puesta en escena tan perfecta? Actuaban espontáneamente, sin el menor signo de hostilidad ni de astucia. Casi se dejaba uno convencer. Ni asomo de oponerse a que se marchase, estaban ufanos, contentos... ¡A ver quién entendía algo! Tanta socarronería parecía demasiado para sus cálidas almas... Las complicadas tácticas de envolvimiento, la estrategia de las operaciones de contrapunto: sutilezas incompatibles con los deseos moderados, domésticos. Sin embargo, no..., no había que quitarles ojo, no había que pasar por alto ni un detalle.

El hombrecillo ronco, sudado y aparentemente inofensivo. ¡Detrás de su juego inocente y de su mímica expresiva había un intrigante de marca mayor! ¿Su ternura para el sufrimiento y su bonhomía de otro mundo? No eran sino modulaciones en falsete...

Durante la clase, la casa enmudecía. Algo así no había pasado nunca... Ningún suceso, desgracia o alegría inesperada, la aparición de algún huésped imprevisto y no digamos las habituales exigencias de la vida en común, la tranquilidad necesaria para el reposo o la lectura o la visita de Licã para resolver los problemas de trigonometría, jamás habían constituido argumentos lo bastante poderosos para interrumpir la circulación continua, con o sin motivo, de la cocina al comedor y del comedor al pasillo. Portazos, cháchara, parientes, vecinos, amigos, empleados, marcianos, neandertales, una incesante barbarie sonora, agresiva y sin tregua. Sólo casos totalmente imprevisibles tenían el poder de reducir el volumen de voz a una escala menor, como un

zumbido enloquecedor de pequeñas alas metálicas... Mas la aparición de la Eminencia detenía instantáneamente el sonido más impreciso, el menor desorden.

El insoportable gramático y su anacrónica fonética. ¡No se oía ni una mosca en derredor! Ni del patio penetraba un soplo de brisa. Por más que los oídos y los ojos espasaran de cerca, las puertas parecían definitivamente sujetas, las habitaciones vacías, las paredes se volvían de repente gruesas y porosas y absorbían todos los ruidos. La banda sonora arrancaba de sopetón y los gestos adquirían viveza.

–Dicen ustedes que engañar al prójimo es un pecado. Nuestros ancianos dicen que engañar a Dios es una ingenuidad. Por descontado. ¿Y engañarse a uno mismo, que lo contiene todo, tanto a los hombres como a Dios? Preste atención, preste atención a esto.

Así se mantuvo, excitado y agresivo, varias semanas seguidas. Cuando quería acumular reproches que no se atrevía a expresar con claridad, prefería bajar la voz o hacer gestos bruscos, como si fuese a coger al adversario por los hombros y sacudirlo para que volviese en sí. «Preste atención, preste atención a esto» sonaba como una señal, uno no sabía lo que podía esperar en medio de la agitación que desataba. De pronto, el hombrecillo se dejaba invadir hasta el frenesí por la importancia de sus dislates... Una forma de desviar la vigilancia de lo que ocultaban o demoraban.

Chifladuras en absoluto cándidas, ni que decir tiene.

–Puede tomar notas, tome notas con toda tranquilidad...

Sabía, con toda seguridad, que era más fácil mantener la calma escribiendo como un autómata en la libreta lo que uno se aburre de oír y no tiene interés alguno en comprender.

¡Conque habían puesto en él todas sus esperanzas! Desaparecían, se desvanecían unos momentos antes de que hiciese su aparición. Como si por ser demasiado pequeños para su alta vocación no se atreviesen a perturbar su misión. O tal vez se sintiesen culpables a los ojos de él, eso no había que descartarlo de ninguna de las maneras... La subordinación a un contable santurrón de chicha y nabo, oscuro metodólogo y pedagogo menesteroso de

pueblo, al que no osaban durante la sacrosanta hora retribuida servirle una cucharada de mermelada, un vaso de agua, preguntarle por su salud o molestarlo con el crujido de las puertas o del piso.

Faltó una semana, enfermo. Ésa fue la versión que se dio.

Parecían desamparados, desvalidos, como si de repente la vida se hubiese quedado sin el principal factor que la ordenaba. Pero, como por ensalmo –¡qué extraña compensación!–, aparecieron los rumores sobre la epidemia de poliomielitis. Decían que se estaba extendiendo rápidamente en la provincia tal y en el internado cual.

Desarmados, disimulando a duras penas su pánico, los padres traían diariamente noticias preocupantes. Fulanito, del pueblo tal. Síntomas engañosos. Había que evitar las aglomeraciones y las condiciones sanitarias dudosas. Tantos en la ciudad X... Los más amenazados eran, principalmente, los que habían pasado años difíciles y estaban debilitados por el miedo y una alimentación insuficiente. Recalcaban esa noticia, se les veía implicados cuando la daban. Los desnutridos, los niños remilgados, sensibles y débiles. ¡En especial, los que habían sufrido mucho en la guerra! Dicen que la hija del sastre tal, que estuvo con nosotros en el campo de internamiento... Los cines, las piscinas, los campamentos: ¡un desastre! Sobre todo, los campamentos, porque acude toda clase de gente y de todas partes. Y los trenes también, claro. Tanto más si hay que hacer un viaje largo, tan largo...

Abrían el mapa, consultaban los horarios de los trenes, buscaban Radna, la estación siguiente a Arad, donde había que cambiar el expreso para coger uno de cercanías. Desde la ciudad, un autobús había de llevar a los comandantes de pioneros* hasta el castillo. Tantos chicos juntos procedentes de tantas ciudades, de una punta a otra del país, aumentaba el peligro, podría ser una catástrofe... ¡Como si los lamentos y exageraciones pudieran inquietar a alguien! Tendían trampas: insinuaciones, amenazas, consejos, y esperaban el efecto. La tarde de la conmoción la dedicaron a hacer revelaciones sensacionales sobre la vida y milagros del ausente... Dudosa maniobra, diríase. ¿La biografía sorpresa del gran actor? Alternativas incontrolables: la verdad podía ser tan tortuosa como simple e inocente; podía ser cualquier cosa, uno no tenía medio de adivinarla.

El preceptor volvió a las habituales sesiones de instrucción distraído, con la mente en otra parte.

Los ensayos se aceleraban, el instructor no ponía mucho esfuerzo, se limitaban a repetir unas sumarias indicaciones sobre el texto y la puesta en escena.

—Se colocan en el brazo izquierdo, a la altura del corazón, y en la cabeza. Todos los días con la oración de la mañana. Menos los sábados y días de fiesta. Por las mañanas, menos los sábados y festivos.

Cuando se marchaba, el gran sombrero negro lo tapaba por completo, como si fuera un paraguas.

En su última aparición, en el ensayo general, estuvo más de media hora mudo y apático. Como incómodo dentro de su propio envoltorio... ¡Podía uno dejarse vencer por la compasión si no se espabilaba a tiempo! Algo distinto a los aplausos que le brindaban al bufón, algo distinto al recelo con que podían acoger al adversario... ¿El que tenías enfrente era en realidad otro? No sabemos a quién admirar, maestro, si al folclorista reconocido por los foros académicos, como afirma su padre, o si al antiguo abogado de los menesterosos, como cree el sabelotodo Lică, o al oscuro filántropo derrochador de inteligencia y estornudos... Los pequeños gestos, la apariencia humilde, las palabras equívocas y sutiles, los chistes inacabados con un fondo amargo y grave en que parecía creer y no creer del todo, una especie de leyenda perdida que solamente lo admitía a él entre los últimos retrasados... Y así aparecía con su sempiterno traje grueso y negro en mitad del verano, como si nada pudiese afectarlo y conmoverlo.

Sin embargo, por más intangible que el hombre pudiera creerse, el resfriado, la tos y los estornudos no lo abandonaban. Resollaba, tosía y estornudaba en el inmenso pañuelo hecho un pelotón que, finalmente, se metió hecho un ovillo en su sitio, el bolsillo interior de la chaqueta.

En lugar de marcharse o de recobrase, permanecía sentado en la silla, en silencio, mirando con el ceño fruncido a la estrella del espectáculo al que, durante tantos meses, había consagrado sus afanes.

Pero, ¡oh sorpresa!, se puso a hablar. Lentamente, con dificultad, más bien un susurro, mirando de hito en hito a su oyente. Palabras deshilvanadas. Vive Dios que sin la menor relación con las tareas inmediatas y gloriosas del

histrión que con tanta paciencia había formado..., ni con el glorioso pasado de lucha e ideas que, al decir de algunos, encarnaba. Si no hubiese lanzado aquellas palabras deslavazadas, quizás el oyente habría acabado por encontrar audacia para hacerle preguntas y romper, a la postre, el aura fabulosa que, una tarde, sus píos padres erigieron en torno al forastero... ¿Descendiente de una rica y devota familia? ¿Estudiante en Amberes? ¿Especialista reputado en poesía popular del norte?... ¡Todo eso requería comprobación! Aunque sólo fuera para saber si las espectaculares mamarrachadas habían servido, como afirmaban los emotivos, únicamente para elegir un instructor «adecuado» para el irascible alumno... Las palabras que soltó no podían relacionarse con nada. Vive Dios que parecía que le había dado un arrechucho, así por las buenas, y lo trabucaba todo.

–Nuestra magnífica creación, que nos pertenece sólo a nosotros, es el santo y venerable día, Su Majestad el Sábado... ¡Nosotros fuimos los primeros en introducir el descanso, signo de libertad y de renacimiento! –Elevó pausadamente el tono de voz; habría gritado si la ronquera no le hubiese moderado los agudos–. ¡Y de dignidad, señor mío! El símbolo de la creación realizada en seis días. El Señor descansó, como hacemos también nosotros. ¡Nosotros hemos dado la Idea al mundo, por si no lo sabe! Y el Libro Sagrado está dividido en cincuenta y cuatro capítulos... ¡Cuántas alegrías en un año, camarada!

¿Por qué, entonces, les habló en otro tiempo a los campesinos de cooperativas y falansterios? ¿Por qué defendió a los ateos y rebeldes? ¿Por qué se peleó con el abuelo en el templo y después lo salvó de la odiosa maquinación que le habían preparado? ¿Y por qué sigue respetando una tradición trasnochada con sus ridículas costumbres heredadas, como un fardo, de los antepasados?

Ya no había más tiempo para frases ni asombros: el sombrero, el abrigo y el pañuelo habían desaparecido. Se había marchado. De repente, sin decir ni media palabra.

Al día siguiente, la película cobró tintes festivos bajo la bóveda de los altos candelabros. Sala silenciosa, fresca, con un extraño olor a plantas viejas y desconocidas. La breve vacilación antes de tocar los rollos solamente fue observada por el padre del muchacho, que se hallaba tras él, a un paso de

distancia. El brazo izquierdo envuelto, la frente apretada por el círculo de piel, el cubo negro en el centro. Un candidato tenso y pálido, perdido completamente bajo el sacrosanto echarpe blanco de seda con que lo habían envuelto. El discurso fue perfecto y la dicción clara. El padre del actor se encontraba a su lado, a la izquierda. Un auténtico caballero, de punta en blanco, que parecía haber salido de pronto del oscuro segundo plano del escenario. Y la madre lloraba, como es natural, al igual que el público vulnerable a las emociones y al gran arte.

El maestro-director no participó. Su precipitada salida del día anterior podía ser signo de enfermedad o quién sabe si de ruptura. Lică, aficionado a las noticias sensacionales de última hora, se sacó de la manga una noticia bomba: por lo visto, el vejete rechazó ofertas de un antiguo militante del partido en la ilegalidad al que, antiguamente, había defendido en los tribunales, pero al que ahora se oponía y rehuía... Es más, le había presentado unas extrañas propuestas e ingenuas reivindicaciones... Acabó por irritar a todo el mundo, lo expulsaron del Colegio de Abogados, cayó en la miseria y fue objeto de rechazo y burla. Si todo eso era verdad, tanto más le habrían aburrido las ceremonias, explicaba dialécticamente el parlanchín de Lică, bajo sus recientes bigotazos. Y si sólo se trataba del personaje visible, su misión había concluido; en realidad, no tenía por qué esperar palabras finales y grandilocuentes de agradecimiento por parte de un crío cualquiera, malcriado y hostil.

El epílogo del entreacto con aguardiente, felicitaciones y torta dulce no duró mucho. En la calle, el hombre al que acababan de recibir entre los hombres volvió a encontrar la indiferencia perezosa y tórrida del verano. Los pies se hundían en la acera candente, el calor fundía la solemnidad de la cadencia. Permanecían el equívoco, la desmaña, el entusiasmo y la culpa.

Unos días después, el tren salió de madrugada hacia Lipova, en la otra punta del país. Un trayecto en línea quebrada para recoger por el camino a otros comandantes.

Viaje largo, un día y una noche en banquetas de madera llenas de polvo. En cada provincia subía otro héroe, otro elegido. ¡El primer campamento internacional con huéspedes distinguidos! El héroe llegó exhausto, había

vomitado muchas veces durante el trayecto. Pero se mantuvo firme, como se le exigía.

Desde la estación hasta el límite del bosque fueron transportados en un camión, apiñados entre los equipajes. Un cielo azul, pelusilla blanca de diente de león, un sol redondo y grande, campo y colinas, una maravilla. Aunque cansados, cantaban, estaban alegres, representaban con orgullo a su país.

En la entrada del bosque esperaban formados en columna veinte pioneros búlgaros. Llevaban uniforme, las corbatas eran más finas y brillantes. Se tocaban con sombreritos blancos de tela, como los salacots coloniales.

El ambiente se coloreó de verano, imagen panorámica: la carretera, el bosque, el campamento instalado en el castillo de la antigua mona reinante. Banderas, trompetas, chicos en columnas, formaciones, juegos y reuniones. Por las mañanas gimnasia y por las noches fogatas y arengas.

Se preparan las elecciones, puede observarse el ajetreo alrededor de un muchacho moreno, guapito y tieso, los chiquillos dicen que es de Bucarest.

Días después de las elecciones, llegan los ejemplares del primer número de la revista. El flamante hombre se encoge emocionado, tímido y orgulloso. El titular de la segunda página brilla con letras grandes en rojo. ¡Dos columnas de versos! Esconde el ejemplar para que no lo descubran con él. De hecho, querría y no querría que lo descubrieran... Se había hecho amigo de un comandante búlgaro, intercambiaban sellos. Por señas, le revela el secreto. Enseguida se sabe todo y su tormento acaba. Recibe una amigable reprimenda por haber divulgado la noticia antes entre los huéspedes.

¡Su prestigio aumentó! Le tiran de la lengua, con paciencia, envidiosos. Los instructores se lo recomiendan unos a otros. Lo observan con interés. Al día siguiente, cuando formaban en escuadra, una señal de saludo con la mano, como entre amigos. Hace amistad con uno de los instructores. Éste estudia para operador de películas. Incluso se parece a un artista de cine. Delgado, ojos azules y fríos, perfil suave, espaldas de atleta, cabellos al viento... El guaperas sabe muchas cosas, habla de *Anti-Dühring*, y de *El alma encantada*... y también de otros libros que el flamante hombre no conocía. El meditabundo pionero cuenta a la sombra de un árbol fragmentos de su biografía. Cómo después de ser liberados del campo de internamiento permanecieron en aquellos contornos casi un año, empezó la escuela y logró

convertirse en pionero soviético. El estudiante de cine parece asombrado de lo que está enterándose y se lo cuenta a su vez a otros. Los días siguientes, el director y el instructor jefe le piden detalles, hasta la cocinera lo toma bajo su protección. El director expresa su pesar por no haber sabido todo aquello antes de las elecciones. ¡Héroe popular y autoridad cultural! La primera fogata de campamento, rimas sonoras por la paz.

Siempre atareado y feliz, no tiene tiempo para su maleta. Tarde, descubre al fondo, escondido entre unas toallas, el estuche de seda roja. Lo cierra inmediatamente para que nadie lo vea. Le da la vuelta a la llave con furia... No tocará esos objetos. ¡Todo había acabado y la mascarada no tenía por qué seguir! Debería tirar enseguida o, mejor aún, quemar si tuviera valor, las viejas correas embrujadas. ¡Así lo hará uno de estos días! Pero lo aplaza, no encuentra el momento adecuado. Casi nunca está solo, también había aplazado la carta donde comunicaba la ruptura definitiva... No tiene respiro, sólo piensa en formas de proceder violentas y definitivas. En el dormitorio, en la escuadra y en el comedor no consigue quedarse solo, que nadie lo encuentre. El estuche de seda –no es menester abrirlo, ya sabe lo que contiene– lo había escondido bien, al fondo, no había cuidado, envuelto con pañuelos y calcetines, apretujado entre la ropa blanca. Constantemente se palpaba la llave de la maleta, en el bolsillo del pantalón.

La semana siguiente cambia la película, el ritmo se precipita, gresca, incidente con los padres y médicos. La víspera de la visita, por la noche, traen sábanas nuevas, otras camas e incluso cambian los armarios. Tremendo zafarrancho, quitan camas para que haya menos por dormitorio. Se lavan los cristales y se friega el suelo con petróleo. El toque de retreta suena tarde, secuencia nocturna, luna y abetos, panorámica sobre los dormitorios donde los arrapiezos no pueden dormir a causa de la agitación y del olor a petróleo. La noche engulle los movimientos pero siguen oyéndose voces, los camiones descargan cajas de botellas u otra cosa. La bulla no cesa hasta la madrugada.

Aurora confusa, no hay gimnasia. Patio lleno de cajas apiladas: agua mineral, latas de conserva y paquetes. En la formación comunican que el campamento va a recibir una visita importante. La verdad era que todos se sentían de maravilla, aunque hubiesen bebido agua del grifo, pero estaba fresca y era buena. ¿Demasiados por dormitorio? Eso no molestaba a nadie y

tenían agarradas muy divertidas. No comprendían muy bien lo que querían los visitantes ni qué tenían que decirles, todo era fantástico y todos los comandantes estaban contentos.

La delegación aparece a la hora de comer: una comida succulenta. El agua mineral tiene un gusto raro, raspa la lengua. Está sentado junto a un médico que a su vez tiene al lado a una señora con los ojos como platos, furiosa y que gesticula sin cesar y no quiere oír nada. Él se muestra seguro de sí mismo, como un hombre, y prudente en las contestaciones: las sábanas se cambian cada dos días, nos lavamos las manos seis veces, somos ocho en cada dormitorio, la comida así, la gimnasia asá, todo como es debido. Los camaradas inspectores parecen satisfechos, deliberan, se pasean juntos por el bosque y al atardecer se marchan. Después de cenar, el amigo instructor busca a su compañero y le da unos golpecitos en el hombro, contento:

–¡Bravo! Eres un hombre de confianza. Quiero que me ayudes en una faena.

Al día siguiente se convierte en su ayudante. Después de comer se encierran en una habitación y trabajan hasta muy tarde.

El fin de semana llegan de Bucarest dos melencidos con pesados aparatos para filmar colgándoles del hombro. El instructor probablemente intervendrá en la selección. De suerte que el elegido no hace remilgos, se prepara de forma escrupulosa para la fogata del sábado por la noche y el montaje poético dedicado al padre de los niños, corifeo de la ciencia, ilustre estratega, el hijo predilecto del gran pueblo hermano.

El objetivo del aparato capta el calvero, la luna, los abetos negros y tiesos, inmóviles desde hace siglos. Huele a noche y a abeto. La lumbre se eleva, el programa es un gran éxito, los cantos, el baile, el momento acrobático y los poemas largamente aplaudidos. Al acabar, historias y bromas, grupos aislados en la hierba.

El instructor coge a su preferido por los hombros: secuencia-retrato. Paseo de los dos por el bosque.

–No tiene sentido reanudar la conversación de ayer. Eres un chico inteligente e íntegro. Me extraña que puedas afirmar esas cosas incluso ante un amigo. Quiero decir que me extraña que las pienses. Ni que decir tiene que los

recuerdos están terriblemente impregnados, es natural. Pero no tienen ninguna relación con...

–Eso precisamente es lo que decía yo: ¡no pueden tener relación! Entonces, ¿por qué hay que...? Si aquí somos felices, esto es maravilloso. ¿Por qué hay que...?

–Vale, empecemos por el principio. Enhorabuena por los versos. ¡Menuda colección de palabras tienes, maestro! ¿De dónde has sacado eso de «caramillo»..., supersticiones, o como decías allí, lo de terrenal, un calendario terrenal para todos? Nosotros no tenemos santos, ni desnudos ni vestidos de pieles... ¡Bien, camarada, así es! Su Majestad la Luz... ¡Muy bonito! La severidad es sólo para los justos, creemos en ti al igual que tú en nosotros... ¡Chico, eres un hombre culto! Y termino, ya basta, lo he comprendido. Mira, te ha llegado una carta.

Alarga el sobre. La letra bonita y elegante de su padre. El pionero mira detenidamente y titubea. El instructor no puede contenerse y se echa a reír.

–No la he abierto, diantre...

¡Su risa lo excitaba más, no podía parar! Había reemprendido el camino y reía con una alegría sincera pero desagradable. El pionero hecho hombre se detiene, pálido. No abre el sobre. Observa ceñudo a su compañero de ideas y paseo. ¿La carta sin abrir? ¡Un argumento más para reanudar la conversación! Sin embargo, significaría repetir cada uno lo dicho, no convencer y ni siquiera entender... Se acabaría con esas palmaditas amistosas en el hombro. Un hombre no se enfada, en definitiva, porque se le considere un niño, aunque entre amigos no caben semejantes tonterías. Pero cuando la seriedad la toman como una niñería... El instructor así la calificaba, evidentemente. Se valía de un pretexto para evitarla, una especie de muro blando y resbaladizo que te volvía extraño, debería haberse dado cuenta.

La carta sin abrir, la risa golpeando en el punto donde quedaron bloqueadas las discusiones de ayer y anteayer, el nudo que el instructor no deseaba deshacer sino que prefería saltar sobre él.

No habría sido buena idea que el instructor leyese la carta. *Espero que no te hayas enfadado por lo que has encontrado en la maleta. Sé que no lo vas a usar. Pero mamá ha insistido. Aquí corre todo tipo de rumores sobre la poliomielitis. Ella cree que esto te ayudará.*

El tono afable y las palabras delicadas no moderaron la declaración de ruptura que el furioso se disponía a enviarles. Tenía mucho que hacer, casi nunca se quedaba solo, es cierto. Pero ahora había surgido un obstáculo mucho mayor. Si era verdad que el instructor no había abierto la carta, como afirmaba, aunque sin duda tenía obligación de hacerlo, la respuesta no podía aplazarse más. Es decir, no podía eludirla, ni por sí mismo ni por ellos... Lo natural habría sido echar la carta de respuesta en el montón de correspondencia que, cada tarde, los dos clasificaban.

Cierto es que, desde el principio, él había puesto objeciones. El pánico y los rumores sobre la epidemia habían alarmado tanto a algunos padres que hicieron reclamaciones y fueron al campamento para convencerse. Eso no era razón suficiente, afirmaba. Se había constatado que no había signos preocupantes... Unos padres exagerados que habían asustado desde casa a sus retoños con cuentos chinos sobre la poliomielitis, cartas infantiles y toda suerte de idioteces. En definitiva, qué habría pasado si...

Puso objeciones pero aceptó. Por lo tanto, se sometería, a su vez, a la regla general.

De hecho, sin querer, la discusión se reanudó, si bien sólo mentalmente. «Si mantengo mis argumentos, tengo que escribir la carta. Y en los términos más tajantes. Y meterla entre la montaña de cartas que han de pasar el control.»

No se sentía capaz de hablar de los extraños objetos escondidos en la maleta, la carta los descubriría, tendría que dar explicaciones, al menos al instructor.

Por más que se revolvía con furia, representaba de nuevo el turbio papel de culpable y cargaba otra vez con el peso del que había huido, desapegado y hostil, y con la tribu abigarrada de sombras con la que se había malquistado. Otro camino, otro camino, ni que decir tiene, otro camino. Cada vez le resultaba más difícil soportarlo, ya no tenía fuerzas... Rehuía las miradas de los otros, se había quedado mudo. A veces le daban náuseas; quizás hasta tuviese fiebre.

El amigo instructor se mostraba solícito y delicado, constantemente le preguntaba si estaba enfermo. Le ofrecía una nueva ocasión de sincerarse... El hombre-pionero vaciló unos instantes, pensativo, antes de hablar.

–No puedo mirar a mis vecinos de cama, conozco sus cartas. Algunas veces a los otros tampoco. Por ejemplo, el guapete bucarestino al que han elegido comandante. No puedo hablarle con naturalidad, como antes..., ahora sé cuánto desprecia a sus compañeros, lo que ha escrito de las duchas y la comida.

La banda sonora se apagó, como un sollozo. El instructor sonreía. Extendió sobre la mesa una mano bronceada y poderosa que apretó la manecita que temblaba.

–Olvídalo, no tiene sentido. No te tortures más. Ha sido un fallo mío, no tendría que haberte mezclado en esto. Después de todos los terrores y sufrimientos que me contaste... Tendría que haberme dado cuenta. Vale ya, a partir de mañana no vengas más.

El bardo se presentó al otro día y los que siguieron, después de comer, a la hora de siempre, en el exiguo despachito de paredes desnudas, sólo una mesa y dos sillas. El instructor no lo echó. Era un rasgo amistoso de ternura y benevolencia, como dirigido a un artista frágil y soñador. Trabajaban en silencio, se iban los dos juntos, algunas veces reanudaban las antiguas discusiones sobre tal o cual libro. Por la noche, en la ventana, estallaban los ojos brillantes de un ave menuda, como si sangraran.

Los días volaban, al chico le daba pena separarse del bosque que conocía sus pensamientos. El antiguo castillo de caza estaba en mitad del bosque... Podía ir uno por cualquier sendero y marcharse solo, ebrio de susurros y de aromas, hasta el rayo de luz que anunciaba el linde, la frontera de regreso.

No logró redactar la carta hasta unos pocos días antes de partir. Se encontraba en la enfermería, había dicho que tenía dolores de cabeza y mareos, que no podía tenerse en pie ni dormir. En vano le dieron toda clase de polvos, no tenía fiebre, en la enfermería dormía como un lirón y se asombraban de lo pronto que le entraron ganas de comer. Pero estaba pálido y mudo y los ojos le brillaban.

«Comprendo que estéis preocupados a causa de la poliomiélitis. Aquí no se han dado casos. En lo que respecta a las medidas que se toman, sí que hay motivos para preocuparse. Las sábanas las cambian sólo cuando hay inspección. Entonces nos dan manjares para comer, hemos bebido agua

mineral. Ahora se les olvida hervirla. Tampoco nos lavamos muy a menudo. En el dormitorio somos muchos. La lavandería está a rebosar. El médico está ausente desde hace una semana. La enfermera no tiene paciencia con nosotros, acaba de prometerse. Espero salir bien de ésta.»

Suponía que las mentiras producirían un estallido en la casa paterna, en el despachito de lectura y en el rebelde firmante. La de horrores y aberraciones que había endilgado... Le pidió a la enfermera que echase la carta en el buzón que había frente a la dirección. Observó por la ventana atentamente los pasos de la rubia. En efecto, se detuvo en la placita, ante el buzón, y echó el sobre dentro.

Aquella noche lo despacharon de la enfermería y volvió al dormitorio. Metió la maleta debajo de la cama. Estaba intacta, cubierta de polvo. Sacó la llave y abrió la cerradura. Levantó un poco la tapa, metió la mano hasta el fondo y hurgó. Todo estaba en su lugar.

Solamente quedaba un día de campamento. Por la tarde, ya no encontró a su compañero de lecturas. Por la noche, una sorpresa agradable. Vinieron de nuevo aquellos chicos fuertotes, los operadores de cine de hacía dos semanas: una película incompleta que los archivos liquidarían o mutilarían, según fuera necesario para futuros trucajes.

Reunión en la cantina. Pasaron la película. La gimnasia, la formación en escuadra, los círculos de aeromodelismo y danza, la fogata del campamento, los espectáculos, la comida en la cantina, la excursión, los dormitorios, los lavaderos y el campo de balonvolea. El actor-poeta compartía con el bucarestino el papel principal. Ocupaba la pantalla, según decían los operadores, casi dos minutos: con la trompeta, en la lavandería, recitando, con la bandera, bajo la bandera o al lado del búlgaro.

Al encenderse las luces, todos aplaudieron. Enfrente, el instructor le hizo una seña pero no se acercó.

Al otro día, el campamento se clausuró en medio de un ambiente festivo. A mediodía fueron transportados por grupos a la estación, según el trayecto de retorno.

El viaje de vuelta parecía incluso más largo. Calor y aglomeración. Vomitaba continuamente, las estaciones nunca se acababan. No tenía fuerzas ni para estrechar la mano de los que se bajaban, uno a uno, a lo largo del

trayecto. Se dormía y se despertaba enseguida, sudando, pugnaba por llegar al retrete y vomitaba. No lograba sacar el estuche de seda roja; esperaba el momento de quedarse el último de todos. Se durmió al fin, poco antes de llegar. En la ventanilla negra brillaba a veces el hocico largo y plateado de un tiburón fosforescente.

Se despertó en la estación. Los vio por la ventanilla, estaban esperándolo nerviosos e impacientes. Iba solo en el compartimento. Aún tuvo tiempo para abrir la maleta y sacar el estuche de seda. Notó bajo los dedos el cubo, las correas y el frufú del echarpe lustroso. La mano temblaba junto al explosivo oculto. Contacto temeroso y peligroso. Furioso, arrojó el paquete debajo del asiento.

Bajó con agilidad, estaba en forma. Les contó que todo había sido fantástico, como en los cuentos. Asentían sin pedir detalles. Habían recibido, no habían recibido la carta; nadie dijo una palabra de ello. Les habló de su amigo búlgaro, con el que mantendría correspondencia e intercambiaría sellos. Asentían con la cabeza sin preguntar nada. Deshicieron el equipaje sin incidentes, no pidieron explicaciones, como si no hubiesen notado nada.

Parecían contentos de que las vacaciones hubiesen sido tan estupendas, pero también tímidos e inseguros. Para animarlos, les comunicó el próximo acontecimiento cinematográfico en el que protagonizaría las principales escenas. Se alegraron emocionados, pero el noticiero de actualidades no llegó hasta mucho más tarde, cuando la pequeña ciudad se encogía bajo la cellisca y los vientos nocturnos del otoño.

El tiempo largo, suficiente para envejecer. Las edades huían rápidamente y empobrecían la celda llena de sombras. Las furias que apuntaban al cielo y a los humanos sólo giraban formando un estrecho círculo en torno a la testa del solitario... ¡El hombre había encontrado en sí mismo trampas más seguras! Al fin y al cabo, buscaba palabras... Llevaba una vida de ermitaño entre libros para ver adónde llegaba. Normal, es lo que habría dicho quien no supiera mirar bajo las capas que revientan por la presión interior. Atento a los gestos y a las palabras, restregándose contra los libros y las faldas, torturado por los insomnios: ¡un hombre de verdad! En el vientre de las nubes, por encima de las colinas, silbaban en el ocaso pequeñas aves agrestes.

La ciudad se mecía perezosa entre confituras y bonhomía. Por la noche, la colina ebria de azucenas y resina rodaba dando tumbos hacia las bocas del diablo, sobre los tejados ardientes bailoteaban los gatos y los machos cabríos en las hogueras. El hombre había dado su paseo de rigor bajo el reloj del ayuntamiento mirando a las estrellas. Imponente, altanero, pobre en ilusiones como un auténtico propietario de la soledad. Confería a sus andares el ritmo de frases altisonantes... Engañar al Señor es una ingenuidad. Engañar al prójimo un pecado. Error en lo alto y error en lo bajo...

Presumido y distante, como cualquier principiante. Cada paso marcaba una reanudación de la marcha, sin el error en lo alto ni en lo bajo... Con el pecho aplastado y la frente herida, abrumado, lleno de frases enfáticas no dichas, escondía su palidez y secretos. Evitaba las aglomeraciones, rodeaba las plazas y los estadios. Se mantenía lejos de las aulas, las iglesias y los cines. Melindroso y estoico, llevaba su pobreza, sus heridas, su grandeza y su vejez sobrevenida, ¿quién lo habría pensado?, tan rápido, ¡zas!, en sólo dos meses, y le había cambiado el paso, la voz, la sonrisa y las dioptrías. Se quedaba hasta muy tarde escuchando música, discos, discos, hasta perder la conciencia, hasta desfallecer. En las aguas melodiosas de las madrugadas retumbaba el batir de largas alas metálicas.

No obstante, pronto, en plena senectud y melancolía, vería el pueril documental sobre el primer campamento de verano del país. Una multitud boquiabierta se apiñaba para ver a un chiquillo fotogénico de su misma ciudad predestinado, según decían, a una brillante carrera... Había que elegir una sesión matinal a fin de evitar la curiosidad y los comentarios del público.

Así que finalmente entraría en un cine. Un miércoles a las diez de la mañana. Juiciosa elección: a esa hora la gente trabaja o estudia; hay pocos espectadores. Desocupados sin importancia, no merecían atención. El hombre abstraído e intangible tendrá la precaución de entrar en el popular local pocos minutos antes de la hora fijada para no estar como un espantajo mirando y que lo miren de forma estúpida, en medio de una espera absurda y tensa. Elegirá un sitio adecuado, lejos de cualquier posible vecino.

¡Un corto de unos diez minutos sobre un castillo, un bosque y un grupo de escolares simpáticos! El portón de la entrada..., las banderas, los partidos de balonvolea, la excursión, la fogata del campamento, la escuadra, la piscina.

Todo muy arreglado y estilizado, no se veían la enfermería, el círculo de aeromodelismo, las lavanderías, el despachito estrecho de lecturas y controversias ni los escondrijos del calvero. El héroe, en dos ilustres secuencias triviales, únicamente podía enternecer con su pueril sonrisa de pánfilo a los enfermos del corazón.

La sesión se retrasa. El reloj pasa un minuto de la hora. Así pues, deben de quedar unos pocos segundos nada más... La sala se sumerge en la oscuridad, como si uno cerrase bruscamente los ojos.

Por debajo de los párpados penetra una franja brumosa de luz. Imágenes del cielo y de casas. Algo muy distinto a lo que uno esperaba: una calle intransitable, un edificio antiguo, un tejado puntiagudo; una habitación cualquiera, una mesa, una silla, otra más, en la que está encorvado un escolar sobre unas libretas y libros. Sumergido entre papeles, lápices y gomas, maneja nervioso el bloc de dibujo, las palabras y las frases. A ritmo desordenado, escribe dibuja rápido, rápido o se queda como un pasmarote con la mirada perdida. Otra hoja: el rostro de un viejo, el ave, el hocico de un tigre, las ruedas, la cerca de alambre de espino. Anota febril al margen de la página, coge otra hoja, el instructor, la melena desgreñada, las gafas finas, la madre, rollos de pergamino, el águila-huso, el rabo escamoso, el maestro, el sombrero negro, el castillo, el tigre fino como el ala de una mariposa, las banderas, el cuerno sagrado, el ave. Balbucea mientras escribe, ahora sólo queda la palidez de un muchacho ceñudo con los ojos de par en par. Balbucea, las palabras no se entienden bien: estáis aquí, adónde voláis..., ya no podréis, es inútil. Instalados, definitivamente, no tenéis ni idea... Masculla, escribe otra palabra. Dibuja, anota. No se entiende lo que está haciendo y diciendo, parece muy absorto en la tarea a la que se consagra. De pronto, mira su reloj y se precipita al armario. Saca la gorra, el abrigo y la cartera. Echa la llave a toda prisa a la puerta de entrada.

Fuera holgazanea el otoño húmedo, las calles están sucias y resbalosas. Llega ante un edificio estrecho y penetra en un vestíbulo. Se detiene en la taquilla y entra en un salón con varios espectadores. Se sienta en una butaca del fondo, a la derecha, junto a la salida.

Empieza la película. Colinas verdes, el verano, un castillo. Camiones con escolares, banderas... La formación en escuadra, el campo de balonvolea, el círculo de aeromodelismo, la fogata del campamento. La escuadra, el bosque, la enfermería, el cornetín de gimnasia, los juegos. Junto a la bandera, debajo de la bandera..., recitando frente al fuego, en el calvero. Sonrisa tímida y fotogénica.

El aburrido espectador se levanta y sale a toda prisa, como había entrado. Se detiene en la cantina y compra chocolate y un zumo. Se mete la cartera debajo del brazo y se sube el cuello para protegerse de la llovizna. Se dirige al liceo. Un hombre preocupado y absorto que pasa por la calle con movimientos rápidos. Uniforme y gorra de alumno de liceo. En el aire, invisible, el huso-ave, la llama. El peatón se palpa las sienes y la frente buscando la cicatriz, la huella del pico de plata..., la flecha silbando como un tiburón nocturno invisible.

Pero el hombre sólo había dado unos cuantos pasos cuando recibe en plena cara las palabras roncadas de un desconocido.

–¿Qué hace usted, jovencito, a estas horas por la calle?

Esa forma de dirigirse a él podría considerarse una arrogancia. Ya no permitía semejantes insolencias... Levanta una mirada estupefacta y ceñuda. Delante de él hay un caballero de mediana estatura con abrigo y sombrero negros. Unas mejillas rellenitas y caídas, profundas ojeras y barba blanca y descuidada.

–¿Qué pasa? ¿Es que no me conoce? –prosiguió el desconocido.

Abordado de forma tan brusca, el joven se permite, no obstante, un instante de titubeo. Se encuentran bajo el alero de un taller de reparaciones, a cubierto del viento húmedo que levanta alrededor remolinos de hojas cobrizas. En definitiva, en estas condiciones privilegiadas de refugio, podía permitirse un pequeño retraso.

–Me parece que lo conozco... Me parece que este mismo verano, querido instructor, tuvimos unas interesantes discusiones sobre las contradicciones del señor Dühring y sobre una novela del señor Romain Rolland. Si no me equivoco, llegamos a colaborar en unas lecturas cruzadas. ¿Sabe una cosa? Me

tomé la libertad, sin comunicárselo a usted, de apropiarme de unas cartas poco convenientes... Algunas veces, por las noches, antes de dormir, leo esos deliciosos testimonios infantiles de candor y perfidia...

El hombre mayor abre los ojos de par en par y se queda petrificado unos instantes, como si una parálisis lo hubiese fulminado de repente. Acto seguido, sonrío paciente:

–No, se equivoca, amigo mío... La última vez que nos vimos fue en casa de unas personas dignísimas, los padres de usted. Entonces me permitieron hablarle a usted del sábado, nuestra gran fiesta. Recuerdo de un acontecimiento exclusivamente divino. Cuando el Creador se concedió un día de descanso. Todas las otras fiestas evocan acontecimientos humanos que se llevaron a efecto con Su ayuda...

El caballero disertaba con fluidez y matizando sus palabras. ¡Podría ser un hombre instruido, a pesar de la insolencia con la que abordaba a los transeúntes! Pero si esperaba que el otro le diera cuerda, vive Dios que se equivocaba de medio a medio. No era fácil cortarle el placer de soltar un rollo, no, desde luego que no: ¡tras dos o tres segundos de pausa volvía a la carga con sus manías!

–Esperaba que comprendiese que yo tengo la culpa de que mi hija no escriba en sábado. Yo se lo metí en la cabeza... La enseñanza, con el tiempo, se convierte en fe, ¡qué le vamos a hacer!... Me pregunto si fue acertado que precisamente usted insistiera para que la expulsaran de la escuela. Los funcionarios del Estado se mostraron más comprensivos, dispuestos a hacer la vista gorda. Es cierto que... no es una gran pérdida ni por un lado ni por otro. Pero la chiquilla necesita el contacto con los chicos y chicas de su edad. Todavía es una niña. Entre nosotros, sólo los varones alcanzan la mayoría de edad a los trece años... Yo soy de Wijniza... De manera que Wijnitzer es el nombre de mi hija.

El taller de reparaciones bajo cuyo alero se habían cobijado los dos lunáticos tenía un torno, o sabe Dios qué otro chisme infernal, que cuando se ponía en movimiento hacía tal ruido que cualquier hombre que se preciara se dejaría de conversaciones en torno a cosas del tiempo de Maricastaña y recuerdos de la infancia...

–¿Tendría que habérselo dicho desde el principio? No fue posible. Me pidieron que fuera y fui. Sabían lo que había pasado y, no obstante, insistieron. Conocí bien a su abuelo. –Si aquel caballero triste y ronco esperaba que el otro le diera cuerda, vive Dios que se equivocaba de medio a medio...–. No crea que estoy juzgándolo. No tengo derecho a ello... No debería haberle parado en medio de la calle, pero deseaba despedirme. Por si no lo sabía, nosotros nos vamos...

¡Y el extraño se marchó de repente, desapareció, naturalmente, sin tender la mano siquiera! ¡Se fue, naturalmente! Volaron, a su vez, abuelos, primos, primas, vecinos, tías, instructores, padres, unos tras otros, películas desastrosas, heridas, rupturas, los rollos de película de un comienzo siempre reiniciado, válidos para las falsificaciones y el olvido. El alma, los miedos, los saltos, la sangre de las firmas solemnes, las preguntas y las llamas. Él mismo se había volatilizado, un muchachito culto, combativo y fotogénico. ¡Ahora se marchaba también aquel soñador ilustrado y honrado! Mañana desaparecerían todos, todos... ¡Bien pueden creerlo! ¡Es demasiado tarde! Los guardaba, ya no podían hacer lo que quisieran... Necesitaba a los que no había podido soportar... Y la nube-huso allá arriba, como un tigre joven y sanguinario, chirrido, escamas, la espiral..., la luz volteando la aurora, las lejanías, el ave-jabalina sangrando, invisible.

El orgulloso sonámbulo farfullaba a tontas y a locas y sin levantar la cabeza... Estáis aquí, en... Balbucía algo, no se entendía bien, el torno rugía. Sonreía sin venir a cuento, un enfermo ridículo, tímido y fatuo que no quería revelar el tesoro descubierto por casualidad, así por las buenas, por desesperación, cuando nadie se lo esperaba. Un hallazgo extraordinario, ¿verdad? ¡Sonreía como un idiota feliz! Ya tarde, levantó los ojos y se vio solo en medio de la calle. Había hablado en vano, ya no había nadie para oírlo.

Se quedó un rato petrificado en la puerta del taller. Qué extravío tan extraordinario, ¿verdad? Un escudo, cuando ya no quedan más, únicamente el frío, solo... Así pensaba el engreído. La nube descendía, cómplice, y tú te hundías más y más..., con aquel zumbido demoniaco en los oídos no podías concentrarte como es debido, desde luego que no, vive Dios.

Se marchó deprisa hasta el liceo. Encorvado, sacando mucho la cabeza y atornillándose él mismo como un huso en medio de la neblina del día. Se alejaba febril y asediado. Su estrecha sombra se había acercado y llenaba la pantalla.

Dos camas

Las paredes blancas, las puertas pintadas de blanco, lo mismo el marco de la ventana, la balaustrada hacia el patio. El cielorraso, igual que el cielo diurno, también blanco. Bajo las camas, el piso amarillento de loseta. El resto del suelo estaba cubierto con vetas de hule, y sobre ellas tiras de paño blanco, como nuestros paracaídas.

... Aislamiento perfecto, idéntico al que brinda, en medio de la ciudad ruidosa, un buen cuarto de hotel. Espacio quieto, protegido de la impaciencia que los demás llaman afecto o preocupación.

Era difícil de compartir, desde entonces, semejante alegría. Usted se pasaba horas enteras espiando los pasos de la planta inferior, con la esperanza de reconocer, pronto, las señales esperadas. Transcurrían las horas, goteando segundo a segundo; el tiempo avanzaba lentamente, movimiento imperceptible, de vuelta en redondo al momento inicial. Incorporado en la cama, la espalda apoyada en la pared, miraba fijamente, por la cristalería del balcón, el rectángulo blanco de cielo, como si ya nada le importase; con los sentidos desencajados, movilizados para percibir, una fracción de segundo antes, la sorpresa.

Su cara no expresaba tensión, el cuerpo inmóvil en la misma postura. El semblante pálido se disolvía, paulatinamente, en la blancura de la pared. La mirada dilatada, azul..., un chorrillo tenue y lento embadurnando sus mejillas, la nariz, el mentón. El silencio pronto asaltado por un hipo. Un resuello apagado. Al cabo de un tiempo las lágrimas cesaban, luego empezaban a manar otra vez, anunciando una tos breve; hasta que ya no se oía nada, no se veían sino tus ojos traslúcidos de tanto llorar. El pelo rubio a ratos se le humedecía, le sudaba la frente.

La insensibilidad cubría sin éxito el sentir demasiado agudo, tan sólo despejado en el aturdimiento y la premura del triunfo: ademanes desmenuzados, vacilantes, presas de pánico. Con el advenimiento de la victoria que tanto habías aguardado, tu palidez adquiría el ardor de un descalabro. La luminosidad de la mirada alcanzaba un resplandor insoportable. Cambio peligroso, imposible de domeñar.

Había oído, ciertamente, los pasos, la voz, los reconocía desde lejos, entre cualesquiera ruidos ajenos, por muchos y por confusos que fuesen. Hasta que la puerta se abriera, era un resorte tenso, a punto de romperse, yo cerraba mis ojos para no verle. En aquellos momentos tenía la angustia, la febrilidad y la conciencia de un penado.

Al principio sentí lástima por usted. Soy débil, fácil de conmover. Al cabo de una semana, como suele suceder en quienes localizan en su proximidad a seres más débiles que ellos mismos, le desprecié. Me descubría, finalmente, capaz de todas las maldades que me habían infligido, tantas veces, algunos que se creían demasiado dueños de sí mismos y de los otros. No tuve tiempo para cebar en usted mi crueldad. Desistí pronto. No aguantaba por largo rato la presión. Hubiese preferido que su deseo se cumpliera, doctor, que le llevaran a su casa. Y que yo quedara solo, en aquella espera prolongada que nada me exigía.

Entonces le propuse jugar a los paracaidistas. Hacía días que no le había dirigido la palabra. Me advirtieron que usted tenía el corazón cansado. Le miraba con cierta condescendencia. Esperaba que dejase de llorar, para que nos pusiéramos a conversar. Yo también necesitaba, como usted lo sospecha, un poco de amistad. No era sino un muchachito: la foto muestra unas cejas rectas y unos ojos grandes y castaños, que parecen negros. Los cabellos casi rubios (no tanto como los suyos, por supuesto) crecidos a guisa de casco, hasta las orejas, mientras se detienen formando un flequillo a dos dedos encima de las cejas. La boca levemente entreabierta hacia la izquierda, ademán oblicuo, insolente: el labio inferior vuelto hacia abajo, en señal de ironía o de despreocupación. El retrato de un chiquillo de cinco años no tiene importancia; en los siguientes cinco o seis había crecido algo y había tenido algunas vivencias más. Si no hubiera seguido tan huraño, le habría contado bastantes cosas.

La foto es digna, empero, de cierta atención, pues usted no tenía ni idea de quién ocupaba la cama al lado de la suya. Del examen de la foto se infiere que, incluso años después de que la sacasen, hubiera podido interesarle. ¿Mis aventuras? ¡Cuentos de hadas y ogros! Carácter emotivo, frágil, como también el de usted parecía serlo. No había gran diferencia entre nosotros, habríamos podido llevarnos bien.

Así me veía, créame. Juntos, en la misma habitación del hospital, donde usted estaba convencido de vivir a solas la mayor desgracia que a uno puede sobrevenirle. Jugar a los aviadores no nos sentaría nada mal, pues había suficiente espacio entre nuestras camas.

Los somieres crujirían bajo nuestro peso, al caer. Los camisonos, anchos y largos, de paño blanco, se abrirían en el vuelo, como paracaídas. Tomaríamos tierra en un punto fijo, como acabo de decirle.

Si al día siguiente le pregunté qué quería ser de mayor, no fue por venganza. No me burlaba del vecino intratable. Es que estábamos habituados a que nos lo preguntasen cada dos por tres las personas oficiales. No insistí, reconózcalo. Ni le pedí que me dijera a quién quería más, si a mamá o a papá. Estaba clarísimo a quién quería más.

Sólo había pasado media hora –según el reloj del patio– desde que se le había quitado el hipo. Yo no esperaba respuesta alguna. Usted había llorado toda aquella mañana, estaba agotado. Simplemente me aburría, y solté, así, una palabra.

Se dignó, sin embargo, volverse hacia mi lado. Como si acabara de recordar la pregunta en la que estaba pensando hacía rato. Me contestó pensativo y dolorido. «Doctor, doctor quiero ser de mayor.» El gesto decidido y resignado, la voz queda; como si por fin me estuviera aceptando.

En el cielo estaríamos solos, dueños de nuestras propias personas, libres de cualesquiera pesadillas. Los peligros de antaño no nos alcanzarían. Bien calculados los saltos, nuestros paracaídas blancos y anchos eran capaces en todo momento de aterrizar en un punto fijo. Curvando los somieres metálicos, nuestros colchones producirían un ruido sordo, como el golpetazo del avión sobre el tejado de una casa. Me disponía a proponerle de nuevo el despegue cuando ¡plaf!, cayó su réplica juiciosa, remilgada.

Correspondía ahora que también yo le dijera qué sería de mayor. Difícil de escoger. La pared blanca, nublada, a intervalos inciertos una mosca, en el mismo lugar o casi en el mismo lugar. La pared blanco-borrosa, confusa. El detalle vuelve, insiste, se asienta. Joven oficinista en una fábrica, a mi padre le había dejado una fuerte impresión, digamos, en sus años mozos, el ingeniero checo que dirigía el montaje. ¿Un vestigio de emoción por el pasado? Tierno vértigo, antiguos titubeos. Un nimbo en torno a los paseos vespertinos, entre hijo y padre, como entre varones..., así se encuentra uno, después de muchos años turbios, helados, soñando con plantas industriales y obras en construcción, con los beneficios y el cautiverio de una ocupación segura, respetada.

No conviene, quizá, saber demasiadas cosas sobre el que ocupa la cama vecina. Descubrimos semejanzas que nos enternecen y nos asquean, ¿de nosotros y del otro? O, por el contrario, una incompatibilidad compacta, rechazo que nos dispara de pronto, a través de los muros y por encima del balcón, afuera, para no saber ya de nada.

Comprende pues usted, según espero, qué significa la necesidad de libertad y amparo. La templada alegría de hallarse en un salón de hospital o un cuarto de hotel, ajeno, distante de todos y de uno mismo. Auxiliado por la neutralidad de un orden geométrico, en que las cosas respiran cordialidad, serviciales e indiferentes.

Los cuidados siempre inquietos, acechándome... La avidez del afecto. La que me visitaba a diario –recordará quizá que yo sólo tenía una banal amigdalitis– desatendía sus tareas, tanto las caseras como las de su trabajo en el tribunal, pese a que, con lo pobres que éramos, no debería haber arriesgado ni el caos doméstico ni la pérdida de los procesos. Debo reconocerlo: contenida, distinguida, todavía bella, la desconocida que a usted le visitaba sólo los jueves y los domingos no me agradaba. Presurosa, siempre entre dos reuniones, tenía algo de enfático, de falso. Sus frases parecían, justo en su boca, frases del público ministerio. Una voz cálida, indecisa, de damisela, pontificando en trémolo, así la recuerdo.

Probablemente usted no admitiría, sino bajo muchas reservas, mi capacidad de haber entendido ciertas cosas, más allá de lo que veía una y otra vez. ¿La yuxtaposición de detalles, todo el itinerario, toda su aventura

empecinada en captar el afecto y la condescendencia de los seres queridos?

Todo comenzó, según sospecho, con pequeños trucos para atrasarse en la escuela: la hora adicional de sueño, por la mañana. ¡Faltar un día entero, libre, en la paz de la principesca desidia! El lecho acogedor, el cuerpo en una dulce pereza. Inolvidable: ¡todos corriendo dentro del atolondramiento matutino, y sólo uno a salvo de la realidad desolada y fría!

¿Las migrañas súbitas, los dolores de garganta, los calambres, el peso en las rodillas? Todo eso funcionó sólo hasta que le ingresaron en el internado: la separación de casa agudizó, desde luego, el horror de los corredores largos y oscuros, la simetría castrense de las camas, la tristeza de la fila de muchachos arrastrándose hacia el comedor o hacia los lavabos, hacia el cine y el baño, hacia la escuela y desde la escuela.

... El edificio encerraba un rectángulo de muros. Y, en medio, otro rectángulo. El patio empedrado, las ventanas sucias de los pasillos.

En el largo comedor, con mesas de tablones de abeto sobre patas en equis, como de convento, usted vomitó por primera vez, doblado sobre el plato de hojalata, a la vista de la comida. Pepinos, tomates o berenjenas o ciruelas, una especie de brebaje con ojitos de grasa en la salsa aguada, homogénea, como fango.

No me sería difícil imaginarle en las largas tardes colectivas. El tiempo compartido con los otros. Las tareas en la sala donde se daban las clases, bajo la vigilancia de un pedagogo. Ausente, sólo esperaba el momento de meterse en la cama. La inconfundible cama. ¡La suya, pues llevaba número! El 936, digamos. Tres guarismos negros, en el espaldar metálico de la cama, en la sábana y la almohada, cosidos también sobre la manga, grabados en los cubiertos, pintados en el armario y el perchero, sobre el pupitre, impresos en el borde de las toallas, arraigados irrevocablemente, como un tumor, en el paladar.

Como si tuviera el número estampado con sangre en la frente, para poner de manifiesto toda su miseria, así corría usted al locutorio, cuando tenía visitas... También entonces estaba como en ascuas, todos los días y sobre todo los de visita, en espera de los pasos, de la voz conocida. Los presentía desde

lejos. Entre cualquier cantidad de ruidos, alcanzaba a distinguir a quien estaba aguardando, siempre temeroso de que ella no apareciera. Y sin embargo confiado en que de un momento a otro aparecería. ¡Jamás faltaba!

Se estremecía sobresaltado, igual que en el hospital. ¡Las señales del triunfo! Ya había llegado al piso de abajo. Se detuvo, no tenía prisa. Conversaba con el pedagogo, bromeaba con el director. Igual solía demorarse con el médico, con la enfermera o con la cuidadora. A usted la rabia, la impotencia le encendían los ojos. Al dar ella el primer paso por la escalera hacia la planta superior, usted ya se abalanzaba a su encuentro. Iba a mostrarle el número impreso en su brazo y en el maletín. A detallarle sus tormentos, a persuadirla. Ya no se dejaría desalentar por sus sermones pedregosos. Menudearía los asaltos, no desistiría, esta vez lo conseguiría.

Lo mismo sucedía los días de visita a nuestra celda de hospital. Tras la derrota, puedo trasladarle con facilidad, al anochecer, a su cama del internado. Paralizado por el sufrimiento, con su mirada viva, tan azul. Las uñas arañando sin parar la superficie roja, brillante, los dedos enredándose en los nudos, siempre uno distinto, desatando con paciencia el cordón grueso del que estaban hechos los botones. Un primer redondel arqueado, duro, torcido como un alambre, sangre coagulada, venas petrificadas. Tenía, me había enterado, el corazón cansado. La luna, la luz del patio proyectaban, mejor que cualquier foto, su cara deslavada, extenuada por la falta de sueño y la desesperación. Agachado como un ciego encima del bulbo rojo, de la llanura rojiza del edredón, estaba deshaciendo otro nudo de cordón...

Los sábados, al mediodía, el mundo se abría en dos mitades. De tanta impaciencia, ya no tenía usted fuerzas para darse prisa. Los tranvías, por atestados que estuvieran, le parecían vacíos. Apretado entre cuerpos sucios, estrujados por el trajín de toda una semana, no sentía sino la lentitud del tranvía, indolente y hostil como siempre. Se echaba, pronto, a los brazos de la parentela, dispuesto a estrechar a quien fuera, al tío antipático, al primo con acné, a la tía sudorosa, a todo el mundo.

Debería barruntar, admitir, doctor, el horror y el cansancio que poco a poco iban a adueñarse de nosotros con el paso de los años. Todo envite hacia el prójimo, todo residuo de autoconfianza quedaban anulados. ¿La aversión por los deberes y rigores hueros e inanes, la comedia de los nimios orgullos e

hipocresías, el peso, el derrumbe? Uno quisiera escapar, pero tiene miedo. Más bien aguardaría, según parece, otra prórroga, una milagrosa liberación, el refugio recobrado... Un chiquillo exhausto, como era usted por aquel entonces, los días de aquella estación sosegada.

... Domingo-charco. Territorio húmedo, tierra de nadie, nublada. Un interludio turbio, tibio, adormilado, engullendo los gestos, la voz y los pasos, espacio en que uno no puede quedarse ni puede avanzar. El horizonte se esfuma, un vapor blanco, opaco, no hay tiempo para llegar al otro lado, entre las colinas de pronto reverdecidas o sobre la franja de playa desierta, azotada por los mares otoñales. ¿Podríamos acaso alcanzar el confín, en el último momento? El tiempo ya ha hecho el recuento, conminándonos a volver. Esta vez ya no podemos sacar fuerzas de flaqueza para acatar su orden. Demasiado nos hemos asido, creo, de la nube de esos domingos que morían antes de acogernos. No debería mostrarse usted muy severo, doctor, con el hombre hecho y derecho que, un lunes por la mañana, se aferra con sus dos brazos a las patas de la mesa del comedor, patas gruesas, curvas, negras y tersas, como las de un extraño animal protector.

... Desde la madrugada, la tristeza y el desánimo enfriaban todos los aposentos. Nadie osaba levantar demasiado la voz. Los movimientos se seguían uno a otro, secretos, afelpados. No fueran a romper la espera, la esperanza. Se vestía solo, con sobrado esmero. Aparecía ante ellos callado, como dibujado. Obediente, caminando pausadamente, pasaba al cuarto de baño. Se lavaba sin prisa. No demoraba más de la cuenta. Evitaba darle cualquier motivo de irritación. Cumplía resignadamente con todas las etapas, sin rebelarse ni suplicar. Diríase, hasta sin tristeza. Esperaba en todo momento la prueba de que ellos habían entendido, de que le retendrían en casa, poniendo un punto final a ese juego cínico y sin sentido: ya no le obligarían a la separación, a pasar sus días como un cretino y un huérfano, lejos de ellos, en la tupida sombra de la imbecilidad y el asco, entre tantas prohibiciones estúpidas, le concederían el tiempo de mirarlos y amarlos, estaría por fin a la altura: diligente y hacendoso si se lo pidiesen, espabilado y habilidoso, se lo probaría...

Comprenderá usted quizá, doctor, siquiera ahora, el deseo de salirse de las filas. Cansancio enorme, memoria que ataja las alegrías tantos años postergadas.

No debería hacer tantas preguntas provocadoras, doctor. Que si con cada súplica de su esposa el paciente se encogía aún más sobre las macizas patas de la mesa. Que si acaso, por las tardes, el enfermo vestía pantalones cortos con tirantes, que si pedía pelotitas, dominó, patinete, que si por las noches se quedaba hasta tarde, sentado en las losas de la cocina, jugando con cubos. ¿Aconsejaría usted prudencia con vistas a lo que pudiera seguir? No se trata, y usted debería haberlo intuido, de nostalgias ni del candor de lo infantil. Es más bien el resultado de una seriedad agobiante, de la gravedad, que son igualmente señales de retraso e infantilismo. Una crisis, no cabe duda. Natural sin embargo, en última instancia: señal de normalidad. Una prueba de que no se puede aguantar cualquier cosa durante un lapso cualquiera de tiempo. Un aviso de la dolencia, con toda seguridad de una que tiene que ver con la reacción necesaria para restablecer el equilibrio, con la función viva de un sistema que no puede seguir viviendo sólo a base de asentimientos, en una continuidad sospechosa y falsa, sin rechazos ni fuertes desarreglos.

Ello no sería, pues, en absoluto sorprendente ni inaceptable para usted, pese a que ha llegado a una superación tan magnífica y noble de sus propias crisis, que, presumiblemente, hoy se acordara con harta dificultad (y en todo caso no daría mayor importancia) de las horribles escenas de los lunes por la mañana, cuando acababa por aferrarse a las patas de la mesa y de allí no podían arrancarle sino extremando la violencia... Tampoco se había librado entonces, ese lunes por la mañana. Se agarró con una furia impotente a las patas de la deidad convertida en pesada mesa de madera. No le pudieron arrancar sino desmayado, para depositarle luego en la cama. La pantomima de la enfermedad: dolores de cabeza y hombros, dolores en la garganta y en las rodillas, dolor de barriga. Desmayo, esta vez de verdad. El jadeo, un estertor de ahogado. También reanudó su estremecimiento, el temblor del estómago y las manos. ¡Había alcanzado la perfección! Tenía fiebre, constataron. Por lo tanto no hubo tiempo para trampas y preguntas astutas, que si también le duele el lóbulo de la oreja o la uña del dedo gordo del pie derecho o el párpado izquierdo (en otras ocasiones sí habían logrado desenmascararle).

La distancia entre la salud y la enfermedad es imprecisa, desde luego. Las mentiras sobre la dolencia se mezclan y se aproximan, como bien sabe usted, resbalando por debajo y por entre las certidumbres de la salud. Las confusiones traen, a menudo, mala suerte.

La emoción del paciente al comparecer ante vosotros, los médicos, no es del todo exagerada. Los párpados rojos, las manos y la voz trémulas, los gestos febriles, la impaciencia culpable, el fingir la humildad o la insolencia. Todo lo que dice el paciente parece más bien desconcierto, autointerrogación, como si no creyera y no quisiera descubrir que se trata de él. ¿Está exagerando insensiblemente? Empero, pronto advertirá, sorprendido, que los detalles puntuales de los síntomas, apenas un leve hincapié en ciertas situaciones, se convierten en los propios datos de la realidad. Como si, enfrentados a la verdad, a fin de disimularla, pero derivándose de la misma, la precedieran, la acelerasen y la constituyesen. El paciente acaba de trazar por sí solo, mediante un retoque aparentemente inocente de perspectiva, la etapa siguiente del rumbo que seguirá. Desconfiado, presentará luego la nueva realidad, cargándole otra vez los tintes. Las tensiones falsificadas se confirmarán pronto, y así sucesivamente. No debería usted, doctor, interrogar a sus pacientes tan suspicaz y a la vez tan hastiado. El candidato se levanta de pronto, titubea, se retira, renuncia, ante vuestras miradas desatentas. No fue, de hecho, sino la risotada de la enfermera hablando por teléfono, ¡vuestro aire de jueces frívolos! Dispuestos a agasajarle con consejos, a asegurarle que todo eso no es más que un paso, un alto, el principio de la recuperación. ¡Ni os habéis enterado de que el cliente se ha esfumado del gabinete! Se contrajo como un chiquillo desamparado y huyó silencioso como una sombra.

... Al acusar, el domingo o apenas la mañana del lunes, dolores terribles de cabeza, en las sienes, en la nuca, en la frente, dicho malestar se hizo efectivo, recuérdelo, aunque todavía vago, inestable. Al quejarse de las rodillas y los hombros, éstos se le ponían de verdad pesados, cansados. Su estertor de moribundo anunciaba, así lo sentía, la muerte real. En cuanto al temblor del abdomen y de los brazos, había llegado usted a provocarlo con suma pericia... Le pasearon por toda clase de laboratorios y al final le ingresaron, sospechoso de padecimiento reumático, peligroso para el corazón.

Le prescribieron terminantemente reposo (yo nunca les dije que aquellas cápsulas violetas usted las tiraba sistemáticamente debajo de la cama). Su exitosa simulación resultó de hecho un fracaso, pues lo único que provocó fue ¡que del internado le trasladasen al hospital! Ostentaba usted un sufrimiento indecente. Que se supiera que, aun cuando la enfermedad fuera o llegara a ser real, ¡igualmente rechazaría cualquier mejora! Había de castigar la despreocupación de la familia, y a mayor precio, mejor.

Por supuesto, el recuerdo de tal congoja hace mucho que le tiene sin cuidado. Un juego de sombras, por ambiguas que fuesen, no bastaría para convencerle de que reconozca algún rasgo de los que el tiempo ha borrado y enajenado, volviéndolos imposibles de rescatar. Todos y cada uno de nosotros no somos, quizá, sino argumentos, buenos para descartar la terapia de la mentira, las pistas contrahechas. La conciencia recortaría rápida y despiadadamente el semblante maduro, culpable, avergonzado y asqueado por reconocerse. Radiografiando los nódulos, las manchas, la descomposición, la miseria impotente de nuestra frágil hechura, tan delicada e hipócritamente traslúcida. ¡No para obligarle a recuerdos, a la recuperación de aquel tiempo ilusorio del vano candor, iba yo a volver, algún día, a la cama del hospital!

Los que llegan ante vosotros, doctor, merecen comprensión y un trato fraterno, dado todo lo que significa para ellos vuestro interrogatorio cínico (e incluso por el trabajo que se dan para simular, lo cual no es del todo ajeno ni alejado del síndrome enfermizo). Quien se pone resignado en la fila de los dispensarios y hospitales no puede ser, así como así, ignorado, objeto de sospechas o rechazado.

Un hombre maduro, equilibrado, como le gusta a usted verse, miraría sin inútil enternecimiento la cara cegada por el insomnio, en la luz escarlata del reluciente edredón. ¿Melindres de desadaptado, que desaparecerían con la edad?

Sin embargo, cuando falta la alegría de ser y de participar, ello constituye, admítalo, una advertencia. El paciente que un lunes por la mañana se niega a salir para el internado o para la oficina, no precisa, quizás, aducir más argumentos.

Merecía la pena adoptar a tiempo –sostendrá usted– los estereotipos de la seriedad. ¿La incomodidad de llevar el título, autorizado sin embargo tras tantos exámenes penosos, el hastío de firmar papeles oficiales? ¿Tantos señores puntuales y auténticos? El traje de ciudadano y arrendatario, de reservista o esposo, funcionario público, forofó y peatón, con sus deberes y atribuciones firmemente precisados, sienta mal y pesa demasiado sobre un cuerpo de chiquillo envejecido, calvo, reumático. Un vaho flotando sobre el decorado y las edades, mitigando el fastidio. Monótonas hileras de espinazos idénticos, inteligencias jerárquicas, exhaustas. Aturdimiento más bien, enlazando los años y barajándolos.

Agotamiento. Aplastantes muros y puntales. Como si el tiempo se hubiese asentado, petrificado de golpe, sombrío, glacial, impenetrable.

... El internado reaparece en la luz gris de unos túneles lóbregos y húmedos. Una pesadilla, de donde sólo merece esforzarse por escapar. Volvemos a ser huérfanos, los largos pasillos entre las oficinas aguardan el calor de una voz femenina, los pasos, el hallazgo. Ojalá no se hubiese encargado la muerte de aniquilar a los seres amados. Las caras de los transeúntes salen a nuestro encuentro desencarnadas, emblemas del terror, futuros esqueletos. No quisiéramos toparnos muy pronto con la nada, extinguirnos... Los dolores en las sienes y la nuca, la hinchazón de la frente vuelven cada vez más a menudo, retardando los movimientos.

También aparecen los síntomas de otras dolencias, aún poco estudiadas. Las rodillas pesadas, la encorvadura de la columna fatigada, una suerte de lenta erosión de los huesos, las asfixias, como de hundimiento, la sensación de frío que a veces envuelve los hombros, el estómago descompuesto por el veneno..., hasta que en sueños te ves envuelto en las prendas de la muerta amada. La siguiente noche incluso te vistes con ellas. Sientes que la enfermedad que acabó con su vida se mete, a través de su ropa, por tu piel, atosigando tus pulmones: una sombra, una araña negra que te está ciñendo. Corres donde el médico, repites radiografías contradictorias..., te recomiendan que fumes menos. Por claros y alentadores que salgan los resultados, nadie sería ya capaz de separar, para el futuro, la quimera de la salud de las tantas incertidumbres del padecimiento y los padecimientos.

Una fatalidad compensatoria parece regir los días. A ratos, la angustia da marcha atrás ante las señales de afecto, ante la amistad. Por poco tiempo. En algún recodo se van acumulando extraños bultos de oscuridad, anunciando el advenimiento del coloso maligno, la desgracia que se dispone a alcanzarnos.

Años de espera hasta enamorarme otra vez. Retirado un tiempo con aquella mujer. Usted la conocía, desde luego. Mi padre estaba fuera del país. Días de paroxismo al lado de aquel ser inverosímil, delicado. ¡Con el temor, casi la certeza de que el avión en que el viajero había avisado que volvía iba a desplomarse, a fin de equilibrar la situación! El miedo a la reacción diferida del destino se vuelve incluso más nefasto que la propia confirmación de los malos presentimientos. La desdicha estabiliza, siquiera por un tiempo, la balanza. Promete una tregua.

El contacto con los demás puede resultar benéfico, tiene toda la razón. Hay que desaconsejar terminantemente el retiro. Los padres están en lo cierto al obligar a sus vástagos a que vayan acostumbrándose, en internados, a sus futuros empleos serios y estimados. Apático, doloroso pulular bajo el fango que cubre el fondo pútrido de la vida. ¿En pocos años el cansancio anularía cualquier iniciativa o resistencia? Son riesgos calculados. Es preciso aceptar la colectividad, sin embargo. Una especie de revivificación, de quitarse de encima los sedimentos, aun mediante impurezas. De lo contrario, el amargado llega, del internado, directamente a la habitación del hospital, no sería la primera vez...

A usted le vibraban los labios sin querer, por la irritación, cuando la señora que le visitaba los jueves y domingos describía las invitaciones recibidas o programadas, las reuniones con amigos y familiares. La sangre le encendía las mejillas, sus ojos ardían con una llama azulina, de rabia, estaba hecho un témpano, como cuando ella se demoró charlando en el piso de abajo.

Por el contrario, yo escucho con interés, hasta provoco las noticias que me trae diariamente la mujer joven, que sube presurosa y alterada hacia nuestra planta.

El recinto blanco me protege. No me gusta exhibir mi sufrimiento. No creo que la vida deba detenerse hasta que el infortunado vuelva entre los suyos. Esperaba y aguantaba tranquilamente los partes sobre los pequeños regocijos egoístas de los que han quedado del otro lado. Mi presencia entre

ellos no incluía la aversión. Al contrario, fluía con ellos hasta no saber más de mí, hasta quedar convertido en un número, de cierta utilidad. No sabría reencontrarme a mí mismo de no llevar dicho número inscrito en la manga, sobre la mesa de trabajo y en mi frente. En ocasiones, también me consideraba protegido, no sólo aniquilado, de esta manera.

Por ello mismo dudé largamente antes de idear mi plan. Me estaba diluyendo en el cansancio, como en un sueño constantemente interrumpido y reanudado, de forma que parecía continuo, sin fin. Al final saqué fuerzas de flaqueza.

La terquedad del chiquillo de antaño y de ahora, un lunes por la mañana, resistiendo la agresión de los seres amados, temeroso del frío y la oscuridad del día dentro del cual quieren arrojarle. La mesa del comedor, último reducto: sus patas gruesas le han agarrado firmemente, son patas de un extraño animal deificado, capaz de comprender y de defender. Cuerpo fraterno, terso, de madera maciza y resistente. Los llamamientos y las súplicas, el susto, la furia, la desazón de la familia no son sino intentos de desalojar al descarriado. Sólo recibirán respuestas quejumbrosas, incoherentes. De esos balbuceos puede reconstituirse sin embargo la imagen (curiosa únicamente por ser de una precisión extrema) de los pasillos, las oficinas, mesas alineadas, expandidas en hileras de espinazos, hasta el siguiente jefe, y así sucesivamente, hasta la caseta del conserje, el rectángulo del patio, donde los empleados se registran disciplinadamente por la mañana y al mediodía, los lunes y los sábados, y otra vez el lunes, otra vez el lunes por la mañana, cuando el chiquillo encanecido se aferró, como fiera herida, a los puntales de su guarida.

Semejante estallido, doctor, parece grave, también habla usted de ciertos síntomas inusuales de fatiga (¿del corazón?). Habría que ahorrarle al paciente los interrogatorios penosos. Lo único que tiene para ofrecer el jurado de peritos aburridos es, cada vez, su indiferencia traducida en diagnóstico y terapia. Las visitas de esos puntuales señores de bata blanca son raras, idiotas. Prefiero hacerme el dormido. O incluso duermo, para tener mis noches libres.

La luz del patio, a veces la luna, conservan el blanco aceitoso de las paredes, el mate, como de harina, de las sábanas y de la cara en el espejo del lavamanos. También las manos permanecen blancas, inmóviles. Un contraste llamativo, sobre el rojo oscuro del edredón liviano, de verano.

Las noches se levantan igual que antaño, el silencio absoluto refresca los muros. Siento deseo de acoger el alba en el balcón. Abro la puerta del balcón. El empedrado blanco, en la luz menguante de las bombillas eléctricas y la luna.

Una mañana, probablemente, permanecí allí más de la cuenta. Me despertó la risa chillona de un niño, en el patio. El balcón estaba flotando, el frescor parecía el de un día de verano en la montaña. Las carcajadas sonaban obscenas: una lluvia furiosa de añicos sobre el pavimento vidrioso del patio. Percibí, creo, algunas palabras; habían matado, quizás, una gallina. El hijo del administrador se deshacía de placer, observando, probablemente, la cabeza y el cuerpo del ave saltando, separados, dardos de sangre saeteaban, hasta lejos, el patio. Los saltos frenéticos de los dos segmentos de la gallina muerta llenaban al muchachito regordete y sucio de una alegría salvaje.

Estaba temblando..., me retiré alterado y cerré, según sospecho, la puerta del balcón, pues el ruido cesó. Nunca he podido sostener un ave viva, menos aún una muerta, en mi mano. Los pájaros, los animales, hasta los peces siempre me ponían nervioso; este mensaje oscuro y raro, esta presencia casi mística, por indescifrable, me asustaba.

Me dolía, recuerdo, fuertemente la nuca, tenía calor. Estaba ya en la cama, tapado, con la cabeza bajo el edredón. Al cabo de un tiempo capté un sollozo ahogado, como de llanto. Me quedé así, al acecho, un rato largo. Aguardaba que me ahogara otra vez el llanto, si había sido yo, o enterarme de quién estaba gimoteando.

Desperté a duras penas, cuando la sala estaba nuevamente bañada en luz. Encontré el valor de mirar el espejo, la cama de al lado. Estaba vacía, tendida cuidadosamente. El vecino acababa de marcharse, y nadie había llegado todavía. Sobre el edredón rojo yacían nuestros dos paracaídas. Me di cuenta de que estaba desnudo y bañado en sudor; recalentado por el esfuerzo, supongo que me había arrancado el mío y lo había tirado.

Mejor solo, en una estancia apacible. Nunca he deseado sino este sosegado reencuentro, la expectación de cualquier cosa o de nada.

El verano

Todos los veranos, la ciudad de la colina se sumerge en el verde. El verde eclosiona en el parque de la iglesia, en la Ciudadela, en la Cabaña o en el Bosquecillo, y los sauces verdes del Río cercan la ciudad. El verano de los abetos y los sauces bate unas alas grandes e invisibles en un hervor de aire alto y puro, estallidos tórridos de sangre palpitante, de suerte que da la impresión de que torbellinos astrales arrastran, le levantan a uno el cuerpo límpido y lánguido y le dan vueltas como una peonza; se oye el latir acelerado del bulbo grueso en el pecho, los tímpanos se empequeñecen, las manos se caen y resucitan y los ojos, húmedos, mendigan; las rodillas son dos piedras frías y te duelen las sienes y la nuca. Pero el cuerpo respira ávido y como liberado. Los hombros, la voz y la mirada se liberan, la garganta ardiendo, sedienta, y la lengua que lame los labios de sed, el vagabundeo estéril cuando el que espera y al que llama en vano el toque alto y claro de la trompeta que se alza al salir el sol, allá arriba, en la colina, en la Ciudadela, retarda la felicidad fugitiva del verano que impregnaba a los demás, y también a él... Este verano es el mismo pero diferente, porque el desasosiego elige, para otro ser atolondrado, el estupor, la furia-hambrienta-feroz, la fantástica fosforescencia ahumada de las noches y el frío de los insomnios. Es otro verano.

Hace dos años, llenó, durante una semana entera, la sábana viva y parlante del cine con su sonrisa tímida de niño frágil y monín, dominando él solo el rectángulo de tela blanca ya sea con la trompeta, con sus juegos de pionero o deambulando, aparentemente, por los alrededores del campamento. El zumbido de la gloria llenó las calles y rostros bañados por el verde dorado del verano. Volvieron otra vez las fiestas, los recitales, las arengas, las

poesías y el aura de graciosa y precaria celebridad provinciana. Después, todo pareció concluido: la corbata de pionero estaba planchada en el armario, junto a las toallas y pañuelos.

Siguió un verano de indiferencia; sentía que el caudal de admiración y curiosidad con que lo miraban no había mermado; el pequeño histrión podía seguir exhibiendo la misma sonrisa tan cinematográfica que todos esperaban. Así había ocurrido el verano anterior, un verano que se arrastraba entre el polvo calcinado por el sol.

Después terminó, pero no. En las vacaciones de invierno fue, o más bien lo llevaron, a la primera reunión de los mayores. El recibimiento estuvo a la altura de la estrella... A los pocos minutos de dejar el abrigo, la orquesta atacó una lánguida música de baile; las chicas tenían libertad para escoger pareja. Diez o sabe Dios cuántas zanquilargas sonrientes y seguras de su experiencia lo rodearon: Lia, Rodica, Mia, Ruth, Pussy, una morena enfurruñada, y después Sonia, que siempre se estaba riendo, ya no sabía quién ni con quién, el pelo de una y otro se mezclaba, la estrella se azoró.

Entonces noté a Iulia temblando cerca de mí, así empezó la locura, y me quedé en su grupo de chicos y chicas, que tenían dos años más que yo y ya estaban acabando el bachillerato.

Sus conciudadanos no habían olvidado la sonrisa de la pantalla del cine ni los poemas por la paz servidos en las fiestas campestres. Ya no lo señalaban con el dedo, pero seguían reconociendo al héroe y lo observaban.

Se habló en la ciudad de una excursión al monasterio que se prolongó hasta altas horas y a las señoritas les bajaron la nota en conducta; algunas empollonas de matrícula perdieron aquel año las coronitas del premio de fin de curso. Intrincados acontecimientos, recubiertos por aquel verano nuevo, una avalancha tremenda de verde de abeto, por la noche, en el Bosquecillo o en la Ciudadela, el débil murmullo de los sauces en la madrugada, junto al Río, donde brotaban los gritos agudos del verano, el agua corría en las miradas que los nadadores habían mantenido secretas, anclados en la tierra firme de otras estaciones, bajo el peso de su indumentaria y sofocados por el enjambre vigilante de vecinos y pedagogos.

Los paisajes morían con rapidez, la Ciudadela y el Río no tenían importancia, tan sólo el desasosiego que me torturaba por las noches, cuando el Bosquecillo, la Ciudadela y el Río se volvían vivos y extraños, más peligrosos que durante el día.

Los padres se contentaban con el trofeo de cada curso académico, su vástago les parecía, en el espejo grande del dormitorio, una especie de amuleto feliz, un monigote chino impenetrable y que trae suerte, frágil, monín, un alumno destacado siempre premiado y peinado impecablemente con raya en medio. A los ojos de los señores maestros, los cabellos se aplanaban a una parte y otra de la raya, lisos a la derecha y lisos a la izquierda, hasta el cogote rasurado, color de rosa, *pero bastaba que me mirase una vez en el agua clara del río o en Iulia, en sus aguas límpidas y brillantes, para que el pelo apareciese salvaje, inmenso, rizado, con rizos pequeños que se hacían más grandes hasta convertirse en ondas indomables, «como de medusa», dijo Haplea, el de geografía. Me miraba las uñas mordidas hasta hacerme sangre, chupaba la sangre y respiraba el olor de ésta y la piel de nuestros cuerpos jóvenes, paralizados por la quietud y el susurro de los matorrales embriagados, cuando las ramas crujían entre largos murmullos, como si quisieran reanimar un pequeño fuego oculto.*

Pasaron por el parque, caía la tarde, ya no quedaban bancos libres; como es natural, todo el grupo se dirigió hacia el Bosquecillo, cada uno con su gatita. Traían con Lia, Victor con Mia, Andrei con Radu y con Titus, en una sordina gatuna, Pupu con..., parece que sí, siempre con Rodica, y, el último de todos, el bigotudo de Valeriu medio dormido. A respetuosa distancia del grupo, el pequeño con la sensiblera ágil y tan flaca a causa de sus delicados pulmones que se transparentaba. Hablaban a distancia. La locura de interminables conversaciones con un habla gangosa. No obstante, ellos dos los seguían disciplinadamente, manteniendo una respetuosa distancia de los otros y entre sí, le puso sobre los hombros su cazadora nueva de piel de corzo pero evitaba mirarla.

La caverna baja y sepulcral del cine me asustó, dos horas en las que nuestras manos enloquecieron entre la lencería y la epidermis... Si al menos se hubiese producido finalmente allí, entre la ardiente oscuridad de tantas respiraciones, cuando la calva de la derecha, absorta por las tonterías de la

pantalla, no tenía tiempo de escandalizarse por lo que hacíamos y no teníamos el valor de hacer. «Vámonos, por favor, no puedo más.» Al cabo de hora y media, aturcidos, como exhaustos tras una sesión de espiritismo de la que hubiésemos escapado saltando por la ventana.

Entre el torrente de personas que salían de la sala, contentos por la distracción semanal, el mancebo se atrevió a hacer a un gesto de ternura: se quitó la cazadora y la colocó sobre los hombros de la corza.

Iban callados y separados. Así es como abandonaron el cine y así los encontró el grupo: callados y separados. Buscaban un banco en el parque de la iglesia pero no había ninguno libre, entonces se marcharon mudos y encogidos, empuñados, detrás de los demás, hacia el Bosquecillo.

Caía la tarde. El público recuperaba la vitalidad de otros veranos, la respiración del cielo, hacia el cual creía elevarse algunas veces, para acariciar el contorno de la luna.

El mancebo puso sus esperanzas en la cazadora que había echado sobre los dulces y delicados hombros de ella. No tenía paciencia, valor ni la brutalidad necesaria –si al menos hubiese conocido los detalles de la iniciación amorosa...–, ni siquiera la astucia para dejarse seducir y así saber de qué iba la cosa. Rehusaba ver el cielo y la luna, que bostezaba con sarcasmo. Se olvidaba de respirar, se hallaba en una sima hostil y caliente. El bosque le bombeaba en las narices y en el pecho el mismo aire intenso procedente de los abetos que lo había trastornado dos meses antes, al salir del parque, cuando se atrevió y ella se dejó, se besaron y Iulia deslizó la mano por él, caída, años luz, el vacío, salto sin paracaídas, gritos de victoria y borrachera a los que, evidentemente, no pudo dar rienda suelta.

La locura de las cartas duraba ya varios meses. Su madre las descubrió y leyó bisbiseando; él vio cómo las mejillas de su madre se teñían de rojo, los adultos se quedaron de piedra. Estaba claro que no sabían que esa clase de ejercicios retardaban el peligro: el tierno y fotogénico galán había ido a caer, previsiblemente, en los brazos finos y delicados de una literata tuberculosa y dulce, y cuyos colores se habían trasvasado ya a los adjetivos.

Paralizados durante dos horas en la oscuridad de los abetos, entre los susurros de los demás, no se movieron ni se atrevieron a aproximarse. Hasta tal extremo la señorita prefería la demora. O quizá no supiese muy bien lo que

estaba demorando, pues aquella sensiblera era también sensible. O sí lo sabía demasiado bien y saboreaba el azoramiento, como buena conocedora, experta tiempo ha. De forma que se levantaron después de que los otros se fueran. Se marcharon en dirección a la casa de Iulia sin decir ni media palabra. Y se quedaron inmóviles frente a la ventana de su casa. Con un gesto torpe, le quitó la cazadora de los hombros, ella no se movió y luego, mientras la prenda se deslizaba entre las manos de él, ella extendió los dedos amarillos y dulces hacia la manga de la cazadora y la acarició. Entonces él se volvió bruscamente, aplastado bajo las ruedas de un carro lleno de juguetes, y, arrojándolo todo al aire para liberarse, giró sobre sus talones y se marchó sin decir palabra.

Era tarde, los pocos transeúntes habrían podido constatar intrigados que su semblante no guardaba ya el menor parecido con el del pequeño tribuno y actor. Andaba despacio y con dificultad. Las luces de su casa estaban apagadas. La llave no estaba en la ventana, como antes. Eso significaba que querían que los despertase o que Sanda no dormía y abriría ella.

Pero tampoco había luz en la cocina. Con un golpecito la despertaría. Abriría despacio la puerta, sin hacer ruido, y todo se arreglaría.

Se movía algo, alguien, un susurro. Le pareció oír un rumor, luego otro, apagado.

Sanda dormía en la cocina, cocina por llamarla de alguna manera.

Para llegar desde allí hasta su cuarto sólo había de atravesar el pasillo y pasar dos puertas.

No encendió la luz. Abrió la puerta con sumo cuidado, sin dejar entrar la luz, y se pegó contra el borde de la cama para que el chico pasase arrimado a la pared.

La luz de la farola de la calle le iluminó los ojos azules, el pelo desgreñado y húmedo y el camisón escotado que dejaba al descubierto los hombros y los senos sudorosos.

La puerta se cerró rápidamente a sus espaldas. Tenía la mano en el picaporte, había dado medio paso hacia la puerta pero sin despegarse del borde de la cama.

Un instante más. La franja de luz, las sábanas arrugadas, el quepis caqui en el rincón de la cama. El quepis militar con la estrellita.

Oscuridad, ningún movimiento. Respiraciones, una mezcla de olores, el vaho espeso de la cama que crujía.

La cama está a la derecha, me apoyo en el borde, más allá la cocina de gas, tres pasos más y la puerta. Sanda no me deja apoyarme en el borde de la cama. Me lleva ella hasta la primera puerta. La respiración me silba en el cerebro. La respiración de ella, la mía, no sé cuántas, trato de contarlas, se superponen, una, dos, difícil separarlas, otra más, tres, quizá tres... Tiene la mano ardiendo, un poco húmeda, resbalosa, los dedos se me escurren hacia arriba, hasta su codo tibio. Olor penetrante, sábanas húmedas. Un silencio pesado, sofocante, que he espiado durante todo el verano, todas las noches, de cerca, desde mi habitación, adonde llegaré en algún momento, he aquí la primera puerta, un vago umbral, a la derecha está el lavabo. Tres pasos más, estoy encima del sótano, la madera del suelo se curva, chirría, toco a la izquierda la caldera del agua caliente. Oigo a mis espaldas a Sanda metiéndose en la cama con movimientos lentos, la cama cruje, me parece oír un rumor de voces.

He llegado. Pongo la mano en el picaporte y lo bajo despacio hasta el final, no tengo que soltarlo. Abro la puerta sin quitar la mano del picaporte antes de volver a llevarlo a su sitio. Aparto los dedos despacio, conozco bien la técnica, antes de cerrar la puerta hay que apretar el picaporte hasta el fondo. Vale, ya estoy en mi habitación. He cerrado, mi cama está junto a la puerta, debajo del rectángulo de cristal, el fotomontaje de mis legendarias campañas. Desde la ventana, sombras de ramas juegan sobre las fotografías, el pionero parece llevar bigote.

En la cima de los insomnios espiaba, noche tras noche, cuando volvía tambaleándome a casa agotado y febril, los ruidos calientes y oscuros de la cocina. La ropa ordenada como siempre en la silla, los zapatos con la horma, la camisa en el perchero, las sombras de las ramas en las fotografías del glorioso adolescente. Era todo lo que veía mientras escuchaba, hasta el amanecer, el turbulento silencio de la casa. El desasosiego del verano silbaba sutil y negro por la noche en la Ciudadela y el Bosquecillo de la cocina y me atraía, pero me mareaba de tal forma que no podía ir y me quedaba entre los carretes de adjetivos que alargaban las tardes y embrollaban las noches con tan preciosas indecisiones.

Ya no necesito pijama, solamente llevo la camiseta. Al lado duermen ellos. Las fotografías se mueven en el marco. La cama cruje. El silencio me pesa en el pecho, sobre los hombros. Me siento como si estuviese debajo de un tanque, oigo mi respiración. Desde hace dos años, desde que está con nosotros, Sanda duerme en la cocina, en la cama de madera. En invierno se mete el frío, está justo al lado de la puerta, nada más entrar.

La cama de madera de ella cruje también, lo sé, más fuerte. Las sábanas revueltas olían a sudor y a algo penetrante y dulzón, de calor, pero no sólo, también a humedad ardiente o a otra cosa, perezosa, lánguida, una especie de olor a sueño, de olor animal.

Los ojos se han acostumbrado, ya no los cansa la oscuridad. Acecho la respiración. Galopa, azota el tiempo que se me escapa y no puedo cogerlo.

La piel de Iulia, un juego de aguas, refrescante, los labios agrietados, quemados por los mordiscos. Todas las noches la misma locura, ora acelerada, ora calmada, nos escurrimos como prendas de ropa calientes y humeantes. Los pechos se le habían salido sudorosos del camisón caído y torcido por debajo del hombro, Sanda se tambaleaba, ebria, perezosa, me empujaba impaciente hacia delante.

La casa muerta, una vigilia sin fin, hasta oír la llave. Gira una llave en la cerradura, una puerta, al otro lado, donde está Sanda. Entran, no, salen, con toda seguridad. Está sola, es culpable, lo sabe, espera, pagará...

Busco un rincón fresco en la almohada, en la sábana. Todo está caliente, como una capa de caucho. La almohada parece rellena de agua caliente. La habitación agobia, es un fastidio. El fastidio del verano mentiroso, de los veranos pasados, mentirosos, retornados y ahora reunidos, una maldición. La habitación ahoga, hay que romperla, hay que romper y arrastrar la sutil membrana añil de la noche, romper y emporcar la espera viscosa, con la boca ávida, de saliva, de sangre y de calor, llena toda ella de la espuma de los adjetivos. También oigo por un momento el débil susurro en falsete de la inocencia falsa, tardía, su largo pelo, la respiración floja y ardiente, de sanatorio. He de aprender los movimientos, a colarme en la boca caliente y pegajosa de la fiera con sus encías palpitantes, tórrida y sangrante, que acecha hambrienta la caída de la presa. En fin, perdido y vendido. O sea, vivo y listo para ser devorado.

Silencio. Ningún movimiento. Hay que apretar el picaporte hasta el fondo y luego empujar la puerta. Los pasos laten en el pecho y en el cerebro.

Estoy encima del sótano, la madera del suelo chirría. A la derecha, la caldera del agua caliente, a la izquierda el lavabo. La mano se desliza por el picaporte siguiente, aprieta y abre la segunda puerta.

En la jaula reina la oscuridad. Estoy junto a la cocina de gas, doy un paso. Nadie se ha movido. Respiración apagada, pero perceptible. Me han oído, me esperan. Un pequeño compromiso por mi silencio. Sólo tengo que ocupar el cráter, la enfermedad de una noche de verano, sus harapos infectos, ciego, a través de una lava de larvas y pólipos. Estoy nadando en la sábana mentirosa del cine, ondulada ahora, húmeda y sucia, maloliente, contagiada, como yo. He aquí mis manos atolondradas, el pelo, el vientre húmedo, destapado, de las promesas, el verde del verano, oscuro, en el pelo que se desparrama, fosforescente de bacterias. Todavía estoy mordiendo la manzana del hombro, Sanda exhala un débil gemido, finalmente encuentro los labios de Iulia, desgarrados, la piel en un juego de aguas, los hombros húmedos de las manzanas. El morro cálido y hambriento de la corza se excitaba, me aspiraba y me arrastraba hasta lo más hondo en el torbellino que me gangrena la sangre, invadida y contagiada por el virus del verano. Un hormiguero maldito que me infecta, al fin, de vergüenza y ferocidad, de olvido, asco y placer, de perdición, muy cerca, dentro de mí...

Retrato del albaricoquero amarillo

Parecía que lleváramos una eternidad en el recreo, el tiempo rodaba sin medida. Unos caballeros abrían las libretas, las hojeaban en silencio, acomodaban las posaderas en los pupitres, le sacaban punta al lápiz o secaban el plumín de la estilográfica. Apenas si llegaba un siseo. La luz del día fluía lentamente. Todo parecía petrificado y, no obstante, se trocaba en una niebla gris y uniforme.

Los movimientos parecían los mismos de siempre. Sólo el miedo daba la impresión de haber perdido fuerza y haberse vuelto más humilde, reduciendo los gestos de los caballeros.

Todos llevaban el mismo traje negro y lustroso. Camisas blancas limpias y de cuello duro apretadas por el triángulo puntiagudo de la corbata. Algunos eran calvos y tenían barriga. Brillaban diversas condecoraciones, las sortijas de los dedos y la barba rubia de uno de ellos.

Mas habían conservado algo... La sonrisa en un rostro fofo, la forma de ir de acá para allá, el saludo... Me saludaban, me habían visto, me dirigían señas amistosas, contentos por volver a verme.

La apatía seguía dominándome en la antigua aula del colegio. Llevaba un rato bien largo mirándoles la cara, las manos y los trajes. No me atrevía a comprobar si mis manos se habían vuelto tan grandes como las de ellos, ni a palparme el traje y la corbata para ver si eran como los de los demás.

Tampoco había tiempo, teníamos que hacer los ejercicios en la clase, ellos también tendrían que haber estado igual de aterrados. Tal vez lo estuvieran... Algunos se servían de minúsculas chuletas que, enrolladas, se metían en los zapatos. Uno la metió en la rendija del pupitre, lo estuve observando. Quizá fuese Rednik, irreconocible tras los enormes cristales de las gafas si no hubiese tenido, como solía, las manos y los pantalones manchados de tinta...

Muchos se habían desabrochado la chaqueta. ¡Era el colmo, se les veían los tirantes! Los que más sudaban se desabotonaban el cuello de la camisa y se aflojaban la corbata. Había uno, nervioso, que no paraba de darle vueltas a la sortija en el dedo. Junto al perchero, un coloso estaba todo el tiempo abriendo y cerrando una delgada pitillera dorada: ése podría ser Grigore, enormemente gordo pero además enfermo, pues debajo de la chaqueta llevaba su acostumbrado jersey grueso de lana. Así pues, se les podía reconocer, si bien apaciguados por la grasa y el cansancio, estrujados en las elegantes carcasas negras de sus trajes.

... Quizás algunos de aquellos padres de familia no hubiesen olvidado las vísperas terribles de los ejercicios en clase, el sueño intranquilo, las noches de miedo y las tardes que precedían a la ejecución. Ni que decir tiene que otros también se daban de bruces con el mismísimo fantasma de quien nos tapaba con sus brazos largos y secos la escritura enrevesada y nuestros cálculos intrincados. Era inútil pasar la página porque aparecía en la siguiente y luego en la tapa. No conseguía librarme ni tirando la libreta ni sumergiéndome en el libro de álgebra y luego en el de trigonometría... Volvía constantemente: la misma palidez, los ojos cansados, pegado al borde de la pizarra, en su posición habitual, desafiando a las filas enemigas. Ya no se le permitía pegarle a nadie. El año en que lo conocí, el primero de los cursos superiores, las brutalidades con las que se tranquilizaba debían de estar ya prohibidas. Notábamos lo mucho que le costaba soportarnos, y lo hacía con la misma rabia con que nos torturaba. Podríamos decir que nuestro miedo era la medida de su sufrimiento.

Se aferraba los dedos de la mano derecha, como si fueran garras, a la correa del pantalón. Desde la página del libro o de la libreta, la correa parecía estar a punto de saltar, como una serpiente, sobre nosotros para ensangrentarnos el rostro culpable.

Algunas veces calmaba su furor con un grupo de cinco o seis. O estallaba cuando nadie se lo esperaba; no habría sabido decir si era a mí al que gritaba o si la había emprendido con el siguiente. Yo me veía entre los del pelotón de los torpes del fondo de la clase, y, a cada nuevo fallo, que preparaba el siguiente, me sentía rodar cada vez más abajo, hasta el abismo, incapaz de hablar y de pensar y sin fuerzas para recuperarme.

Me volví para verlos, ahora me hallaba entre los que estaban en los últimos bancos. Pero mis compañeros, los señores del fondo de la clase, no parecían con ganas de chistes y holgazanerías. Seguramente no podrían soportar la desconfianza y el desprecio reservado a los suspendidos y repetidores. Siluetas y rostros gruesos, apenas si se movían. Los rasgos se habían acentuado y les conferían una dignidad levemente soñolienta y hermética. La madurez les había otorgado la capacidad de afrontar las complicaciones y parecían mucho mejor preparados que en otro tiempo ante cualquier circunstancia. Incluso la que estaba por venir.

Parecían haber olvidado que el personaje pasaría entre los pupitres y se detendría detrás de algún sospechoso.

Los más afortunados fueron los que, inmediatamente después de que se dijera el tema del ejercicio, comprendieron que no tenían ninguna posibilidad y llenaban las hojas de la libreta con los primeros disparates que les venían a la mente.

Él parecía captar el juego. Notabas que sonreía, a punto de explotar, habría bastado una chispa. Sin embargo, tenías todos los motivos para estar satisfecho pensando en lo que pasaría cuando se encontrara solo en su habitación, frente a frente con tu insolencia.

... No lograba adivinar cuál de los caballeros que me rodeaban sería todavía capaz de semejante aventura. No tuve tiempo de observar a cada uno por separado, estaba sonando la campanilla, aunque no se oía, pero la intuía por la alarma que me invadía. La señal no los había inquietado, se limitaron a consultar sus relojes. Se enderezaron en su asiento y esperaron en medio de un silencio tenue y glacial. ¿Llevaba también yo reloj en la muñeca? No podía levantar el brazo, tenía la sensación de estar envuelto por una espesa nube que me oprimía y me dificultaba los movimientos. Se oyó estornudar a uno de los gigantones... Esperaba que estallase una carcajada general, como era habitual. Seguro que todos habían reconocido el trombón de Lăzăroaie, muerto de miedo también, pero nadie se movió.

De pronto, todos nos pusimos en pie, la puerta se había abierto, yo estaba soñando, nos levantamos y nos volvimos a sentar. Todos, sin excepción, se sumergieron en la libreta que tenían delante sin osar levantar los ojos. Tiró la

carpeta encima de la cátedra, aunque no se oyó. Se volvió hacia nosotros. Me atreví a mirarlo. Parecía más pálido y, ¡milagro!, ¡increíble pero cierto!, sonrió. La luz era más fuerte y también el blanco de las paredes y las ventanas.

Ellos también debieron de notar el cambio. Levantaron la cabeza y lo vieron; no parecían horrorizados por el corte que la mueca de buena voluntad abría en su pálida máscara.

El sueño los había vestido correctamente. Probos funcionarios y esposos, no reparaban en que él tampoco vestía como antaño. El traje gris oscuro que ondeaba siempre en torno a un cuerpo demasiado flaco se había trocado ahora en un uniforme verdoso cerrado en el cuello. Solapas pequeñas de estilo militar de rayas negras. Ceñía la chaqueta en el talle con un cinturón ancho. Botas hasta la rodilla, donde se abrían las perneras infladas en semicírculo de los pantalones cuidadosamente planchados.

La chaqueta le sentaba de maravilla. Las botas estrechas y brillantes le realzaban el tipo flexible, la delgadez cortante y elástica. Lo miraban embobados. Ya no podían ocultarse en los uniformes escolares de antes, ni encontraban los ademanes adecuados ahora que él tampoco iba disfrazado con los harapos del consabido traje, sino que se mostraba con auténtico esplendor, tieso y mayestático.

El ambiente de entierro de la clase no permitía durante los ejercicios de matemáticas que tantas sorpresas distrajeran nuestra atención. De manera que se inclinaron inquietos sobre las libretas. La nuca que tenía delante me mostraba unos cabellos descoloridos; comprendí que el señor Ianuli se teñía el pelo para que éste recuperara la negrura y la brillantez de antaño... En la pizarra, el centinela aguardaba a que copiásemos el enunciado del ejercicio.

Había olvidado repartirnos, como solía, en filas y columnas, tantas como temas enunciados. Escribió para todo el mundo de una punta a otra de la pizarra, con tiza de color naranja y letra grande y redondilla, un único tema. Acto seguido, se apartó despejando la vista a la pizarra.

Se inclinaron sobre las libretas y ya no se movieron, el sueño se había petrificado. Miraban alucinados los cuadernos, quizá nunca habían resucitado, pero la luz se hizo cada vez más clara y el aire del aula más puro. Un frescor

tenue y agradable les acariciaba la frente. Volvieron a levantar la mirada y le sonrieron, rejuvenecidos y serenos. Pero él se había vuelto de espaldas y ya no los veía.

Tapaba siempre alguna parte de la pizarra con su cuerpo estrecho y con el movimiento rápido de sus largos brazos. Con una mano escribía y con la otra borraba y corregía. Llenaba el negro de la pizarra constantemente con distintos signos de colores que yo descubría sin entenderlos, justo cuando se desplazaba de un extremo a otro del encerado.

El silencio duró un rato más. Yo seguía los movimientos del brazo en la cajita con tizas de todos los colores y en otra más grande con plastilina, que amasaba un poco entre los dedos antes de aplicarla sobre la pizarra. Ésta se coloreaba: ángulos encarnados, marrones, manchas verdes y huecos de polvo quemados por el sol.

Se oyeron, al principio de forma débil y luego ya más fuerte (por vez primera pasaba algo así), risitas. Murmullos, tintineos y silbidos. Pero si uno se volvía hacia la clase no descubría nada. Filas perfectamente alineadas, señores dóciles y respetables mirando con ojos fijos, muy abiertos, ya a la pizarra, ya a la libreta.

Cerca de mí, oí un gritito. Miré a mi vecino. Traje, corbata, camisa; igual que los demás. Estilográfica reluciente y dorada. Un rostro pequeño y afilado de ratón, picado de varicela. Intenté recordar pero no lo reconocía, he ahí a uno que no reconocía. Tenía el pelo blanco y manos pequeñas y cuidadas. En la derecha le faltaba un dedo. También sonreía, una sonrisa bonachona y culpable. Me señaló sus cigarrillos, junto a la libreta. Ademanos cordiales y tímidos. La mirada de un hombre indulgente. Repitió la invitación y en la primera línea del cuaderno vi copiado el mismo enunciado. Escribía de forma enmarañada con letras puntiagudas, altas y cuneiformes. Había copiado correctamente de la pizarra: RETRATO DEL ALBARICOQUERO.

El ruido había aumentado, era un verdadero alboroto, lo oía, no lo oía. Habían empezado a cambiar de sitio incluso los pupitres. Un alegre desconcierto los agitaba a todos. Me habría vuelto para sorprenderlos en pleno desenfreno, sediciosos y vocingleros, si no hubiese sabido que me habría quedado otra vez de piedra en el mismísimo momento de tenerlos ante mis ojos.

No hizo falta, otra cosa los interrumpió. El revuelo se apagó, ya no se oía nada. De nuevo había cambiado algo a nuestro alrededor. El aire y la luz eran menos espesos... Yo mismo sentí la brisa... Un soplo fresco.

En efecto, las ventanas se habían abierto por sí solas: el aire llegaba perfumado y fresco, un tanto húmedo. Pude mirarlos. Sorprendidos, amansados y tímidos, con las sienes vivificadas por la brisa.

Lo vi también a él, junto a la pizarra, como al principio, con su nuevo uniforme de fiera altanera.

... Sólo un instante, eso simplemente es lo que estuvimos delante de él. Nos diluíamos encantados e imbéciles como unos colegiales. Hasta nosotros subía un gemido prolongado e inaudible de placer. La misma sonrisa de satisfacción en los rostros grandes y flácidos de todos los empleados. Ahora es cuando los sentía cerca. Algo dulce y fresco flotaba entre nosotros.

El paisaje había aumentado en la pizarra, extraño relieve de tierras pardas y arcillosas. Colinas suaves recubiertas de un musgo verde y resplandeciente. Pequeños abetos de jardín de los que colgaban piñas puntiagudas con escamas color marrón oscuro que bombardeaban el mar de hierba reluciente y verde. El aire del aula se había enrarecido, era frío pero perfumado.

Habíamos vuelto a la vida, raptados por el paisaje que continuamente se abría al olor nuevo del bosque.

Se diría que el uniforme de cazador o guardabosque y la palidez que le hacía el rostro más largo y puntiagudo ya no atemorizaban a los antiguos colegiales, se habían acostumbrado. Notaba que participaban igual de febriles en la sorpresa del paisaje. Él los observaba con ternura, con odio contenido y cansado, incluso con una especie de hospitalidad... A mi alrededor oía el quedo susurro de gestos inseguros y pérfidos, las escasas palabras, un gemido de alegría, la respiración delicada, como antaño, el bullicio apático, la impaciencia y el hormiguero difuso que se había desatado. Pequeños sollozos de gozo, el pánico dominado y el cuidado por atemperar los agudos para que no se desvaneciese aquella atmósfera de fábula. La menor imprudencia habría roto la película que nos había humedecido la mirada...

Una inexplicable agitación y miedo hacían frágil la espera. Las ventanas fluían lamidas por largas venas de agua. El cristal mismo parecía haberse licuado y evaporado y el vaho tenue y fresco volvió más ligera nuestra ropa y coloreó los pupitres y las paredes. Nos mecía, perdidos en la nube de un vértigo floral. Soleado y de plena liberación...

Ya no veía a mis señores compañeros. Con un chasquido logré desatornillarme del lugar donde me había quedado petrificado.

... De repente, con todas mis fuerzas, me volví hacia ellos. El aire que flotaba entre nosotros se había convertido en una neblina de ceniza fina, de un rosa amarillento, violáceo o dorado, no lo sé, en un humo leve que impedía la visión. Los distinguía con dificultad, se arracimaban y amontonaban envueltos en la lejanía. En un rincón del aula divisé los tres altos árboles, los percheros en los que se bamboleaban los sombreros negros y abultados de los honorables como si fuesen melones, la luz había mudado a un verde pálido y desvaído que fundía los contornos.

Mis señores compañeros zangoloteaban por otro lado, sus volteretas y el prado se aproximaban, a veces estaban a un paso. Las corbatas se les habían deshecho y ondeaban, al igual que las chaquetas abiertas por la espalda. Brillaban los botones y las condecoraciones. Parecía oírse un susurro, una especie de jadeo sofocado. La hierba se cargaba de extrañas corrientes y centelleaba nada más tocarla. Las briznas de hierba flameaban alrededor de narices peludas hacia las orejas grandes y rojas. Haces de llamas brotaban con sólo tocar el vello de las manos o los bigotes de cualquier funcionario. Y volvían a desaparecer engullidos por el paisaje.

Exhausto, me volví hacia mi vecino. Tampoco a él lo veía con claridad. Solamente la cara agrandada y colorada de contento. Masticaba caramelos y me alargó una bolsa llena de caramelos de color rosa y esféricos, como pequeñas bombas viscosas. Eructaba con ganas, excitado por una alegría que no le cabía dentro de sí. Se había estirado con los brazos muy abiertos para enseñarme decenas de fotografías desparramadas por el pupitre. Eran fotos de un niño en distintas edades y posturas. De su hijo o suyas cuando era pequeño, nuestro aliento empañaba las fotos, el éxtasis lo dispersó enseguida incluso a él y ya no lo volví a encontrar. Conseguí acordarme de la libreta y encontrar las palabras que allí había escritas. Los demás se deslizaban, abstraídos, por

los túneles del bosque, llevados por una brisa que les desgredaba los cabellos. Yo intentaba sustraerme al mareo de aromas y colores. En la pizarra en relieve, quería descubrir el albaricoquero.

Solamente distinguí colinas de arcilla agrietada, pequeñas islas de líquenes y tornasoles verdosos de las hierbas enmarañadas que recubrían las espaldas de los árboles que lloraban resina. Bellotas quemadas, piñas de abetos viejas y grises. El paisaje parecía someterse lentamente al ocaso.

Caía un polvo fino de creta morada, la oscuridad... Aún alcancé a ver en la parte inferior, a la derecha, al pie de una duna, una larga huella amarillenta, débiles rayas rojizas donde quizás había estado el albaricoquero. La quietud no era únicamente silencio. Un murmullo sordo de aguas tranquilas y frías. Una armonía vegetal plena. Los pétalos se abrían y cerraban vibrando, como el aire que mecía sin ruido las ramas espinosas de los abetos. Volaban proyectiles ligeros y brillantes y, de pronto, parecieron oírse ráfagas de frutas frescas.

Por un instante sentí el polvo caliente acariciándome las mejillas, la boca se me llenó de frescor... Sabía que era otro, pesado, envejecido, trastornado por otros sueños en los que el pasado alzaba las viejas pruebas transformando mi edad para que no pudiese llegar a hombre adulto, ahora el cuerpo y la mirada se me habían vuelto lisos, juventud viva y feliz que no quería que acabase. Llovían albaricoques luminosos, pequeñas balas doradas, y las ramas se arqueaban hendiendo el aire. Vi el cielo encima, paz redonda y azul. En otro tiempo, se dilataban de repente las tardes demasiado cortas que precedían a los exámenes, las ejecuciones. En vano trataba uno de atraparlas, todos los patios estaban vacíos, me escondía tartamudeando, rehusando el descanso y la comida, entre las nubes grises donde acechaban fantasmas mientras se hinchaba la cúpula vidriosa de la noche.

El albaricoquero había vuelto a abrirse, círculos amarillos y tranquilizadores que iluminaban el cielo con el oro de sus frutos duros y jugosos. A medida que avanzaba en la profundidad de la pizarra, el relieve se abría, protector, con un susurro de aguas invisibles que me refrescaban las sienes.

Yo estaba cada vez más solo, mis compañeros habían desaparecido. No encontraba ya ninguna señal de la exaltación de los distinguidos colegiales. Me perdía, alhelado de felicidad. Me habría puesto a dar brincos, histérico, para verlos otra vez insuflando vida a la borrachera estúpida del pasado, a la boca burlona de donde salíamos rodando: pequeños caníbales, apretados en trajes estrechos, sofocados por las corbatas que quemaban como antorchas. Pero dormitaba, era un dulce agotamiento sin igual. Estaba sereno y solo, ocupaba toda la libreta, abierta por la página que tenía la marca de tiza coloreada de una mano grande y arrugada.

El viento de la tarde me quemaba los labios y las sienes. Crepúsculos bárbaros delante del barracón, antes de las ejecuciones, de los exámenes... Así pues, había reaparecido, con las manos sucias de tiza roja y de todos los colores, pasaba entre las filas de los condenados. Había levantado las manos para no mancharse el uniforme. En la boca, la misma mueca de benevolencia. Sentí que se acercaba, había dado el primer paso.

El miedo volvía a hacer presa en mí, me cercaba, me hacía girar hacia arriba, hacia la superficie, como un remolino, pero el hechizo no se rompía. Las olas se retiraban sin prisa. El torpor disminuía, parecía debilitarse, pero me envolvía los brazos y la mirada. Su cercanía todavía era difusa y el aire húmedo e incierto.

Avanzó despacio sin que yo lo advirtiese. Estaba temblando, la espera me cansaba, me cansaba cada vez más, hasta que se acercó. Me pasó con suavidad la mano por el pelo. Se limpió las huellas de color en mi cabeza, bajó la pesada mano y la noté en el hombro. Como si me hubiese elegido a mí y me comunicase mi destino.

No podía moverme. Me sacudía con precaución los hombros, pero yo estaba clavado y no me movía. No lograba desprenderme, el albaricoquero, el cielo de frutas y hojas, la quietud de las tardes desiertas, aleteos infantiles, enfermedad. Iban a acercarse palabras conocidas, lo presentía.

El hechizo, el miedo, el sol del albaricoquero, el silencio protector de los árboles y el barro blando y dorado permanecerían, como en otro tiempo... La mano que se deslizaba por mis sienes hasta el cuello, por los hombros, por debajo de la camisa húmeda, por los huesos frágiles y delgados. Increíble, había crecido, igual que mis compañeros. Ellos tampoco tenían ya padres, no

habrían sabido comprender y conservar el asombro, la enfermedad y el cansancio de la portentosa noche de la que tendría que despertarme como un hombre hecho y derecho, curado.

Me sacudía sin cesar, yo no podía levantarme. Trataba con todas mis fuerzas de prolongar el instante...

Función de estreno

La habitación blanca, vetusta.

Verano amordazado. Noches largas, vidriosas.

La marea nocturna en el espejo negro, el arranque de antaño. La clave sin descifrar, encerrada en el enigma de otra edad.

Los cerebros destilaban la mandrágora de la esperanza. El tío puso una tasca, el primo organizaba coros de obreros, el vecino compraba ovejas, la estudiante se había fugado con un tullido de quien se rumoreaba que era morfinómano. La villa moraba en una nube, en el embudo del atardecer se vertían, zumbando, proyectos locos. Todo era posible, el tiempo bullía en expansión. El abogado se mató por accidente cazando patos, el propietario de la yeguada escapó a América, el farmacéutico sorprendió a su esposa in fraganti con el hermano, el hijo del rabino «colgó los hábitos» y se hizo guardagujas. Mutilados de guerra, colegialas embarazadas, sabios que renegaban de su biblioteca, mercaderes agitando banderitas rojas, amas de casa coreando consignas políticas, ascetas llorando en lo alto de los campanarios. Ojos y brazos dilatados, para alcanzar la luna... Magia del infantilismo, todos brincando como sobre ascuas. Amaneceres levantando desde la marmita hirviente con hierbas y filtros las poleas chirriantes del día.

Instantáneas graciosamente fotogénicas, cada vez más veladas, igual que los años en cuya lejanía me estoy apagando: los honores de fin de curso, el discurso, la bandera, el redoble de tambores, de juramentos y de gloria. Luego la esfera de helado, la famosa *ciss-bombe* ofrecida por la familia en la confitería Strauss... El trémulo nocturno de las imágenes, insomnios ponzoñosos. El poso grueso de la madurez resucita un payaso de cera, ufano y ebrio.

La vieja habitación. Ciudad de la infancia, pasado juguetón, aceitoso, llama recortada por desmayos.

Traqueteo de ruedas, vítores, desorden del renacer que antaño hacía hervir la sangre y la azuzaba hasta el galope. Cielo al alcance, donde raras veces silbaba, desangrándose, la soledad de un violín neurasténico. Tiempo balbuceante e impenetrable, inicios sin iniciar, película velada por la edad.

No la busqué, por supuesto. Evité que se enterara de mi presencia en la ciudad, para unas breves vacaciones. El ojo de rana del miedo, el espasmo de la almohada hostil, el alba encaneciendo la cabellera rebelde..., tiempo torcido y estrujado, aguachirle salobre, de la que nada se puede esperar. En la cara de su presa, a la que había estado merodeando hasta la locura, la señora mentora ya no podría ver la misma palidez, ni oír su expectación bramando como un tiburón ciego.

¿Tentación de auscultar, de tarde en tarde, los acertijos de mi pubertad culpable? Corté de un tajo la confusa elegía, resignado a perder lo que no había comprendido. Atajé la ensoñación bruscamente, escapé cada vez más lejos, hacia el norte del norte. ¡Pero volví! El pasado: los redobles, la bandera, los atardeceres enfermizos, el futuro de leche y miel, la bomba en la confitería Strauss, la languidez de las semanas de vacaciones previas a otro año escolar, a punto de comenzar, como el anterior, con la llegada del otoño, tras la recolección de las mieses y el perdón de los pecados.

Érase una vez, hace muchísimo, una semana antes de la reanudación de las hostilidades escolares, en el umbral de nuestra casa apareció, sudorosa y relinchando, la secretaria de la escuela: ¡que acudiera a la sala de profesores! Miraba de soslayo al guerrero que era yo. Hizo las presentaciones, escuetas y exactas, como convenía:

—Éste es nuestro comandante.

Había cambiado la dirección... La nueva directora era muy alta y delgada. Sonrió agachándose bastante, pues el comandante era el más bajito del curso. Estreché con escepticismo, pero con todo vigor, la mano pequeña de la mujer. Así comenzaron mis relaciones con la «dirección administrativa». Relaciones estrechísimas desde un principio. La Directora nos ayudaba, hay que reconocerlo, daba nuevos impulsos a las iniciativas, fomentaba el celo. Llegó incluso, ¡el colmo!, a intervenir con sus consejos cada vez que se perfilaba alguna misión importante. Descubría el detalle audaz, infundía nuevo vigor al sentido del deber. Nuestra unidad de pioneros* se convirtió pronto en

un cuerpo de elite, alabado constantemente en las órdenes del día de las reuniones, abriendo los desfiles, en la primera fila de las marchas y las concentraciones de la plaza, visitado en ocasiones festivas por veteranos de la causa o por trabajadores destacados en la producción industrial o agrícola, e incluso oradores de otros países. Por nuestro lado, también nosotros visitábamos a menudo talleres y plantas fabriles, o aturdiíamos el campo con canciones y rimas. Los jefes nos galardonaban con alguna que otra sonrisa alentadora.

Pero las alabanzas sonrojaban la lividez del comandante. ¿Un pelele, una suerte de muñeco hinchable, para parecer vivo y así llegar a ocupar, con regularidad, su asiento en la mesa y la presidencia de honor de las reuniones?... Los mangoneos de la intrusa, a fin de cuentas, no podían pasar desapercibidos por el ojo avizor de las Instancias... Al final de una sesión de orientación, mientras me dirigía hacia la salida, el secretario suplente del comité territorial del Partido me dio un golpecito en el hombro con ademán protector y algo descontento:

–Me dicen que por allí, donde vosotros, como que manda la directora.

Me puse rojo, trastabillé bajo el golpe, que ya me lo estaba esperando. El superior se alejó, dejándome desenvolverse como mejor me pareciera.

Sí, la Directora se entrometía un poco en la vida de los combatientes. De haberme atrevido, le habría explicado al secretario que, muchas veces, las palabras y la pasión de la susodicha damisela nos daban ánimos, nos fortalecían, nos..., es decir, la echaríamos de menos. En realidad, en verdad ni siquiera era tan damisela. Nunca la había visto maquillada, como mamá, ni con peinado de peluquería, ni con las uñas pintadas, ni emperifollada, ni con remilgos de cualquier clase, como la señora del doctor, que acudía todos los días a rondarme la calle por cuenta de su niñita pija.

Febril, algo encorvada, de ojos grises y labios reseco, presurosa, desaliñada, llevaba siempre blusas muy escotadas y demasiado transparentes. Parecía todo el tiempo preocupada... Dedos dulces, morados por las venas visibles. Nerviosa, a cada tanto hacía crujir sus dedos largos y finos, para calmarse...

Enérgica, incansable, se empeñaba en que yo fuera la *vedette*. Con nosotros era de trato sencillo, planeaba conseguirnos uniformes.

Recorrió junto al comandante los tenduchos de mala muerte de nuestra urbe, hasta decidirse por una tela liviana, beige, con motas pequeñas de color café. Se devanaba los sesos para convencer a nuestros padres de que la adquirieran. En la sala de profesores, hasta muy entrada la noche, diseñó los modelos para chicos y chicas, sometiéndolos luego al comandante para el visto bueno final.

Me consultaba, la verdad, con toda la consideración del caso..., pero también, alguna que otra vez, me acomodó la corbata, porque no le gustaba cómo estaba hecho el nudo. Una vez incluso me la quitó del cuello, para planchármela. Las corbatas rojas, de un material basto y barato, se arrugaban con facilidad. Su casa estaba en el mismo patio de la escuela, así que volvió pronto, sosteniendo en sus manos el triángulo rojo, perfectamente estirado. Y eso a la vista de todos: no me convenía; de un tiempo a esa parte hasta mis discursos me los retocaba levemente..., ella había diseñado el álbum que íbamos a enviar, con motivo del Gran Aniversario, e incluso dibujó, ¡con lápices de colores!, el mapa que era mi tarea para la clase de geografía, lo cual nada tenía que ver con los intereses colectivos.

La autoridad del comandante parecía últimamente inauténtica. No sabría cómo rebatir el reproche con que me había dejado el suplente territorial. No se me ocurría cómo recobrar el mando, ni tenía la fortaleza de romper y echarlo todo por la borda, como lo hubiese exigido el honor de mi cargo.

... El pasado. Fotos. El comandante, en pantaloncitos cortos, encorvado bajo el peso de un tronco levantado con dificultad: trabajo voluntario en el patio de la escuela. Otoño, en la tribuna, llevando un abrigo gastado, y sin bufanda, para que se viera el cuello blanco y la corbata roja. La cara puntiaguda de un muchachito consumido por la fiebre interior, con el puño en alto: saludo solemne ante el retrato, en el setenta aniversario del Padrecito, quien velaba por nosotros allá, lejos, en la Torre purpúrea del Kremlin. La profesora no aparecía en las instantáneas del fotomontaje. En vano hubiese echado a andar por las callejuelas desiertas, hacia el otro extremo de la pequeña ciudad... Sólo quedaban, por supuesto, los despojos calcinados e inertes de las gloriosas campañas que atravesaban el blanco rugoso de la película fotográfica. No había más remedio que esperar a la noche incendiando la podredumbre que seguía obstinadamente muda.

La cortina, de verdad, echaba de pronto a volar, despejaba bruscamente la ventana. El cuadro oscilaba, las instantáneas restituían los ojos dilatados, el asombro de otras estaciones.

Llovía, el aire frío del otoño golpeaba las ventanas. El público se agolpaba en los asientos, junto a las paredes. La sala llena a más no poder. Ella y yo, no sé cómo, nos encontramos en un palco. El gentío vibraba debajo de nosotros: nos miraba, no me cabía duda de que nos habían visto.

Luego la oscuridad en la sala se tragó las figuras, el ruido. No quedaron alumbrados sino el sol rojo del escenario, la cara roja del policía, su bigote caído y rubio, su espalda curva, su sonrisa pringosa.

Por primera vez al teatro..., réplicas y gestos más vívidos que los reales. En el escenario, el guardia municipal contaba y perdía la cuenta de las banderas, en el municipio, en la escuela de señoritas...* No reía. Obediente, hipnotizado, ni siquiera había sonreído. Las carcajadas de la sala sólo llegaban vagamente a mis oídos, no percibí sino demasiado tarde el acercamiento. La mano sobre el hombro, en mi cuello, revolviéndome el pelo, demasiado tarde me despertó su proximidad, la oscuridad se hacía tenue, se deshilachaba, la luz del escenario llegaba, lo sentía, hasta nosotros, nos magullaba.

Las risotadas se apagaron en la sala, a lo mejor los testigos ya sólo seguían el espectáculo del palco. No esboqué ningún gesto, no sabía cómo desprenderme de ella, estaba acorralado, sofocado.

Murmullo, susurros, hubiese querido proferir alguna palabra, advertirle de la catástrofe inminente, ya nadie podría salvarnos de la deshonra, no hubo tiempo, había cogido mi mano, me tiraba, despacito, hacia ella, tras ella, afuera. Oí la puerta cerrarse con ruido, detrás. Rodaba por la escalera, arrastrado, rozando la pared curva del edificio.

La acera también rodaba brillante y negra. Subía, jadeando, la calle empinada, bañada en brea. La escuela, en la esquina de la estrecha callejuela. A duras penas lograba seguir sus grandes zancadas. Tenía piernas largas, veloces, la cinta negra y mojada del adoquinado corría hacia atrás, y yo me veía obligado a dar brincos para alcanzar a mi acompañante.

Sintió en mis dedos el temblor, el susto. Se detuvo. Nos detuvimos, el trueno seguía, tras nosotros, a ráfagas, haciendo vibrar el cielo, me di cuenta de que eran los aplausos de Dom Polski...^{*} Ella sonrió, yo sonreía, ya estábamos al final de la calle.

Acertó con dificultad la cerradura, la llave se resistía, rechazada. Llegamos a la sala de profesores. Reconocía, en la oscuridad, la estantería con libros, la mesa larga, las sillas altas y blandas. Hablaba incoherentemente, por encima de mis hombros, ya no me acuerdo de qué decía. Los labios se me habían hinchado, lastimados, me gustaba, respondía, tomaba la iniciativa... Tropecé contra una silla, otra me golpeó, en espera, el suelo explotó, para obligarnos a recobrar el sentido. Dio un salto de lado, pasándose una mano por el pelo y sobre el cuello, la otra debajo del seno, tratando de aquietar las pulsaciones del corazón.

Se retiró a dos sillas de distancia. La estuve escuchando, a oscuras, durante horas. El frío y la rabia del otoño, la noche, el espectáculo de veras extraordinario, oscuridad dulce y cálida, plasma vibrando, pegajoso. La misma noche repetida, la misma, otra, de nuevo en la sala de profesores, hasta casi la medianoche. Siempre otro susto a medias y otro sobresalto. Historias sobre la muchacha que había sido, sobre el oficial y los hijos; yo ya no sabía nada de mí, ni de qué pasaba, ni de qué debía seguir.

Noches sudorosas, febriles. El vértigo, el miedo, la urgencia, las palabras. Trote menudo, embravecido, límite ignoto, tan sólo presentido. Si por lo menos no hubiera tantos imprevistos, acrecentando, de un día para otro, la tensión.

La mañana siguiente, yo parecía tener los ojos entornados..., eso dijo en el claustro de profesores la bruja de historia. Que últimamente me ando con remilgos, que ya no soy el de antes, que retozo como una mozuela. Ayer estuve adormilado en la clase de física, lo había notado la propia compañera directora... Me reprochaba mi incompreensión para con sus emociones: ¡llevaba dos días sin verme! Perdiendo el hilo de su discurso, me habló de la decoración de la escuela, de Corea, de Makarenko... Teníamos todos los días clases de física o de química con la directora, ¡desde luego, también reuniones, entrevistas de trabajo! Estaba abstraído..., eso sostenía, con reproche y mimo en su voz.

Ausente por completo; mirando por la ventana.

La verdad, sí había cerrado los ojos, no la veía. Luego, un largo rato, mientras ella repartía órdenes –quién recortaría las letras, quién las pegaría sobre el cartel, dónde se colocarían las banderas–, yo apuntaba con mi mirada solamente el fino rizo al lado de su oreja. Los detalles de la noche se veían distintos bajo la luz de la clase. La profesora de física y química aparecía adusta, ajena. Desazón, odio, acecho, algo envenenado, resbaladizo, imposible de domeñar. Me esforzaba, antes de llegar a la escuela, por borrar de mi cara la máscara del insomnio.

Yo cerraba los ojos para volver a encontrarla. Para dominar otra vez el código, los detalles. La escuchaba, su voz me crispaba. Barruntaba su cuello, hacia los hombros y más abajo, fino, pálido, pulsando despacio, las venas azulencas, acentuadas, los labios reseco, reventados, quemando. Las manos las recordaba perfectamente, el vuelo de la cortina había borrado de golpe la noche de las ventanas... Manos alargadas, dedos finos, estriados por venas verdosas, dedos azulinos, de uñas roídas hasta las yemas abultadas y tibias, de piel rosada, dulce-amarga.

Abrí los ojos: tenía la tiza entre sus dedos, girándola velozmente, pinchando con ella la pizarra, trazando círculos, escribiendo fórmulas. Sus dedos permanecían, helos aquí, aun de día los mismos, inquietos, rápidos, violetas, llamas efímeras, tubulares, enrareciendo el aire.

Ausente, recalaba, ¡justamente en su clase! Mudo, asqueado, porfiado. ¡Despótico! Ella se tomaba su expedita venganza, volvía a ser bruscamente, pero no por largo rato, Institución. La dirección.

Al día siguiente, un miércoles, se enteraba de lo superficialmente que había leído a Sadoveanu.* Los compañeros maestros, aun los que aparentaban tenerme aprecio, se encargaban de mantenerla al corriente de mi vida y milagros. No parecía preocuparle en absoluto el que todos aquellos chivateos demostraran que la atención que ella brindaba a mi persona resultara ya palmaria para todos. Olvidaba pronto, el viernes me reprochaba la hostilidad hacia Nicu y Dana, sus vástagos con el oficial, que los miraba como si fueran unos «gatitos repelentes», así dijo... A la semana siguiente le intrigaba el hecho de que me quedara cortado ante el camarada artillero: si se hacía ver sólo de tarde en tarde, podía comportarme con naturalidad, ¿no?

Ya había llegado el invierno, y, en efecto, el coronel faltaba semanas enteras de casa. Nos trasladamos de la sala de profesores al dormitorio.

Ocasos grises, la noche crecía blanca, en el lapso de unas horas los vientos cubrían los cristales de flores de hielo. Los gatitos se dormían temprano en su habitación, el tiempo se adelgazaba.

Oíamos chirrido de pasos sobre la nieve congelada..., algún rezagado que, camino de su casa, se sostenía, para no resbalar, de la tapia de la escuela, golpeando la puerta, metiéndose en el patio para descansar. A veces asomaba y tocaba la ventana ¡el padre del comandante! Complicadas reconducciones a domicilio... Por el camino de vuelta, distantes y taciturnos, preocupados tan sólo de no perder el equilibrio por los senderos endurecidos y resbalosos del parque aledaño a la escuela, callábamos. El comandante rechazaba vehementemente cualquier otra autoridad fuera de la Organización.

Luego llegó la primavera. Nueva costumbre, fastidiosa: me visitaba en casa. A veces no lograba pasar de la cocina.

–Está estudiando, yo me he retirado para no disturbarle –solía decirle mamá, de buenas a primeras, para desalentarla.

La intrusa se enfrentaba, cada vez, a las miradas suspicaces y recriminatorias de unos defensores exasperados por no entender ni emprender nada.

Un año cambiadizo, como cada uno de sus días. La primavera trajo cansancio, la furia del enajenamiento, indiferencia. Demasiada luz, quizás, anulados por el blanco solar de los días, amodorrados, habían desaparecido los rincones, los recodos protegidos y sombríos, el silencio del atardecer en la sala de profesores, el misterio del dormitorio, las sonrisas cómplices intercambiadas durante las reuniones.

Yo ya no tenía ganas ni fuerzas, simplemente padecía el final. Ya, de hecho, sólo faltaban unas pocas semanas..., iba a pasar al curso superior del liceo, y la organización quedaba atrás, triunfal, pubertad guerrera, el pecho hinchado de gloria y heridas.

... Y así, insensiblemente, se va aproximando el comienzo del verano. Vuelves a ver después de años la pequeña ciudad, la neblina dorada. Había acabado la facultad. Ella estaba bajando la calle principal, por el lado del parque, avanzaba recto, de frente, ni modo de evitarnos.

Nos sentamos en un banco. Hablaba, pedía detalles, asombrada de la profesión pedestre de la *vedette* de antaño. No se esperaba tal opción. Yo, por supuesto, lancé hacia el pasado un bufido despreciativo.

Empezó, sin solución de continuidad, a contarme cuánto había sufrido al saber que en el examen de selectividad para el curso superior del liceo yo había salido el segundo, y que en los últimos años me había perdido entre mediocres. Me había estado siguiendo durante todo este tiempo, esto debía entender yo. Se apresuró a contestarme a preguntas que no le había hecho, el marido, los hijos, la salud, el trabajo, la vivienda. Pantera hambrienta, mi juventud rechazaba el cadáver del pasado, pero me hubiese gustado comprender, siquiera ahora... quién había sido. La miraba directamente a los ojos, desvergonzadamente. La profesora de física y química se llevó, desconcertada, la mano al cuello, gesto de nerviosismo que ya conocía y estaba esperando.

Yo iba en pos de otro episodio, la visión, siempre lejana, vertiginosa. El cuello, los labios, las manos, las piernas largas y finas, la seda transparente de los senos plácidos.

Los preliminares perdidos, sin descifrar. No habíamos ido más allá de cierto límite, sólo caricias locas, culpables, tentaciones siempre aplazadas..., que quedaron escritas en el cuaderno de una edad que no sabía qué hacer con ellas.

... Seducción y cinismo de otro solsticio. Sus ojos turbios, sus hombros estrechos, la cara enjuta, pálida, cuello largo, labios blancos, frente húmeda..., regalados al profesor célibe, que apenas había llegado a este margen del país. Lo recuerdo. Guaperas, robusto, parecido a un actor egipcio, ojos profundos, melancólicos, ademanes afelpados.

Yo me enteré de ello cuando ya toda la ciudad lo sabía. Habían pasado algunos meses desde que había accedido a colegial, perdido entre mediocres llenos de forúnculos, cuando, por culpa del escándalo, la profesora tuvo que marcharse de la ciudad, por algunos años.

... Habían pasado apenas unos meses desde el final de la prima vera. ¿«Nuestro» final, la separación, el fin sin fin, no finalizado?

... Un día pringoso, de mayo. Pensamiento errante, aturdido. Apoyado en la pila de leña, en el patio de la escuela, le contaba una película norteamericana que yo acababa de ver. El alumno inválido, enamorado de su profesora, la sorprende besarse con el joven director y, desesperado, se lanza con su silla de ruedas, a la pista de patinaje... Llegará a presidente de Estados Unidos, y enviará su saludo hacia el palco donde estaba la viejecita, llorando de emoción. Yo no era inválido, ni estaba enamorado en absoluto, ¡y encima era comandante! No creía en adivinas ni en iglesias, y las supercherías lacrimosas me causaban hilaridad. Había salido de clase, fatigado antes de los exámenes. Ella salía de su casa y se dirigía a la sala de profesores. Se detuvo, me preguntó cómo estaba. Hacía calor, me apoyé en la pila de leña del patio, le conté la película, ella sonreía.

... Le miraba el cuello, las manos, los labios. En vano me hubiera imaginado, a través de la blusa, sus senos. No era sino el desasosiego..., el peso, la desazón de las preguntas sin pronunciar, en la clave de otra edad.

Reencuentro equívoco, penoso. Hacía unos meses que me había graduado, tenía la edad del afortunado profesor que, antaño, me había sustituido. Su llama, su inquietud y nada más: esto fue lo que conquistó al beduino matemático... Los años habían pasado, que sí, que sí. Yo había salido de la oficina. Bajé al patio, me apoyé en la pared. Sólo falté una media hora, y en esa media hora me llamaron por teléfono. Sin embargo, siempre hay a mano algún colega interesado en las nobles expectativas de la señora mentora, hacía años, acerca del futuro de su preferido, un colega curioso de saber de la que fuera para mí una guía cercana y competente. Quizá la desconocida utilizó justamente este término. Después de tantos años, y tras haber acomodado ya su pasado y su terminología y sus gatitos herederos, nada me extrañaría.

Bochorno, hasta las paredes parecían sudar. Los transistores habían enloquecido, apenas si nos podíamos ver, entre las mesas de dibujo, por el humo de los cigarrillos. ¡Menos mal que no me puse yo! Hubiera sido capaz de tirar mi regla, para romper los cristales de las ventanas, para que se hiciera el silencio. Y mis compañeros habrían oído, por el embudo del teléfono, la voz, las palabras, los cambios de tono. Me hubieran oído gritar, para atajar el arrumaco.

—¡Mejor dime qué no he hecho, qué es lo que se esperaba de mí, qué abismos se veían desde entonces! ¿Qué cuernos he sido, quién era? —me hubiera desgañado, como un loco furioso, a punto de hacer estallar el teléfono.

Y no habría esperado para oír las mentiras, las protestas, la respuesta no me importaba.

Pero no pasó nada, yo estaba fuera de la oficina, y el teléfono lo cogió en mi lugar un ingeniero parlanchín.

Mis preguntas errarían el blanco. De otra persona se empeñaba en tener una respuesta el muchachito que salía en las fotos. La cortina bullía, trastornando el hueco de la ventana.

Lo que hacía falta era una voz quieta, tímida, que se ganara mi confianza, que me siguiera, que provocase mi sinceridad...

Capaz de recordarme aquel fin de invierno, cuando cayó enferma por unas semanas. No me atreví a ir a visitarla, ni a hacer mi aparición en medio de la familia.

Me llamó y yo respondí. Un domingo, si bien me acuerdo, por la tarde. La dolencia había pasado, eran los últimos días de convalecencia. Nos quedamos solos; en la cama, descubierta, la paciente sonreía. Un camisón blanco, brillante, escotado. Se le veían sus senos pálidos.

Al entrar, me quedé junto a la puerta. Le pregunté cómo se encontraba. Dejé la cajita de chocolates y las flores sobre la mesa. En cuanto nos quedamos solos, yo entumecido de tanto estar en la silla, me dijo que cerrase la puerta. Con llave, me repitió, no había nadie en casa. Que me acercara. Que me sentase en la cama, al lado de ella. Sus manos eran presurosas, húmedas.

Los labios se le habían puesto blandos, cariñosos. No pasó nada, naturalmente, inútil hacer hincapié en ello... Lo sé muy bien: tampoco entonces pasó nada, nada más de lo que había pasado en la mirada honda, que duró un instante, del testigo que se había esfumado.

... No me decido a revisitar, en una pequeña ciudad de provincias, a una momia carcomida por el tiempo.

La cortina ahuyenta, a ratos, la oscuridad de las ventanas. Las fotos pegadas en la cartulina se agitan, chocando contra la pared. Vuelvo a encontrar mi ávida mirada de antaño. Vuelvo a convocar al testigo mudo, pulverizado

por el tiempo.

Una señora. Quizá parienta, colega, amiga, no me acuerdo. A lo mejor la secretaria de la escuela, la que antaño, en plenas vacaciones, me había llevado de casa a la sala de profesores, para conocer a mi directora.

Una mujer, de eso sí me acuerdo, más o menos de la edad de la enferma. También de visita. Sentada en la silla, cerca de la cama. El comandante se dio cuenta, al entrar en la habitación, de que la desconocida acababa de llegar. Eso se nota, los niños perciben el aire, aún no adaptado al recinto, de los recién llegados...

El alumno había tocado, tímido, a la puerta. Era todavía invierno, la primavera aún no llegaba, tampoco había llegado aún el final. Detrás de la puerta contestó una voz ajena. Emocionado, vaciló. Finalmente entró, saludó a derecha e izquierda. Se sentó en la silla libre, junto a la estufa. Se percató de que la otra acababa de llegar, y su visita iba a durar.

No fue así. Las dos sólo intercambiaron unas frases. En tono desenvuelto, neutro, como si nada de particular estuviera pasando. El púber sintió la mirada larga que, durante un momento, pasó de la enferma a él mismo..., después algo dudoso entre las amigas, sin palabras ni gestos.

La persona se levantó, excusándose. La anfitriona no se esforzó por retenerla. Como si también ella hubiera intuido que la otra mujer, mirando al alumno, se había percatado pronto de la existencia de algo raro, turbio... La paciente sonreía, como si se tratase de una confidente que, de todas maneras, lo sabe todo o, si no lo sabe, simpatiza con el pueril titubeo, con todo lo que padecía, aturdido, desde hacía tanto tiempo, el mozuelo.

La desconocida se levantó, sintiendo que sobraba, pues comprendió pronto de qué iba lo del muchachito que había aparecido. Se iba, en posesión de un instante en que había sondeado aquella sima donde nada había pasado y nada pasaría, habiendo captado el espacio y el alma del recinto. Y no sólo eso, ¿también otra cosa, incomprensible, peligrosa?

Un testigo de un momento, el más valioso, ya perdido... El único que podría explicarme ahora el bramido de la selva nocturna.

El gato

Hay pormenores de los que uno se entera, quizá, demasiado tarde. Tan adecuados a cierto personaje, sin embargo, que ponen de manifiesto significados inadvertidos y los aglutinan de pronto como virutas de metal.

... Los rehenes estaban encerrados en un desván. Apaleados, hambrientos, bajo la amenaza de una muerte inminente. Sin comunicación alguna con sus familiares, quienes, en la aldea vecina, esperaban el desenlace.

—El incidente se ajusta a las mil maravillas al Compañero padre, mi ex socio y propietario de imprenta... —pontificaba Licã, lanzando sus piernas largas y pesadas encima del taburete donde solía ponerlas a descansar en los momentos de ocio cuando se permitía una pequeña cháchara gratuita, sin otra razón que el placer de discutir con su joven amigo—. Un incidente perfectamente montado, créeme, ¡su verdadero dueño ya ni siquiera podría reivindicarlo! El extraño, a saber *moy otets*,* parece estar en él desde siempre. Por lo tanto, efectivamente está...

Los diez habían sido aislados y amenazados con el fusilamiento, a no ser que alguno de ellos confesara quién había escrito las quejas de los campesinos contra las autoridades de ocupación.** Los campesinos no conocían el idioma de los extranjeros. Por lo tanto, sólo uno de los deportados podía haber redactado sus querellas llenas de ira y de hechos concretos: cuántos cerdos robados, cuántos caballos requisados para la tropa, las mujeres violadas, los jóvenes detenidos en sus propias casas y llevados, en plena noche y sin explicación alguna. «¿No os basta con vuestras propias desgracias? ¿Os ha dado ahora por apiadaros de estos salvajes entre los cuales os tenemos sepultados para que reventéis juntos?» Así bramaron las bestias ante el rectángulo de barracas, poco antes de coger diez hombres al azar, quienes desaparecieron enseguida de aquel caserío en medio de la estepa, imposible saberse adónde.

Licã graduaba siempre sus parábolas, a fin de darle al oyente en su punto vulnerable, cuando menos se lo esperase. Bien sabía que el tímido que tenía delante no aguantaba los gatos, los perros, los peces, ni siquiera las gallinas, los conejos. Los animales no le interesaban en absoluto, antes bien le desconcertaban, causándole una especie de inseguridad y de asco. Este empollón no tocaría un pollo... El que el rehén hubiera tirado el gato desde el altillo no podía sino dejarlo indiferente, seguro.

–Tú, que por nada del mundo rozarías a una bestezuela, ni que ésta fuera el mismísimo demonio, ¿serías capaz de matarla? ¡Piénsatelo! Así se juzgan las cosas... Pues tú conoces de sobra al compañero.

No tenía mayor razón para seguir aplazando el momento de encender su pitillo, aun cuando, o precisamente porque, el colegial aborrecía el humo... Había sacado la cajetilla, ya giraba el cigarrillo entre sus dedos, había entreabierto la caja de cerillas... ya no le interesaba sino la alegría de provocar y de parlotear. ¡Nada que hacer: pronto también se iba a quitar su andrajoso suéter de lana! La voz se le pondrá más pausada, seguro de su victoria, podrá permitirse la molicie y la ternura...

Después de dos días, a los deportados se les comunicó que los rehenes estaban en el pueblo vecino, en la sede de la Comandancia. Donde serían ejecutados, uno a uno, hasta que apareciera el culpable.

Un desván de techo bajo, húmedo. Golpeados, debilitados por el hambre, amontonados unos sobre otros. Sin contacto con el exterior. Sólo aquel maullido largo y lúgubre, como el llanto de un crío.

Bajaba por el tejado, se asomaba al ventanuco. Se había vuelto para ellos una costumbre, lo aguardaban, y a cierta hora él se personaba. Sólo Dios sabe hasta qué punto se las habrían ingeniado para atraerlo, retenerlo lo más posible ante aquel rectángulo atravesado de barrotes.

–Cabe conjeturar que hasta los menos sentimentales participaban en el juego.

Naturalmente, podía inferirse que... Un gato macilento, achacoso, de ojos aguados cubiertos de legañas, pero con una hermosa pelambreira de rayas anchas, blancas y marrones. Tigre apisonado, roñoso, barítono casero con

problemas glandulares... Toda clase de trucos con tal de alargar y avivar la presencia del enclenque felino. Diversión para la soldadesca, fácil de comprender, empero, dadas las condiciones.

—¿Diversión has dicho? Que no: su momento humano. Su única esperanza, cuando ya ninguna les quedaba...

La única señal de que aún existían, dramatizaba el ronco amante de especulaciones, de que la vida seguía adelante, de que el mundo iba a sobrevivir, con todos sus especímenes vivos, hasta en tales circunstancias bárbaras, lo cual significaba que también ellos, los condenados, quienes... etc., etc.

El linotipista arrastraba el pie izquierdo, más corto que el otro, en un botín de suela triple. No habría podido participar con sobrada agilidad en las payasadas de los otros. Salvo en aquellos momentos en que en él, según se decía, el miedo tomaba el aspecto del cretinismo atormentado. Entonces daba brincos de mameluco presa de arrobó. Pero el miedo también puede irrumpir de otra manera, feroz. No sería imposible que, media hora antes de la ejecución del primero que habían sacado del desván, la desesperación llegara al paroxismo.

... El animal, ¡pum!, ensangrentó el empedrado del patio. Como si la descarga de los fusiles hubiese llegado sorda a sus oídos, a través de una pared de fieltro.

Si un incidente como ése, no precisamente inaudito, encaja con el sujeto, entonces no es de extrañar, por cierto, que, luego, los cautivos le propinaran su merecida paliza. Para una historieta semejante, el colegial no tenía por qué acudir necesariamente a Licã: se la podían proporcionar sus propios padres. Las noches, por ejemplo, cuando sus susurros en la habitación se distinguían sin dificultad.

Estallidos de descontento hacia el terrible personaje se habían producido también en otras ocasiones. Aunque tímida y disimuladamente.

El pobre linotipista Dragu, padre del bromista Licã, ¿futuro Padre del Pueblo entero?

La historia del gato con el que sus compañeros de encierro se habían encariñado y el feroz fanático que lo mató casaba perfectamente con este último..., pero de tales incidentes no se hablaba sino en voz baja. No servían

para nada, los tiempos no dejaban margen para interpretaciones sutiles.

El mentecato de Lică podía echar mano de cualquier cosa, hasta de un caso de este tipo, real o ficticio, para utilizarlo contra el padre, quien, cojeando, estaba encaramándose por escalones inmerecidos. Apenas terminada la guerra, padre e hijo habían montado, en los dos aposentos traseros de la casa que se les había asignado, una especie de imprenta, pequeña. Habían conseguido una rotativa fuera de uso que, sin embargo, tuvieron pronto que regalar al Estado. Al encontrarse día y noche al lado de su padre activista,* el hijo había escuchado con atención sus proyectos. Linotipista por algunos años, igual que su padre..., observándole cómo seguía empecinadamente entre tipógrafos, como si fuera uno de ellos, para luego levantarse, como era de ley, de sus rangos, arisco, perfectamente dueño de sí mismo. Por su lado Lică, melindroso y poco rígido, no pudo seguirle el paso... Tampoco quiso, por cierto.

Forzudo, más que tres de su edad, sostenía sin embargo que, para «cosas por el estilo», le faltaba el aliento... Así, decía: «Una de dos: o se tiene hálito o se tiene alma». Un antiguo bache que, con el tiempo, se ahondó y se hizo mofa, por parte del hijo, y desprecio, por parte del padre.

El alegato de Lică solía desbordar pronto la anécdota como tal, para explayarse en cavilaciones, ya no sobre la persona, sino sobre el caso.

—Hombre, yo a estos de la calaña de mi padre los juzgo según un criterio muy sencillo. Apenas oigo hablar a uno de ellos, me pregunto qué, más o menos, podría hacer en mi taller de encuadernación de libros. Y a ninguno le confiaría una tarea mínimamente importante. Mi viejo, por ejemplo. He trabajado con él. Bien sé lo que vale. Ni para bedel. No es capaz de llevar a cabo nada de nada. Sólo sabe de blablá y de intrigas. Ésos, cuanto más arriba suben, menos sirven para cualquier trabajo de verdad.

—¡Ponte corbata y sombrero! Pronto tendrás las pruebas que estás buscando —doctrinaba a su amigo el tunante de Lică.

No había pasado apenas una semana, y el estudiante de bachillerato que era yo acudía a las reuniones elegante, encorbatado, tal y como proponía el tunante de Lică. Lică mismo, pese a que no soportaba sino suéteres, camisas

de cuadros, con cuellos grandes, plegables, camisetas y chamarras, empezó a exhibirse emperifollado y, para colmo, llevando sombrero. Él, que nunca había aceptado siquiera una boina.

En cambio, ahora...

El padre, el Compañero, llevaba camisas blancas, con el cuello doblado sobre el de la americana. La cabeza siempre descubierta, por rigurosos que llegaran los inviernos. Los del comité del Partido se habían acostumbrado a aparecer en las reuniones de orientación con el cuello completamente abierto, encima de las solapas.

Durante sus tertulias, el muchacho estaba cada vez más callado; Licã lo visitaba con la misma frecuencia, se comportaba igual que antes. Como si no notara que el adolescente no se sentía a sus anchas. De ademanes inseguros, pálido, parecía que no dormía lo suficiente. Preocupado, pensando en las musarañas. De las consecuencias de su conducta excéntrica hablaba sin mucho interés. Los comentarios, las bromas de su asesor Licã ya no parecían importarle mayormente. Los aceptaba, sonreía. A veces soltaba la carcajada, pero pronto volvía a su aire embarazoso, contestaba con desgana.

En el comité territorial del Partido lo observaban con insistencia y algo sonrientes. Nada de reprimendas, gracias a su parentesco con el compañero Dragu. Bueno, Licã era su primo, por ende el Compañero..., vamos, bueno, quién sabe..., aceptaban, pues, la situación, esperaban. Si Licã no le hubiese comido el coco, probablemente el muchacho jamás se hubiera envalentonado tanto como para acometer semejante insolencia. No se dejó convencer sino al cabo de mucho debate... A veces, como reacción de independencia, seguía tomando partido por el compañero Dragu, el Padre. ¿El gesto de tirar el gato desde el tejado, en un momento tan crítico? Furia, desesperación, de acuerdo; pero, asimismo, prueba de gravedad de carácter: un hombre apenado, tozudo, recio, ¡que no estaba para payasadas mientras a un camarada lo llevaban al paredón!

Licã menudeaba las visitas y los cigarrillos. Volvía, insistía machaconamente, cambiaba de tema, lo retomaba. Tenía su gracia. Pero no hubiera tenido éxito alguno, pese a la avalancha de chistes y apodosos que le gastaba al primo, si no hubiese logrado acercar la imagen de su padre, el de

antaño, a su figura actual, visible y palpable. Por más que uno se refiera a un personaje abstracto, el real, visto ayer mismo, no deja de ser –tienes que admitirlo– bastante antipático...

–Sólo mírale, ¡y ya verás si luego te quedan ganas de filosofar! Ponte, pues, corbata, sombrero. Sólo así, para tomarle el pelo. A ver qué pasa cuando uno le lleva la contra.

Estaba seguro de sus opiniones y sus burlas.

–Pronto todos se han de enterar de qué calaña es. Tiene ralea de Führer. Sólo que el pedestal de *papasha** es bien bajito. Deprisa, chico, mientras aún esté en su pedestal...

No muy convencido, había puesto en marcha la acción. Aceptó ejecutarla sin resistencia pero sin entusiasmo, como si otras cosas le preocuparan mucho más... La apatía y el ensimismamiento no eran, ni muchísimo menos, su reacción al peligro en que se había dejado involucrar. El amigo Lică dedujo, lógicamente, que otras eran las razones que le tenían inquieto. No se decidía a preguntarle, por ejemplo, cómo pasaba las noches..., le observaban atentamente, pero con discreción.

Los vaticinios no se habían confirmado. Ninguna tempestad desató el atavío indebido con que el colegial se presentó en la sede del comité. Sólo unos pocos rumores sordos. De momento, sin embargo, no dejaron de convocarle a todas las reuniones de orientación.

... ¿Cómo pasaba su tiempo libre, sus noches, por ejemplo? Lică no podía sospechar que este género de chanzas habrían dado en el blanco.

No podía sospechar que alguien se sintiera en la obligación de clarificar, de una vez por todas, su relación... ¡con los gatos! La compañía de los felinos, ¿tomada demasiado en serio? El desamparo que experimentas ante unos seres cuyas leyes y lenguaje te son inaccesibles... El embrujo de su mirada, las noches, cuando el pelambre se les carga de oscuridad. Su aullido humano, al que le responden señales cósmicas, para las cuales tú eres un ausente o, quizás, una víctima. Sus ojos preñados de sueño, de día. La astucia indolente, domada, en que se refugian mientras te están acechando, comunicando entre ellos, ocultos en sus escondrijos de los jardines y los patios, en rincones recónditos de las casas, en los sótanos, esperando el momento propicio, la alerta.

Desamparo..., amenaza, entre tantos seres enigmáticos..., todo un pueblo subterráneo, aledaño, irrumpiendo en pleno día, en la paz de la noche, cancelando una tregua demasiado larga. Hordas, los ojos ardiendo de crueldad, las garras impacientes. Grandes, pequeños, robustos, gordos, inmensos, esbeltos, escuálidos. De todos los tamaños y colores. Negros, las tinieblas más compactas que hay. Blancos, saliendo por centenares de la pared enyesada y curva de la cocina. Rojizos, de pelo erizado, en llamas. O de color café, como el armario de enfrente, y también verdes, rodando desde la funda del sofá verde, amarillos como el rollo de alfombra de donde al parecer se desperezaban. Series innumerables. Morados, espejeándose en la ventana donde el atardecer turbio y sospechoso estallaba en astillas. Azules, como el edredón que ondeaba sobre la cama...

¿Un cobarde, ciego, incapaz de aguantar lo imprevisto? ¿Que no se atrevía a rechazar la compañía de tantas bestezuelas herméticas, inescrutables? ¿Que no osaba pasar por el mundo más que con los ojos cerrados, temblando ante su naturaleza oculta, y también ante los peligros patentes e inmediatos? Sin otro poder que el de imaginarse en un papel, y de desempeñarlo porfiado y ausente... Si Licã hubiese tenido la habilidad de suscitar y recibir semejantes confesiones, las hubiera atribuido a un cansancio pasajero, de los que también en otras ocasiones hubiesen puesto a prueba las fuerzas de su joven amigo.

Esos dilemas ridículos se hubieran resuelto, ¿quién sabe?, siquiera por un tiempo. Un chiste, una película, un paseo un poco largo... Pero Licã sólo esperaba tener noticias de su padre, ¡el blanco de la acción concertada entre los dos!..., vigilaba a su compinche, convencido de que el origen de la alteración de este último no podía ser más que el Compañero.

Papasha Dragu se dejaba ver cada vez menos. Hasta que dejó de vérselo en absoluto; rumoreábase que lo habían mandado de vuelta a una planta tipográfica donde, según las malas lenguas, tuvo que reanudar su antiguo oficio. En su cargo del comité le sustituyó un individuo joven, feúcho, de buenos modales, enviado desde la capital, y de quien se supo que había tenido que dejar sus estudios en el último curso, por razones de salud. El nuevo activista parecía educado y un tanto achacoso.

Un martes lluvioso, por la tarde, Lică, al llegar de visita donde sus familiares, y tras esperar en vano a su amiguete un par de horas más de lo acordado, se enteró por la madre del muchacho de que éste había pasado el domingo en la veranda de los vecinos. Inclinado sobre una pequeña caja de arena, donde yacía la *Lozana* encima de un montón de gatitos que acababa de parir. Al anochecer llegó a casa al borde del desmayo. Vomitaba sin parar, pasó la noche en vela... Lică no rompió en carcajadas, como era de esperar. Tampoco se mostraba muy inquieto por los extremos de idiotez a los que podía llegar la falta de humor y la fragilidad de aquel sujeto sobre quien él, Lică, ejercía su tutela con una secreta ternura. ¡Pues he aquí que hasta Lică podía ponerse serio hasta la idiotez! ¡Falto de humor, indulgente con las rarezas de los que quería! El mozalbete ya le caía gordo, pero no quería demostrarle que percibía en él algún cambio. Seguía preguntándole únicamente sobre el Compañero Dragu y mirando si el muchacho se acicalaba con igual esmero antes de las reuniones. El día en que leyó en la cara de su cómplice una leve intención de cambiar de tema, le agobió con sus consabidas chifladuras, hablando hasta por los codos, como un condenado, y chupando cada dos por tres de sus cigarrillos apestosos y baratos.

La consecuencia algo extraña de la desaparición de Dragu fue que sus ex colaboradores diversificaron su vestuario. Surgieron sombreros, bufandas de seda. En cuanto a las corbatas –aunque todavía viejas y algo polvorientas–, casi, casi se habían generalizado. Hasta parecían obligatorias, dentro de la ordenada solemnidad de los debates. Muy pocos se atrevían, cuando en la sala el bochorno aumentaba sobremanera, a soltarse un poco el nudo, a desabrocharse el cuello. De cuellos doblados sobre las solapas, ni hablar, el *sustituto* de Dragu, ese joven de gafas, andaba siempre de traje negro, camisa blanca y corbata.*

Tanto más incomprensible la tensión que, precisamente ahora, iba aumentando en torno al colegial. Le hablaban en tono severo, lacónico, le encontraban siempre fallos o atrasos en el cumplimiento de sus tareas, por lo menos eso le parecía a él... A algunas reuniones se olvidaban de llamarle. Convocaban –como por casualidad o, según decían, por no haberle encontrado– a otro delegado de su curso.

Cuando le borraron de la lista para el Festival Mundial** –o ni siquiera le incluyeron en ella–, la razón, rumoreaban algunos, estaba de hecho relacionada también con Dragu, el ex Compañero, actualmente en desgracia: ¿acaso no eran parientes?... ¡Absurdo, absolutamente absurdo!, gruñía, irritadísimo, el peonza, el bocazas de Lică.

Debería protestar, pedir explicaciones. Tenía que aclarar la situación, no podía dejarla así, a merced de cualquiera... pero sus apremios no surtieron efecto. El colegial lo miraba con superioridad, replicaba constantemente con la misma humildad astuta de un filósofo: «Yo me considero más indigno de lo que ellos pudieran jamás descubrir que soy». ¡Por supuesto, para dárseles de importante! Nadie mejor que él para hacerse el escéptico, dispuesto en todo momento a retirarse entre sus papeluchos, volver a sus sutiles remilgos, de los que lo habían sacado, se decía, contra su voluntad... De modo que Lică, el incendiario, decidió personarse ante las *instancias competentes*, en busca de aclaraciones.

¿Volvió satisfecho? Las explicaciones que no había recibido o que decía haber recibido podía, probablemente, arreglarlas a su antojo. En alguna nueva historieta con moraleja y gracia.

Nada grave, plena confianza, quizá, quién sabe, eventualmente... Alerta, alerta..., ya veremos, se investigará el caso. Poco claro, nepotismo, vestigios burgueses, la lucha de clases, hay que estar alerta, éstos más o menos podían haber sido los balbuceos con que intentaría reproducir, de corrido, las explicaciones que no le habían dado.

Pero ni siquiera mencionó su gran misión. Irrumpió pura y simplemente en la casa, sin ton ni son, ufano y presuroso:

–Déjate de pamplinas. Vamos, ven al cine, ponen una película de primera...

Fueron al cine como si nada hubiera pasado. A los pocos minutos de comenzado el noticiario sobre el desfile festivo, el infantil intelectual susurró en el oído del grandullón:

–Mira, tu viejo.

En la gran plaza el general a caballo pasaba revista al regimiento de guardia.

–Mira, tu viejo –repitió el gusanito de biblioteca.

–¿Quién, hombre, estás chiflado?

–Míralo, a caballo. El general –repitió en voz alta el papamoscas, el ratoncito soñador.

–Vaya, que estás como un cencerro –gritó exasperado el optimista.

Se levantó, arrancó de su asiento al vecino, lo arrastró fuera de la sala. Caminaron un tiempo callados.

–Ése era un general de verdad, ¡so empollón!

–¿Tú crees? –se atrevió el compañero de camino.

–El compañero mi padre es un don nadie, ya te lo he dicho. ¡Así que cayó dando tumbos hasta el trabajo básico!* Te advertí que no lo aguantarían mucho tiempo... Pues ahora se está quieto, escondido, no habla con nadie, si no lo conociera yo...

–¿Estás seguro? Esto es historia antigua, desde hace dos meses... Además, no vivís juntos, ¿cómo entonces vas a saberlo? ¿Y si ahora...? General, te lo digo yo. ¿Has visto qué ufano saltaba en la silla? El caballo, extraordinario, blanco, para desfile. Tú estabas mirando a otro lado, tras alguna falda, como siempre... ¡General! Pronto, más alto, el mejor. El más amado, el más estimado...

Licã se paró en seco para convencerse de la chifladura del chiquillo... El bocazas apenas podía atajar sus impropiedades, pero el colegial como que ni se enteraba.

–Deja, que ni tú puedes preverlo todo... –chillaba, impávido, el bobito.

«¡Empollón! ¡Braguitas! ¡Ratonzuelo de biblioteca!», éstos eran los mimos que iban a seguir.

–Vamos, no te pongas así –siguió, indulgente y protector, el pequeño histrión–. Mejor vamos a hablar de esa historia antigua, la que te gustaba a ti... La del gato matado por el fanático. No era la historia de tu padre, lo sé. Era la historia de otro, más importante. Mucho más. Venga, dame un pitillo.

Licã sacó la cajetilla, extrajo de ella un cigarrillo, se lo alcanzó. Se detuvo de golpe, vuelto en sí. ¿Qué gato ni qué historia ni qué pitillo? Este mocoso... Arrancó el cigarrillo de la mano del escolar, lo tiró, dio media vuelta y se encaminó, con zancadas largas y firmes, en sentido opuesto.

Su joven primo corría, jadeando, tras él para hacer las paces...

–¡Empollón, petimetre! ¡Aguachirle, evasionista! ¡Afrancesado! ¡Medias tintas! ¡Gangoso, alma algodonada! ¡Gatito, empollón de mierda!

Pero el otro corría, brincando, para darle alcance.

El furioso agitaba sus manos, le rechazaba a empujones. Había desistido de discursos e historias ajenas. No decía ni mu, sólo le empujaba, con la derecha; para sus adentros, sin embargo, echaba pestes contra él, por supuesto con saña. Ráfagas largas, espantosas, llenas de vehemencia y de faltas gramaticales.

Punto de inflexión

Por la ventana del consultorio se veía el parque. En la sala de espera ya no quedaba nadie. Unos instantes más y la puerta se abriría. Eran casi las doce y era primavera.

Más o menos a esa hora la vi por primera vez. Hará unos años, en otoño. A eso de las doce, en otoño, un día de viento húmedo. Ella, la mar, había alzado su desesperanza hasta el cielo ceniciento, encapotado. Bramaba indomable, herida, las olas casi alcanzaban la bóveda sombría y muda. Su amargura tronaba rítmicamente bajo el cielo petrificado de aquel otoño plácido.

Hacía pocos meses había acabado el bachillerato. Había perdido la ciudad, a los compañeros, a la familia. Esperaba acceder a algo más alto, terrible. Entonces la vi por primera vez.

Pocas semanas después de iniciados los cursos en la facultad, nos mandaron, prácticamente a todo el alumnado, a realizar «trabajo voluntario» en un conjunto residencial en construcción, situado en la zona sur de la ciudad. Vivíamos en barracas, dormíamos en literas, vestíamos botas y ropones acolchados. Cavábamos, cargábamos y apilábamos ladrillos. Un lodazal espeso del que uno apenas si lograba desprender sus pies apresados por el barro.

Un buen domingo, se nos concedió una excursión. Hacía frío, soplaba un viento helado. Cuando bajamos en la estación desconocida, el viento arreciaba y se había vuelto húmedo. Por primera vez veía aquella pintoresca ciudad costera. El viento ululando por doquier, el cielo cerrado y frío.

Paseamos por el centro. Frío y humedad. Se intuían cercanos los márgenes de la ciudad. Bajando por las callejas estrechas y sinuosas llegamos al dique sin saber siquiera cómo. Fue entonces cuando sucedió aquello.

Poco sabíamos de lo que jamás habíamos tenido ni de lo que podríamos alcanzar. El rechazo mudo, el fracaso a guisa de reto, un refugiarse en sueños... De pronto, el mar: *la* mar desplegó ante mis ojos toda la grandeza de su rebeldía, la inmensidad de su desplomarse. Dilatándome y luego arrojándome otra vez apocado, anulado, en la vanidad unánime. Tenía dieciocho años.

La infinita, inasible mar, renovando su rabia en la cadencia indómita de unos truenos colosales, llenos de amargor. Ora hambrienta, ora cansada, soñolienta, llana y de nuevo estallando hacia las alturas mudas y heladas.

Enmudecí en el instante mismo en que quise gritar, soltar palabras y gestos enfáticos. Aturdido, inmerso en una especie de liberación nunca vista que no acababa de empezar. Estaba recibiendo un don, del cual, por pobre y aplastado que llegase a estar, ya nunca más sería despojado. Lo desconocido, presente dentro de mí desde hacía tiempo, largamente codiciado y a la vez temido.

Podía haber vuelto a la orilla marina las semanas siguientes. Mas no lo intenté. No sé en qué momento del día o de la noche, muchas veces en sueños, volvía la brisa... Benéfica aceleración del pulso, sentidos que se volvían sutiles. Todo ello había estado esperando allí, en la sombra, y ahora despertaba, dilatando el horizonte.

Volver a contemplar su propia impotencia, esforzarse por sacar fuerzas de flaqueza... No todos los reencuentros serían espectaculares. El código de ensayos y fracasos al que el futuro iba a someter la ensoñación no se reveló del todo a raíz de las primeras ocasiones sorprendidas.

Me había graduado en la universidad hacía ya dos años. Me negaba a volver al litoral. Accedí a hacerlo, finalmente, sólo cuando me vi obligado a acompañar a mi pareja, por razones terapéuticas. La depresión que recientemente había padecido acabaría de aplacarse, sostenía la gente de buenas intenciones, en el ambiente estival de la costa. Nos acompañó también su hermana, en el último curso de bachillerato.

La orilla. La asfixia súbita, el aliento atascado. La exasperación, el sentimiento del límite. Estaba registrando con crispación la tensión del reencuentro. Descarga nerviosa al primer contacto. No lograba habitar mi propia piel. La membrana de electrodos estallaba. La cercanía de esa fuente mágica me inducía a un estado de alucinación, alegría y zozobra a un tiempo.

Mi pareja aún no se había recuperado de la conmoción producida por el suicidio de su madre. Nunca la amó ni la comprendió, amilanada por las sorpresas que la muy rebelde, mientras vivía, deparó sin cesar tanto a sus seres más cercanos, esos conspiradores con quienes había fraternizado, como a los desconocidos que gobernaba a distancia, desde su impenetrable gabinete oficial de mando.

Espigada y temperamental, se aferró al novio que la autoritaria celebridad le había escogido.

Una bestezuela delicada..., morena, ágil y nerviosa, de rostro convulso, lleno de expectación y súplica. Momentos como rayos: el tallo de pronto tronchado, mirada que se enciende para diluirse al instante, nublada, hecha un bulbo de lágrimas. Madonna africana, tórrida y frágil, cuyo lamento mudo dejaría de piedra la selva en llamas. Cielo sangrante, deflagración de santos salvajes, aprensión, parálisis. Rechazo, silencio, acecho, energía mala, tortuosa. Felinos a régimen de mareas...

Tres jóvenes en el malecón. El atardecer, el frescor, el silencio. Al tocarla la brisa venenosa, la fina estudiante se sobresalta. Las palabras le salen de la boca como silbidos de serpiente: y tú, ¿por qué nos estás pisando los talones?, pregunta a la chica tímida que los acompaña caminando por el lado izquierdo. La humilde hermanita se detiene de golpe. Cortada, no sabe qué responder. La extraña pareja la había invitado a pasar unas vacaciones juntos para que se olvidase de la desgracia; nunca hubiera imaginado tamaña brutalidad. Tampoco la habían prevenido sobre las crisis de mudez del hombre, quien se había detenido él también, arrimado a un árbol del paseo marítimo, desfigurado por la furia, escrutando a las dos extrañas, como si no entendiese cómo fue que se encontraron todos juntos, sumergidos en el océano de esa noche de histeria.

Escenas típicas, instruyendo sobre el desconocido que era yo, reforzando la ausencia en que buscaba un escondite. No sólo era la juventud enemiga de toda limitación; era también otra cosa, no sabría nombrarla.

La lava subía hacia la boca llameante del día. Corríamos deprisa, alucinados, a arrancar la promesa de que no desapareceríamos antes de haber comprendido y obrado. Aturdidos e hipnóticos, chocábamos el uno contra el

otro con alas, dientes y garras, nos separábamos definitivamente, para volver a juntarnos aterrados al cabo de unas horas.

La fugitiva echaba a volar intempestivamente en el aire encendido de la costanera. Errábamos en medio de un infierno musulmán,* roñoso y dulce. En cada esquina vendían veneno rancio: caramelos cúbicos, turrón y *baklavá*.** El sufrimiento retozaba en la miel y en la melopea de la flauta, interferido por negros improperios. Gamberros con navajas, repugnantes pájaros transparentes, cabezas grandes, mareadas, roncas sirenas de barcos, cometas transparentes y desflecados, el cielo pueril.

De pronto la veía sentada en una banca comiendo pipas de girasol como una gitanilla desgredada, vendedora de lágrimas y placeres picantes. En actitud de espera, levantando las rodillas hasta la boca, endiablada y golosa, se relamía perezosamente los muslos desnudos y perfumados con una lengua larga de gamuza.

Al anoecer le brotaban los senos, se volvía una espléndida princesa hindú, ante quien enmudecían las orquestas de los bares. La pista palpitaba, escarlata, al ritmo de sus tacones metálicos. Su risa entrecortada, en cascada, las castañuelas de sus dientes... En su rostro ennoblecido por un sufrimiento embravecido, desquitándose en canción y en baile, brillaba, fosforescente, un punto verde de maquillaje, clavado en el centro de su frente.

En las madrugadas, doctor, ella recitaba extrañas Scherazades, maullando como una gata siamesa en celo. La vida, naturalmente..., yo habría podido devorar enormes y jugosas chuletas de lo que suele llamarse felicidad. En cambio, lo que había descubierto era un júbilo estrecho, parco, y cadenas pérfidas a cada paso.

Día y noche la alta mar se oía rugir muy cerca, con sus advertencias y llamadas. Voraz, insaciable, tenía fuerzas para desear algo más de lo posible: la perversa oportunidad de lo ilusorio. ¿El Purgatorio rigurosamente programado, el sueño postergado, las edades que se nos anunciaban ya cuadrículadas en esquemas sinópticos, el futuro desmenuzado en tarjetas? Si se os hablase de la revelación que significa la alta mar y de las obsesiones compensatorias, tales palabras ingresarían en el diccionario de términos sospechosos. La impecable postura del ínclito a confesiones adquiere en momentos semejantes un no sé qué infantil y entrañable. El que está sometido a

interrogatorio parece un interlocutor cómodo. Sin embargo, doctor, me doy por vencido en el momento preciso en que todo da muestras de cobrar coherencia, pierdo la capacidad de rebasar la barrera del diálogo.

Al cabo de un largo rato en que mis dudas me mantenían paralizado, la silenciosa sala de espera ha perdido su típico aspecto terapéutico. En el banal consultorio blanco estoy descubriendo ahora un espacio opresivo de encuestas y amonestaciones. No he llegado aquí por iniciativa propia, el interrogatorio me ha sido impuesto, estoy respondiendo a cuestiones que no querría que se me plantearan.

Los años pasaron, en efecto, yo ya era un hombre hecho y derecho. Ya no cabían sueños nebulosos, ni pájaros, olas, vuelos negros o frutas ensangrentadas. El tiempo había estabilizado paulatinamente el código. Por la necesidad de reglar la respiración, digamos... También puede llamársele enfermedad, es probable. La consulta a la cual un colega de usted me sometió algún día a causa de los primeros asomos de estas «pamplinas», como decía, tampoco podía llevar a otra cosa. «Disfunciones», «fantasías», «intentos de eludir la realidad»... La retahíla de tecnicismos daba color al lenguaje del severo especialista, diminutas flechas rojizas que a uno parecían cegarle, ensordecerlo. El paciente, sobreponiéndose a la timidez e incluso a la vergüenza del desconcierto –porque sobre todo de eso se trataba: del estupor y del deseo de comprender–, intentaba y hasta lograba hablar coherentemente sobre el extravagante caso de un individuo perfectamente normal, quien sin embargo entabló relaciones naturales, constantes y bastante variadas, no con un prójimo, ni con el automóvil propio, o con su setter irlandés, español, noruego, sino con un árbol o, por qué no, con el mar, que sí, que sí, esto es... ¡y el otro mirándole como a un loco! El sujeto incluso usa, él mismo, la terminología de aquella resbalosa ciencia terapéutica y punitiva, intenta interpretar, siquiera parcialmente, sus extraños estados anímicos, en los que se siente como enajenado de su yo cotidiano y corriente, y entonces, apenas entonces, vuelve a ser él mismo, aunque algo irreal, distante de cualquier necesidad. Se cuida de formular hipótesis y de analizar, se limita simple y llanamente a relatar la historia de sus felices evasiones. Cuenta cómo la enfermedad –si enfermedad puede llamarse a esta benéfica zozobra– ha llegado a ser la única fortuna que posee, el código de ajuste que nadie debería

quitarle. Ellos le propinan palmaditas en el hombro, le recomiendan sueño, paseos, o le atontan con pildoritas de colores, o con vocablos cultos y bromas domésticas, procedentes de coloquios y verbenas gremiales.

No, no es necesariamente sospechoso, como afirman ustedes, el que yo hubiera hecho de la derrota una liberación. Hablaba demasiado sobre la libertad, lo reconozco. Los encuentros con interlocutores estivales despertaban en mí, es verdad, una extraordinaria necesidad de liberación. Esos preámbulos confusos, la nostalgia sin objeto, la languidez infantil. Aquella sensación de libertad, algo tonta, de veras, bien sabía yo que no podía durar mucho.

También es cierto que, bastantes noches, sostuve controversias exaltadas. Éramos unos cuantos ciudadanos honorables, nada más. Un pequeño grupo de amigos. ¡Nuestra meta era rehabilitar la dignidad masculina! Rehabilitarla, de hecho, *in abstracto*, pues no perseguíamos nada más que aprender de nuevo a pensar. Lejos de cualquier proselitismo, éramos unos solitarios, pocos y escépticos. Éramos pocos y no queríamos tener secuaces. En nuestro círculo sólo las novias y las esposas eran admitidas, nadie más. Yo estaba buscando, ¿qué otra cosa?, una forma de disimular mi propia impotencia, una mistificación decente, aderezar con humor y gracia mis límites ya intuitos y aceptados, que había asumido con total decoro y no poco agobio, como es de ley en personas maduras y sensatas.

Se ha sostenido que dichos coloquios nocturnos en ese pueblo playero de vacaciones ejercían una influencia maligna, hecho probado por la desaparición de uno de los participantes. Vale decir de *una* de los participantes. Hubo testigos que sostuvieron que se trataba de un ser propenso al misticismo, que se tomaba demasiado en serio los aspectos trágicos e insolubles planteados en nuestros debates.

¿Hurgar entre hechos e hipótesis remotas en busca de aquella ecuación indeterminada, de soluciones parciales y a menudo enigmáticas, personificada por todos y cada uno de nosotros? ¡Una persona mística no precisaba de todo nuestro follón dialéctico para convencerse de lo que de todos modos ya estaba convencida!

Por otro lado, cuando sostienes que vas a llegar nadando a la otra orilla, situada a gran distancia, ello suena o bien a locura, o bien a suicidio, o bien a un récord inaudito. Por supuesto a los oídos de funcionarios de la sospecha la

otra orilla se oía como una metáfora demasiado polivalente. Lo correcto sería pararnos a examinar su sentido literal, siempre el más exacto. De modo que hay dos posibilidades: o bien hubiera vuelto tras haber cubierto a nado un buen tramo, o habría podido perfectamente, uno nunca sabe, alcanzar su meta. Los eventuales percances –tormenta, paro cardíaco, tiburones– son imposibles de prever.

La alerta constante, la percepción híper aguda, la tensión visible hasta en los mínimos detalles cotidianos pueden significar, pese a las apariencias, el despliegue de una gran fuerza de resistencia, elástica, susceptible de adaptación. Estábamos pasando las vacaciones juntos, nadie la conocía mejor que yo; pero, para adelantarse a tal acto de su parte, el compañero debía antes haber advertido en ella ciertas señales preocupantes. Todo lo que puedo decir a este respecto es que, contrariamente a su debilidad e irritación aparentes, mi pareja, la estudiante, era una atleta consumada, ¡una nadadora de primera clase! No se podía saber a ciencia cierta qué cosa la sacaría de quicio y cuál otra la alegraría, pero tendrán ustedes que admitir que, caso de no tratarse de una simple imprudencia sino de un acto desesperado, la razón exclusiva de tal acto estaba en ella misma. No los ardorosos debates de nuestro grupo noctámbulo, sino, más bien, la quietud y el hastío de los detalles cotidianos pudieron haber desencadenado lo fatal. Esa iniciativa abrupta, catastrófica, cuyo motivo puede ser cualquier cosa o nada. Buscarle a toda costa al asunto una interpretación que acuse, demuestra que, de hecho, no está puesta en tela de juicio aquella muerte trágica sino la índole de nuestros coloquios nocturnos a orillas del mar; y que el fatal accidente no es más que un pretexto para culpabilizarlos. Un pretexto esperado, diríase, con júbilo, a fin de legalizar la suspicacia, que nosotros ya presentíamos, rodeándonos electrizada, desde mucho antes de que se produjera la desgracia.

En medio de la alergia de aquel periódico escape mediante la ilusión, el juego y el ensueño, ¿podía permitirme acaso incontrolladas cabriolas retóricas, profiriendo lo que no se debía ni pensar o asumiendo por mi cuenta y animando lo imposible? No llegué a concretar mis fantasías, esto se lo aseguro, sino en pensamientos mudos, en tanto que la contemplación del horizonte marino me la concedía a mí mismo tan sólo en verano. Breves puentes quiméricos, tórridos, eso era todo lo que quedaba del infinito

anhelado antaño... Si ni siquiera estas humillantes confesiones logran poner término al calvario de las reiteradas preguntas, trampas, consejos, advertencias que estoy padeciendo, ¿es menester que reaparezcan los fantasmas para librarme de todo esto?

Conozco el lugar preciso, puedo indicaros con todo detalle qué rumbo seguir para llegar a él. Una tarde de otoño, con frío y lluvia como de fin del mundo tan sólo presentido por algunos iniciados, meteos en aquella tasca de extramuros. Unas veces es tasca, otras, venta de empanadas, y otras, cafetería; cambiando siempre de rótulo y función, pero con la misma sede y el mismo personal. Vigilados amablemente por la muy devota matrona. ¿En un gordo bonachón, barbudo y taciturno, puede morar el alma de una niña endeble y fanática, predispuesta a atrocidades imprevisibles? ¿Y qué será del alma de esa afable y bondadosa anfitriona, que mira a sus clientes como si fueran unos familiares huérfanos, extraviados, en busca de la redención?

Entrad en aquella tasca de arrabal, preguntad por la jefa, mirad con atención y condescendencia a la beata matrona. Intentad entablar conversación con ella, como si fuerais unos parientes desamparados. El método es de éxito seguro. Su alma aguada, compasiva, se abrirá resollando de placer: ya las confidencias fluyen sin esfuerzo alguno. Al poco tiempo, la inverosímil descendiente estará relatándoos el suicidio de la tétrica militante que fuera su madre y la trágica desaparición de su hermana, la hermosa estudiante que, un apacible verano de vacaciones, se perdió nadando en el horizonte marino. La madre, pero qué madre: ¡la camarada! ¿Acaso era también madre, lo había sido alguna vez?

Os hará saber que, a la militante repentinamente jubilada por sus ex camaradas y rivales en la lucha por el poder, su alejamiento de la cúpula de mando no le devolvió los instintos maternales que nunca había tenido. Leía de la noche a la mañana patológicamente desprendida de todo. Devoraba libros y más libros, todo lo que le caía en las manos, sin escoger y sin parar, en un mórbido frenesí ascético. Se suicidó de una manera sencilla y rápida, como siempre había ejecutado sus decisiones. Un impulso urgente, una incisión instantánea en el bulto purulento de lo cotidiano, con su despliegue de magia y de cosas irrisorias.

Y si, en medio de sus evocaciones, la beata anfitriona empieza a lloriquear, cabe la posibilidad de que también os cuente episodios anteriores a su venida al mundo. Por ejemplo, un suceso conocido de fuentes fidedignas, el del niño que nació muerto, primer fruto de una tormentosa relación de juventud, de la madre, a quien ella, en su exaltación y sus prisas por llegar a la reunión conspirativa donde la estaban esperando, depositó por un rato en la nevera... ¡Acontecimiento, según cuentan, rigurosamente verídico! Entre tantas acusaciones con base auténtica y calumnias hábilmente tramadas, que sus camaradas utilizaron muchos años después, cuando aquella fanática había alcanzado notoriedad en el equipo dirigente y había que alejarla del poder, precisamente este episodio no se sacó a colación. ¿Justo por verdadero? ¿Por incluir, pese a su perfil peliagudo, aquella ambigüedad propia de la vida, aquel tinte equívoco y enigmático, preñado de significados contradictorios, irreductibles, que siempre desconcierta a los dogmáticos?

La rechoncha santurrón (en ello se había convertido la alumna miope de hacía un cuarto de siglo) estaría dispuesta a confirmar mis estrafalarias relaciones con la suegra. Fue ella quien me echó el ojo y me escogió para desempeñar un papel al que nada me hacía merecedor. Con toda probabilidad le había intrigado el distanciamiento irónico que notó en mí hacia los agitados debates de aquella época, en uno de los encuentros estudiantiles que la camarada honraba con su presencia física, partidista y gubernamental, amén de que su retrato oficial nos escrutaba desde todas las paredes. ¡Precisamente a mí hubo de elegirme para futuro protegido y yerno! Sin osar rechazar lo que era imposible rechazar, es decir el alistamiento en las filas, me atreví con posterioridad a algo aún más loco: a defraudar sus expectativas. Mas no hubo suficiente tiempo para ello, pues la mujer comisario se vio forzada a entregar las palancas del mando. En cuanto a mí, no había llegado a ser un privilegiado de verdad y ya me convertí en un proscrito por culpa de ese artificial parentesco.

Preguntad a la mansa comilona que administra la tasca de arrabal a qué se dedicaba antes de dar con ese lugar idóneo para la devoción y la contemplación: descubriréis en ella a una antigua colega, ¡una ex ministerio público, una fiscal! Que sí, hasta esa gallina soñolienta practicó la profesión del día...

Bien sabía que yo cuestionaba acérrimamente a su madre, pero también que me fascinaba, pues era la única con quien había logrado sostener largos, acalorados diálogos. Asimismo, sabía perfectamente que la extraña desaparición de su hermana se debía justamente a la atracción que ésta sentía por el peligro, a su ávida e incesante vibración nerviosa, y que no cabía culpar de ello a la coyuntura y el estímulo de ingenuas controversias juveniles, propias de las vacaciones. Sin embargo, la antaño alumna de bachillerato era actualmente incapaz de comprender cualquier cosa de lo que sucedió luego de retirada la edad fluida..., no entendería por qué odio tanto al mustio empleado en que me he convertido, o al mar hostil que nos repele. ¿Un corredor solitario, tortuoso? Estoico jornalero de lo cotidiano, cada día más versado en la acabada técnica del disimulo.

¿Aquel impreciso inicio de entendimiento de la precariedad y de los límites? Mirad con mucha atención a esta empanada esponjosa que lleva un ancho vestido desaliñado, pringado de salsa, y comprenderéis qué nos depara la orilla luego de abandonarnos las promesas, sabréis por qué la odio más que a su madre, por qué me evoca tufos, fango, el ojo cenagoso de lo cotidiano..., el mar que se aleja más y más, incapaz de soportar nuestras derrotas, nuestra humillación..., todo lo innombrable.

Cual istmo fabuloso reaparecía la estrecha franja de tiempo que concedía el vasto espejo movedizo. ¡Un súbito desbordar del afán que aún conservaba en mis adentros, y que por fin se alzaba otra vez bajo el alelado sol del verano! Los meses y los decenios transcurridos entre resignación y jadeo habían significado, tenéis que admitirlo, pobreza y miedo, coerción y carnaval, hastío, trabajo, marchas forzadas, mentiras, postergaciones, uniformes, aquel juego del amaestramiento con pequeñas recompensas y castigos severos. ¡Funcionario maduro y metódico a lo largo de todo el año! Residuos negros, días y noches extraviados, hedor del pasado recién pasado, nuevas trampas, toxinas frescas. El infantilismo estival, la distensión que semejava un breve renacimiento, ¿no serían más que una nueva ilusión? Todo ello no representaba un peligro sino para el culpable mismo, en quien pensáis que podría convertirme de un momento a otro. Recorriendo la retorcida espiral de la caída, logré mantener intacta, lo admito, mi desconfianza hacia lo caritativo de las preceptivas. Dudo, con todas las escasas fuerzas que me quedan, que

alguien tenga derecho a elegir por mí el bien y el mal, ni siquiera creo que mi inquisidor, o sea usted, proteja mis altas capacidades, mis pobres altas capacidades, como sostiene usted. Lo bueno como tarea, a mí no me entusiasma... Me niego a creer que alguna vez haya elegido el mal o que deban impedirme hacerlo, de seguir empeñado en mi exaltación suicida.

Palabras, palabras, tanto barullo alrededor de unas cuantas palabras, cáscara podrida. Creí que podía redescubrirlas, ensalzarlas, pregonarlas; las regué con lágrimas de oligofrénico romántico. Estábamos allí, en verano, desnudos, libres, candorosos, pasmados por ideas imposibles. En cueros, ridículos, un instante verdaderamente democrático. Un gimoteo infantil, errático, un vano farfullar.

El resto del año funciono monótona y comedidamente, orgulloso del pan ganado sin descanso y sin pensar. Mis compañeros de quincenas y quinquenales me consideran bueno para el ajetreo y para arrimar el hombro cuando se tercié. Pero un buen día las palabras se volvieron inesperadamente en mi contra. Porque, probablemente, habían agotado de hecho su significado... Al final hasta las perdí, pues de nada me servían ya, por inadecuadas a los nuevos solsticios. Lo que sucedió en el ínterin obedecía a un sentido distinto del deterioro. De vez en cuando –¿se acuerda usted?– recobraba pese a todo el vigor de la indiferencia. Mi inquisidor era inteligente, astuto, me amedrentaba de veras; yo enfrentaba su mirada profunda y oscura, escudriñaba su frente manchada, la impecable solapa de su traje. Al cabo de algunas horas de encarar a aquel auténtico docente en el estudio de la conducta humana, me encontraba encogido, apocado, convencido de la necesidad de ahogar en mí tanto las palabras como cualquier travesura.

Por un tiempo se desinteresaron ustedes de mí, a lo mejor algún juez de instrucción, fiscal o consejero me clasificó en la categoría de los anónimos, que no merecían tanta atención. Recuerdo la frase que usted me imputó, extrayéndola de un diálogo que sostuve antaño –diálogo que ya tenía bien olvidado– con la fría y apasionada oradora que, por un corto tiempo, me tocó en suerte que fuera para mí una especie de suegra. A ella le chocaban mis réplicas irónicas a sus discursos apasionados, mas no me excluyó, sino que, por el contrario, me mantuvo en su cercanía. No me obligó a renunciar ni a desdecirme de mis ideas. Me tenía como su posible interlocutor, en una época

en que nadie se hubiese atrevido a llevarle la contraria, me escuchaba y a veces parecía incluso captar de verdad mis objeciones. Uno de los rasgos de carácter raros, difíciles de explicar, uno más, de aquella fanática jamás sosegada. La admiraba a veces, pese a que encarnaba para mí una solución de vida somera y cínica, incompatible con mi índole y mis deseos ajenos al extremismo. Parecía conocer algo misterioso sobre vuestros rostros y almas recortados según el mismo patrón jerárquico. Las palabras, sí, con su extraña emanación, nos habían acercado... y también ellas nos estaban separando irrevocablemente.

A vosotros nunca os habría hablado de *la mar*, por más que me obligarais a revelar, poco a poco, todos mis subterfugios. En cambio a ella sí que pude hablarle y... ¡el colmo!: el tema resultó ser, incluso, nuestro breve (mal) parentesco. Parecía comprender lo que le estaba revelando, como si su rebelde patología combativa no fuera sino el reverso de la misma alienación y el mismo reencuentro consigo misma.

¿Acaso tienen las palabras una misteriosa, imprevisible incandescencia? Su mágica inconsistencia promete poder, amor, revoluciones, de los cuales no pueden prescindir nuestros monótonos ciclos naturales. Torcer y retorcer las palabras puede convertirse en un oficio solemne, bien remunerado, tal como lo practicáis vosotros. Las mismas palabras me trajeron al banquillo de los sospechosos..., no es casual que haya llegado a este estrecho recinto de pruebas.

A la costa tórrida de todos los años acudía siempre con la misma agria impotencia y las mismas nostalgias, indignas de los juramentos a los que me había aferrado apenas el verano anterior. La locura de unas vacaciones libres y solitarias, ¿se volvía acaso cada vez más humillante? El año de ausencia, ¡concedido tan sólo por ser de ausencia! La movilización de fuerzas, mantenidas estrictamente a raya en aras del olvido, solamente para esto, porque si no, ¡pac!, el martilleo en los huesos y la mente licuada por los golpes.

Recuerdo cuántas veces, en la adolescencia, se me ensalzó lo viviente, la vida: nada más importante hay en este mundo. Sólo la vida es sagrada: así se instruía a los pecadores. Y yo me resigné, quizá muy pronto, a creer que

también se trataba de la vida que se me había dado, no necesariamente de aquella que anhelaba desde los cuentos de hadas de mi infancia.

El bramido que levantaba hasta las estrellas el tumulto nocturno de los veranos quiméricos se convirtió con el paso del tiempo en tierna llamada de la muerte. Desperté de los artificios de la frívola libertad de las vacaciones, desperté un buen día abandonado al único deseo de la redención final y total, de desaparecer fundido con la intangible lejanía. ¿Sería éste el sumo orgullo del aislamiento? Lo imposible y el amor esconden semejantes graves amenazas y semejantes humillaciones...

¡El horizonte que fluía cómplice ya no es el mismo! Ahora me encara depreciativo. Extraño, envejecido en su vasta desolación. Ulular opaco y frío. Fallo. ¿La antigua y misteriosa tonalidad ilícita, tantos ensueños secretos, tantas rebeldías ignotas? El peregrino ya no es digno del milagro que solía arrancarle por un instante de la despótica garra doméstica, debajo del martillo-péndulo del reloj popular. ¡El favor de los dioses le ha sido retirado! Ya no pude seguir, sereno como antaño, avanzando hacia la bóveda movediza que fluía en los amaneceres hacia la orilla hostil.

Eso fue la desesperación, creedme. El abismo erguía altos torbellinos rojos. En el horizonte caliginoso giraban espectros, señales de la muerte.

Ajeno y viejo, recorría los lugares de mis antiguos lamentos sin alma y sin visión. Era el final, la mineralización. Todo lo que había sido un movimiento confuso resultó perecedero... Los vastos y tácitos procesos de degradación que estudia la bioquímica habían alcanzado su expresión más pura. El lento borboteo, las fosforescencias, la oscuridad pululante, las catalizaciones abruptas, ¿serían otras tantas latencias aplazadas, otros tantos finos alambiques destilando la putrefacción, hasta un umbral estático y amorfo? La insensibilidad que significa inmovilidad e inanimación, la negatividad misma. ¡Secuencias lógicas de lo inevitable!... Todo eso lo había estudiado, lo conocía, por mi condición de privilegiado morboso de lo razonable, como a menudo me veía a mí mismo.

Sin embargo no habría llegado yo una vez más ante esta ventanilla de iconos, micrófonos y remedios, si aún no me quedara una brizna del ridículo enigma, la esperanza. No puedo librarme de la culpa, y sin embargo tampoco puedo evitar darle un sentido a la caída, con la punta de la lanza vuelta hacia

el castigado, que ha sido traído aquí para vivir su último instante de debilidad, donde, por otro lado, para él ya no hay fe ni consuelo. ¡Y sin embargo yo libré mi batalla! La sinceridad me obliga a esta vanidad lamentable. En un círculo estrecho, horas de pan y plomo, esfuerzo silencioso, rechinar de dientes, lejos del trueno de ovaciones y aplausos con que tantos otros entretienen sus complicidades; el inculpado, desde luego, no ha logrado proezas decisivas. El dragón tenía sus tentáculos extendidos por todos lados, para alcanzarle a uno y azotarle hasta que aprendiese el ritmo de los tambores encargados. La culpa no es de este fracaso previsible, nada espectacular, idéntica a la resistencia anónima, callada, lejos del ruidoso carnaval y de sus escenificaciones.

No yazgo sumiso bajo la losa opaca que el cielo ha colocado, tal vez muy pronto, entre el mundo y yo. No por virtuoso he renunciado a los trofeos mezquinos, sino porque estaba acaparado, cautivo entre mis semejantes, también cautivos y exasperados, a quienes yo había resguardado, probado y torturado en mi foro interno, sin poder liberarlos. Pero no he logrado resignarme a la separación de ellos, de mí mismo y de todo cuanto ha sido y aún podría ser: ¡ésta es mi culpa! Sigo buscando un reasentamiento en el tiempo, un pequeño subterfugio, que aplace la despedida. Lo viviente, la vida misma, nada más importante hay en este mundo; esto se me ha repetido un sinnúmero de veces, para arrancármelo el consentimiento, la aceptación de un regateo por nimiedades...

¿Un individuo pueril, y ya no tan joven, no aguanta la elegía? El verano pasado supe que lo irremediable iba por fin a suceder. Los hilos se habían gastado, los nudos iban cediendo, la herrumbre iba invadiéndolo todo.

Algo maligno, amenazante, estaba atornillándose en el cielo fresco del amanecer. Delicadas fieras llameantes desplegaban sus ávidos tentáculos en el crepúsculo.

Hablaba poco, en tono rechinante. Una y otra vez, a ratos bruscamente, veía mi atormentada expresión reflejada en los lentes de mi compañera. Un silbido agorero anunciaba el momento en que las fieras se ponían a luchar dentro de mí. La mirada huía hacia alta mar, el cuerpo soñaba con el acoplamiento de esa tarde. Deseo emponzoñado, aullando sin sosiego, el salvaje retumbar de la sangre, el hombre y la mujer arrejuntándose en la insaciable herida, reiterando el espasmo, más y más y más. El rítmico trueno

de la soledad, vengándose de su caída en quejidos infinitos, como los de *la* mar que nos expandía y nos volvía a encoger, restituyéndonos a la nada, a lo vano.

Muchas veces ya no aguantaba ni este bárbaro arrebató. El horario lanzaba sus advertencias. ¡Ya no era posible la reconciliación estival de hace cinco, de hace quince años, del año pasado y de hace un siglo! Entrecerraba los párpados, echaba una mirada a la revista policroma o a los renglones de jeroglíficos en la página del libro.

El filo del cuchillo chorreaba sangre... Mascullaba una tonadilla sarcástica sorprendiendo a la mujer grácil y siempre atenta que los cielos me habían dado de nuevo, como bien dice usted, para que la custodiara. Por mi lado, destilaba veneno, lo confieso. Silencios tiernos, somnolencias líricas, afelpado *pianissimo* para el ocaso...

Corría solo por las callejuelas, olisqueando el peligro, para tener al menos el tiempo de gritar antes de ser devorado. Y volvía lleno de saña, agotado, torturado.

Diríase que el balance se me anunciaba demasiado pronto, sin admitírseme explicaciones ni concedérseme el derecho al recurso. Puro, no lo era, encanallado del todo, no tuve agallas para llegar a serlo, y pese a todo no había dejado de luchar: esto hubiese gritado, revolcándome atenazado por la serpiente pegajosa del instante.

El plazo, el metrónomo. Esbozaba todavía subterfugios, intentaba romper el cerco, me revolví, para poner de manifiesto que no aceptaba la sentencia. Le sonreía al cielo y a la amada, dueño y señor del verano y de los tormentos con que lo honraba, me peinaba diariamente mis cabellos largos, me lavaba regularmente los dientes y los dolores, pero ya oía el sonido del olifante, el incendio del pacto, el terrible gong, el castigo.

Finales de agosto. Las olas arrojan a la orilla peces muertos, carbón, cajas de plástico, restos de pájaros, alquitrán y pedazos de caucho, papeles, trozos de madera, alas de hojalata con agujeros.

La pareja baila su baile, desde hace dos semanas, en la misma pista de la playa. Dos sábanas azules, una junto a otra, siempre en el mismo sitio, cerca del agua, delimitan el cuadrilátero.

El público observa a la pareja, pero sin mucha asiduidad. La *vedette* ondea con calma, almacenando perezosamente la somnolencia veraniega. ¿Habría renunciado a los aplausos del teatro Olympia por unas vacaciones tranquilas junto a un ser anónimo? ¿Sería algún antiguo admirador de los años de bachillerato? ¿O algún arqueólogo, o un cirujano adinerado, o un arquitecto en mundano ascenso? Imposible de adivinar. Para los que están curioseando ociosos, sólo es visible el paradójico papel protector que asume la distinguida Nana Mouskouri, desmenuzándolo en modestos gestos amables. La dinámica secreta de toda pareja inventa sus propias diversiones..., la relación entre novios modula la discreción, la sordina permite apenas vagos roces, llamadas en clave.

Las olas traen a la orilla basura, manchas de grasa, brea, restos hediondos, trapos, cáscaras, latas de conservas.

A las once los curiosos se suben a la loma, para otear la alta mar. Se rumorea que alguien fue arrastrado por la corriente y no lograba regresar a la orilla. Un joven guía de catástrofes gorgotea las erres a lo culto, hablando de un remolino negro, a sólo cien metros de distancia de la orilla, que simple y llanamente te chupa y te arrastra hacia afuera cortándote la retirada.

La pareja se mantiene alejada, no se mezcla con el grupo agitado y ruidoso, observa a distancia el trajín. Contempla desde lejos al canoso donjuán, para sus amigos el Águila, o el Profesor..., a su joven esposa la tortolita parlanchina..., a la víbora adúltera y fotogénica meciendo provocativamente su cintura ya engrosada..., al actor de perilla y peluca, ocupado en escuchar las confesiones de una morenita afrancesada, rondada por dos chuchos blancos, de algodón. Variopinta comunidad de devotos de un rito esnob y turístico: madres, actrices, abuelas solteras, médicos mundanos, atléticos y frívolos, ateos barbudos y lechuzas aristocráticas, autodidactas políglotas, científicos bohemios, celebran el ingenuo desenfado de las vacaciones.

El hombre parece a menudo como ido, desfasado del instante. A ratos, al sacudir su melena ondulada y al levantar su frente de entre las revistas apiladas delante de él, parece como si se quitara de encima un peso retrospectivo. La sonrisa de la mujer lo sosiega por unos segundos. Pero enseguida se repliega irritado, venenoso. ¿Será acaso la virilidad aún no consumida, ni ayer, ni anteayer, ni la semana pasada, en el desierto nocturno del enlace? Pulso aciago, frenético, acelerado por el sol y el mar. La mujer calmada, tonificante, esquivando el enfrentamiento con elegancia y ofreciendo a cambio su abrazo afectuoso, armonioso: solidaria inercia de las vacaciones.

Sábado, fin de agosto. Los temores por el desaparecido se han disipado. El nadador está de vuelta y, rodeado e interrogado por sus admiradores, da cuenta, orgulloso, de su aventura. Ya son veinte años que va a esa isla, nada sin esfuerzo, no le asustan los peligros. Dado el caso, se deja simplemente flotar, ayudando suavemente al agua con los pies...

El oleaje se está acercando cada vez más. Ya alcanza la estrecha playa pedregosa. El agua empapa la sábana azul. La distinguida dama, con un movimiento rápido y juvenil, se echa el pelo hacia atrás como solía hacerlo en la tele entre aires y aplausos. Se pone de nuevo las gafas de montura gruesa, las acomoda con el índice en el tabique de la nariz, típico gesto de Nana Mouskouri. Luego roza el hombro de su acompañante con sus dedos largos y dulces.

Se entienden instantáneamente. El delgaducho se pone de pie de un salto. Nana se reacomoda las gafas con el índice derecho como en las secuencias de imágenes, en la tele. Se inclina, tira de las dos sábanas y las sacude. Recoge un cesto grande de paja, un bolso de mano rojo, las toallas. Se retiran uno, dos, ocho pasos hacia atrás y a un lado, escogen otro sitio, más alejado del agua. La mujer enrolla la sábana mojada, extiende la otra, ahora los dos comparten la única sábana. El cesto grande de paja, el bolso de mano rojo, las sandalias de ella a juego, también rojas, las de él blancas, revistas, toallas, tubos de cremas, el sombrero de ella, negro, su pañuelo, azul, los albornoces de ambos, blancos, todo amontonado en un extremo.

La pequeña almohadilla inflable está bajo la nuca delicada de la diosa. Él está leyendo un libro, apoyado en un codo.

Fin de agosto. Sábado, pasada la una. Sol rabioso, inmóvil; mar hediondo, encabritado.

–Me metería una vez más en el agua.

–No vale la pena, vámonos a almorzar.

El solitario duda algunos instantes, los minutos corren presurosos. Son las dos menos cuarto. En el agua, muy cerca de la playa, dos colegialas juegan al ritmo de las olas. Desnudas, perfectas. El hombre se las queda mirando, avanza, se mete en el agua al lado de su juego dulce e histérico. Las chicas ríen, danzan, se abrazan. En la arena, Nana recoge las sábanas. Son las dos, hora, como siempre, de la retirada.

Las aguas retumban, el rezagado se balancea prudentemente. Las olas rodeándole. La cabeza una corona de fuego, los brazos y el cuerpo lamidos por las lenguas alargadas y sucias del oleaje. El agua abarca sus hombros y el cuello en un abrazo aceitoso.

La ola anuncia su cadencia. El hervor asciende, golpea. Un bofetón enorme revienta entre chasquidos. Respiración dilatada en un solo resoplo enorme, hasta el horizonte. La lejanía se encoge, se acerca a la orilla. La fibra se tensa, el instante tenue ya se ha quebrado, la caída relaja los nervios. Las sienes arden, cintas, vendajes frescos envuelven los brazos, te dejas llevar, redimido. La ola, el péndulo, el bullir de la espuma, el impulso.

La ola arremete, pasa, se contrae. Se encoge, se aproxima, tritura, hierve, gime, plaf. El torbellino se extingue estrellándose contra la orilla, regresa, crece, se acerca, tritura, plaf, la espuma, el sol, el aceite chorreando en las sienes y los hombros, *la* mar otra vez extensa, plana, plateada, perezosa.

El ovillo se ha roto, los hilos huyen por todos lados, se rejuntan, se enroscan velozmente, se anudan, aprietan, trituran, gritan. Remolino, azote, campanazo, castigo. El agua se aclara, acaricia... Preso, encadenado, convaleciente de la garra de fuego del mediodía.

Da otro paso. La frente y la nuca atenazadas por el fuego, los brazos fluidos, la alegría del abandono. Un paso más, el pie suspendido, ya no toca fondo... Da media vuelta para recobrarlo. La ola sube al firmamento, cuernos negros, el ariete, la fiera, el remolino. Mareado, volteado, girando sobre sí mismo. Velocidad, torbellino, trueno, el golpe lo enceguece, las manos se agitan, las olas tiran bruscamente de las cuerdas entre las cuales está atrapado,

alelado, el cautivo. Rápidamente atraído mar adentro. Los pies tantean el fondo. Arriba, la tormenta hostil. Trastabilla, se opone. Mueve manos y pies, se voltea hacia la orilla, se aferra para recobrar el equilibrio. La corriente lo chupa hacia lo profundo, lo empuja lejos. Su cuerpo tirado hacia el fondo y hacia alta mar. El agua lo cubre bufando, borboteando, bajo sus talones el vacío. Se da vuelta, se resiste, cae, forcejea. El chorro lo levanta, lo tuerce y lo retuerce, lo tira a las fauces de la ola, lo arroja lejos, más lejos, a la caldera espumeante, profunda, infinita, más y más allá.

Estrujado, aventando las manos y los pies, se eleva, recae. Se eleva otra vez, saca una mano de la boca del infierno, una vez más, en un momento dado..., en alguna parte, divisa a la mujer, en la orilla, la mujer corriendo, pantalla de fuego, encima un sol infernal, enceguecedor, infinito, un instante para ver otra vez a la mujer en la playa, la gente correteando alrededor de ella.

Alcanzó a verle, ya le han visto, ¡sí le han visto! El torrente regresa, lo cubre, lo hunde. Perdido entre las cuerdas templadas que lo reducen, lo tiran, lo arrollan. El horizonte fluido a derecha e izquierda, el cielo licuado, diluvio, desierto. Fibras gruesas de podredumbre, cuerdas correas cadenas húmedas, aceitosas. El abismo lo atrae hacia lo hondo, remolino, el mar brama enloquecido, lo entierra, lo engulle, él también la engulle sofocado, huracán, el sol, aaa agua... aaa, se debate, se hunde, vuelve a salir, plaf, el torrente, la brea, la tinta, no tiene escapatoria, ya no, el agua encima, gigantesca, encima.

Tensa los brazos a, de, adelante, hacia a, arriba, eleva la mano, la cabeza, el cuerpo extendido horizontalmente, salta, ve la orilla, a la mujer corriendo, gritos, la orilla, esta tarde estará sola, viva, sol, sola, espasmo, nostalgia, aaa, eee, ella, listo, la almohada, la almohada esponjada, líquida, enorme, a, ass, asfixia, ya, el fin. Absorbido, el fondo, glu, glu, glu, ja, ja, jadeo, golpea, sacude, cabeza, manos, pies, salta, ve, parece verla, sí le han visto, estaban corriendo lejos, más lejos, aaa juu ja, lejos, arriba el cielo, la tinta, el gong, ya está...

Brazo, pie, brazo, ola, arriba, sobresalto, brazo, más, más... pes, pes, peso, se sacude la carga, se agarra, aaa garra, arriba, arriba, el ojo de fuego, arriba, chirría, rechina el mar, chapotea, oleaje chirrido de calavera, aaagua, aguas pesadas encima, plaf, el ariete, el sol, solo, ya está, huuu, hueco, gong,

hoyo. Zam zam zamparse tragarse el agua, arriba, mom, mom, momento, buum, vaz, vaz, vacío, abajo, profundo, vuum, la mujer, gritos, llamado, llámame, ya, la fosa, el fuego, la fosa, el pavor, el vacío, prof, profundidad, arriba, hacia arriba salto, salto salvador, aaa, do do do... águila, donjuán, el brazo, más, un brazo de distancia, ha ha ha llegado el dododoc... aaa, cerca, doc doctor, la mano, la mano, cógela, coge la mano, no, no la agarres, aaa agárrala, no, no la agarres. No, no me sueltes, no, no, no, no te cuelgues de mí, la mano, sólo la mano, coge la mano, sólo, sólo, duele, eso es, sólo la mano.

Sólo la mano, no te agarres de mí, sol sólo coge mi mano, sólo. Eso, sólo la mano. Aprieta, aprieta la garra, había cogido la garra, la aprieta, resopla, listo, la boca, puf, listo, boca, hipo, vocifera, cae, desfallecido, abatido.

La brea sube hasta el cielo y vuelve a caer negra, aceitosa, salta, aprieta, salto, la orilla, mujer, el vestido, vestido rojo, horizonte rojo, gritos, llegan otros, el colchón hinchable, los salvadores tiran del colchón hinchable, tres, tres vikingos con un colchón, jadeantes, silban, jadean, tiran de la camilla flotante, resbalan, zozobran bajo la ola, vuelven a coger el muñeco, el colchón se voltea, se escurre. La leche, el alquitrán, la tinta, el aceite, basura, orines, petróleo, el cielo en llamas y el mar hediondo, lo agarra, lo suelta, lo levanta, la ola, la leche brea tinta, tres y el doctor cuatro, cuatro esquinas, el colchón, una mano, la otra, izquierda, derecha, los sepultureros cambian, cambio, cambio de sitio, cambia el brazo, arriba, más arriba. «Ya está, tranquilo, te alcanzamos, listo, ya llegamos»... El salvador estrecha la mano del muerto, no la suelta...

Cuernos negros, la fiera, el remolino, las cuerdas del agua, la leche brea tinta, el cielo de leche, diluvio, licuado, cadenas mojadas, aceite, azufre, una franja, la franja azul, la orilla azul-rojiza, la mujer, ya está, la mano, sólo la mano, nada más, salto col, colchón, la lava subiendo, rechinando, listo, la orilla cerca, ¡ya! Desfallecientes los enterradores, los salvadores exhaustos, van a abandonar la cáscara de nuez, van a soltar la cuna, el colchón hinchable embestido por las olas, abortarán a la criatura codiciada por las aguas, tienen que salvar el pellejo, no pueden resistir más, ya no pueden más, resoplan agotados bajo el oleaje, atormentados, ciegos, vencidos.

Un salto, ¡una vez más y otra vez! El ruedo vocifera, clama, el público jalea. La última ola, la última alzada, los acróbatas se levantan de un salto. Desde sus hombros chorreantes bajan el colchón, el trofeo, el pepinillo en salmuera.

El agua se escurre del pelo y de los brazos de los héroes. Los forofos se agolpan para ver al recién nacido. Abren paso: entre el montón de curiosos avanza el fantasma Nana Mouskouri, apoyada en los brazos de las vestales. El gallinero sigue con la mirada a la *vedette*, que trastabilla, sacudida ahora, como una bisoña cualquiera, por sollozos y lágrimas.

El crío no tiene fuerzas para hablar. Levanta apenas una mano, intenta sonreír. Los fornidos atletas lo levantan en brazos, lo voltean boca abajo para que expulse el agua, lo acomodan en una sábana, su nuca cae como si fuera de plomo. Le traen una taza de café, un analgésico. Los curiosos han empezado a retirarse, se va quedando solo, se oyen los comentarios murmurados.

Fin de agosto, sábado, los relojes marcan las tres y cuarto de la tarde cuando se produce la resurrección. Mecido en los brazos tiernos de la mujer, el hombre vuelve a ver, finalmente, su semblante, pálido, afilado con el rictus de la tragedia, como de una viuda de la Antigüedad. Le sonrío en señal de reencuentro.

Había muerto, pero lo arrancaron milagrosamente en el último momento, el agua vuelve por doquier, gorgoteando, con falsas caricias, hambrienta. Olas vertiginosas, largas lenguas lascivas, el fondo. El cautivo se debate, se niega; las manos en alto, *la* mar ulula alrededor, indomable.

La playa estrecha y pedregosa se extiende al pie de un acantilado alto, de lodo. El sol se pone presuroso detrás del talud arcilloso. La pareja sube penosamente la cuesta haciendo largos altos. Se detienen de trecho en trecho, suben otro poco con paso cansino, hacen un alto y otro alto. Abajo, lejos, al pie del acantilado, la plaza agoniza bajo un cielo de fieltro.

La mujer sostiene tensa, protectora, el caminar del hombre. Se arrastran a duras penas por los senderos polvorientos que bordean el maizal, cruzan el ferrocarril, se meten por la corta calleja hacia el final del pueblo. Vuelven a ver el patio con flores y hortalizas. La casera, campesina, les sirve la sopa, el pollo asado, la sandía fría. El enfermo levanta trabajosamente la cuchara, renuncia, se retira. Cierra los ojos, se adormece. Sueño agitado. La ola

altísima, rabiosa, el cañonazo de agua, ahogos, el estómago envenenado, la respiración atajada por los remolinos omnipresentes. La almohada, esponjada, líquida. Se lleva de pronto las manos a los ojos como si le cegara la palidez de luna que se cuele por la ventana. Se escuchan los espasmos del mar estrellándose en el acantilado. La luna enfermiza se acerca cada vez más, mueca y frío en la ventana estrecha.

Están rendidos, asustados, se marchan al día siguiente muy de madrugada. El tren expreso para la capital, atestado, la gente viaja en los pasillos, apretujada entre orientales de tez morena que no paran de charlar. Al otro extremo del corredor alcanzan a ver al Águila con la tortolilla y sus pichones, esbozan un saludo cordial hacia la familia del Profesor, del salvador.

De nuevo en casa, los amplios ventanales parecen ser los de un sanatorio. Abren puertas, cristaleras, cambian las sábanas, se bañan, ponen música. Se acuestan temprano, y duermen abrazados, huérfanos, felices.

Es de mañana, lunes, septiembre ya está aquí... La ciudad flota en la luz tenue del otoño. Calles recién vueltas de vacaciones, el paso ligero de las mujeres bronceadas. Cordialidad latina de los hombres de regreso a sus quehaceres y sus bromas. La calle jovial, acogedora, los árboles melancólicos, un sol sosegado, el cielo neutro.

Debería llamar al Profesor, de vuelta, también él, de vacaciones. Nana se había preocupado de averiguar el nombre y las señas del salvador, debería telefonarle para darle las gracias, así es correcto, pero aún le faltan fuerzas para proferir las frases necesarias, no encontraría las palabras adecuadas.

Martes, hacia el mediodía, caminando por la calle delante de una tienda de muebles, el paciente cae derribado por un torrente repentino que pesa una tonelada. Dolores en todo el cuerpo, en la nuca, en los brazos, el estómago. Se desvanece, gritos, gente, el taxi.

Por la tarde llaman al médico.

La fiebre le dura una semana, el enfermo está postrado y el menor movimiento le provoca punzadas en el pecho, en los hombros, en el vientre. Le tratan de neuralgia, distensión muscular del tórax, infección estomacal.

—¿Se da cuenta, hombre, qué desastre está hecho el litoral? ¡Un asco! El año pasado vi, que dispense la señora, charcos de mierda. No pude bañarme más que una sola vez. Y, encima, aquel sábado desgraciado había tormenta.

¡Ya me imagino lo que habrá tragado usted!

El paciente respira poco a poco. Para darse la vuelta en la cama o para incorporarse se necesitan grandes precauciones. Los dolores persisten. El estómago, hinchado de larvas y vampiros, rechaza hasta la comida de dieta.

La convalecencia se alargó por muchas semanas. Debilidad pertinaz, sueño sobresaltado, las manos adelante como para proteger la cabeza de embestidas, gemidos, contracciones, vértigos fuertes y repentinos, como tienen los alcohólicos.

—En efecto, he escapado de las garras de la muerte. Inesperada prórroga. ¿Y ahora me siento acaso más fuerte? ¿Más distanciado, más cínico? Dispuesto a renunciar, dado el caso. Al salir de casa rumbo a su consultorio, he tenido la impresión de que desde una esquina de la pequeña calle oscura me observaba un señor impecablemente vestido. No es la primera vez. Si aquel rubio fornido viniese a decirme, por ejemplo, que en algún lugar se decidió mi supresión, o en fin, mi evacuación, mi desaparición, lo aceptaría sin pedir explicaciones. Sólo solicitaría un subterfugio. El exilio, digamos. No al paraíso del bienestar ni al mundo de todas las libertades, sino, supongamos, a Dahomey. A ejercer de cajero del Jardín Zoológico o Botánico. Entre gente con la que no me sea posible intercambiar ni una sola palabra. Tolerado, ausente, vegetal, satisfecho tan sólo en el anonimato de la canícula africana. Dispuesto a olvidar mis proyectos, mis recuerdos, mis sentimientos. Contentándome nada más que con el sol, las fieras de la selva, con las mujeres fáciles y el sudor.

—¡Venga, hombre, pero si usted dio prueba de una capacidad de resistencia asombrosa! —recalca el Profesor—. Un caso muy poco común: ¡mantenerse a flote tanto tiempo, sin saber nadar! Esto muestra un enorme afán de vivir. Ni siquiera tragó mucha agua. ¡Y qué lucidez! Le grité que me diera sólo la mano, que no se agarrase de mí. Le hubiese soltado para salvarme, no habría caso de hacer otra cosa. Eso ya sucedió con una amiga mía, hará tres años. En aquel mismo lugar. Hacía nudismo, estaba desnuda en el agua. La atrapó el remolino, allí mismo, y yo, al percatarme, salté a ayudarla. No tenía de dónde cogerla, estaba desnuda, se aferró a mi cuello, por poco me

estrangula. Me vi obligado a soltarla, si no, nos hubiésemos ahogado ambos. Figúrese, una buena amiga, se ahogó ante mis propios ojos. Usted permaneció lúcido. La elegía no es lo suyo. Usted es lúcido, es resistente...

La lucidez, claro, la resistencia y quién diablos sabe qué más. Y el agua, la buena, cantando por encima, gorgoteante. Aquella boca ávida, redentora. Sacar un brazo... Sin mayor desgarré anímico, sólo para un saludo, para la reconciliación.

¿Elegíaco? Quizá..., pero los débiles no son así, sino los lúcidos, que lo comprenden todo y los resistentes que encuentran la fuerza de admitir que ya no hay solución, ¡ninguna! Desvían la negativa o la llamada a una especie de apelación a nadie. Las súplicas, el delirio sonámbulo, ¿serán palabras erráticas, procedentes del sueño, del hechizo y del amor?

Se consideraba restituido a la realidad sólo parcialmente y para un castigo alargado, lento. Pero el Profesor era un interlocutor cordial, cultivado, con un agudo sentido del compañerismo varonil.

Los días y las noches vuelven a lo habitual. Los nódulos van diluyéndose, las aceleraciones aplanándose. Cuando el corazón deja de latir, en la pantalla las oscilaciones se extinguen paulatinamente, aunque el último punto sigue deslizándose un tiempo en la línea horizontal, hasta alcanzar la perfecta inmovilidad. El pulso lento, casi imperceptible, sigue sin embargo registrando vagos altibajos sospechosos, muy cercanos a la horizontal del reposo, todavía señala vibraciones sospechosas, pero mínimamente distintas de ella, aun cuando, a primera vista, parecen imperceptibles. De modo que no es precisamente la extinción, cabe barruntar aún ciertos crecimientos y caídas, pausas misteriosas, la espera, la flecha que se dispara, el punto rojo de la ruptura, la inflexión que cambia bruscamente de sentido...

El empleado parece recuperar, pronto, su ritmo y su contexto. La mirada indiferente apática, pero a la vez aguda, al acecho. Los días y las noches sin color los va escudriñando en las caras de los que le rodean, en su gesticulación programada, en los pequeños desvíos sospechosos.

Por las tardes estudia tomos gruesos que encierran las ecuaciones de lo cotidiano, normativas y disposiciones, instrucciones de uso, detalladas hasta las últimas consecuencias: cuándo puede tomar unas vacaciones, cómo utilizar la luz eléctrica y el inodoro, qué necesidades cubrir con un sueldo medio, qué

está permitido pensar durante la pausa del almuerzo, qué y cuánto puede expresarse en reuniones familiares, cómo marchar en fila y cuándo hay derecho a preguntar, por qué no se debe beber ni fumar ni codiciar, ni..., ni..., cuáles son los deberes y cuáles deben ser los ingresos y las propiedades de uno; y sobre las madres de muchos hijos, o sobre el impuesto de esterilidad; sobre la cantidad de carne que puede adquirirse mensualmente, sobre los contactos con extranjeros, sobre el permiso de poseer una máquina de escribir y sobre los barbudos sospechosos. Cuando se cansa, deja la biblioteca y sale a la calle, para ver las caras de la gente. Le atraen sobre todo los borrachos, las amas de casa, los chóferes, los niños, los sordomudos, los cocineros, la bohemia artística y las abuelitas, las putas y los chivatos de la policía, los curas y los basureros. Acecha las infracciones a la norma, los breves estallidos, lo normal que explota y se convierte en transgresión: que si fulano ha largado a su mujer, ha cambiado de ciudad, ha dejado la fábrica el manicomio el cuartel el teatro la asociación, que si habló en sueños descontroladamente, que si se negó a seguir pagando la cuota y quemó su carné del Partido, su uniforme, sus condecoraciones.

Contempla una y otra vez las frentes arrugadas de los heridos por la realidad..., el síndrome de la uniformidad y la falsificación, el ensueño y el pensamiento elevado hasta donde ya es imposible alcanzarlo. Ejercicios de reacomodo, rutina, las hojas del *impasse* propio, la higiene y la desesperación de lo cotidiano, el obrar en el vacío, la dejadez del sometimiento, la normalidad, su máscara enfermiza, exasperada y al mismo tiempo domada.

Volver a aceptar las colas para queso o manzanas, las mentiras de los periódicos, el hastío del trabajo, la falta del iluminado callejero, la asfixia en el propio domicilio. Subirse de nuevo a los autobuses atestados de cuerpos sudorosos, entrar de nuevo en las tiendas donde no se puede comprar más que tachuelas. Un atardecer borrascoso sentir en la mano el peso de una bolsa llena de botellas. Etiquetas humildes, rótulos falsos para un vino que no es más que vinagre de virutas podridas, y que tantas veces había jurado no volver a probar. Reiniciar la costumbre de saludar a su jefe, de contarle los últimos chistes sobre la familia reinante y sobre el partido en la granja de los animales, sin importarle que la alegría que demuestra el calvo no le impedirá informar como siempre sobre las impertinencias del otro. No hacer caso

cuando le miran fijamente o cuando le amonestan por alguna frase ambigua, olvidar tomar nota de las variaciones de precio, de los productos y de la diagramación, eso es el sentido de lo cotidiano.

Una tarde, sin darse cuenta, aprieta el botón del televisor. El tribuno, los funcionarios del aparato, los infantes ofreciéndole flores, los militares. Los mismos discursos, los mismos carteles, las mismas banderas. Se deja caer desfallecido en el sillón. El gangoso repite su tiránica amonestación, la misma año tras año. Años, cuántos habían pasado, y tan fugaces, toda una vida, desde que los micrófonos no hacían más que repetir la monótona paranoia. Mirada idiotizada, desidia, ¡que se vaya al cuerno! Sólo le opone el cansancio, no tiene fuerzas ni para apagar el instrumento de tortura, el abismo cretino del televidente que había vuelto a ser. ¿Un fracasado miserable, humillado su orgullo de pensar y de actuar? Conque eso se había vuelto, y tan pronto... Había resucitado, vivía, había reanudado el vivir, los reflejos, las muecas. ¿Reubicado entre sus semejantes? Perduraría, bien lo sabía, el fracaso actualizado una vez más a través de insulsas muecas infantiles.

Los lunes y los martes, y los bromistas de sus compañeros de trabajo, y los parques llenos de críos uniformados, y el ascensor estropeado, y las cloacas atascadas, y el correo violado, y el teléfono espía, y el vigilante rubio, moreno, pelirrojo, apareciendo cuando menos te lo esperas, los miércoles, los jueves y los viernes, las colas y las patrullas y otra vez el invierno, y los cortes de calefacción, y mantas y jerséis y otra vez es primavera, con bodas, bautizos y marchas, y otra vez el verano, y la canícula, y el racionamiento del agua, y otra vez el otoño, y las iglesias llenas y otra vez el invierno y otra vez el verano, y el circo, y la peste otra vez y otra vez.

Cuando oscurece, la ciudad apaga temprano sus luces. La noche se balancea sobre muros y sombras tullidas. Las estaciones y los días se devoran unos a otros, aburrimento vigilado. El administrador del edificio viene investido de nuevos poderes, los vecinos le halagan y agasajan. La estanquera se pone cada día más elegante e insolente, desde que los cigarrillos escasean y se venden con sobreprecio. Las dentaduras postizas y las casetes se encarecen, se llevan bigotes patrióticos y melenas a lo vikingo, en señal de iconoclasia las chicas universitarias suprimen el sujetador, se multiplican los filatelistas y los bordados en casa y las conservas de pimiento morrón, vuelven las marchas

guerreras, la prensa denuncia los comportamientos antisociales y los gustos refinados, las cantinas cierran a las ocho, igual que los cines, se promueven los coros, los dichos y refranes y los deportes nacionales, el dialecto somete a la dialéctica.

Los primeros días de otoño reencuentra en el espejo una figura derrotada del milenio pasado, el de la juventud. Terminada la jornada de trabajo, deambula por los arrabales, llega al barrio donde moran las sombras enmascaradas del pasado, el carnaval silencioso y triste de los disfraces del tiempo.

–¡Qué tarde tan espléndida..., una maravilla! –proclama desde el umbral de la tienda de empanadas o cervecería.

La regordeta jefa del local le mira ingenua y curiosa, como si no le reconociera.

–Vuelve el invierno. ¡El mar se congelará y ya no podrá ahogarme! – empieza a vociferar, de repente, hacia la divertida concurrencia–. Y si me ha devuelto a la orilla, ¿qué?, ¿qué gran cosa ha pasado, eh? ¿Acaso debería quedarme con la cabeza gacha y chitón y punto en boca, como vosotros? ¡No me asustan! ¡Ya verán! ¡Ya verán ellos quién soy yo! –grita desatado ante la gorda, que se ha quedado de piedra, sin poder recordar al extraño familiar–. ¡Ya lo verán, ya sabrán quién soy! –repite el atormentado adolescente–, ¡a mí no me asustan ni los siervos ni los fallos judiciales!

Luego más sosegado y paulatinamente más cauto: ¡A mí no me asustan...! No me asustan ni los siervos ni los fallos judiciales, repite en un susurro a guisa de despedida al oído de la monumental dueña.

Qué puede hacerse, qué puede hacerse, masculla el pasajero, avanzando con dificultad entre los cuerpos sudorosos dentro de un autobús lleno a más no poder. De modo que había vuelto a la normalidad, la norma, lo normal, eso repetía aturdido, sin cesar, bamboleándose de un lado a otro del autobús de la madrugada, qué puede hacerse, qué hacer de poderse... Conque se había recuperado, había vuelto a ser reconocible, había aceptado otra vez, juicioso, su silla, sus tareas profesionales, su sueldo, ya recuperado, apto para retomar sus atribuciones, el hedor agrio de las celdas de trabajo, cotilleo, regateo,

colas para adquirir aceite o botones o credenciales para estornudar o para palillos de dientes, las bromas vivificantes, el terror, y las cuotas que pagar para sobrevivir.

Las tardes, tierno momento de ausencia. Frágil, extiende a ciegas sus manos hacia la mujer... En la habitación se oye varias veces por semana el suave tintineo de su voz. De vez en cuando hasta se atreve a escrutar sus arrugas en sus gafas a lo Nana Mouskouri.

Conque va reingresando en las apacibles volutas de su edad aproximada. Rechaza la tragedia, acepta el cinismo del consumo de bagatelas cotidianas.

Vuelve a las comidas y los libros consabidos. Las píldoras y los pijamas son los mismos de siempre, va reconociendo las calles, la institución donde trabaja, las voces de los conocidos, los gestos de la mujer que tenía últimamente a su lado.

Nada, al parecer, recuerda el accidente olvidado ni los presentimientos no domados. Nadie de hecho le evoca el percance... El verano siguiente, sin consultarse con su compañera, cambian el destino de las vacaciones. ¡Irán a la montaña! Unas vacaciones incoloras, sin historia. Lo que para bastantes incluso representa la felicidad.

El atardecer... Todo caóticamente mezclado, ya recordaba cómo había sido esta mañana, cómo habían sido las horas que lo aplanaron entre sus rollos ruidosos convirtiéndole en una lámina abrasiva incolora.

Echado en el sofá, con los ojos cerrados, despertaba en el apaciguado ocaso de un día más. Las manos levantadas como para ahuyentar la sombra que le rondaba, zumbando, sobre la cabeza, para cogerlo. Se defendía con gesto infantil, sus palmas temblorosas en alto. Resguardándose del pico negro, puntiagudo... Se enjugaba el sudor de la frente y el cuello..., el fragor de las aguas aún retumbaba en sus sienes, no conseguía librarse.

Lo mismo le había sucedido hacía unos días, un miércoles del siglo pasado, al mediodía, cuando miró, pensando en cualquier cosa, la convocatoria para la reunión del sindicato y reconoció su nombre y su firma entre los de la lista; o por la tarde, en la calle, cuando de pronto escuchó a su lado la gangosa voz del borracho maldiciendo la *dictado*, así sonaba su

letanía, *dictado, dicción, dictadura, dictado...* Y en otra ocasión, cuando, caminando absorto, se dio de narices contra el grupo de chavales que brincaban alrededor de una boca de alcantarilla, junto a la estación del tranvía, acosando a una enorme rata negra.

Al mediodía, en la oficina, agachado sobre la superficie lisa de su escritorio, o por las mañanas, en el baño, suspenso de pronto con el cepillo de dientes en la mano, y sin reconocer al desconocido del espejo, y asimismo en sueños, una que otra vez, la ola le golpeaba de improviso. Ya no alcanzaba a reaccionar. Volteado, cubierto por el bramido, titubeaba intentando aferrarse con las manos, para sostenerse, al borde de la mesa, al picaporte, al espaldar de la cama que zozobraba, brincando como una cáscara de nuez aturdida por el tronar de la tormenta.

Con el tiempo tales recaídas, que desembocaban en apatía y crisis de vómito, se espaciaron.

El cautivo tomó la paradójica decisión de contraatacar. Lo decidió de repente, la mente despejada y firme. Llamó por teléfono al Profesor que en aquella ocasión le había salvado del ahogo. Sin rodeos y sin liarse en preámbulos convencionales, le pidió pura y simplemente las señas de la piscina donde el distinguido caballero acudía dos veces por semana. Así que había instructores, el agua era limpia, iba poca gente..., magnífico.

El paciente se acomodó enseguida a su papel de aprendiz tardío. Logró hacer caso omiso de sus condiscípulos. Siguió aplicadamente el curso y, en pocas semanas, pudo controlar la respiración y coordinar sus movimientos. Cuando llegó a hacer dos largos de piscina sin interrupción consideró superada la etapa.

Entre los señores que en la sala contigua se dedicaban a la gimnasia de relajamiento volvió a dar con el excelso profesional y humanista. Desde allí las charlas con el Profesor evolucionaron hacia un agradable compañerismo. Se citaron en alguno que otro concierto, en tiendas de discos. El Profesor era un melómano exquisito. ¿Y la miseria de los sofocos diarios, y el tortuoso túnel de la espera confusa que se tragaba el descontento y los planes de futuro? El paciente se estaba percatando de que existía un paréntesis terapéutico, una modalidad de ignorar la realidad. Era el régimen de la evasión revigorizadora, o sea la música, el deporte: escudos cordiales que hacían posible el

abstraerse, la serenidad... Ello requería, empero, disciplina, humor, naturalmente, y también egoísmo. No estaba muy seguro de que, a la larga, pudiera mantenerse dentro de esta especie de alienación tónica, ni podía descartar el que, a la postre, tantas remisiones y supercherías acabaran por estallar y su explosión resultase aún más peligrosa. Sin embargo, se iba adaptando a esta «solución de indeterminación», como solía llamarla el Profesor, quien se esforzaba por persuadirle de que aquello no significaba eludir la esencia, sino reinventar las oportunidades para llevar una existencia verdadera, sustancial.

Por un tiempo, en efecto, tales trucos le ayudaron a alejar razonablemente los días sacrificados en aras de la nada.

Un verano resolvió volver a la costa, a aquel aislado caserío de veraneo. Se consideraba preparado para ello, así que salió para allí presuroso y libre de emociones. Llegó por la tarde. Se instaló en casa de una viejecita que sólo tenía una habitación para alquilar, lo cual le convenía pues le eximía de vecinos. Permaneció en la casa hasta entrada la noche. Salió tarde, cuando la oscuridad ya había caído sobre la aldea. A duras penas se podía caminar por las callejuelas llenas de baches y pedruscos. Un rato se movió a tientas, luego se orientó hacia la izquierda, desde donde parecía llegar el susurro leve y soñoliento del mar. Avanzó en la dirección correcta, pues las olas se oían con precisión cada vez mayor. No se acercó demasiado. Se limitó a escuchar, perfectamente relajado, la serenata nocturna. Volvió a su pulcra habitación, de paredes recargadas de iconos y fotos. Se quedó dormido al instante. Por la mañana despertó descansado, sereno.

Como en otros tiempos, la playa estrecha y pedregosa sólo acogía a algunos grupos dispersos. Extendió su sábana cerca del agua. Sol tamizado, calor templado y dulce, mar cristalino. El Profesor no estaba entre los veraneantes. Ese refugio no dejaba de ser, como antaño, un espacio que ofrecía reposo. Los cuerpos desnudos compartían esa especie de compañerismo que otorga la complicidad ingenua, un moderado desafío a las costumbres constrictoras. Hombres y mujeres olvidándose de la vestimenta, deporte y picardía; modesta liberación de temporada; terapia de la neutralidad, cuyos efectos relajantes volvió a sentir con sorpresa.

Dejó pasar unos días sin entrar en el agua. De vez en cuando la miraba con una sonrisa pueril, indulgente. No entabló siquiera mínimos diálogos con los demás. Permaneció a solas entre revistas y periódicos. Junto a la orilla donde *la* mar le esperaba, en calma.

Hacia la hora del almuerzo, el cielo se nubló. Entonces, de pronto, el indeciso se decidió, se metió en el agua. Avanzó unos pasos, con prudencia. El agua abrazó lentamente sus hombros. Dio otro paso, perdió pie. El agua le volteó bruscamente, echándosele encima, cubriéndolo. Forcejeó, chapoteó con las manos, movió los pies, sacó la cabeza. Los de la playa no parecían haberse enterado de lo que estaba pasando. Metió la cabeza en el torbellino: resoplaba desatado, escupía chorros de agua, dio una voltereta ruidosa, golpeando la ola con sus brazos. Afuera sólo se veían sus dedos, descendía. Emergió de nuevo..., al parecer los de la orilla empezaron a agitarse. No, no se preocupaban en absoluto. Cayó de nuevo, como un cadáver, vio a los salvadores correr por la orilla. No, los salvadores no hacían caso del payaso. Descendió de nuevo hacia el fondo, cada vez más profundo, y luego regresó a la superficie, fatigado, flotando victorioso y tranquilo sobre el espejo del mar.

Repitió la pantomima también los días siguientes. Los espectadores se habían habituado al pueril número de acrobacia acuática. El imprudente reiteraba el juego yendo cada vez más lejos, hacia alta mar, ensayando saltos y caídas cada vez más complicadas. Podría ahogarse de veras, no era el típico nadador con ganas de alardear. El accidente no se hubiera podido impedir, pues el público seguía las piruetas del payaso con una mirada aburrida y nadie se habría percatado a tiempo del peligro.

Una tarde, el espejo alargado y sucio de la habitación de la vieja le descubrió la herida. Un cuerpo despellejado o quemado, según un extraño patrón modernista. Se palpó las manos, estaban intactas. Sólo en la frente y en el cuello descubrió manchas blanquecinas: huellas asimétricas, alargadas.

Al día siguiente, y el siguiente al siguiente, se quedó en la habitación. Las manchas desaparecieron. Asustado, hizo sus maletas y al anochecer partió de vuelta para casa. Llegó muy avanzada la noche. Durmió mucho y profundamente. Despertó al día siguiente al mediodía. Se examinó la piel. Las manchas iban desapareciendo. A la tarde, la primera impresión se le confirmó,

las manchas se esfumaban. En efecto, lo blanquecino se llenaba de color poco a poco. Al cabo de unos días apenas se distinguía la diferencia entre las manchas y la piel bronceada.

Llamó por teléfono al Profesor y le contó sus inquietudes. Quizás el agua sucia, alguna extraña alergia... No, sin embargo el mar estaba limpio, transparente. Cuando el efecto desaparece pensamos en la causa inexistente. De modo que el agua, sin embargo... Si quieres comprobarlo, vente con nosotros, viajamos pasado mañana. A lo mejor en el ínterin se habrán ido las inmundicias del mar. Por si es ésta la causa... Ya sabes, los desperdicios de los buques, algún escape de aceite, vertidos químicos. Como aún le quedaba una semana de vacaciones, aceptó la propuesta.

En el cupé del tren, el Águila, la tortolilla y los pichones formaban un equipo alegre. El solitario ni se enteró de cómo pasaron las horas del viaje. Por la tarde, estaba nuevamente instalado en casa de la campesina lipovana,* que lo recibió sin preguntas y sin abandonar sus tareas del huerto, señalándole con un breve gesto la puerta de la recámara, como si hubiese estado convencida de que iba a volver o como si no hubiese notado que había faltado algunos días.

A la mañana siguiente, el Profesor y su familia, camino de la playa, pasaron a verlo. Los estuvo esperando en la puerta, observándolos de lejos, alineados en fila de a dos, la niña con el águila delante, el chico con la mamita detrás, armados de palos para la carpa, bolsas, pelotas, cometas.

El día se anunciaba agradable. El sol blando, el agua quieta. Se instaló cerca del cuarteto, en un extremo donde la playa se estrechaba.

La familia del Profesor encontró muy pronto conocidos, que iban y venían en grupos. Le dejaron a su aire, tumbado un poco más adelante, sobre la sábana azul, con la cabeza apoyada en una pequeña almohadilla de caucho.

—¿No te vas a meter en el agua? —le preguntaron uno a uno, primero el Profesor, luego la tórtola, después el chico, quien, según le habían dicho, iba para pianista.

Masculló que lo dejaba para más tarde y retomó su pose soñolienta, echado de espaldas.

Cielo ligeramente encapotado, blando. Hacia la hora del almuerzo el mar se oscureció. Oleaje bajo, gruñidos, breves gemidos ahogados. El sol ardía, aun filtrado por una transparente telaraña blanquecina.

El barbudo no entró en el agua. Se retiró antes que los demás y, con paso cansino, se encaminó hacia la casa de la anciana. Ya en la habitación olorosa a lavanda y a vejeces, al someter su cuerpo a un examen minucioso advirtió la presencia de una decoloración apenas perceptible en la piel de los brazos y de los hombros. Como si alguien le hubiese desollado pequeñas porciones de la epidermis.

Tampoco nadó al día siguiente. El tiempo seguía muy bueno. Alargó el rato de remoloneo en la playa. Ya se retiraba tarde, junto con los otros, al ponerse el sol.

En casa, el espejo reflejaba manchas más extensas en todo su cuerpo. Al anochecer salió de paseo con la armoniosa familia. Después charlaron de cualquier cosa hasta tarde, sentados como campesinos, fuera del patio, en la banqueta que había delante de la puerta de la calle.

Se levantó muy de madrugada. Salió al patio, animado. El aire fresco, el perfume de las flores del jardín... Con el agua fría del pozo se lavó todo el cuerpo estampado de manchas blancuzcas que le habían invadido el cuello, el mentón, la frente. Anonadado, se tumbó sobre el borde de la cama y permaneció allí un tiempo indeterminado. Acariciando sin parar el áspero tapiz campesino de lana gruesa con que se tapaba. Al cabo de un largo rato recogió sus pocas pertenencias, las metió en la bolsa de viaje, dejó sobre la mesa el dinero acordado con la casera y se marchó.

Regresó también al verano siguiente. Un verano tórrido, incendiario. Las manchas reaparecieron de inmediato. Abandonó la contienda.

Volvió, pese a todo, a comienzos del otoño. Los días despejados, el sol adormecido y tierno. Un escenario solitario para veraneantes rezagados.

La mano derecha cubierta hasta el codo por un fino guante blanco de seda, con huecos diminutos. Por el cuello manchas de un palmo de ancho, color tiza: una membrana estrecha, la impronta de un intento de estrangulamiento. La rodilla derecha envuelta en una gasa, marcada por huellas de clara de huevo congelada. En la sien izquierda, el blanco parecía una marca antigua de matasellos. En la nariz, un emplaste blanco, alargado

hasta el orificio nasal izquierdo. Manchas asimétricas, sin sentido, largas y angostas o anchas, que ora parecían huellas de pezuñas de toro, ora hojas de algún árbol exótico.

¿Era acaso el traje de un payaso leproso, expulsado del *cabaret* de la comunidad?

Sesiones disparatadas de natación. Lanzándose estruendosamente al mar, buscando el fondo, dejándose devorar por las olas. Emergía de nuevo, relajado e indolente, en algún punto, mar adentro, o chapaleando cerca de la orilla junto a viejecitas enclenques. Desmayos, malabarismos, mareos, tropiezos, hundimientos, ya ni sabía cuándo eran de veras y cuándo fingidos.

La mar, a lo lejos, se cubría de herrumbre y se volvía infinita, alta, sin que nadie pudiese hacerle frente. Cada vez, el atrevido parecía provocar y burlarse del peligro.

Se aburrió empero pronto.

El último día, contempló inmóvil, desde la orilla, el horizonte.

Ya no reincidió en semejantes frívolas mistificaciones juveniles.

Se sumergió en el monótono horario laboral, aceptó los días fraccionados. Cadencia resignada, pulso reglamentado. Ascendía escalón a escalón. Congratulaciones, integraciones, promociones. Se afincó, huraño, en la diligencia y su debida remuneración.

Su maniobra no despertaba, al parecer, sospecha alguna entre amigos ni entre parientes. En los cuadriláteros de los empleados, donde pasaba la mayor parte del día, su cambio ni siquiera fue advertido.

Al cabo de algún tiempo, tan acostumbrado estaba consigo mismo que ya no registraba ningún desarreglo remanente; fue entonces cuando empezó a preguntarse si acaso él mismo no se hacía culpable por omisión. Quizá no había notado la inquietud de sus allegados. ¿Sería posible que nadie hubiese manifestado, en ningún momento, un atisbo de curiosidad? Constató que, de hecho, hacía mucho que no salía con los amigos y que había interrumpido poco a poco las relaciones con los escasos familiares que le quedaban. Intentó, sin excesos, reanudar los contactos. Sin éxito. Volvió a ver a uno que otro, a grandes intervalos.

Luego de algunos de tales encuentros, breves, convencionales y silenciosos, a los que de hecho renunció pronto, le dio por observar con mayor cuidado a sus compañeros de trabajo. Sus cambios apenas visibles, distintos de los suyos y sin embargo análogos, de un modo turbio y doloroso. Como si cada uno, según su carácter y sus posibilidades, reaccionara a una amenaza difusa. Cada vez más clara, persistente, como la contaminación del aire, que en su inicio es casi imperceptible. Efectos pérfidos, de incubación latente, migrañas, asma, sensibilidad de los bronquios, letargos transitorios, algo no definido pero reconocible, agresivo, hostil, provocando el desencadenamiento de la enfermedad ya imparable.

Señales viejas o nuevas, uno ya no se daba cuenta..., las degradaciones potenciales se hacen patentes en su fase crónica, irreversible. ¿Sería la edad, con su desmoronamiento inevitable?... Pero no pueden haber envejecido todos de golpe. Y, por otro lado, muchos ancianos se oponen con mayor vitalidad al declive, son dinámicos, optimistas, como si la carrera acabara de empezar.

¿Por qué tan reticentes los viejos amigos, por qué tan artificial y lacónico el diálogo con los familiares? Es que no tenían ganas de ver a los otros porque, en general, no tenían ganas de nadie ni de nada. El todo del que no eran más que migajas, y al cual ya no se remitía sino globalmente, estaba en cada uno.

¿Confusamente, no estarían todos achicándose? ¿Y él no sería acaso uno de los tantos que disimulaban como mejor podían los efectos individuales de una reacción generalizada?

Como un encogimiento, doctor, una especie de funcionamiento a medias, a un cuarto de la capacidad normal. ¿Una espera sin fin, decrepita? Un desmayo a medias, un despertar incierto. Una espera arrastrada, hasta que llegue la hora de comer, luego la tarde, el domingo, el día de cobro, las vacaciones, la jubilación, la quietud, el enmudecimiento, la paz última. ¡Y sin embargo estábamos trabajando, produciendo, avanzando! Comprimidos, aplastados bajo algo invisible pero siempre perceptible, duradero y enorme. Como si uno no pudiese existir dentro de aquella concha gelatinosa, estrecha, engañoso refugio. Para colmo, ese perpetuo aplazamiento hasta parece soportable, tan anonadados se sienten los cautivos. ¡Ésta es, pues, la elegía!..., una desviación compulsiva de la canción que no puede llegar a marcha de

combate ni a plañido funeral. Sólo puede ser un balbuceo envenenado, rendido. Esto es todo lo que resulta de la descomunal compresión, pues de no ser así los guardianes ni eso permitirían, ni una señal, nada, nada. De un tiempo a esta parte ni la astucia basta para inventar soslayos. Se pierden los instintos vitales, ¡sí señor! Conforme nos aplanan los tiempos, nos ponemos elegíacos, es el último gimoteo o la última señal de que aún existimos.

He trazado un gráfico con todos los puntos y las trayectorias, doctor... Helo aquí: la *camarada B.*, mi suegra, devorada por sus propios camaradas de combate sedientos de poder. *Ela*, su hija, apasionada, sensual y frágil, quien se sumió en las ondas marinas como en un acoplamiento sexual sin fin, definitivo; así la había soñado *Tania*, su hermanita casera y comilona, refugiada luego en la beatería como una asceta maniática. *Pacoste*, el acusador público pálido y pérfido, que fue a parar a un manicomio; el colega *Ion*, tan agobiado por normativas y avisos oficiales que ya no alcanza a mirar siquiera a las *vedettes* desnudas cuyas fotos él mismo había pegado en su mesa de dibujo, cuando aún se jactaba de sus proezas varoniles; el colega *Marín* y la vecina *Vasilica*, la cerdita, y el chófer *Gica*, todos aplanados, agrios... Incluso usted con sus interrogatorios y su terapia de la serenidad, obtenida y pagada con tantos oscuros disfraces.

He señalado en el gráfico edades y circunstancias, las que conocía, buscando en la voluta de las curvas, como en matemáticas, el cierre de la curva o una representación acumulativa, sintética.

Al fin y al cabo, para descubrirme a mí mismo, por supuesto..., la curva de la función se ha modificado: ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿por qué? Para comprenderme a mí mismo a través de ellos y en relación a ellos. Para darme cuenta de la inflexión que convierte una marcha fúnebre en elegía, y luego en rumba, en tango, en banda folklórica tocando en grotescos funerales. Aquel punto... La curva ha cambiado bruscamente de dirección en el momento mismo en que comenzaba a ascender; pero ¿cuándo cambió de sentido, dónde localizar el punto extraño, el de ruptura?

La cafetería se convirtió en tasca, luego en cantina, y luego en tienda de empanadas, pero ofrecía los mismos licores fuertes, químicos, rara vez se encontraba alguna empanada o un *croissant*. Las chicas de la barra

interrumpieron su cháchara al percibir la presencia del elegante cliente. Apareció la encargada, una mujer regordeta, alisándose la cabellera negra y brillante.

–¿Ya no me conoce? –le preguntó el distinguido caballero, al cabo de una media hora, tras haber bebido con la camarada jefa unas dos copas brindando uno a la salud del otro.

Perilla acicalada, maneras de otros tiempos, traje correctamente cortado..., todo un señor. No podía andarse con evasivas. La camarada, amedrentada, se alisó el atuendo.

–¡Cómo no! Me acuerdo de cuando pasaba usted un tiempo por aquí en compañía del profesor... –balbuceó, sudorosa, la jefa del local.

–Cierto, después de nuestros paseos llegábamos hasta aquí. Aquel profesor que hacía tantas preguntas y me acostumbró a las caminatas. Sería pedagogo, pianista, desocupado, vaya uno a saber... Pero yo a usted la conozco desde mucho antes. Había iniciado la carrera de Leyes, querida...

La mujer-tonel se quedó boquiabierta mostrando su dentadura amarillenta... Hurgó en los bolsillos del delantal en busca de sus gafas.

–Sí, es verdad, Leyes... Se me hicieron muy difíciles; no iba conmigo trabajar de juez, o de fiscal. Y eso que tenía «antecedentes políticos sanos», como se decía en aquel entonces, a pesar de que mi pobre madre...

–Lo sé, lo sé, lo entiendo... –la calmó, condescendiente, el desconocido.

–Pero no pude, juzgaba los casos al revés de lo debido, más bien sentía lástima. Lo que me decía mi corazoncito que era lo justo. No, lo de Leyes no me iba. Me echaron; de todos modos, no daba la talla, y encima soy compasiva, como le decía, y eso no casa con esa carrera.

–Oh, me acuerdo, ya de joven tenías tales debilidades. –El señor echa otra ronda en los vasos altos–. Conque aquí has venido a parar... ¿Te gusta? ¿Te sientes bien?

–Qué quiere que le diga... Harto sufrí hasta que alguien me consiguió este puesto. Las chicas son buenas personas, se está como en familia. Puedo seguir con mi fe, que no molesto a nadie. La pena es que no tenga con qué cocinar. De no ser por eso, me gustaría más, pero no hay con qué guisar, como bien sabe. Lástima, toda la vida me ha encantado la cocina...

—Por supuesto, ¡tus hojaldres! Pastelillos, bartolillos, *strudel*. ¡Tu famosa tarta de nata «Siberia»! Así la llamaba yo y todos nos reíamos a carcajadas. La madre, las hijas, el yerno, como si estuviésemos en familia..., sólo que la madre no sabía qué era ser madre; el yerno no era yerno, y las chicas, ni qué decir, no compaginaban, como bien dices.

Estas palabras tuvieron un efecto tremendo. La mujer se puso blanca y empezó a frotarse las sienes con las palmas de las manos. ¡Ay, huy, corazón de Jesús!, se persignó un par de veces, mascullando algo incomprensible. ¡Ay, mire, no darme cuenta! ¡Vaya, fijese, no reconocerle! Y sorbió de un trago el vaso con licor vietnamita.

—¿Sabe?, me han entrado escalofríos... No por lo de mi hermana, la pobrecilla, que encontró la paz, así espero, allí, en las santas aguas, sino por la criatura aquella, el bebé que nació muerto. Que la desquiciada de mi madre lo dejó en la nevera, así se decía... ¡Soy una tonta de capirote! ¿Por qué me dio por hablar de esa historia? Es la emoción, ¿sabe?, me altero muy fácilmente. Pero ¡qué cambiado está! Las barbas, la ropa que lleva, ¡huy, huy! ¿Cómo no me he dado cuenta de que era usted?...

Brindaron una vez más y otra vez, chocando los vasos. Sonreían, el licor verde, insidioso, perforaba cualquier reticencia. La camarada gerente de la cervecería, de la tienda de empanadas, o lo que fuera, a duras penas se contenía para ir corriendo a comentarlo con las chicas, ¿a que no sabéis qué sorpresa? Huy, huy, venid que os cuente, es increíble..., se secaba las manos sudadas en el moño negro, perfecto, brillantado.

—¿Y cómo le ha ido desde entonces...? ¿Cómo te las apañaste?... Bastante bien, según veo, felicidades, cuánto me alegro...

—Lo que no se ve, no cuenta, querida, tienes perfecta razón. Lo épico, las rúbricas a rellenar para el expediente del departamento de personal, esto cuenta. Tu terrible madre dejó que me escapara por entre sus dedos, cuando ella resolvió escaparse de todo. Tiempos nebulosos. No me golpearon más que a otros. Soy ahorrativo, tengo un buen sastre, respeto las reglas de tránsito, voy a mi empleo, me vuelvo cada vez más feo, con tal que no se note demasiado. Nuestro país hermoso, parsimonioso..., hubiésemos podido vivir como gente entre bromistas y resignados. Pero ¿qué diablos pasó, que todo se atascó...? Por todos lados crepitación y herrumbre. Las ciudades enterradas, el

cielo ennegrecido, el campo languideciendo, desierto. Ya no podemos alcanzar lo normal, tomar aliento. Por poco se me olvida: ¿sigues yendo de vacaciones al mar? ¿Te acuerdas cuando...?

–Huy, el mar..., ¡de eso ni me acuerdo, palabra! ¿Qué iba a hacer yo por ahí, pobrecita de mí? No ve que..., ¿cómo lo ha dicho?, que el campo languidece..., sí, sí, esto, muy bien dicho –repite la santona, obnubilada por las palabras atildadas del cliente, quien, mira pues, casi ha vaciado la botella y, desabrochándose el abrigo a pesar del frío, empieza a exaltarse, sin ton ni son...

–¡Me tienen sin cuidado sus advertencias!... Y si estuvo a punto de ahogarme, ¿qué? ¿Qué pasa? ¿Eso quiere decir, acaso, que no puedo acercarme a ella, a *la* mar, nunca más, que ya nada tengo que hacer por allí? ¡Un payaso! Un payaso que hace de cadáver, ¿eso soy? ¿Y qué si me rechazó, me ahogó y me mancilló?

El hablador vociferaba hacia ningún lado, nada podía compararse con su noble figura flácida. Hacía esfuerzos por encender un cigarrillo sin conseguirlo, tía empanada se mantuvo quieta como una santa, se hacía punto en boca, huy, huy, no fuera a escapársele alguna impertinencia, que cuando alguien está de morros, no hay que atosigarle.

Te das cuenta de que no tienes ninguna posibilidad, pero tampoco quieres abandonarlo todo del todo, ¡y entonces te dedicas al circo, al corte de mangas, a las caídas de culo! Lo he intentado muchas veces, Profesor..., y en efecto intentó una vez más explicarse la noche en que por casualidad se topó con el amigo y salvador, a quien no había visto desde hacía mucho tiempo, en la entrada de esa misma cervecería de arrabal.

Hermosa tarde, hacía fresco y dentro no había nadie. Se podía hablar libremente, como de hecho lo hicieron, en la terraza de aquella taberna pobretona, contigua a un barrio nuevo, de edificios tipificados.

–¿Y los sueños fantasmagóricos, y la nostalgia nebulosa de alejarse? ¿Y los embusteros garfios polícromos de las especulaciones abstractas? No he vuelto a encontrarlos, por supuesto. En la orilla colonizada del mar no hallaba sino grupos estándar. Ni uno de los jóvenes furiosos de antaño, ningún practicante de la dialéctica de una madurez escéptica y sabia. Extraños, todos. Yo mismo había perdido al que, dentro de mí, podía idear preguntas e ímpetus.

Hubo asimismo, como bien sabe, lo irrisorio, el último intento. La imposibilidad de cualquier escapatoria: la procacidad, la parodia. Después de ello la inercia, mayor que nunca. Convoyes rodando... Nunca más me hubiese acordado de mis locuras que me costaron tantas angustias si no me hubiese dado nuevamente de narices con usted, en esta tarde sospechosa. Tuvo la insensatez de desempeñar el papel de mi salvador ilustrado y telegénico..., la patética pantomima. Hace ya muchísimo, cuando aún creía en castigos rápidos y justos.

Alrededor no había nadie, o había, vete a saber. Le hablaba a alguien, o a las sombras, o a nadie, vete a saber.

—Qué tarde estupenda, Profesor..., una maravilla, como si llegara el fin del mundo, ¡y sin previo aviso! Mirar fijamente el cielo, las estrellas, su hermoso pelo cano, su nariz aguileña con la que usted desafía a nuestro mundo de prisioneros, enanos y bromistas.

De pronto, el giro. La despedida. Un paso, uno más. Firmes, iguales. Ninguna señal de titubeo, de vacilación.

En efecto, se subió al primer trolebús, cambió de vehículo en la parada de la universidad. Llegó a la estación, averiguó por un tren hacia el litoral. Había sólo uno dentro de siete horas, la temporada veraniega había concluido, el primer tren salía al alba.

No, no tenía paciencia para esperar tantas horas en el andén desierto y frío de una estación tenebrosa. Sería necesario volver a casa, acostarse, levantarse muy de madrugada, quién sabe si se acordaría entonces de este proyecto espontáneo, urgente.

Dio unas vueltas por la estación, aburrido. No tenía ganas de renunciar... Finalmente se le ocurrió que quería hablar con alguien. Se acercó a la cabina telefónica. Permaneció unos minutos indeciso, huérfano. Se acordó, al parecer, de un número... Empezó a marcarlo lentamente, emocionado.

¿La hermosa mujer con quien compartió la incierta etapa de vuelta a la realidad? Su pareja, sí, su quimera, sí, espera y contemplación y cuerpos hambrientos, devorándose, más y más, aullidos de gozo y de soledad. Tantos años, miedo, artificios, todo revuelto, sumisión, terror, hastío, droga, vicio, rebelión, suicidio, nuevamente el miedo, sueños, disputas, recuerdos, aturdimiento, hastío e insomnio, otra vez el suicidio, igual: brusco,

imprevisible, impredecible, incomprensible..., todo esto te lo contaba a ti, Nana, te parecía increíble. Me enjugabas la frente como a un niño, me asegurabas que ibas a tomarme de la mano y a guiarme hasta entrar en el mundo cálido y hermoso de la realidad. Eso decías, las manos me temblaban, cansadas ya desde entonces. Luché, ¿te acuerdas?, uno, dos, tres, cuatro, a ritmo sostenido, como un valiente lobo de mar. Me debatí, las olas me cubrieron pero no me derrotaron. Aguanté, resistí, pese al remolino hostil encima de mi cabeza. Uno, dos, tres, cuatro..., eso es. Después siguió la así llamada normalidad. La pacificación, la readaptación. ¡La arrugada madurez! Sin saltos, esperanzas ni tragedias. Normativas, leyes, medicinas, tarifas, túneles, carruseles. Granujas y paletos nos enseñaban cómo late el corazón de la realidad. Cálido, engañoso, hermoso, apestoso...

Así: dos, cuatro, ocho, cada cifra el doble de la anterior, ése parece que era el número múltiple, dos, cuatro, ocho, duplicados los canallas y la bofia..., ahogo, piel desollada, el cólera. Colgó, el teléfono le devolvió la moneda. Marcó otra vez el número. Lentamente, con cuidado y atención... ¡Te lo voy a contar todo, Nana, sí! Después de marcharte tú o de haberte echado yo, los bribones, los pícaros de mucha labia, los parientes y los compadres, los medianeros y las patronas de casas de putas han llenado la Tierra. ¡Terrible chusma! Malabarismos, chanchullos, adefesios. Uno, tres, dos, cuatro, ocho, nos contestará una voz extraordinaria, Nana, así adulaba yo a esa pintora, Nana Mouskouri, así halagaba a esa magnífica mujer, a esa artista frágil, cálida y protectora. Delicada, bella, escondiendo sus profundas ojeras azules bajo sus inmensas gafas de *vedette*..., sí, Nana, se han multiplicado los estándares, las multas, los chivatos, las marchas, los mediadores, los malabaristas, sólo tú sigues igual, Nana, en la pantalla inmóvil de la memoria, tú, con tu tarifa planetaria, que un pobre telespectador como yo no puede permitirse.

Se oye en el auricular el prolongado sonido del timbre. Una y otra vez, hace tiempo que ya no existirá ninguna Sultana, Manana, Sorana, o cómo se llamaría aquella tierna muchacha dispuesta a salvar al extraviado y a resguardarle en su corazón que dibujaba, pintaba y reanimaba constantemente en sus acuarelas y témperas.

Tierna tentación, voz ardiente..., mírala cómo despierta, empañada, del marco de un retrato perdido y muerto. Vacila, asustada, amparada aún por su largo sueño, lejos de las olas negras que me asaltan, me cubren. Lo cierto es que, por fin, alguien se puso al teléfono. La mujer respondía con evasivas. Un dilatado dudar, susto, balbuceo, mas la noche aclaraba poco a poco la sonoridad, la voz susurraba tenue, emoción, sorpresa.

Conversación enredada, silencios y cautela. El trovador nocturno no conseguía convencer a la desconocida de la apremiante necesidad de salir de inmediato para el mar. La interlocutora le anunció que a esas altas horas de la noche estaba cansada, pero no logró aplacar la urgencia de sus súplicas. Lo venció la contrariedad con que se enfrentaba la mujer. Incómoda, al parecer, por la presencia cercana de otro. Había alguien más ahí, en la habitación..., claro, los años habían pasado, las edades, el siglo, no se podía esperar todo el tiempo que hiciera falta; sobre todo éstos, los artistas, frágiles, solitarios, inquietos, exagerados, necesitados de afecto y de descargas veloces, frenéticas; que sí, no se podía aguardar hasta el infinito.

De hecho, no fueron muchas las palabras que intercambiaron. No se llegó a los recuerdos sobre el ahogo ni a otras intimidades, ni a lo que siguió después: dolencias de la piel y del carácter. Una conversación confusa y cauta. Como si no se reconocieran o como si él hubiese dado con alguna otra, quien no se atrevía sin embargo a cortar la llamada que le llegaba desde lo ignoto, y encima a semejante hora, por parte de una voz vulnerada, infantil.

El único detalle concreto sobre el cual la mujer aceptó una relativa comunicación fue un comentario sobre la película de gran éxito que ponían en esos días. Ella la había visto esa misma tarde, en una de las salas de cine céntricas, una película relajante. Relajante, así dijo..., había conseguido relajarla, tranquilizarla. Relajante, que sí, ya que aceptaba el alargamiento de este insólito requerimiento nocturno, surgido en medio de la paz del sueño entre dos días. Relajante, cómo es posible que se hubiera acostumbrado Nana a tales palabras, a semejantes frivolidades del lenguaje, justamente ella, quien...

Finalmente, el pasajero fracasado dejó de insistir. Obtuvo la promesa de que la mujer volvería a ver la película recomendada, con él, la tarde siguiente. Ese pacto le hizo abandonar sus insistencias, y también le dispó la amargura

de no ser capaz de llevar a buen término su inmediata, implacable necesidad de viajar. Fue en realidad una suerte de alegría imprevista, pues había oído de nuevo la palabra *cine*...

¡Había olvidado esa palabra desde que no iba al cine! De manera que existía aún el cine, todavía la gente hacía cola para sacar entradas, se alineaba quieta y fresca en las butacas para seguir la historia. Esa noticia le calmó de repente, desplazando, al parecer, cual por un inexplicable encanto, la agitación excesiva que lo estuvo agobiando tantas horas y que todavía le molestaba.

Al día siguiente faltó al trabajo. Se desperezó largamente, se acicaló con minucia en vista de la cita.

Nana no apareció a la hora acordada delante de la sala de cine. Entró solo, se sentó, la película acababa de empezar. La comedia consiguió seducirle. Se descubrió riendo a carcajadas, no podía contenerse. Cuántos años hacía que había olvidado que se podía reír... No tenía más tiempo ni fuerzas para detenerse. Se le iban las lágrimas, no podía hacer nada más que sacudirse ruidosamente como un poseso. En vano los espectadores a su lado se movían irritados, no podía parar de reír.

Sus entrañas se bamboleaban en desorden, en los espasmos de esa frenética crisis de alegría. Al cabo de un rato empezó a sentirse mal, no resistía más... Abandonó la sala una media hora antes del final de la sesión.

Afuera hacía buen tiempo. Miraba ahora, más sosegado, la calle. Sonreía, acordándose de las sabrosas escenas cómicas. Pero el dolor persistía. También asomaba una sensación de náusea. Dentro del pecho la garra se le clavó profundamente, le oprimía.

Latido cortante, quitándole el aliento. Se agachó, golpeado por la ola, se aferró unos instantes a la puerta de hierro del edificio, hundió su cabeza entre los hombros, profundamente, ensombrecido. El corazón, el corazón hecho harapos, asfixiado...

Desde aquella tarde, los dolores se instalaron. Y volvían con persistente frecuencia, largas agujas curvas clavadas en su pecho. La enfermedad atacaba rítmicamente, como un metrónomo, sin falla. El horario de los días ya se medía en los síncope de ese pulso enfurecido.

Educación sentimental

Llovía. La señora me había abordado en el cruce de Gheorghi Dimitrov. Me preguntó por la parada del tranvía 17 en dirección al lago Tei. Cuando plegó el inmenso paraguas rojo, la vi. ¡Era la rubia esposa del doctor Alfandari! La estrella había dado un salto de trampolín, una tarde de verano, hacía un milenio, desde los estudios de Hollywood a nuestra mísera cocinita, estrecha y oscura, de la Bucovina de los años cincuenta. Yo mismo era también, en aquel entonces, otra estrella, con la corbata roja y la insignia roja de pionero y enardecía a las muchedumbres con recitales y discursos rojos. Incluso a la señora venida de Hollywood y que, pocos años después, volvería a la capital, su Hollywood particular.

No había olvidado la voz ni las palabras de la actriz: «Quiero conocer a la madre de este chico». Asombrada, mi madre se secaba, intimidada, las manos en el delantal de hule.

Ahora, las estrellas de antaño se encontraban al lado de uno, en la parada del tranvía 17, en dirección al lago Tei. Confirmé con prontitud la preciosa información: sí, la parada del tranvía 17 en dirección al lago Tei.

La miré: la señora del doctor Alf, la madre de mi novia durante los primeros años de universidad en Bucarest, en una versión más joven y esbelta.

El abrigo de Parma, así me daban ganas de llamar a la preciosa pelerina de mohair color arena que la envolvía con ternura. Guapa, sí, la desconocida tenía algo de la belleza exótica de una estrella de cine. Sonreía con una especie de provocadora complicidad. Extraña mezcla de Simone Signoret y Marilyn Monroe. Me quedé clavado, las piernas no me obedecían, se diría que era yo quien esperaba el tranvía 17.

Llovía, no llovía, parecía que ya no llovía. La señora llevaba el paraguas plegado y sus dedos jugueteaban graciosamente con él. Se sacudió jovial el casco de pelo dorado y me miró otra vez. Y me sonrió otra vez. Acto seguido,

me cogió del brazo. Era algo más alta que yo y nos alejamos de la parada. Hablamos de la película que daban en el cine de documentales del bulevar Marx-Engels, adonde nos dirigíamos, a falta de otro objetivo.

La auténtica faz del fascismo se titulaba el documental soviético que, como pudimos comprobar, habíamos visto ambos la semana anterior. Cosa rara, esa película precisamente... No era un tema muy ameno que digamos para entablar una primera conversación. La señora parecía tan azorada como yo después de ver la película y estaba decidida a volver a verla. Sí, valía la pena volver a ver lo que subversivamente sugiere la actualidad inmediata, ciertamente había muchas escenas que comentar.

—Eres judío, ¿no es cierto? —se oyó la voz de la actriz.

No me gustaba la pregunta, prefería la complicidad de los cinéfilos. ¿Por qué tenía que ser judío? No tenía la nariz ni el acento... ¿Sólo porque había aceptado lo del fascismo como tema de conversación? ¡La película tampoco trataba solamente del fascismo! Maldito lo que le importaban a nadie en este país el fascismo o el comunismo, ni siquiera en tiempos tan desventurados. ¡No le interesaban a nadie, a nadie, salvo a mí y a la hermosa desconocida que me había abordado! ¿Acaso nuestros paisanos seguían siendo todos ellos unos hedonistas que vivían en las nubes y sólo se dedicaban a hacer chistes y a tomar vino y a cantar y a los pequeños tejemanejes de la vida cotidiana?

¿Judío? ¿Qué tenía yo que ver con los judíos? Apenas si tenía algo que ver conmigo mismo... Que me dejen un rincón para respirar y gracias. Lo había recitado de un tirón, llevaba la cita conmigo.

La señora me miró largo rato, no sospechaba que las palabras no eran mías, el nombre de *Kafka* no las habría hecho más contundentes. Estaba seguro de que ella sólo le atribuía a la conversación el papel que le correspondía.

—¿Filósofo o comerciante?

De manera que no se le había quedado la respuesta y proseguía, indiferente, la alegre conversación.

—Ésas son las dos categorías, ¿verdad? Mi marido es comerciante. Pareces de la otra.

Profesiones de la libertad, las dos, estuve a punto de gritarle, ¡ajenas a la auténtica faz del socialismo! Pero uno no podía descubrirse de forma tan insensata ante una desconocida.

Sí, yo entraba en la categoría desventajosa, no podía negarlo. Me detuve y me quedé mirándola. Sonreía y me tendió la mano.

–Alice Aslan.

El apellido sonaba a armenio... Sí, los armenios son buenos comerciantes, pero no veía qué relación podía tener conmigo. El nombre de pila *Alice* no dejaba traslucir nada. ¿El pelo rubio y los ojos verdes, grandes y húmedos, eran la imagen de Hollywood? En todas partes el cliché cosmopolita de la belleza.

Durante nuestro paseo de varias horas por las callecitas regadas por la lluvia, desde Calea Călărașilor, cerca de la calle Sihleanu, donde yo vivía como huésped del doctor Iacobi, y luego por los alrededores del Parque de la Libertad, me enteré de retazos de su biografía. Vivía sola. Su marido había cruzado ilegalmente la frontera y estaba bien situado en el extranjero. Ella confiaba en marcharse allí lo antes posible. Mientras, era una persona sospechosa y en situación precaria. Se ganaba la vida, modesta pero honradamente, como cajera en los almacenes SPICUL, en el bulevar Bălcescu.

Los conocía. SPICUL se encontraba junto a la biblioteca de la Asociación de Amistad Rumano-Soviética, ARLUS, adonde yo iba todos los días. ¡Excelentes patés de queso y carne! Los clientes no sospechaban que pronto desapareciera la biblioteca y los patés.

No, no había visto a aquella estupenda representante de la antigua «clase explotadora» en la caja de SPICUL. Al igual que otros parias exóticos, la señora hablaba con naturalidad del modo lamentable de ganarse el pan de cada día.

Cayó la tarde y nos ocultamos en la rinconada de un edificio o en los bosquetes del parque. Largos besos bajo el paraguas de la oscuridad.

Rachelle, murmuraba yo ebrio por el abrazo. Rachelle... Así llamaba a los labios y a los pechos y a la risa de la anónima. Ella protestó riendo al oír aquel nombre extranjero, comprensible extravagancia de un estudiante. Rachelle, Rachelle la francesa, la africana, la judía, la pelirroja... No, no era francesa ni africana ni judía. Era rumana, sí, y no había oído hablar de la esposa del doctor Alfandari, mi hipotética suegra incestuosa, ni de la pelirroja Rachelle, la amante del doctor Thibault en la novela de Roger Martin du Gard que, de repente, parecía haberse encarnado delante de mí.

La mezcla de ensoñaciones literarias y eróticas no cesó con la adolescencia. Las bibliotecas bucarestinas habían intensificado la embriaguez. Las largas carreras solitarias persiguiendo a alguna que otra desconocida terminaban con los mismos estúpidos fracasos faltos de dramatismo. Ela Alfandari, la hija de la señora del doctor, que había venido también a Bucarest a estudiar, había servido en mis primeros años universitarios para mis masturbaciones amorosas. Apresurados juegos preliminares prolongados con pasión hasta el desfallecimiento, en el angosto lecho del aposento de la señorita y que sólo se detenían cuando ya era imposible refrenar la virilidad del mancebo. La felina se retiraba horrorizada y exhausta. La libertad del anonimato, con eso había soñado el provinciano bachiller cuando llegó a Bucarest. Calles anchas con sus carriles húmedos y la estela magnética del cometa que se apodera al instante de ti. Largas e inútiles carreras en pos de la desconocida que salía del teatro o del cine o de la biblioteca o de la peluquería. Cacerías tímidas y silenciosas. El perseguidor esperaba, febril, una señal, por discreta que fuese, y que sugiriese que también él era a su vez objeto de caza. Los olfateos exasperantes la cartografía la ciudad en el fasto lírico de las estaciones incitantes. El rostro del instante: la palidez de la obrera que se había desnudado y, de pronto, volvía a vestirse toda digna, soliviantada y blindada; la toalla con que la esposa del comandante se secaba cuidadosamente el sexo durante la noche de fin de año, cuando el mílite se hallaba lejos, cumpliendo con su deber; los pliegues del abrigo de pieles de la cantante de tango detrás de la que se arrastraba el tipo solitario que esperaba una señal de beneplácito; los dientes grandes y salidos hacia afuera de la contable sin pechos que se entregaba de manera enfermiza a toqueteos histéricos.

Un viernes por la tarde, calle Frumoasei número 20, una dirección que se pasaban en voz baja los estudiantes unos a otros.

Se entraba a un patio, la puerta daba a la escalera de servicio. Frente a la escalera, un viejecito de barba, pobre pero decentemente vestido y sentado en un taburete. Cobraba la tasa, veinticinco leus, y franqueaba el paso. Una habitacioncita en el primer piso. Una cama larga con un cobertor floreado. Encima de una silla, una zafa con agua. En la cama, sonriendo, la criada de Rabelais. Cara ancha y pálida, ojos grandes y negros. Una mata de pelo

castaño y rizado. Una sonrisa forzada, de rutina. Quien suministraba la dirección ofrecía también unas mínimas informaciones preliminares: la *putissima* era la mujer de un campeón militar de motociclismo al que, en secreto, le incrementaba los ingresos.

A una seña de la mujer, el cliente se desnuda: el abrigo, el jersey, los zapatos, la camisa y los pantalones. La mujer se quita el camisón y se queda desnuda.

Bajó de la cama y dio unos pasos descalza. Pies grandes y uñas grandes pintadas de rojo. Se abre de piernas. El estudiante escruta inmóvil las uñas grandes y feas y los pies grandes y feos. La mujer vuelve a subir a la cama, el cliente se sube encima de la mujer grande y fea, sobre sus pechos sudados y blandos. Una mano grande entre las piernas del cliente, palabras maternales, los dedos que tratan de despertarlo. Al momento se despierta y al cabo de otro momento se apaga, viejo y desgano.

Rachelle prometía otra cosa. Lejos de su dueño, el comerciante, envuelta en la pelerina real de Parma, iba a quemar, por fin, el peso de esos años de crispación. La desconocida, oculta durante el día bajo la máscara de cajera en SPICUL, tomaría posesión, por fin, de las noches del estudiante tentado por la divagación filosófica.

¡Nos vimos, por fin! Apretados el uno contra el otro bajo la gran carpa de Parma del loden de merino o mohair o sabe Dios qué endiablada envoltura. ¡Enseguida, hay que cumplir el plazo! La señora del paraguas rojo parecía tan impaciente como el neófito.

Llegamos frente a la casa. No me invitó a pasar, no me dejó besarla, por lo visto tomaba medidas de precaución a causa de los vecinos. Encendió un cigarrillo y me ofreció a mí uno de los famosos Kent, moneda de cambio ilícito a la hora de requerir favores sociales. Teníamos que vernos a los tres días, el sábado por la tarde. ¡Me invitaba a su casa el sábado por la tarde!

No sucedería nada diabólico: la desconocida no desaparecería ni cambiaría de opinión en el último momento. Tendríamos un refugio, una cama, un pasillo oscuro, cualquier espacio es bueno para el incendio. Esta vez, el único inconveniente que había era sobrevivir, el uno y el otro, hasta el sábado por la tarde. ¡El sábado a las siete y media, la alcoba Hollywood!

El aprendizaje sexual del provinciano de la era socialista no había sido afortunado. La precoz pubertad, acelerada por las lecturas, se vio sometida a una maniobra de distracción por la Revolución. ¿La frivolidad de los aplausos alrededor del pequeño histrión de provincias? Las mozas se apiñaban, acarameladas, en torno a la celebridad y le ofrecían, en la oscuridad, los frágiles labios y el cuello frágil y pequeñas porciones de los senos pequeños y frágiles. Basta, basta, que me pega mi madre... La oscuridad del cine significaba Brândușa o Pussy o Silvia o, sobre todo, Ica, la menos atractiva, pero melancólica y rara. Oscuridad, susurros, toqueteo de la ropa interior y la epidermis, el codo y los sobacos y la espalda y más abajo, más abajo, vértigo, abajo, más abajo, dolor falo y pus. La letrada Ica transfiguró la pasión en hipnosis. Interceptando el mensaje lírico, Mater Dolorosa había traducido, en el código del gueto, el peligro: «Dentro de unos pocos años, este chico nos mata».

La hija del doctor Alf iba a iniciar muy pronto al beodo en otros juegos de los que hacen perder la cabeza. El desenfreno de los preliminares inacabados. Después, la clásica hospitalidad de la criada de la casa... Entre las visitas nocturnas de los soldados, Lucreția alojaba, indulgente, las eyaculaciones del señorito... Su cuerpo joven no olía a jazmín ni a cebolla frita sino que estaba impregnado de aroma de soldado mezclado con el de mujer.

El señorito atraído por la filosofía y no por el comercio no se atrevía a resolver de una vez, consultando a un médico, el vergonzoso escozor de la entrepierna. Ya no había consultorios médicos particulares ni tenía uno con quien hablar de secretos escandalosos; se había resignado a convivir, asustado, con los virus dañinos. Los periódicos y la radio y los libros y las reuniones y los grandes mítines no hablaban de esas íntimas zozobras burguesas. «Cuanto más relajadas son las costumbres, más severa es la opinión pública.» La realidad cada vez menos revolucionaria confirmaba las palabras del revolucionario Saint-Just, que no llegó a conocer el socialismo.

Sin embargo, al final, el paciente se curó y Rachelle du Gard iba a devolverle, el sábado por la tarde, su fe en la juventud.

Los días pasaron rápidos y no tan rápidos, en la barriga dilatada de un día preñado y ebrio. Dos paradas hasta el sagrado día de descanso, llamado Sábado por el Invisible que descansaba también.

Tarde soleada. Atardecer sereno, grandes pájaros de aire petrificados en el firmamento. Los peatones no parecían alterados por los pasos menudos y lentos del irascible muchacho que recorría una y otra vez las alamedas del Parque de la Libertad. Los segundos pasaban sin prisas, los jubilados contemplaban sentados plácidamente en bancos la bien representada apatía del tímido.

La calle Nifon en el mismo sitio, las casas alineadas como hace dos o veinte o treinta días. El número 28, el mismo. Nada había cambiado, todo estaba en su lugar, la eternidad momentánea del lugar y del tiempo sin tiempo. Dos escalones de piedra delante de la entrada en el edificio-prisma de una sola planta. Dos timbres idénticos, uno encima del otro, en la maciza puerta de roble negro. El nombre de arriba, el mismo. El índice pulsó el timbre Alice Aslan. El reloj de la esquina de la calle señalaba las siete y treinta y seis minutos. Abrió inmediatamente. Hermosa, aunque no tan joven como en la tarde del primer encuentro. Todo estaba preparado, no era menester apresurarse. No había que empezar demasiado pronto ni acabar demasiado pronto, eso decían las palabras y contradecían los abrazos que se encadenaban con pueril urgencia. No obstante, hubo intentos de conversación. ¿Había que cumplir el trámite de hablar de banalidades que estimulasen el acercamiento y el deseo? Frases frívolas, corrientes, sobre el médico que la trataba y que no se abstenía, el muy carcamal, de meter la mano o las alusiones donde no procedía.

Vino bueno, vasos caros, el tintineo de un mundo que se ocultaba en escondrijos... Las alcobas de la ciudad gemían con los espasmos de las cúpulas, los susurros y los suspiros y los crujidos y los gemidos y las maldiciones de todas las clases y etnias y edades. El ámbito privado se había convertido en la única riqueza, nos retirábamos con nosotros y en nosotros mismos, eh, ahí está el quid de la cuestión, ya no hay a tu alrededor chivatos ni mentiras ni suciedad, rápido, rápido, antes de que irrumpen los securistas.*

Nadie irrumpía en el tranquilo apartamento de Alice Aslan. Ahí no había ni razones ni excusas para hacerse la víctima. Estábamos desnudos y libres en la cama ancha y limpia. La cortesana cumplía con su deber, sin prisas, ni había empezado demasiado pronto ni se le cruzaba por la cabeza terminar; el invitado era el que había pasado de una excesiva impaciencia a la pasividad excesiva, dejándose hacer, en exceso, por los ardores de su compañera. ¿Los trucos volvían artificiosa la cinética de los cuerpos o, por el contrario, era la artificiosidad lo que estimulaba el ardor? El pensamiento se fue a otra parte, el cuerpo cayó, la duplicidad no potenciaba el espíritu.

El objeto del deseo se define, al fin y a la postre, de forma sencilla, eso ya lo sabía el pensador. Términos concretos, obsesivos, campesinos y precisos que se utilizan con la yegua y la cerda y la perra y la zorra. El miembro, sí, el término sencillo, como una voz de mando, había de sustituir a los versos y sueños románticos, eso pensaba el filósofo mientras observaba la destreza con que Rachel maniobraba la boca y los dedos sobre su rostro y sus labios y las lenguas húmedas llenas de mucosidades y secreciones del deseo. El bisoño estaba atento a los reflejos de la cortesana y a los labios, la mano y los pechos. Fuente elemental de lo universal, así peroraba mentalmente el estudiante obsesionado por el alimento del que no desearía saciarse jamás, sustituido por algo más amplio, como trataba de demostrarle Rachel. La imponderabilidad, sí, no era una palabra desdeñable ni en la épica ni en la psicología eróticas. Una vez funciona, otra no mucho y otra nada de nada, aun cuando los estímulos parezcan los mismos..., y no es la filosofía lo que cura los desconciertos. Ni el cigarrillo, aunque Alice fumaba mucho y al final fumé yo también más de lo que podía soportar. Me marché al alba drenado de todo deseo. Agobiado por el tedio y con el cigarrillo encendido que Alice me metió a la fuerza entre los labios. Avergonzado, agotado y aturdido, abrumado por las esperanzas y destrezas de la bella. Insaciable e impúdica, aquella larga noche larguísima fue la bella del país de las maravillas donde imperaba.

Mi pareja no cambió de opinión en el último momento ni desapareció de repente en la nada, tampoco era fea, sino todo lo contrario. No obstante, algo había trastornado el mecanismo del deseo. La energía de la noche se había diluido, su cautivo había naufragado en medio de un torpor demasiado lúcido.

La perfecta camaradería sexual, la concentración total y la entrega total, el éxtasis del acoplamiento exigían el aprendizaje de un ejercicio más largo de intimidad de lo que permitía el primer encuentro.

Al salir de la alcoba de la señora Aslan a la luz violácea de la mañana, me acordé de las primeras estaciones durante mis inicios bucarestinos. La ciudad se había abierto, fascinante, ante el forastero. No me cansaba de recorrer los bulevares y los parques, de zascandilear por los restaurantes, me fascinaba el misterio de las casas en las horas del crepúsculo matutino. En un abrir y cerrar de ojos podía saltar la sorpresa, así me lo parecía. El miedo y el peligro encadenados a cada paso. La exasperación, el deseo de desfogarme. El erotismo apresurado y picante del pánico, el olor de las cópulas. La carita de alguna obrera perdida y sola a altas horas en el tranvía que se retiraba dormitando hasta las cocheras, un rápido achuchón en algún rincón lleno de cajas y herramientas o incluso en el tranvía vacío. Ni que decir tiene que la durmiente no estaba dormida, el pasajero acechaba y el tranviario lo observaba a través del espejo de encima del salpicadero. Todo lo que ocurría o iba a ocurrir o tardaba en ocurrir se parecía a la locura de una tarde de marzo, el tercer semestre de universidad, durante las horas de seminario, cuando por casualidad me senté junto a la flaquita Sanda Ionescu, la chiflada hija de unos aristócratas venidos a menos. De pronto, nos pusimos a toquetearnos por debajo del banco, yo con la mano bien metida por debajo de su falda, entre los muslos sedosos y húmedos, cada vez más húmedos, y ella con la suya dentro de mis pantalones cada vez más húmedos. Mientras el profesor seguía con su demostración en la pizarra, nosotros seguíamos, sudorosos, tomando apuntes con la mano libre. La sexualidad intensificada por las catástrofes naturales, terremotos, inundaciones, erupciones volcánicas y dictaduras. ¿Exasperada y potenciada ante las narices de los tiránicos vigilantes? ¿Me habría neutralizado la seguridad que emanaba en el confortable apartamento de doña Rachelle du Gard?

La semana siguiente no la busqué. Alice me llamó por teléfono a los diez días. Le contesté hosco y falto de inspiración.

Cuando al cabo de varios meses me asaltaron los pesares y el deseo de reparar el error, ya era tarde. Ya no respondía a mis estúpidas llamadas ni trabajaba en los almacenes SPICUL, donde había intentado seguirle la pista.

Presas del pánico, me puse a buscarla por todas partes y por ninguna la semana y los meses que siguieron. Y al año siguiente. Y después, por todos lados, en ninguna parte, en lo desconocido sin dirección.

En el año 1983, en el café Fanar de Belgrado, estaba contemplando absorta el borde de la taza plateada. Cuando, de pronto, se apartó la llamarada de pelo rojo, me miró como si hubiese sido el cliente que esperaba. Era el último día del congreso en el que había participado. Los colegas bucarestinos me habían dado de lado desde el principio por motivos tradicionales o, quizás, impacientes por hacer grandes compras, muebles, televisores o frigoríficos, para lo cual contaban con relaciones sólidas. Por las tardes, callejeaba por una ciudad fea que parecía un oasis luminoso, frenético y electrizado de placeres y alcohol comparado con las tinieblas y fantasmas que aterrorizaban al pequeño París que era Bucarest. Regresaba temprano al hotel y veía en la televisión todo lo que no habría podido ver en Bucarest. La víspera de partir, me quedé por la calle hasta tarde y casi a medianoche entré en el Fanar. Alice se había teñido el pelo de rojo, ahora se parecía a la judía Rachelle que volvía de África, en la novela de Martin du Gard. Me senté frente a ella y me sonrió sin reconocermela. Había olvidado el rumano, sólo recordaba palabras aisladas, yo no sabía serbio pero nos entendimos con breves frases en ruso y nos entendimos también sin palabras antes de marcharnos los dos juntos.

Varios años después, volví a verla, rejuvenecida, en un autobús de Berlín occidental. Bajé, emocionado, detrás de la silueta que se alejaba en dirección al punto de control Charlie, en la línea divisoria con el Este. La alcancé jadeando y le pregunté cómo llegar hasta el café Einstein. Sorprendida, sacudió, con un gesto nervioso, su espalda estrecha y frágil; la bufanda se le desenroscó como una serpiente anaranjada, sonreía de buen humor y me acompañó unos metros, luego otros más y me cogió del brazo, como en otros tiempos.

En el Centro Pompidou de París sí que me dio, en verdad, una sorpresa. Alta y derecha, estaba en la explanada donde tres grupos de acróbatas y payasos se disputaban el favor de la audiencia. Una magnífica tarde de otoño, apática y serena. Miraba a lo alto, hacia la escalera mecánica que bajaba, y yo con ella. Al llegar al suelo, me dirigí directamente hasta la estatua rubia y

delgada que se apoyaba contra la pared en actitud de espera. Le pregunté qué le había parecido la exposición. Parecía asombrada, quizá no hubiese visto la exposición aunque el artista era un compatriota y tendría que haberle interesado. ¿Acaso la confusión se debía a otra causa? Ya no hablaba ni jota de rumano. Repetí la pregunta en francés. Sin éxito. Chapurreé las pocas palabras inglesas que sabía; respondió inmediatamente, sonriente y contenta, y propuso que tomásemos un café o un coñac en el bar LE MASQUE, señalando la calle adyacente. Opté por el café pues sólo tomaba bebidas fuertes por la noche y tampoco tenía dinero para esa consumición. Lo comprendió; sabía que los afortunados poseedores de pasaporte del Este no tenían dinero y se apresuró a dejar sentado que yo era su invitado. Callamos los dos durante un rato; se creyó obligada a decirme que vivía en Ámsterdam y que trabajaba como enfermera-secretaria de un reputado médico.

–¡Ah, aquel médico viejo! El carcamal...

–¿Cómo? ¿Cómo has dicho?

Me miraba estupefacta con el ceño fruncido. Volví a ver la arruga entre las cejas que le salía siempre que Alice se enfoscaba. Los ojos azules, el rostro liso y pálido, las manos delgadas y grandes... Sí, la holandesa grande y delgada tenía la voz de Alice, muy ronca ahora a causa del tabaco.

–No, nada, eso, una tontería –probé con el alemán.

Entendía el alemán, eso facilitaba el diálogo, aunque no parecía que la lengua de los invasores le hiciese demasiada gracia.

–Sospecho que el doctor le hace la corte a la enfermera.

–No me había dado cuenta. Tenemos una relación cordial, estrictamente laboral.

–Ajajá, tu marido... Comprendo.

–No estoy casada. O sea, lo estuve. Con un oriental.

–¡Oriental! Sí, claro... Lo había olvidado. ¿Oriental, oriental de verdad?

–Espero que no seas racista, como los europeos del Este.

–No, ni por asomo, sólo curioso. ¿Armenio?

–Indonesio. Ex campeón de kárate. Ahora es entrenador. Hace tres años que estamos separados, pero nos vemos de vez en cuando.

Por la noche, hice tres transbordos de metro y estuve dando vueltas y más vueltas hasta encontrar el bloque en la calle Folie Méricourt.

Un piso magnífico, como en las revistas de moda. La amiga de la holandesa, diseñadora de interiores, como podía verse por el decorado de las habitaciones, se había marchado de vacaciones, estábamos solos. Yo había traído una de las botellas de vodka Stolychnaya con las que había llenado la maleta en Bucarest, a fin de tener algo para vender y regalar.

No había preparado nada de comer, convencida de que saldríamos a un restaurante. Nos quedamos en el gran cubo de cristal de roca de colores, Kirsten en el diván negro y el europeo del Este en el rojo, frente a ella. Bebimos y hablamos.

–No tengas prisa. Mañana, mañana lo hacemos todo.

Yo no quería aplazamientos, no teníamos tiempo para aplazamientos. Kirsten detestaba la impaciencia, eso decía, las prisas la ponían de los nervios, como si la invadiera la porquería. Vivía en Ámsterdam con un hombre más joven que le estaba agradecido por haberlo instruido para hacer el amor de forma lenta y metódica, sin prisas.

–Vísteme despacio que tengo prisa.

Me estremecí, reconocí el refrán.

–Sí, lo he instruido, se ha convertido en un experto en follar con calma y por etapas.

Me estremecí de nuevo, las palabras eran similares y la secretaria de Ámsterdam me observaba, atenta al efecto del lenguaje. Luego, se quitó con gesto despectivo el vestido, irritada por la función que cumplía. Desnudos en el colchón de goma, en el parque. Nada funcionaba. Sin calma y sin etapas no funcionaba.

–¿Tienes una hermana?

Se levantó. Estaba en el diván largo y blanco con una pierna encima del respaldo para que se le viese el sexo.

–¿Hermanas yo? No, no tengo ninguna.

–Ya, entonces madre. ¿Madre?

–¿Madre, mi madre? ¿Qué? O sea, ¿el qué?

–Sí, madre... Las relaciones.

–¿Las relaciones con mi madre? Buenas. Cercanas. Complicadas. La relación con mi madre es complicada.

–Ajá... ¿Incesto?

Sólo un taco rumano habría cortado el parloteo. Kirsten ya no sonreía, sino que se había puesto excesivamente seria y me miraba con fijeza, obsesionada por el centro oscuro del forastero. No parecía descontenta por el fracaso, pero tampoco estaba dispuesta a atribuirlo a las prisas y a la falta de gradación. Las prisas y la falta de gradación dependen de secretos bien ocultos.

—¿Tu médico, el carcamal, es psiquiatra?

La pregunta no le chocó, esbozó una sonrisa falsa de conejo y la expresión de su rostro se volvió glacial.

—¿Psiquiatra? No, ni mucho menos. Cirujano.

Silencio. Duró hasta que reanudó el interrogatorio.

—Tienes prisas por liquidar el acto, ¿no es cierto? ¿Falta el amor, quizás? Esa palabra pueril... La necesidad de amor, ¿es eso? O la culpa, alguna culpa oculta... Quieres acabar el polvo rápidamente, ¿es eso?

Se giró y se inclinó sobre la botella de vodka que estaba en el suelo. Ya no era joven, pero tenía un cuerpo bien cuidado, elástico y suave. No quedaba más que un sorbo de vodka, se humedeció el dedo índice, largo y blanco, y se lo chupó con detenimiento.

—¿O son los libros los que tienen la culpa? ¿O la policía socialista? ¿No habéis tenido tiempo ni permiso para probar las tonterías sexuales? Pues la prohibición estimula el interés, ¿no? El interés lleva al experimento y los experimentos llevan a la experiencia, ¿no?

No contesté, me quedé mirándola de hito en hito yo también, sin ninguna curiosidad por descubrir el centro oscuro del interrogatorio.

Estuvimos fumando ambos, en silencio, de su paquete de Dunhill; dormimos juntos, desnudos e indiferentes, en el colchón. De madrugada, me marché sin hacer ruido, exhausto, exprimido, como después de una borrachera de hierbas amargas. Estuve vagando sin ton ni son largo tiempo, al aire frío de la mañana, por las calles de la capital del amor, hasta el barrio donde el doctor Thibault conoció antaño a Rachelle. La ciudad se me había vuelto ajena.

No llamé al día siguiente a Kirsten, como le había prometido. Lo sentí y luego le escribí desde Bucarest y desde Jerusalén. Antes de salir para el congreso de Maastricht, le escribí unas líneas desde Nueva York, en una postal

con Van Gogh sin oreja y después desde el hotel Simplicissimus, en la que le comunicaba que permanecería una semana en Holanda y podría ir a Ámsterdam. No contestó.

No me podía imaginar que irrumpiría así por las buenas en el ascensor del bloque donde yo vivía. Habían pasado los años. Bajaba yo del piso 34 al 16, se abrió la puerta y no apareció nadie, luego irrumpió una rubia delgada de pelo corto y con un minúsculo perrito blanco en los brazos. No la había visto antes. En nuestro bloque del Upper West Side hay cincuenta y dos pisos y unos mil apartamentos, uno no puede conocer a todo el mundo.

Alma era mala y fría, obsesionada por el ejercicio físico diario y por el olor de *Micro*, como llamaba a aquella fierecilla lanuda e histérica. El perrito equilibraba, por lo visto, las frustraciones y ambiciones de la joven abogada, lo que llamaba, con voz cortante e implacable, *self-esteem*, una especie de test que separa a los vivos de los muertos.

Yo ya no tenía dificultades con el inglés, pero apenas si dominaba la jerga erótica. Alma era exuberante, funcionaba perfectamente en la cama y tenía la ventaja de que podía colarme varias veces al mes en su tocador, durante una o dos horas o incluso tres, sin que nadie lo supiese. Me irritaban sus arrebatos de retórica justiciera y ética, pero volvíamos con regularidad al escondrijo del piso 16. Mas no fui al entierro, aunque todos los inquilinos participaron; aunque nadie habría sospechado una relación especial con la difunta. El accidente redujo a pedazos, lisa y llanamente, el cuerpo espigado y elástico de la madre y el minúsculo del retoño. La imagen me obsesionó, no tenía necesidad de ceremonias funerarias. En el entierro habría podido conocer a Alta, la hermana gemela de Alma, de la cual los vecinos, encantados, no cesaban de hacerse lenguas.

Al año, Alta irrumpió en el ascensor. En lugar del chucho, llevaba una bicicleta y en el manillar, atado, un libro de Henry Miller. Había sido bailarina y tenía una forma graciosa y cómica de dirigir la operación sexual.

—Déjame empezar a mí. Así, entre los labios. Se estira, se estirá. Aguántate, aguántate o te muerdo. Mira, ya se estira, aguántate lo que puedas.

La voz se había aclarado, ya no quedaban rastros de ronquera. Alta hacía diez años que no fumaba.

–Así, no te corras. Aguántate. La mano aquí, en la madriguera, en el punto caliente. Ahora, entra ahora. Despacio, con fuerza, como te he dicho. Despacio, despacio y fuerte.

Un sábado por la noche, pretexté una tremenda jaqueca para no acompañar a la familia a la montaña en el fin de semana. Dormí toda una noche en casa de Alta. Ella hacía mucho que deseaba esa extravagancia y me conminaba constantemente a asumir el riesgo. Iba a casarse pronto y quería que pasásemos una noche entera juntos.

Una alegría dolorosa y mórbida, éxtasis tardío el de la última noche junto al cuerpo delicado y vigoroso de antaño.

Sueño profundo y juvenil, una expiación. El rastro de humo luminoso y azul. El tranvía 17. Rachele bajó alegre con su abrigo holgado y rojo llevando al pequeño *Micro* en sus brazos. Nos abrazamos emocionados; me mareaban las olas de mohair venenoso y la pelerina fúnebre, pugnaba por contener las lágrimas. Las narices se me llenaron de dulces venenos, como antaño. El aroma del afrodisiaco nocturno, el desvanecimiento, el momento feroz, la droga fatal de la senectud.

La promesa

Todos los días deseaban llegar lo más pronto posible a la tranquilidad del hogar. Recién casados, se realizaban plenamente en esa ansiada tranquilidad y pensaban el uno en el otro con ternura.

Después de cuatro meses de noviazgo se casaron, sin preguntas inútiles, seguros de su amor y del gozo de estar juntos. Convencidos de que no se verían obligados a afrontar el peligro de mezquindades ni el daño de las dudas. La había apodado Felice, de Felicia. Era apacible, optimista y equilibrada.

Felicia enviaría dinero a su casa. Una semana de las vacaciones la pasaría con su madre, una mujer enferma, buena y latosa. Felicia era equilibrada, pero no consentía hacer economías a cambio de privarse de las fruslerías que le gustaban. Su marido lo aceptaba todo de buen grado y le preguntaba riendo si tenía algo más que plantear, «desde el principio», como dijo ella muy seria.

–Casi nada. Sólo que las faenas caseras las hago yo, me gusta. ¿Y tú? No has dicho nada.

–No tengo nada que decir. Ya sabes cómo soy. No tengo ninguna cuestión que plantear «desde el principio».

Ella se sintió cohibida al relatarle pormenores de su infancia, su primer matrimonio, su extraño abuelo, la pérdida de su fortuna o de sus amigos del colegio.

–No es posible que no tengas nada que decir.

–Es que no hay nada. He intentado realizar en la vida algo concreto, comedido. Tú me das esta tranquilidad. Empecemos con esto.

–Soy una parlanchina y hablo también por ti –bromeó ella apaciguada.

De pronto, él se puso serio, como si le hubiese venido a la memoria un pensamiento olvidado. La preocupación de un hombre que experimenta dudas no compartidas y deseoso de protegerlas.

–Sin embargo, algo hay. Yo también desearía pedirte algo.

Felicia era alegre, podría ser generosa.

–He tenido una buena amiga. Prometimos vernos de vez en cuando. Querría respetar la promesa.

Ella consintió, contenta por la igualdad restablecida. Pasaron seis meses sin que él mencionase nada de la promesa. Ocupado con su trabajo, a menudo cansado y meditabundo, parecía entregarse más que nunca a sus quehaceres sin escatimar esfuerzos. A veces, conversando con Felicia se demoraba en contestar, cansado y deseoso de soledad.

Una tarde, antes de entrar en el cuarto de baño para afeitarse, le comunicó:

–Mañana por la tarde pasaré dos horas con la amiga de que te hablé. Me ha llamado hoy por teléfono.

–Está bien. Cuando vuelvas, ve a pagar la luz, que nos hemos atrasado.

–Sí, deja el recibo encima de la mesa.

En broma, le preguntó al día siguiente si su amiga era guapa.

–Fue muy guapa, quizá lo sea ahora también, no me he dado cuenta. Ella dice que sí, pero a mí me parece que es inteligente, nada más. Afirma que, en realidad, eso significa ser guapa y que yo lío las cosas. Tal vez, pero no me he dado cuenta.

Felicia enviaba con regularidad dinero a su casa, era una esposa admirable, y él, aparentemente, había conseguido el equilibrio que había anhelado. Trabajaba mucho, se diría que no encontraba momentos de soledad para pensar y presentaba trazas de persona desorientada e insegura.

Las citas con la amiga que le había mencionado a Felicia se volvieron casi mensuales. No hablaban del tema, Felicia no preguntaba nada, no le notaba ningún cambio cuando volvía de esas citas. Estaba segura de su intuición: no era posible que la concordia que había entre ambos fuese sólo aparente pues, sin duda ninguna, eran felices.

Sin embargo, la curiosidad acabó imponiéndose.

–Me gustaría conocer a tu amiga. Verla, por lo menos. Llévame alguna vez contigo.

–No te enfades, pero prometimos que en estas citas, con independencia del camino que siguiésemos cada uno, de los cambios que interviniesen en nuestra vida, siempre estaríamos solos. Te pido por favor que no te enfades.

Felicia se enfadó pero desterró el enfado. Desterrado, el enfado volvió y lo volvió a desterrar, temía que volviese y pensó en darse una pequeña satisfacción. Lo seguiría para ver a aquella amiga tan afectísima. Sabía que no tenía sentido verla, sería más o menos guapa, una mujer, carecía de importancia. Sin embargo, lo siguió azarada y con mucha prudencia. Una situación enojosa en la que hubiesen estado implicados los dos significaría un paso hacia el desastre. Si se involucraban ambos en algo malo ya no se podrían ayudar. Lo siguió azarada y temerosa. Él cambió dos veces de tranvía y llegó a un barrio con zonas verdes junto a un gran estadio. Entró en una confitería. Felicia cruzó la calle, nerviosa, entró en una peluquería y se sentó en la mesita de la manicura, junto a la ventana, desde donde controlaba la entrada a la confitería. Entraba poca gente. En el cuarto de hora que siguió entraron varias mujeres, unas salieron enseguida y otras no. Quizá su amiga había sido demasiado puntual y ella no la había visto entrar. Tendría que esperar a verla salir, pero había pasado más de media hora y no se le ocurría ninguna razón que justificase la tardanza. Se sintió mezquina y ridícula y se marchó avergonzada.

Tres meses después de aquello, él le telefoneó desde el despacho para decirle que llegaría tarde a cenar, que su amiga le había pedido que la esperase cuando saliese de trabajar porque quería pedirle consejo. Felicia volvió a ver mentalmente su semblante cansado y refugiado en un silencio que defendía sin hostilidad. Tres largos meses sin que surgiese el signo más sutil de duda eran suficientes para tranquilizar la curiosidad y los nervios de la esposa. Suficientes también para olvidar que su actitud le había parecido mezquina y desprovista de sentido. Obtuvo permiso en la oficina y fue al consabido lugar media hora antes del momento en que suponía que podría aparecer la pareja. Pero él se retrasó, seguramente porque se habría parado a comer algo en algún sitio.

Como pretexto le dijo a la manicura que estaba esperando a una amiga y se puso a leer un periódico al tiempo que vigilaba la entrada de la confitería. No se percataba de que podría ser una de las mujeres que habían entrado. Esperó más de una hora. Él salió solo. Seguramente, la amiga no había querido que salieran juntos, tal vez estuviese casada. Pero ¿por qué no habrían salido juntos? En definitiva, ¿qué tenían que esconder? ¿Simples conversaciones amistosas? Tendría que entrar ahora en la confitería, comprar algo y verla. ¿Y si no ha venido? No era posible, él no habría estado tanto tiempo esperándola, sobre todo porque ella le había pedido que acudiese. Se irritó por plantearse tantos problemas y se marchó. Pero tampoco en casa resistió la irritación.

–¿Ha venido tu amiga?

–Sí.

–¿Y qué ha pasado para que te citase después del trabajo?

Él se calló unos instantes, cerró la pluma con la que estaba escribiendo.

–Tiene disgustos familiares.

Se levantó, fue a la cocina y reapareció con un mondadientes del que se sirvió con meticulosidad, cogió un libro y se puso a hojearlo.

–¿Y tan grandes son esos disgustos para que no vengas a cenar?

–Felicia, por favor. Tiene disgustos familiares.

–¿Y cuánto tiempo habéis estado hablando?

–Creo que una hora.

La respuesta correspondía a la realidad. Conque la mujer sí había acudido, después de todo, aunque no había podido identificarla.

Esperó en tensión la siguiente cita. La ocasión se hacía esperar, pasaron dos meses.

Cierto día, el marido se movía nervioso por la casa. Al rato, le dijo que iba a salir, quería pasar por la librería y, si era posible, ir al sastre para ver si el traje ya estaba listo para probárselo.

–¿Quieres que vaya contigo?

–No es menester. No tardaré mucho.

–Decías que querías que te acompañara al sastre para la prueba.

–No sé si me dará tiempo a ir a la sastrería.

Se vistió con una parsimonia que a ella no le pareció natural y la besó al salir. Un cuarto de hora después, Felicia se marchó a arreglarse las uñas otra vez. Él salió de la confitería a la media hora, solo, y ella entró a comprar nata. Allí, en la periferia de la ciudad, las confiterías no tenían nata. En un rincón, dos jóvenes fumaban y hacían crucigramas. Un inválido se tomaba un zumo. Una anciana pequeñita se entretenía tomándose una *savarina*.

–¿Qué novedades había en la librería?

–Casi nada. Pero te he comprado estas poesías de tu autora favorita.

De manera que sí había pasado por la librería, por eso ella había llegado a casa antes que él.

Una semana más tarde, le comunicó que se marchaba para hablar con su amiga. La manicura se mosqueó. Él salió solo, ella entró y compró doscientos gramos de chocolate. En la confitería sólo había un muchacho que estaba comiéndose un pastel, las dependientas andaban con prisas pues estaban empezando con el inventario. Cuando bajó del tranvía tiró con rabia el chocolate.

Felicia dominó a duras penas su irritación y la desazón hasta la siguiente cita. Estaba decidida a aclararlo. Tanto que le hizo confidencias a la manicura. Sentía aversión contra sí misma y eso incrementaba su rabia. Le pidió a la manicura que entrase en la confitería a comprar cualquier cosa y que se fijase en lo que hacía el caballero alto y flaco. Pero la manicura era muy comprensiva con ese tipo de cosas.

Cuando otro día le notificó que tenía que ir a una reunión con el ingeniero jefe, Felicia se fue otra vez a la manicura.

Dos meses después, él salió a las ocho de la noche para encontrarse con su amiga. La manicura no estaba de servicio aquel día. La sustituta le arregló las uñas a Felicia y luego observó atentamente las paredes blancas de la confitería, a una pareja joven y silenciosa, al inválido que se tomaba un zumo con un amigo y a un hombre gordo y triste.

Deambuló por la ciudad, entró en tiendas, miró con atención los escaparates, compró una botella de vino y se dirigió a pie hasta su casa. Se demoraba sonriente por las calles frescas y brillantes después de la lluvia.

El caballero alto y flaco, en aquella ocasión, se había tomado solo y en silencio el café en la misma pacífica confitería de la periferia. Rememoró su semblante pálido y meditabundo. Convencida de que lo encontraría en casa, como de costumbre, en silencio. Le sonreiría y dejaría el libro en el que se había sumido.

Premisas para la camarada T.

Lo que sabemos y lo que nos han contado y lo que falta resurgió con ocasión de la visita del señor Barth.

En ese momento reaparecieron, de pronto, las respuestas ambiguas, como si el guión hubiese tenido que empezar, aunque, en realidad, ya se había consumado hacía mucho tiempo.

El trágico final aún no lo había previsto nadie.

Las antiguas preguntas entonces se volvieron nuevas: cómo se crió la campesina huérfana en casa de mi abuelo como si fuera una hija más, qué justificaba el sacrificio de la joven cuando se rebeló y se enfrentó a la estepa y a los campos de concentración, cómo avanzaba entre las trampas, trofeos y hospitales de la posguerra hasta la estación Happy Suicide, que ignorábamos estuviese tan cerca.

Desde hace muchos años, el país vende sus veranos a los que regresan desde los cuatro puntos cardinales a sus lugares de origen para el certamen estival titulado «La supremacía de la divisa convertible». Hoteles moteles restaurantes permanecen reservados a los extranjeros, aun cuando éstos olviden volver. Uno no puede acercarse ni siquiera a una cervecería más limpia. Los autóctonos reaccionan a todo con apatía: si de pronto se tropezasen por la calle con el fantasma de la tía que se marchó hace un siglo a Rodesia, les importaría un comino.

El drama de los señores visitantes se halla en otra parte, mientras que para el nuestro ya no tienen antenas. Por otro lado, tampoco los encuentros están permitidos. Mas, cuando se producen, tan sólo se cruzan frases herméticas sobre el tiempo, el coche o la familia. Diríase que contentos unos y otros por omitir el resumen de los años transcurridos desde que cada uno de nosotros empujamos el desinflado globo planetario hacia el abismo.

Pero todavía no había llegado el verano y, por ende, esas aburridas reflexiones no tenían sentido. Era primavera, la temporada turística no había empezado. Acababa de llegar la primavera.

Las entrecortadas explicaciones del desconocido señor Barth no atenuaron la sorpresa que causó su visita.

El ex rumano hablaba de su pueblo del pasado, dramatizaba sobre «los malditos camisas negras verdes pardas». Guerra, sufrimientos, injusticias, «sólo nosotros sabemos lo que ha sido»...

Resulta difícil comprender cómo descubrió nuestra dirección. El chaparrón de esperanto intentaba informarnos de que, en realidad, el señor fotógrafo Barth estaba buscando a otra persona... *Very kind* son ustedes, *sehr höflich, enchanté, mais non*, quiero a aquella chica. *Your servant, your maid servant, sie wahr sehr schön, most beautiful, mein Bruder wahr sehr verliebt. Heroine, the hero of the hour, she wanted to save you from the campo de concentración, yes, campo de concentración. Sie wollte euch helfen, yes, dignatario, I don't know, leader, maybe.* No el marido jerifalte, no, no es éste el motivo, *of course, mais non, verla in my brother's memory. Sicher, please, mais non, certainly she forgot, unbeding, if you like, por favor, toda raba.*

Lo inevitable se había producido: ¡el turista en busca de espectáculo! A quien no le da el bolsillo para Miami Cannes Copacabana, encuentra en nuestro mirífico decorado en vías de desarrollo la oportunidad de mirar por encima del hombro a los pobres peatones y de recuperar, digámoslo así, su ascendiente psíquico, la estima hacia sí mismo.

Las hoscas respuestas no amilanaron al señor Barth. Acaparado por *the hero of the hour*, renunció a la condescendencia con que los de su especie miran a nuestra reserva de gentes ancladas en la prehistoria. Preocupado solamente por la ex *beautiful servant*, por la llama de la tormenta pasada...

Un domingo, cuando todavía vivíamos en el espacioso piso de altas puertas acristaladas, el turista Barth la encontraría. La camarada T. comunicó que acudiría acompañada de la muchacha a la que había prohiado muchos años atrás.

Primavera, a punto de dar las once. La luz nos invadía a través de los grandes ventanales.

En el papel de madre, una mujer de edad, dulce, nerviosa y parlanchina. Llevaba un vestido elegante y se había maquillado con descuido, como solía. El padre desafiaba discretamente a la edad, bromeando con la nuera, que repetía la partitura de mujer guapa, intangible y sorprendida por las complejas emociones de los demás.

La camarada T. apareció a la hora fijada. Cuando se abrió la puerta, tendió con forzada alegría un ramo de claveles rojos.

Frisaría los sesenta e iba cuidadosamente ataviada. Se había hecho la permanente y se había pintado pero no le quedaba bien. Cohibida, dejó el bolso en el suelo, junto a la butaca.

Era la primera vez que iba a la casa de la joven pareja. Le enseñaron la vivienda. Volvía la cabeza para expresar su alegría. Sí. El piso es bonito, habéis tenido suerte, ahora no os habrían dado uno de dos habitaciones, la ley ha cambiado. Me alegro de que congeniéis, la novia es guapa y tiene ojos azules, veo que tu esposa tiene ojos azules...

El viejo dialecto cantarín. Hablaba en voz muy alta y constantemente se ajustaba las gafas ahumadas, de cristales pequeños y que no le iban a su rostro.

Se sirvió café. La camarada T. tenía prohibido el café: he estado ingresada dos meses, médicos y más médicos, para curarme el llanto, lloraba todo el tiempo, por cualquier tontería. Valeriu siempre estaba fuera, como sabéis, sólo Letiția me cuidaba, suerte que es formal y animosa. Alargó una mano gruesa y arrugada para acariciarle el pelo a la joven pecosa y delgaducha que tenía a su derecha. Letiția llevaba un moño africano entrecruzado por muchas trencitas finas. Sus ojos eran pequeños y vivos, las uñas largas y puntiagudas pintadas de verde. Un verde brillante y muy fuerte.

La camarada T. probó el bizcocho y elogió la mermelada. Momento para que la madre sacara las viejas historias: cómo en otro tiempo Maria lo hacía todo, los encurtidos, la mermelada, las compotas... Qué casa teníamos, cómo disponía Maria la mesa, todos los días como si fueran de fiesta, cada día un mantel nuevo blanco blanquísimo como la nieve, los cubiertos, los vasos, las servilletas y qué comidas y la vajilla...

La camarada T. sólo participaba en aquellas tiernas evocaciones a través de una imprecisa sonrisa. Luego se pasó a la actualidad: los precios que subían, las policlínicas miserables, la crisis energética, la crisis monetaria, la crisis de caracteres, el miedo, la demagogia, la neurosis, el hastío, los rumores, el terror, el Tartamudo y la Calamidad y el Hijo y la Sagrada Familia y los parientes y los criados, el frío, la oscuridad, la carne inasequible, las demoliciones, la censura, los periódicos, los discursos por televisión... Han pasado los años y, ya ves, enfermedades y disgustos, pero los sentimientos no han envejecido, ¿sabes?, estos jóvenes siempre preguntaban cómo fueron las cosas entonces, qué aspecto tenías, qué dijiste cuando nos viste, cómo nos recibiste al regreso, etc.

Se volvió hacia el niño de antaño, yo ya no los oía, simplemente miraba el rostro pálido y fofo de la visitante.

Secuencias brumosas: el fotógrafo alrededor de Maria, acariciando al pasar el pelo dorado del niño y balbuceando palabras raras para la guapa a la que, de vez en cuando, intentaba cogerle la mano. El niño en la silla alta, una foto, otra más, poses soberbias, el pobre hombre, eso decía, un pobre hombre espera diariamente que se abra la puerta y que usted le traiga el sol. Este niño con estas soberbias poses será artista de cine. Constantemente volvía a colocar a su héroe. Mandaré las fotos a Hollywood, niño, serás famoso y nuestro pueblo de pobretones será famoso, el pobre Barthof se hará rico y cubrirá de oro a Maria, ya no se reirá de mí, veremos juntos las fotos que nos habrán traído la suerte. Ésta es mi suerte, fotos, cada día, hasta que la guapa deje de reírse de mi locura.

El aroma de las noches misteriosas cuando alrededor de la casa aullaba la motocicleta militar y mis padres reían y Maria reía y se escondía para que no la encontrase el oficial que juraba que dejaría su casa, su mujer y su regimiento con tal de que la guapa se fuese con él, que tomase en consideración su sufrimiento y su precioso uniforme.

El miedo negro pardo verde, el humo del andén. Los vagones de ganado para el ganado. La madre, el padre, los abuelos, el chico, unos encima de otros. Los gritos de Maria, de una punta a la otra del andén. Los vagones, los

soldados, los gemidos, los gritos. Las puertas del infierno se abren, una tras otra, ante el paje de Hollywood. Los gritos del andén, de una punta a otra, cada vez más lejos, más lejos en el espacio y en el tiempo.

Los remolinos del crepúsculo al ritmo de la motocicleta militar, el campo de concentración y los centinelas y el humo de las noches, el murmullo: ¡Maria, Maria, Maria, ha venido Maria! La guapa señora delante de la garita militar, grandes maletas de piel para el padre, la madre, los abuelos, aún vivían, aún vivían, lágrimas, regalos para el pequeñajo de Hollywood y para el fotógrafo caído en la fosa del gran Blitzkrieg, junto a otros paganos piojosos sin esperanza.

Y y y perpetuum: Maria, la camarada del camarada T. La jovial pareja posbética da la bienvenida, en el andén de promisión, a los supervivientes, a los esqueletos, a los protagonistas sin gloria del inverosímil retorno. ¡Adiós al pasado para siempre! El sol, el futuro, la justicia, así juraba el camarada T., el gerifalte comunista de la ciudad, junto al monumento de la Victoria contra el que rompía el mar rojo de sangre de la matanza, dos mil y pico años de perpetuum mobile. Maria, el Milagro, el Mesías, el paraíso de las promesas.

Y y y: el abuelo, el librero, el zanquilargo, el barbudo. El pasado, o sea, el mojjigato guasón recogió a la huérfana de una aldea de campesinos pobres, ésta se consideraba su hija y hermana de la hija a la que él adoraba, la madre del enclenque bebé nacido antes de tiempo. La sagrada familia, antes de que se desencadenase la peste, cuando Maria desafiaba a la estepa cargada de comida, ropa y medicamentos para el abuelo, el adorado, Dios lo tenga en su gloria, para su hija, la adorada, y para el enclenque actor de Hollywood, que Dios nos tenga a todos en su gloria. Un milagro la arrancó de las manos de los verdugos que la juzgaban por ayudar a los perseguidos y por traicionar a la patria, a su pueblo, a su fe, el milagro la trajo ante los supervivientes y, luego, se la llevó a través de los crueles incendios y mascaradas posbéticas.

El vagón agrandado, aireado, puertas corredizas, primavera, ventanas y alfombras y mantel blanco, blanco, nieve, madre, padre, Maria y una nueva actriz, Letitia, con sus largas jabalinas verdes, las largas garras verdes y fosforescentes. El vagón de colores, aromatizado, soñoliento, pic-pic, el pasado pasado, devorado, pic pic pic, veneno de colores en claveles rojos, conversación de primavera, el último abrazo.

La llama de las grandes flores, rojas como un suicidio brusco. El verde cortante de la mirada huérfana y las sombras asustadas por algo inconcreto y misterioso hacia donde vaga, hundida, la neurosis de nuestras preguntas y derrotas.

... El occidental señor fotógrafo Barth, hermano del ex señor fotógrafo Barth, había venido para charlar de esto, de lo otro y de lo de más allá, para recordar los tiempos que quería olvidar definitivamente.

Ahora es otro domingo, otra primavera. Han vuelto a pasar los meses, los años y las edades. Ya no vivimos en la casa de habitaciones grandes. El camarada alcalde instaló allí a su ex mujer, afamada jugadora de balonmano.

En la habitación tomada al asalto por las moscas de la cantina de la planta baja y sacudida por el ruido del tráfico de la calle penetra el sol de una mañana infantil. Es una hora alocada y maligna. Pequeños diablos invisibles suspiran por los rincones y orificios del momento.

Aquella enloquecida mañana, mis padres temerosos de Dios están lejos, la esposa creyente en Dios y en el amor está lejos, normas e ideales demasiado píos que pueden caer en el olvido. Le pregunto a Letiția por la atención con que la rodeó a la sazón el turista esperanto, por la estrategia de que se valió la gatita de la divisa convertible. La cortesía del viejo vicioso: cigarrillos-bebidas-medias-falditas-blusitas-perfumes. El acecho de la adolescente: trencita ligera y enroscada, un poquito viciosa, ¿verdad que sí?, pronta a calentarse en torno a la presa para exprimirla hasta el éxtasis.

Poco a poco, recordamos también a la tía, a la madre, a la madrina: a la camarada, como le dicen. Hablamos del cuidado con que la camarada T. había criado a su gatita adoptiva, paso a paso, noche tras noche, heridas y más heridas hasta que no se pudo más: la camarada T. apagó, de sopetón, los motores cuando nadie se lo esperaba... Cuando las desdichas se calmaron, justo entonces.

El gorjeo primaveral y el zumbido de la mañana quién sabe si estarían anunciando, de pronto, la solución o el enigma o la clave, como queramos llamarlo. Por fin, podríamos entender lo que unía y separaba a mis padres temerosos de Dios de la camarada T. y a unos de otros y contra otros. La habitación desierta, el bullicio del presente y el embudo receptor, modulado para frecuencias codificadas.

El teléfono habría tenido que sonar, no hay hora inapropiada para las garras con las que rompería, al fin, la corteza putrefacta y vieja de tantas vacilaciones inútiles. Un día lánguido como éste, con un sol amortecido, una habitación celda jaula, tan buenas como cualquier otra cosa...

La mesa sobrecargada de rollos y variantes que buscan respuesta: ecuaciones indeterminadas, colocadas y recolocadas en columnas, los datos y la finalidad y la desconocida solución, lo sabido, lo probable, lo buscado, las hipótesis de tantas luces puntuales difíciles de captar. El misterio, el pasado y el futuro en el embudo del presente. La ecuación, el tensor y la matriz de un tiempo o sabe Dios qué otras premisas sin descifrar...

Las fichas llamadas Pasado. Es decir, *lo que se sabe*: el joven camarada T. sólo era un cochero guapetón o lo parecería en el pescante del destartado carruaje romántico, detrás de la estación de S., cuando vio a Maria por primera vez. Caminaba como avergonzada de su belleza demasiado visible. Pasos menudos y vacilantes, zapatos pesados y puntiagudos, una inmensa mirada azul. ¡Antes de un año ya se habían casado! Pasó solamente un año más y luego otro y luego vino algo perpetuo, el camarada T. llamó a mi padre vamos a dar la gran batalla o con nosotros o contra nosotros. La marcha hacia delante de la Historia, el enterrador del capitalismo, adiós al pasado negro, un paso adelante y varios atrás, esclavo junto a esclavo, como si fueran uno, por los siglos de los siglos. ¡Mi padre convertido por el mismísimo Primer Camarada de nuestra pequeña ciudad! Podía tenerse confianza plena en el marido del hada buena. Podía vérsela pegando grandes carteles rojos en los muros sucios de la vieja ciudad. Las ilusiones de 1945-1946-1947, que hierva la revuelta en los corazones, que desaparezca el caduco mundo occidental, la luz viene de Oriente, el campo de concentración monolítico e invencible donde nunca se pone el sol.

La camarada y el camarada T. se mudaron a la capital. Las noticias sobre ellos llegaban mezcladas con las frías tormentas de aquel tiempo, paso al compás, pueblo de poetas sedientos de ilusiones será todo el pueblo trabajador, el capital más precioso, a cada uno según su trabajo y su mentira, la libertad repartida y la enfermedad de la infancia y el sueño de oro... y todavía algo más, perpetuum, para lo que ya no había tiempo.

Se sabe, se contaba, se puede imaginar lo que significó para la camarada T. no poder tener hijos.

Los datos *conocidos* dilatan y trabucan constantemente las fichas ordenadas sobre la mesa. *La clave, la respuesta, la verdad* quizá sean las versiones mejoradas de las fábulas, no del todo ingenuas, que torturaron el sueño de la posguerra. Así pues: un hombre joven y guapo, implacable con el pasado y las flaquezas, tolerante con el vino y los niños, pródigo con la broma y el dinero, asciende en la escala social con prudencia para no caer en las trampas llamadas desviación complot contra. Así pues: el camarada T. no corrió la suerte de tantos amigos con los que había compartido dinero bromas principios ni tampoco se benefició de los privilegios del vértice de la pirámide. Pasó la época en que el enemigo agudizaba la lucha y la clase, consideró a su debido tiempo que al menos un cinco por ciento de la crítica era justa, la culpabilidad crecía proporcionalmente a las masas, la minoría se sometía a la mayoría, las decisiones venían de arriba, obligatorias para todos. Así pues: el camarada T. permaneció entre los vivos, a cada uno según la suerte y la estrategia. Compensaba las misiones de instrucción e inspección revolucionarias con la alegría del vino o las frecuentes visitas a los orfanatos. Se pasaba las horas muertas mirando inmóvil la hilera de cabezas sin rostro alineadas en columna delante de él.

Las noticias sobre su guapa esposa escaseaban cada vez más. Ya no se iba en peregrinación a casa del hada buena. Mujeres, hombres y niños, todos los comparsas de la fábula se habían enterado de que la bella había perdido el favor de los dioses. Cuando mi madre le pidió su intervención para salvar a mi padre, acusado con un cinco por ciento de culpabilidad, el alma cansada de la Camarada sólo ofreció pálidos consejos y tímidos consuelos. Enferma, herida, asqueada, encerrada a cal y canto... Ella misma habría necesitado un milagro, eso contó mi madre.

Lo que sabemos y lo que nos contaron y lo que falta..., articulan respuestas ambiguas. *La verdad* (una *suposición* oportuna) relativamente verosímil... El rostro enflaquecido por tristezas y sufrimientos y algo perpetuum, sin nombre. La luz de la mirada azul. El andén de frontera, el regreso del infierno, las manos grandes y arrugadas que torcían y retorcían el hule de la mesa de la cocina cuando el niño estudiante apareció sin ton ni son

queriendo saber *recuerdos* «verdaderos» del abuelo. Minutos de silencio y ventisca hasta que Maria comprendió que el exaltado adolescente quería *la verdad de la verdad*, la verdad verdadera de su padre, de su madre, de su abuelo, del campo de internamiento, del renacer, de la mentira, del frío, de las banderas, de los cánticos, de la mascarada... Verdad, verdad, verdad, palabras mayores, querido, evitémoslas... El abuelo, el adorado y sin igual, me acogió junto a su hija, tu madre despilfarradora y nerviosa y su comedido esposo, por ti me acogió, por el artista de Hollywood. Por vosotros atravesé la estepa, sólo os tenía a vosotros, querían fusilarme en el consejo de guerra, nunca había sido tan feliz. Esto es un secreto, querido, solamente para ti, no se lo digas a nadie, nada puede ser ya como entonces. Empezar desde el principio..., ya no sería la misma...

No lo fue ni siquiera cuando se recogía el grueso moño canoso mientras con la mano izquierda acariciaba el rostro sudoroso del joven que, en mitad de la noche tórrida de verano, había acudido a darle noticias que la alegrasen. Pues sí que me alegro, ¿sabes?, si es guapa y buena y os queréis. Guapa, de ojos azules y buena, así tendría que ser, suspiraba con tibieza la Camarada.

¿No habría podido empezar desde el principio? Cogió en brazos el impreciso ovillo de criatura que había traído el camarada T. después de una de sus extrañas ausencias. La pesadilla llamada hombre y la pesadilla llamada Historia se plasmaban en el rostro de la pequeña huérfana: llagas y heridas, eczemas, pus. Quizá ni proceda del orfanato, sino de alguna de sus desconocidas correrías, balbucía la Camarada, para torturarme con ese alfeñique envenenado, hasta que la vi de pie y después de ello sólo vive para el juego y la mentira. Después la calma, todo se calmó, Valeriu se tranquilizó, me las arreglo, Letiția es un alma que me han dejado a mí entre las feas paredes de un bloque... Híbrido con reflejos pavlovistas, la muy granujilla, tiene instintos adaptados al presente.

Ya no podemos resucitar nada, todo se ha desvanecido y ha quedado engullido en el presente estrecho y enfermo, no hemos podido dominar el código de tantos lazos perdidos.

Miro la silla que hay frente a mí. En cualquier momento puedo volver a ver el cuerpo pesado de la mujer que ya no está. Veo las manos gruesas y ásperas temblando mientras sostiene el vaso de agua mineral con la derecha.

Observo arrugas-tics-balbuceos, percibo un temblor asustado, vislumbro el azul cansado y acuoso de la mirada oculta tras el cristal oscuro de las gafas.

No es un subterfugio, solamente una solución moderada y familiar para provocar la reverberación del momento, la explosión del instante que soy yo mismo.

La mano le tiembla. La pequeña vibración del vaso no me impide observar las venas gruesas, la piel amarilla y áspera, como son también el rostro y el cuello grueso y arrugado. Sé que se encuentra en los preliminares del acto fatal.

La paradoja de la pacificación. ¿Situación en calma, balance tranquilizador? En los últimos años vivía en un piso confortable, arreglado con gusto y alegría. Tenía marido-hija-perrito-televisor-teléfono, máquina de y máquina para y coche. Desde hacía un tiempo, por lo visto, las enfermedades se habían batido en retirada permitiéndole cierta vivacidad. Valeriu estaba bastante tiempo en casa y Letiția sólo raras veces pasaba la noche fuera, los dos aportaban un salario y buen humor. La vida discurría de un modo más o menos razonable. Con el paso de los años, el cansancio había hecho acopio de dosis de reconciliación y tolerancia.

El día que acoge el extraño acontecimiento es soleado y tranquilo. Los pensamientos divagan por el lejano perpetuum.

Parece azotada por una dulce brisa. Sonríe de vez en cuando, iluminada, sin observar que, frente a sí, el pequeño histrión de Hollywood tiene la mirada clavada en el vaso de ella. El vaso tiembla.

Como me contó Letiția, tiene en la mano un vaso corriente de agua mineral. Arrojará el puñado de pastillas no en un vaso de agua del grifo, sino en uno de agua mineral.

Por centésima vez, el mismo numerito final, el mismo detalle ridículo: ¡el agua mineral! La desconexión, la mano abierta encima del vaso..., pérdida brusca de contacto. ¿Perpetuum y algo más imposible de detener?

La vieja es otra vez joven y de nuevo vieja y otra vez joven y vieja. Sola, perfectamente sola, el centro del mundo, a un paso del niño viejo que no puede tocarla.

La visión reaparece con frecuencia desde lo infinito del día.

La mirada que le envió alma brevemente el temblor de las manos viejas. Pacífico y misterioso perpetuum y algo más, intangible, en el gesto de la mano que descargará la muerte salvadora en la boca incolora.

Vida y muerte al fin juntas. El instante supremo, el instante testigo, solamente el instante. Explosión, al fin, plena.

Kinderland

El caballero esbelto y ceremonioso solía afirmar en los últimos años que ya no podía más... Aparentaba ser más joven que los de su edad y se mostraba en plenitud de fuerzas. No parecía tener más motivos de descontento que los demás. Sin embargo, repetía que estaba cansado y que ya no podía oponerse.

La piel del rostro era blanca y lisa, el cuello delgado, y cuidaba sus pequeñas y delicadas manos con pedantería...

Tenía una dicción apresurada. Algunas veces la voz se apagaba, agotada. No es posible, así no es posible... Mas no se consideraba obligado a explicar qué cosa no era posible, como si todos supiesen a lo que se refería.

En ocasiones balbuceaba palabras sin sentido: deseos, talismán, misión, apuesta, sustitución... No se entendía lo que quería, no daba detalles. En semejantes momentos, cuando hablaba solo, sí parecía viejo. Los amigos se habían acostumbrado poco a poco a las rarezas de su interlocutor, hasta ayer distante y reservado y, de repente, incapaz de controlarse, confuso y lamentándose de cosas ininteligibles.

No se atrevían a darle consejos manidos: amor, deporte, viajes o medicamentos. ¿Sería el renacimiento, las engañosas demoras del fin? ¡Al fin y al cabo, no nos subimos al tren, lisa y llanamente, para irnos como antiguamente hasta el esplendor de la laguna! Hace mucho que ya no se va así. Los que llegaron a disfrutar de los privilegios de la normalidad tuvieron tiempo de olvidar semejantes milagros.

Mas he aquí que, de sopetón, saltó la inverosímil noticia: ¡el pasaporte! El caso es que la autoridad se divierte con esas cínicas artimañas...

Lo único que se oyó fue esto: ¡Nadie va a la estación! Hoy por hoy no está uno seguro hasta el último momento. No hay que tentar a la suerte con ruidosas emociones festivas. ¡De modo que nadie acude a la estación! ¡Antojo,

subterfugio, superstición? No tenía importancia. Si el ingenuo se cree que así se asegura la suerte, cualquier extravagancia vale.

Llegó el tan esperado domingo. Invierno lluvioso, lóbrego y reumático. Andén sucio y sombras acurrucadas.

El amigo jadeaba alrededor de las dos gigantescas maletas repletas. ¡Extraño acompañante! Desde hacía veinte años conservaba las prerrogativas de un fracasado eminente. En un sótano del centro de la ciudad recibía las visitas de las *vedettes* más extravagantes, uno no entendía por qué se congregaban para contar chismes en semejante jaula miserable. El bohemio se ganaba el pan amargo de cada día en una especie de teatro de marionetas subvencionado por una cooperativa o un club de inválidos, no se sabía con certeza. Ceceoso y zurdo, el barbudo gozaba, no obstante, de cierto renombre: la lectura. Libros imposibles de procurar se obtenían sólo por intermedio de él. Si uno tenía paciencia y la relación se afianzaba, al final se enteraba de cosas sobre el personaje X del momento o sobre el acontecimiento que estallaría pronto o sobre otros secretos que se cocían entre bastidores; era una especie de raro suplemento del raro y sospechoso servicio en el que se había especializado. El libro más inverosímil te lo procuraba con rapidez, vino de confianza tenía siempre. ¡Incomprensible! Un tímido pobretón hacía acopio de vinos de solera. También resultaban incomprensibles otros enigmas que daban una aureola de una especie de mística del azar y la aventura. El bohemio despertaba sospechas, no se sabía a quién servía.

El viajero se inclinó sobre su emocionado amigo; parecía transmitirle el código de alguna aventura extraordinaria y tenebrosa.

—La familia está cenando tranquilamente. El hijo se marcha a la fábrica. Los viejos se quedan escuchando las andanzas de un invitado recién llegado de la India. Habla de una pata seca de mono. Un talismán indio que concede tres deseos... El anfitrión quiere hacer la prueba. El primer deseo: ¡doscientas libras! ¡Quiere doscientas libras! Enseguida, llama a la puerta un solemne empleado de una compañía de seguros, el cual comunica azorado el accidente que le ha costado la vida al hijo de aquél. La compañía ofrece a la familia la cantidad de doscientas libras. Los enloquecidos padres piden la vuelta del hijo, la resurrección del hijo. La oscuridad crece. Hace un viento terrible. Se oyen golpes en la puerta. La puerta estalla y se abre. ¡El espectro del hijo! ¡El

espectro del hijo en el quicio de la puerta! Finalmente, el tercer deseo: que desaparezca el espíritu del muerto. La desgracia viene de lo que no está expresamente previsto, de forma literal, en los formularios. La apuesta respeta sólo la petición formal y conserva la libertad de lo concreto.

Embutido en su cazadora harapienta y ligera de mezclilla verde, el acompañante guardaba silencio, se diría que cohibido por la importancia que se le había concedido como único testigo de la partida.

El pasajero estaba arreglando el equipaje. Su amigo lo observaba aburrido. A partir de cierta edad, sólo quedan las virtudes de lo aproximado. Niño atormentado, bastón, ribete de periódico, píldora, perro melancólico, maleta, abuelo, alféizar, colinabo... A partir de cierta edad uno puede ser cualquier cosa.

El acompañante bajó del vagón; el pasajero lo miraba desde lo alto de la escalerilla del vagón, su rostro era estrecho, recién afeitado y salpicado de granitos rojos.

–Llegarás a buen puerto, ya lo verás. ¿Que el hombre es ingenuo y vil? Sí, pero no soporta infinitamente que lo machaquen. Los del circo perderán la partida, ya lo verás –balbuceaba el observador.

Apretaba el cordón de la cazadora de mezclilla, se ajustaba el gorro viejo sobre la calva, no encontraba dónde poner las manos coloradas y nudosas ni encontraba las palabras adecuadas.

–Los hombres volverán a inventar lo natural, ya lo verás...

Momentos difíciles. El embarazo del acompañante y el falso buen humor del pasajero, el contrarritmo de tantas reminiscencias erróneas, la sospecha que se enrosca salobre en el cansancio.

Los ojos desencajados, los labios gruesos y resecos, los brazos moviéndose flácidos. La frente, las arrugas cubiertas de sudor, las manchas en la sien, la frente con muescas de signos crípticos.

El amigo se encasquetó el gorro roído y negro. El último abrazo.

–Olvida todo lo que dejas aquí, alégrate de olvidar...

La palma húmeda se deslizó por el cuello del viajero, que bajó la mirada.

El crepúsculo petrificado detrás. El tren marchaba a gran velocidad. Pobre cobaya cansada, te cuesta acostumbrarte a la indulgencia de los que acechan escrupulosamente tus días y tus noches y tus imprudencias.

Detrás, alrededor, en todas partes, los fríos ojos que escrutan la mímica, los gestos, las palabras, las vacilaciones, las ambigüedades y las imprudencias. ¡Pero me había marchado! El tren deglutía horas y estaciones con salvaje rapidez.

Horas y estaciones yo solo en el compartimento. El billete estaba en regla, ocupaba el asiento indicado, no cabría alegar ninguna infracción. Las maletas, una encima de la otra, llenas de conservas, bebidas y cigarrillos. El viajero no tenía derecho a llevar dinero, ningún tipo de dinero. Dónde dormiría y qué comería era cosa suya. No estaba autorizado a poseer comida, bebida, alhajas, obras de arte, armas, documentos secretos, manuscritos inéditos, sustancias inflamables, venenos, drogas, mapas militares u objetos de culto. Maletas llenas de conservas y bebidas; lo contrario, no era posible... Estaba dispuesto a asumir el riesgo. Cada vez que aparecía un semáforo, me palpaba el pasaporte en el bolsillo de la chaqueta.

El revisor no aparecía, ni tampoco se veía ningún otro pasajero. Uno no sabe si eso significa algo y qué en concreto: en cualquier momento lo pueden arrestar y devolver a su procedencia y no sabe cómo interpretar los avisos.

El revisor mirará con atención el equipaje, el rostro y los documentos del sospechoso. ¿Sonreiré, temblaré o le plantaré cara?

¿Qué tiene que hacer un niño con alhajas, pieles o bebidas? No, de ningún modo, no transportaba cuadros, fotografías secretas, documentos ni códigos, ¡ni por lo más remoto! Había dejado todos los juguetes en casa. Conocía las instrucciones, alumno siempre obediente y disciplinado. Estoy hinchado, realmente parezco torpe, hosco y podrido, pero soy el mismo chico enclenque y flacucho, como los hijos únicos, los mimados, los malcriados, los maniáticos, los monigotes, sí, sí, los monigotes endeble a punto de desbaratarse. Maletas pesadas, lo reconozco, maletas con provisiones de boca y cosas para taparse, zumos, embutidos, compotas, vitaminas, bufandas, biberones y gorritos adquiridos a precios astronómicos, bajo cuerda, ya había preparado el sobre para el camarada revisor, hemos pensado también en él, hemos previsto el complemento que se merece.

El barrigón al que le tendí el billete no parecía nada terrible. Un triste funcionario, amargado por los trenes y la úlcera.

Preguntará por el equipaje, tratará de sonsacar adónde se marcha el respetable desertor, quién lo esperará en la estación tal y más adelante, en la otra estación, de qué conoce a los espías elegantes y bien alimentados a los que va a visitar y dónde ha aprendido idiomas y modales y códigos extranjeros. No me daba cuenta de que me despreciaba, me envidiaba y me odiaba.

Leía y releía el billete. Increíble, muy increíble. Los labios gruesos y amoratados esbozaban una mueca despectiva. Éramos cómplices, sabíamos tanto el uno del otro y sobre todos, aun cuando no sabíamos nada... Solamente nosotros sabíamos valorar los cuños y las firmas, solamente nosotros dominábamos el código de los subterráneos.

Un más que discreto signo de comunicación, ¡aunque sea desagradable! Por ejemplo, que me hubiese guiñado el ojo..., eh, eh, ya lo sabemos, conque tú también, conque tú también, pollito, has pagado la cuota, los apaños, los enchufes, las porquerías, las ventas, las compras, las traiciones, bravo, mesié, reverencias, señorito. Que me hubiese dado un empujón, un papirotazo..., eh, que os conocemos, sabemos cómo se consiguen esos favores... Puso los billetes en la mesita de la ventanilla y me clavó los ojos, era una mirada negra y cansada. ¡La documentación! Las manos pedían y las palabras traducían la orden: ¡La documentación! ¡El pasaporte!

Ah, conque era eso... Se me había olvidado, sí, sí, se me había olvidado que el pasaporte se había caído en el asiento. Aquí lo tiene, tome, aquí lo tiene, todo está perfectamente en regla.

Hoja con hoja, frase con frase, operación meticulosa, pausas inquisitivas y escépticas.

Bueno, sí, existe una pequeña, pequeñísima y absolutamente insignificante discordancia... La fotografía se hizo de forma muy apresurada. Había muchísima gente aquel sábado y el fotógrafo no miró al cliente. Le expliqué a la señora que lo ayudaba: una fotografía auténtica, eso es lo que necesito. Así se lo dije, una fotografía auténtica, sin retoques, tal y como soy. Un chico formal pero en el que caben todas las posibilidades. Apto para regenerarse, eso cree usted, o sea, ¿que aún está a tiempo?

La señora que ayudaba al fotógrafo y cobraba parecía tener buena voluntad, pero iba con prisas y la gente se aglomeraba y el fotógrafo no estaba preparado para un trabajo más delicado. La señora gorda y maquillada fue comprensiva. Cuando me entregó las fotos, recordó todo lo que le había pedido y reconoció que el fotógrafo no había entendido nada. Me consolaba maternal y embustera, no es ninguna catástrofe... Si hay buena voluntad y un poco de objetividad, las fotos pueden atribuirse, me aseguró, al que yo quería ser. Es decir, al que yo era en verdad. Que perdiese cuidado, me aseguró dale que te pego, ya me sirvan, ya sean una pega, hombre, te estás preocupando en balde porque si llegas a donde crees tú que vas a llegar cualquier cara es buena, no tienes por qué preocuparte... No insistí más, aunque no creí a aquella maldita cajera gorda y meliflua. Hay discordancias, lo sé. La frente espaciosa, los ojos pequeños como si hubieran menguado, las mandíbulas gruesas y caídas y el pelo, del pelo qué vamos a decir. Pero si se fija bien en los labios, los labios tienen el mismo trazo de ironía. Arrogancia, ¿qué quiere? Así parecía de pequeño, presumido, ¡ay mis pobrecitos nervios!

El funcionario restituyó el pasaporte y se fue sin decir algo cortés. Me quedé en una actitud ridícula, con la documentación en la mano, esperando que volviese para poder explicarle, agradecerle, demostrarle... El tren corría, pasábamos por puentes y bosques, el reloj de las ruedas aniquilaba las horas, cuartos tres cuartos, el mismo crepúsculo gris, parecía que no nos hubiésemos movido del sitio.

El compartimento se llenó. Chicarrones con mochila y saco de dormir derrumbados en un ronquido planetario.

Luego la madrugada, la misma luz melancólica. El cielo cárdeno y húmedo hinchado sobre otra estación. Viajeros de los de ida y vuelta que subían y bajaban, la lengua-la ropa-los rostros presos de algo extraño y encarnizado. Gabardinas-carteras-gorros, más chicos alegres en anorak. Se cambiaban y añadían vagones. Arrastraba jadeando las pesadas maletas hasta otro vagón, luego a otro y después al siguiente. El nuevo compartimento estaba vacío. Conseguí levantar la maleta roja y dejarla arriba, en el portaequipajes. Levanté también la otra maleta, la de cuadros, y apretujé los dos bultos en tan

estrecho espacio. Daba cabezadas, cansado, me acunaba el mismo narrador retrasado. Guardias fronterizos con perros, el miedo, el vértigo... Pasó también todo eso.

En cierto momento, sentí que descorrían la puerta. Tras la cortinilla apareció una rubia marchita en vaqueros. Al brazo, una toalla. No me veía. Tiró la pequeña toalla roja sobre las maletas... Volvió a cogerla y la enrolló. En la ancha palma de la mano sostenía una jabonera verde. Meció la granada en la mano y, acto seguido, la deslizó rápidamente en el bolso. Me faltaba valor para abrir los ojos, no me había visto... ¿Me había lavado?

Seguro que sí; me había lavado las encías las pestañas la boquita, sí, sí, me había afeitado con esmero, como es debido.

Reanimado, ante las señoras, la instructora rubia de vaqueros, la madre, la jefa, la suegra y la secretaria de uniforme negro y adusto. Hablaban de un pariente a cuyo entierro acudían. No prestaba atención a las atribuladas frases, sentía ya una vibración nueva, el cambio del paisaje, los albores de otro huso horario.

En efecto, un sol convaleciente, una carretera llana, de tiza, detrás de la cual brillaban los cuadros verdes negros marrones del campo. Tractores amarillos, arados rojos. La dentadura de los rastrillos giraba lentamente bajo los chorros de los aspersores. Estaciones coquetas, de color pastel, de tarta dulce. Frente a los andenes, pintorescos caballeros de impecable porte. Sujétate bien al cinturón, chaval, porque la feria-noria te va a meter el vértigo en la chola, eres un niño anciano desmayado, has llegado demasiado tarde al paraíso de los embalajes. Una tímida brisa enferma, sí, sí, ya sentía el mareo.

No me enteré cuando nos detuvimos. La actriz y la vieja habían desaparecido. Era mediodía. Un andén de azulejos blancos. Enormes ánforas de flores. Mosaico rojo y blanco. Carretillas para los equipajes con el brazo-palanca oblicuo, como saludando. La maleta roja con la izquierda, la maleta a cuadros con la derecha. Un paso hasta la carretilla. Arrancó despacio, rodaba portando los inmensos bultos del descarriado. En la primera taquilla recogí la carga. Se abrió la puerta.

La calle. Callejeaba sobre una nueva página: caramelos pieles libretas sombreros pianos *halva** gomas de borrar. Clavé la mirada: jamón automóviles televisores acuarios hebillas sedas. Luces amarillas rojas azules rodaban con rapidez, fotografías, escaparates, semáforos, apenas si tenía tiempo.

El escaparate con esmaltes de estaño. Tras una breve vacilación, me atreví a entrar.

Chiquitas sonrosadas servían las mesas donde caballeros y señoras del alto tribunal de cuentas comían a dos carrillos. Pasteles de plástico, plastilina, plexiglás. En grandes bandejas plateadas dormitaba el ejército de savarinas, *kremschnit*, pasteles de hojaldre y pasteles de chocolate. Los clientes tenían las manos limpias y la mirada clara, nadie se había manchado los morritos, modales perfectos. Las palabras se perdían sin sonido en el termo de la elegante sala. Espectáculo en miniatura, hermético, imposible adivinar quién con qué se gana la careta, si los caballeros son sastres, contables o condes y si las infantas son mecanógrafas o doctoras o si es una máscara, el papel que en realidad desempeñan.

En algún momento salí y me vi de nuevo en la calle diciembre. Pasados unos semáforos me detuve.

Las paredes blancas, llenas de cajas y clavos. En el largo mostrador pistolas, puñales, cartuchos, espadas, escopetas, cuchillos. ¡Se podían tocar, eran de verdad! Se podían comprar, como los pasteles y los automóviles y los otros juguetes. La mujercita que había detrás del mostrador hacía punto, encorvada, en una banqueta alta de observación. Me miró y me alargó un prospecto. Renuncié melancólico a tan atractivos hazañas. Consulté el reloj. Las cinco y media. Tenía que darme prisa para ir a la estación, debía cambiar de tren.

En la escalerilla del vagón vigilaba con su impecable uniforme el Caballero de la Ley. ¿Lo había visto antes? ¿En las negociaciones de desarme, en la Conferencia para los Derechos del Mar, en la coronación del emperador Francisco José, en los funerales del Papa, en el coloquio de ecología? Sonriente, me pidió el billete. ¡Oh, un triste revisor de tren! Para que veas...

–¿Es usted polaco? –preguntó.

Me sequé la frente sudorosa con la palma de la mano.

¿Habría oído hablar del pequeño dios polaco Tazio y del viejo sabio moribundo? No conseguí dilucidarlo. Yo no era polaco...

–Está bien, subamos –admitió Su Excelencia.

Me incliné sobre los equipajes, pero volvió a conmovirme su imperial cortesía.

–Déjelo, eso es cosa nuestra. Suba.

¿Tendría que excusarme por mi desconcierto, contarle el aspecto de mis acompañantes en el tren en el que había venido?

–Si lo desea, déjeme los documentos. Hasta mañana por la mañana, cuando pasemos la frontera. Yo bajo en... –y nombró la residencia del Dogo, el Festival, la vista desde el Lido.

Me estremecí otra vez, me había descubierto. Esperaba, qué esperaba, qué más esperaba... Tenía que confesárselo todo, eso quería, hablar de la suntuosidad mórbida de la laguna, de los predecesores y fantasmas.

–Esa ciudad, si es que puede llamarse ciudad, la reconocerá, claro que sí. Allí suben viajeros, peces gordos, cantantes y granujas de toda laya. Sospechosos y viciosos.

Al amanecer, volví a ver al dignatario de los ferrocarriles. Reapareció fresco, telegénico y popular, como un auténtico primer ministro de consumo. Devolvió los documentos, cogió la maleta primera y la maleta segunda y las cargó hasta la escalerilla. Ahí se terminaba el territorio de la amplia benevolencia. A partir de entonces, me las arreglaría yo solo. Perseverante, cargué con los pesados bultos hasta otro tren.

En los albores de una dulce madrugada, me desperté a las puertas de la Ciudad-Candelabro, idéntica a las de las páginas de álbum de cuando estudiaba. El Monumento, la Catedral, el Jardín, el Embarcadero, el Metro, la Cafetería, la Galería, el Puente. Y una vez más: muñecas, zapatos, jerséis, relojes, corbatas, libros, embutidos, bicicletas, alhajas, cosas estrafalarias, sostenes, carteras, saxofones, sexo, juegos de manos, pelotas, coches, chucherías: ¡embalajes, embalajes! Críos beatíficos y caprichosos, caballeros, señoras y señoritas que interpretaban la opereta de la opulencia. Cubiertas de libros, capas, carcasas, carteles. Embalajes, embalajes. La caries de un

refugio provisional. Ya no podían devolverme lo que nunca había tenido, debutaba con retraso en el mundo de la magia, era ajeno a él. ¿Me desmayé al entrar en la librería o en el umbral del matadero? Las ruinas fosforescentes de un cuento no vivido en su momento, entre niños a los que ya no me parecía, extraviado entre pueriles gentes apresuradas.

Me acordé de repente del familiar que tenía en aquella ciudad ilusoria. ¿Qué habría podido decirle? Yo había vivido en un estado de confusión, ¿era la confusión mi única fortuna? «El talismán mágico cumplía tres deseos. El problema es formularlos correctamente... Pides que te den otro país. Allí arrasa la peste. Aterrado, pides que cese la peste. Mientras tanto, te habías vuelto mudo. La formulación correcta del deseo requiere una pormenorización infinita que no podrá evitar la confusión.» ¿Tendría que pedirle que bendijese mis confusiones, es decir, todo lo que poseía? Estaba viviendo en la confusión de un único deseo, no había conseguido pasar de la primera confusión.

La escalera estaba cubierta por una gruesa alfombra roja. Apreté varias veces el botón verde de la puerta del piso. No se oía el menor movimiento. No obstante, la puerta se abrió. En el marco blanco apareció un hombre robusto y pálido. Traje de etiqueta de paño negro con finas rayas blancas, camisa immaculada, cuello duro y pajarita de lunares por debajo de la cual pasaba un cordón grueso y negro del que colgaba el disco dorado del monóculo. Un primo, un tío, un testigo, un farsante, quién sabe. Me retuvo la mano entre las suyas un rato. Tuve tiempo de mirar sus delgados labios, los párpados hinchados y rojos y la calva pecosa.

La habitación era amplia y de techos altos. Atestada de pilas de libros. Se sentó detrás del escritorio y sirvió dos vasos de güisqui. Brindamos e inmediatamente apuró el suyo. Cada uno esperaba que hablase el otro. Sencillamente, en lugar de conversar, el señor elegante tendría que haber hecho, de forma instantánea, un milagro. ¿Una gran cantidad de dinero? ¿Un cambio de identidad? ¿Revelar el código de tantos desdichados vínculos? ¿Lo que fuera, con tal de que bruscamente cambiase todo!

Le escudriñaba la frente amarilla y arrugada, los labios pálidos, las uñas puntiagudas, la piel vieja y brillante de las manos, el pañuelo blanco del bolsillo de la chaqueta y la gruesa sortija con una piedra negra. Llevaba hablando tan sólo unos instantes o mucho rato. Un murmullo de erres

arrastradas. Contesté con retraso a la pregunta. ¿Campo de concentración? ¿Le interesaba ese tema tan banal? Sí, allí cambiaban un abrigo por un piramidón y una sortija por un pan. ¿Las últimas palabras del abuelo? Los bárbaros perecerán, eso dijo. Los bárbaros perecerán, volverá a inventarse la alegría y luego la barbarie, creo que fue eso lo que dijo. Las palabras hacía mucho que habían muerto, palabras muertas, reinventadas por el niño de otro tiempo.

El hombre que tenía delante encendió un habano de borde plateado. Me miraba, no me miraba... Al llegar, su mano pequeña y gordezuela había sostenido un buen rato la mía hasta que, de sopetón, me dio un tirón y nos fundimos en un corto abrazo como dos viejos camaradas de armas. Después me había palpado el rostro con sus ásperos dedos. Allí, en el vestíbulo, mientras yo colgaba el abrigo en el perchero, me palpó el rostro con las dos manos. Retorcía, de vez en cuando, el mango de nácar de una gruesa lupa que tenía en el escritorio. No la levantó, como tampoco el monóculo. ¿Estaba ciego o es que no me veía? ¡No me veía! Descorchó otra botella y llenó sólo su vaso sin preguntarme si yo quería más. Lo apuró de un trago. Acto seguido, presentó su biblioteca, que se prolongaba por todas las habitaciones, en estanterías, sobre mesas, camas, sillas, suelo, radio, armarios. De vez en cuando, bostezaba.

–El fermento... Eso es lo que somos... El fermento... Marginales, cautivos no siempre honorables. El abuelo, en otro tiempo, en aquellas calles pobres y asfixiadas de polvo, las noches encendían las mentes de los listos... Me marché a tiempo de un pasado que no llegaste a vivir. –Peroraba sobre la negación del deseo con otro deseo más disparatado, desmedido, y luego otro aún más–: Tienes que dejar asombrado al brujo, hasta que se dé por vencido y ya no contabilice más...

Los dos estábamos borrachos cuando nos despedimos. Una niebla calentita de palabras sin ilación y gestos absurdos.

En los malecones del pintoresco barrio desaparecían el cansancio y el escepticismo.

Puentes pequeños y graciosos. Los anuncios de los cines. Casas apacibles, ventanas sin cortinas, el ritual doméstico a la vista, instantánea de la eternidad: la abuela colocaba estratégicamente los cubiertos; el viejo echaba bocanadas de humo sobre el periódico; el chiquillo holgazaneaba con el violín; la señorita en combinación acariciaba al gato; el padre estrujaba fotos de África; el chiquillo le quitaba el polvo al álbum de sellos; el tío colgaba en el perchero; la señorita maullaba, soñolienta, en la taza verde; el padre se había congelado, arrogante, bajo el paraguas de detective.

Tampoco el placer tenía cortinas. En los escaparates luminosos, la desnudez ofrecía maniqués dulces y pérfidas. Danesas frías y blancas, libanesas tímidas, aceitunadas y nostálgicas, camboyanas y brasileñas nervudas y desenfrenadas. El apocado lanzaba miradas furtivas. Oía a los compañeros del liceo cómo lo incitaban con sus obscenos consejos y palabras de aliento, prestos a arrojarlo a alguna de aquellas jaulas aterciopeladas y perfumadas, ensordecido por el frenesí de la hinchada que en la ventana seguía jaleándolo.

Volver a vivir la pubertad inacabada, esa turbia desesperanza llamada tiempo, una larga espera crispada de algo indefinido. La barbarie llamada campo de concentración y muerte, luego la barbarie llamada esperanza... Lo natural parecía pueril y estúpido. Solamente veía el embalaje del cuento donde la casualidad lo llevó, pobre turista retrasado... Bajo el esmalte bullían los gusanos que pronto explotarán a lo largo y a lo ancho de la Tierra, gigantesco cohete esquizofrénico... Los viejos pueriles y asustados de los subterráneos del Este, niños seniles del Oeste.

Un viento húmedo y tenue, agua humeante. La ronda duró mucho, la tarde se alargó gris y árida. El caballero extranjero de mediana edad se apretó encorvado dentro de la descolorida capa de mezclilla y caminó dos horas tambaleándose por los centenares de metros del malecón, adelante y atrás. Torció por callejas, puentes y pasajes, paró a un transeúnte, llegó hasta su hotel de mala muerte, subió la escalera de madera, pasó por la habitación grande donde se lavaba la ropa, se cocinaba y se planchaba, llegó hasta la celda de la buhardilla, recogió sus cosas y bajó. El patrón aceptó guardarle las dos maletas unos días, las encerró en un trastero lleno de paquetes y cucarachas. El viajero contó los billetes, dinero que había recibido, al

despedirse, del primo que parecía su abuelo y se comportaba como un tío rico. Cogió la bolsa de viaje donde había apilado el pijama, el paraguas, el jersey, el pequeño libro de bolsillo, la toalla y los documentos. Abandonó el hotel, cogió el metro y llegó a la estación. Se instaló en un compartimento vacío y se tomó una aspirina. El tren arrancó lentamente. Poco a poco, la luz disminuyó y las sombras jugaban de otra manera en las aguas del espejo. Un pretexto para defenderme, durante un tiempo, del encuentro contigo, maestro Aschenbach. Traté de interponer entre ambos un recuerdo para aplazar la confrontación. En vano: un aristócrata célebre me está mirando desde la luna que se ha instalado, soberana, en el espejo turbio de la noche. No soy tan bueno como tú, no llevo gafas, pero la frente es igual de alta aunque sin las cicatrices que tú tienes. Una cabeza grande en relación con el cuerpo, un cuerpo vergonzosamente deforme. Mis ojos no vieron la Guerra de los Siete Años, pero sí contemplaron tempranamente el infierno, te lo aseguro, lo contemplé también más tarde, aunque disimulado con extravagantes maquillajes. No es posible, no-es-posible, eso repetía, como un demente, hasta el momento en que el Circo me entregó el inverosímil permiso para evadirme. ¡El viaje! No era la solución a un callejón sin salida, como en el caso de tu prestigiosa carrera, oh, no, era algo completamente diferente.

«El sentido exagerado de la perfección», así expresaste en cierta ocasión la esencia del artista. Para nosotros, en el subterráneo, el sentido exagerado de la supervivencia se había convertido en una fijación indestructible.

«¿Moralistas del rendimiento excesivo?» Sí, nos obligaron a resistir un día más y luego otro... ¿Cubos de agua fría arrojados al amanecer en el pecho y en la espalda, altos candelabros a una y otra parte del manuscrito, atarse con cuerdas a la silla del escriba como al poste de una hoguera? ¿El talento llamado supervivencia? En el alma herida y huérfana de la realidad, a veces nos creíamos semejantes a héroes capaces, como te dije una vez, «de parecer grandes, al menos durante un tiempo».

El viajero que se dirige a usted ceremonioso y enfático reconoce que es un niño que sufre, caprichoso, acuciado por la sensualidad y por una cruel exaltación de la soledad. Los vigilantes condicionaron nuestros reflejos: seamos serios.

Los tics de la seriedad se nos han metido en la sangre y nos la han envenenado. La felicidad nos parece frívola, no estamos preparados para contemplar el espectáculo.

¿El Lido y la Isla de los Baños? ¡No he llegado allí! Este pasajero infantil no es la caricatura envejecida de tu frágil púber polaco de otro tiempo. Unos días o unos siglos después, el diplomático que me llevó las maletas hasta el compartimento me confundió con Tadzio, probablemente... con un Tadzio envejecido, procedente del tenebroso Este. *Signore, desidera un caffè, alla turca, espresso, bollente, ristretto, lungo, sono tutti i suoi bagagli, lasci libero il passaggio..., scenda, per cortesia... Scenda, per cortesia*, en vano me daba prisas, no era el pequeño turista extranjero de antaño, ni el Este era ya el mismo, ni tú, ni nada ni nadie.

Scenda, signore, per cortesia, per cortesia... Baje, por favor, *per cortesia*, repetía el acompañante, *buon giorno, signore, benvenuto*, parece cansado, *signore, faccia presto*, he llegado, *per favore, scenda, signore, per cortesia*. El compartimento estaba vacío, el tren se había vaciado, las cortinas se habían corrido, había entrado la luz de un nuevo día, habíamos llegado, estábamos bajando, bajé sin volver a mirar el espejo turbio y pérfido.

Llueve con ganas. Una pensión barata, para turistas pobres. Cama, perchero y lavabo. A través de la ventana se ve la calle estrecha, un decorado de teatro. En la casa huele a col y a cebolla frita. El cielo vuelca gigantescos cántaros de agua sobre los muros antiguos y húmedos.

Aglomeración en la estación de ferrocarril, en el andén donde atracan las embarcaciones. Señores de buena planta y consortes apetecibles. Cantan, vociferan, se empujan, se hacen cosquillas, brincan, hacen fotos o berrean frenéticos, acostumbrados a jugar a los monos o a los dioses.

La gordinflona emperifollada, con el pelo azul, los brazos pesados, viejos y llenos de pulseras doradas. Verdes azules rojos ojos de gata. Collares fosforescentes en el cuello y en los tobillos. El donjuán calvo y distante oculto tras sus gafas de policía. ¿Los joviales beneficiarios de tantas victorias infantiles podrían convertirse mañana en los extenuados jubilados de las reservas del Este? Miran de vez en cuando al intruso con el rabillo del ojo, se

han percatado del extraño pobretón, envejecido, no apto para sus rutinarios momentos de distensión. Retirado en un rincón oscuro de ese puente húmedo y temblequeante, el novicio contempla soñoliento las orillas, el cielo, los muros color pastel, los palacetes cuyas fachadas surgen directamente del agua, fachadas antiguas y guarnecidas de color rosa y verde.

La lluvia cae menuda y machacona. El grupo baja. El cuadrilátero de la plaza bajo las ráfagas de la tormenta. Palomas macilentas, fastuosos escaparates y cafés, el cielo sombrío y húmedo. Puentes, pasajes, catedrales, confiterías. Comerciantes elegantes, figones árabes, muñecas, farmacias, el fastuoso hotel de las *vedettes*. Dinero, oro, dentadura perfecta, el diablo maquillado y resplandeciente tragándose la droga de la opulencia y el tedio. Pensiones míseras, estudiantes de secundaria en huelga, estandartes: ¡Mañana seremos como vosotros, peores que vosotros! Se rompen escaparates, se festejan futuros incendios rock...

El faro, la niebla, el murmullo confuso de otros planetas, las empresas que repiten el repertorio de otro sueño. Discretas galerías de arte. Tiendas, alfombras, hachís, automóviles anfibios, neón.

Crepúsculo de viernes. ¡El ángel picotea afrodisiacos! ¡Estreno quirúrgico en el asilo de combatientes de la resistencia! Góndolas cansadas. El almirantazgo transformado en piscina de lujo. Las guitarras piden monedas y sangre. En las vitrinas se pudren los trofeos de la prosperidad. Carteles grandes y sedosos, concierto de Bach, la capilla azul. La bomba explota en el mercado de flores. Desfilan tráfugas encadenados. La sinagoga milenaria... Altavoces, la histeria del estadio: el alborozo popular, el carnaval, la libertad barata, de un instante, que degluten instantáneamente, en todo el globo, prójimos hambrientos de juego y olvido. Cine porno, placeres pecaminosos prohibidos en los subterráneos del Este.

El Gran Canal murmura, exhausto, advertencias. Marisma y mar, la Historia, los arcos de mármol y los recovecos de color pastel por donde penetrarán los nuevos conquistadores para ofrecer a las ratas asalariadas de la Utopía raciones iguales desde el puente de Rialto y desde las murallas mohosas y desde los elegantes jardines colgantes. Púberes ignorantes roen por todas partes la tarta democráticamente coloreada. Ciudad lisonjera y

equivoca, leyenda y trampa, la promesa de la nada, como una vez dijiste, hermano Gustav, nuestra alma enferma de belleza que se despeña por los barrancos que ella sola abre.

Las calles del gueto milenario. El turista bebe un vino límpido y celestial, hojea libros, vaga por los muelles, delante atrás, por cines dudosos. Tras los embalajes de la leyenda jadean pequeñas y grandes alegrías y desgracias, todas reales, tras el blindaje de los embalajes.

Intenta dormir, pero no lo consigue. La enfermedad-biografía le impide olvidar lo que ha dejado atrás y lo que lleva consigo. Abandona aquella misma noche los desfiladeros de la melancolía. En el compartimento bien caldeado, el sonámbulo agotado fija su atención largamente sobre un punto invisible.

La tarde siguiente, volvió a llamar al piso del viejo ciego.

–Siéntate, siéntate, vengo enseguida.

Los menudos pasos levantaban la cola del frac brillante. El señor pálido y solemne llevaba en la mano un vaso grande de leche humeante. Se sentó detrás del escritorio. Se la tomaba a pequeños sorbos y se calentaba las palmas de las manos con el grueso vaso. Pajarita burdeos y botones dorados.

–Ya sé, ya sé lo que quieres... Recuerdos de tu abuelo. ¿Sabes cómo se moría en los campos de concentración? ¿Quieres más recuerdos? De antes del desastre, ¿verdad? ¿Para calentarlos en el pecho, allí, en el campo de concentración de los grandes ideales donde estás aplazando tu vida? ¡Como una larva! Estás acurrucándote en el purgatorio, ¿para qué? ¿Por qué vives allí, por qué? ¿Por qué no te quedas aquí, en el círculo de la libertad? ¡Dinero y espectáculo! Si te han dejado salir es porque están deseando librarse de ti. Líbrate tú también de ellos, ya es hora.

Sí, para ver lo que hay después de la muerte, en el mundo de más allá, una oportunidad que no muchos tienen. Ya es hora...

–¿Recuerdos de tu abuelo? Yo era un niño, apenas si había empezado el bachillerato. Iba todos los días a su librería. En una parte del local había estantes con libros y material de escritura, en la otra se despachaban bocadillos y bebidas. Un autodidacta iluminado, los campesinos acudían a

pedirle consejo. ¿Que no lo mataron? ¿Que murió de miseria o enfermo? Tenía una extraordinaria vitalidad. Por las mañanas se tomaba un bistec chorreando sangre con medio litro de vino tinto. Se cargaba a la espalda los paquetes de periódicos y libros él solo y los acarrea desde la estación, varios kilómetros. Su mujer, tu abuela..., enferma y cargante. Yo le decía Doña Penas. Era mi tío predilecto. Me reñía: «¿Otra vez con la cabeza descubierta? En invierno y en verano con la melena al viento, como los golfillos». Era creyente, pero tenía sentido del humor y era bueno. Demasiado bueno, tolerante, demasiado tolerante... –Movía las manos alrededor del vaso para calentárselas, tomaba un sorbo de leche y escrutaba al visitante sin encontrar el puente de comunicación–. Ah, puedes fumar, claro... Allí, en la modesta librería, vi por primera vez..., ¡no te lo vas a creer! Allí me incliné por primera vez sobre *Der Tod in Venedig*. ¿Te acuerdas? ¡«El placer de la muerte» y «La tragedia de la creación»! Tentador para un estudiante de bachiller... «EL DIABLO»: ¡nuestra alma! Desnaturaliza y provoca el arte, la tiranía, el placer y el desastre. Me arrojé a la trampa como un lobo. Niñerías, viejos desvaríos. Un deseo, más deseos, desvaríos. ¡Has de ser feliz! No importa el cómo. Sólo tenemos un instante, lo que dura un pedo, y el globo se pincha...

–Desearía un güisqui.

Se levantó y se fue a tientas a las habitaciones contiguas para buscar la botella.

¿Evadirse de la cautividad de un único deseo? El viejo Aschenbach suspira por el placer, por el veneno de la adoración, como un narciso incurable. En los campos elíseos de la belleza, vencido por una emoción culpable, renaciendo en la fiesta del amor y del sol... ¿Y el cólera y los bárbaros que anuncia la invasión? La epidemia de un mundo primitivo invadiendo desde todos los mares. ¿El extenuado artista muere víctima de la enfermedad popular que ha venido desde la nada? Regenerado a través del amor vicioso y mortal, ¿se habría podido salvar si hubiese pronunciado un segundo o un tercer deseo? –El anfitrión miraba a su visitante con una suspicacia a duras penas controlada. Había colocado el vaso de leche en el escritorio y, a su lado, el de güisqui–. Si se hubiese salvado de la catástrofe por sí mismo, ¿habría vencido al cólera? ¿Tenía que huir a toda costa o

haberse quedado donde lo había arrojado el destino? No sé si has vuelto a leer el texto. Yo lo tengo fresco. Anoche tuve una serie de controversias con el señor Von Aschenbach.

Si me miraba o no me miraba o si me oía es difícil decirlo. No parecía prestar atención. Volvió a darle un sorbo a la leche y a acariciarse las manos. Parecía cansado o preocupado o abstraído.

—La feria del consumo de aquí no es ningún paraíso. Pero ¿y allí? Situaciones sin salida. En fin, eso te afecta... Problemas generales, respuestas individuales, como bien sabes.

Los aforismos de siempre no lograron explicarme cómo llegar a la estación. Sólo dijo que en cada andén había un diagrama que indicaba el lugar donde se paraban los distintos vagones del tren que uno espera.

Al volver, sus conciudadanos lo recibirían con aburrida perplejidad, sorprendidos y asqueados ante esa cobarde repatriación. Sería menester que el Desconocido adoptase una tierna cautela a la hora de darles detalles sobre lo que sueñan y, probablemente, no aceptarían excesivos matices. Más sencillo sería convencerlos de que había sido incapaz de explorar la Atlántida, que no había logrado salir de él mismo. Al fin y al cabo, había viajado dentro de sí mismo... ¡Ya no había finales felices ni trágicos, ni actores que se enamoran! Sólo la bagatela numerada y clasificada... Vale, sigamos adelante.

Ahora, al regresar, se mostrarán parlanchines, joviales, escucharán, pedirán detalles, direcciones, anécdotas y serán comprensivos con las peripecias anacrónicas. Al bajar del tren se echarán encima los padres, los amigos, el abuelo, la novia, todos los muertos queridos e insustituibles.

El andén de salida estaba atestado.

El vagón olía a letrina y a basura.

El atolondrado con las dos gigantescas maletas vacías no se apresuraba. Había dejado que todos subiesen antes que él, les concedió un minuto más y saltó a la escalerilla.

Reapareció en la ventanilla momentos antes de la partida, una última fracción de segundo. En el marco polvoriento parecía un pálido payaso.

Se diría que la máscara reía.

La pared divisoria

La arremetida de los tranvías... Los rectángulos morados de la ventana. La cabeza trata de alzarse un poco: un gemido ahogado entre la borra. El balcón vibra, el asedio de los brontosaurios rompe las vías. El cuerpo palpita bajo el vendaje de la colcha. En la habitación de al lado, suena la radio. Raramente el teléfono... Un cuarto de hora después, la llave anuncia la ausencia.

A primeras horas de la tarde empiezan las llamadas. La voz parece siempre fresca y enérgica. La radio, la televisión, las visitas. En las noches melancólicas, discos con música de violonchelo y guitarra.

De madrugada, vuelven los embates de las hordas metálicas. El cuerpo salta y vuelve a caer. Las franjas violáceas de la ventana, el atontamiento de la resaca. Señales: vales matinales, el boletín de noticias, cataplún, la silla, chac, la llave.

—En el rellano de usted hay personas de bien. Los Zaharescu son una familia muy tranquila. Al final de la escalera está el piso común en el que viven el cura, la abogada y el profesor de gimnasia. Luego viene el del oficial con su patulea de hijos, el ingeniero y la jurista, el sastre y la gerente esa picada de viruelas; en la otra parte, Bratu el dentista, el viejo Bratu. Al lado tiene a doña Cornelia. Hum..., no ha tenido mucha suerte en esta vida.

El administrador: obeso, puntual e higiénico. Peludo y muy moreno. Mirada de experto improvisado. Un profesional de la conversación. A las siete de la mañana ya está en el zaguán. A las diez de la noche echa la llave a la puerta de hierro de la entrada. Las caras desconocidas se identifican enseguida. Los intrusos han de justificar su visita: a quién, para qué y cuánto tiempo. Pululan vagabundos de todas clases, ladrones y provocadores, es menester vigilar.

Vigila incansablemente. Pregunta, registra, memoriza y apunta. Los inquilinos lo saludan con respeto y prudencia. Un administrador competente, no hay nada que objetar... Se encarga de la limpieza, de las averías de la caldera de calefacción, de las llaves de los buzones, del ascensor, de la basura, del tablón de anuncios, de los gastos de mantenimiento, del registro de los cambios de inquilino, del registro de desconocidos y del registro de reparaciones. Previsor y siempre dispuesto a echar una mano: la antena de la televisión, la cocina de gas, el teléfono, los plomos, las persianas, el parque, el baño o los muebles. Inspecciona con atención, indaga en todas direcciones para descubrir algún imprevisto y entra en todas las habitaciones. Si lo invitan a un café rehúsa, pero cuando entrega los recibos mensuales en su pequeño estudio desratizado, prolonga de buena gana el diálogo.

—Ha tenido usted sinsabores antes de venir aquí. Me hablaron de aquel piso en el que puso los ojos no sé quién... Se encontrará bien aquí. Quería preguntarle, no he entendido..., al parecer, no trabaja en nada.

Las explicaciones le parecen confusas, se vuelve receloso, presiente situaciones delicadas. Prefiere preguntar por el lugar de nacimiento, los estudios... Al cura y a la vieja abogada les gusta mirar de vez en cuando por el ojo de la cerradura, tenga cuidado. La familia Zaharescu es como Dios manda. También ellos tienen bastantes problemas, la herencia, la hija que se quedó en Austria... Imagínese, a su edad, su única hija. Doña Cornelia no ha tenido suerte, la pobre, se le murió el marido, ¿qué va a hacer ahora? Quizá lo sepa, era actriz, sí, de variedades. Ahora está empleada en la Oficina Nacional de Turismo. Le gustan las confidencias, pero no insiste.

Los tranvías-tanque hacen temblar los cristales grises de la mañana. Los empleados caminan a rastras, mareados. Baño, cocina, vestíbulo. Se dirigen en tromba hacia el ascensor y las escaleras. En la calle, debajo de la ventana, está la parada. Fardos de cuerpos se deshacen de repente, abriendo los brazos. Decenas de guantes se extienden para agarrar la barra fría y húmeda de las sucias puertas. Plegada entre abrigos, carteras y paraguas, la capa a cuadros de la señora cruje juguetona. Se echa rítmicamente hacia atrás la melena desplegada y rubia, pero la aglomeración comprime la amplitud del gesto. Arrojada del tranvía frente a la oficina de la Oficina Nacional de Turismo a su hora, permanece un instante aturdida en la acera, acto seguido se ajusta la

ropa... La silla, los saludos, la sonrisa, el jefe, el café, las bromas, las novedades, el teléfono, el bautizo del domingo, el plan de divisas, la brigada artística, la reunión, la orientación política, la evaluación trimestral, la receta del pastel de hojaldre, el polígono de entrenamiento,* la esteticista, el examen de idoneidad.** El pulso de una jornada asalariada, botones, llamadas, pedidos, el café, la broma, las manías de los jefes, el comadreo, los periódicos, los folletos, la convocatoria para la reunión, la revista de modas, el informe, el ahorro en el material de oficina..., las pequeñas salidas laterales, resbaladizas, el apretón de manos, el retruécano, el abrir y cerrar de ojos, los dichos ingeniosos recién sacados del horno, el antineurálgico, el rímel, las medias de importación, el plazo de la cocina de gas.

En cierto momento vuelven en sí y, de pronto, abandonando la cadena de laminación, se marchan arrastrando los pies y se dispersan, aturridos, por las calles hacia las tiendas y los trolebuses. Queso, medicinas, lámparas, botones, televisor. Una cola, otra: libros, bombillas, cerrojos, zapatos, gafas, hasta la desembocadura de la jornada. El crepúsculo suaviza el cansancio. Las escaleras de los bloques estándar, la caja de hormigón, el resto de la jornada que se alarga perezosa, el sillón, el televisor, la cocina de gas, la plancha, el sarcófago nocturno.

El administrador recibe los saludos de sus súbditos en el zaguán. Responde a cada uno con una sobria inclinación de cabeza. Se graba en la memoria bolsas, paquetes, voces, ropas y acompañantes. La velocidad de los pasos, la turbación, la acritud, todo. Un bloque con muchas viviendas, gentes de todas clases, la convivencia tiene sus leyes. Conocer a cada uno, evitar conflictos, poder informar correctamente, tomar decisiones sensatas, vigilar. Antaño vivía en una habitación de servicio, trabajaba como ayudante de almacenero, tuvo problemas, un juicio, cárcel. Después: rehabilitación, trabajo, puntualidad, comportamiento intachable. Un estudio-apartamento, administrador. Hombre rollizo, reluciente, perfecta disciplina.

Las carreras, las horas de trabajo, la mirada atenta del administrador, lo acontecido durante la mañana en el trabajo... La vecina ha vuelto a casa. «¿Qué le parece? Eso de hacer de chupatintas en una oficina de mala muerte no es para mí. ¡Familiares en el extranjero! Aquella historia mía, cuando me echaron del teatro, ya la aclaré en el juzgado. ¿Qué más quieren? Al director

de entonces lo pusieron en la calle. Ya ve, estoy a dos velas... ¡Sí, estoy nerviosa! He recorrido todas las tiendas. Y vengo con las manos vacías. El sábado es el cumpleaños de mi madre y he de hacerle una tortada... ¿Qué televisión? ¿No ve usted que...? ¿Qué comunicado?... No lo sé, no lo he oído, no tengo paciencia.»

Por la noche, los ruidos de la calle se difuminan. Jadeo en sordina. La ciudad se aleja, las cabinas de hormigón flotan en una niebla de cansancio. La vecina pega la oreja a la pared para oír al vecino. Nada. Será un viejo paralítico, un niño sordomudo... El administrador le había preguntado mientras extendía el recibo de los gastos de mantenimiento:

—¿Qué tal se lleva con su vecino, camarada Cornelia?

¿Qué te parece? Camarada Cornelia... ¡El muy burro! Después de años y años llamándola señorita, señora, doña.

Las informaciones que proporciona el camarada administrador no son lo que se dice preocupantes: el vecino está encerrado todo el santo día; no se relaciona con nadie; no acude a la junta general. Cuando hubo trabajo voluntario, prefirió dar veinte leus antes que participar. Tendrá el hombre sus problemas... ¿Qué les importa a ellos? Pero de éste quieren saberlo todo sea como sea, ¡todo, todo! Porque, ésta sí que es buena, lo han visto con una pila de revistas extranjeras debajo del brazo. Es decir, el que lo vio fue él, el administrador, ¿quién iba a ser? Se conoce que empina un poco el codo... ¿De dónde habrá sacado el güisqui? En la tienda sólo hay el vino ese de manzana o de serrín. Y los jerséis... Por lo visto, sólo lleva jerséis, nunca lo ve uno vestido como es debido, o sea con traje y corbata como todo el mundo... ¡Sólo jerséis! Extranjeros, eso se ve a la legua, por el paquete. Le había pedido que escribiese sobre las normas de ética y comportamiento en el tablón de anuncios del bloque: «Ya se lo he dicho, usted parece un hombre culto».

Así lo relató el administrador: el vecino no balbuceó la menor excusa.

Puede que en otro tiempo no hubiese habido pared... Un bloque antiguo y sólido, pisos amplios, gente pudiente. Se levantaron paredes delgadas, interiores, se redistribuyó el espacio, se reestructuraron las instalaciones. Pared de menos de medio ladrillo; no aísla, pero tampoco permite una audición perfecta. Simplemente, una molesta provocación.

Periódicos, pastillas, álbumes, inyecciones, botellas, libros, pipas, sobres, libretas, puntillas, chismes, diccionarios: ¡la jaula de un estudiante expulsado de la universidad! Furias y miedos, una madriguera mohosa: el pronóstico semanal del tiempo, el historial clínico, el programa del hipódromo, el diario de las migrañas. Celda, paciente, silencio tenebroso. Como si no supiera que existe la muerte y todavía tuviese tiempo: inanidad y espera.

La vecina calcula correctamente, en su breve periodo de ensueño..., ¡vegeta, lisa y llanamente! Se diría que ha renunciado a las chanzas y a la exasperación, a la terapia latina de pálpitos, bromas, nudos y remiendos.

Rúbricas, horas de bocadillo, la cinta estrecha que hace girar el calendario, *spleen and suspicion*. La ciudad se sumerge en el cieno de la noche, sombras de fósforo y cuartel. Frío, herrumbre, los miedos amortiguados en la almohada de la oscuridad.

«Sólo es el fastidio que da este dolor de cabeza, por si quieres saberlo», le grita la vecina a un inesperado visitante.

Cosas que pasan... Tarde, la ciudad encenagada en la noche y el olvido pertenece a los radioaficionados. Breves señales pirata se mezclan con la musiquita de los timbres de las viviendas. «¿Qué buscas aquí a estas horas?», preguntó la camarada Cornelia. No obstante, se oyó el sonido seco de la llave: el intruso fue recibido.

«¿Qué pasa? No tengo que dar cuentas de nada. No, a nadie... Quitá la mano, quítame la mano de encima. ¿Tú mi marido? Tal vez, un mequetrefe que aparece por la noche. ¡Estoy diciéndote que quites la mano! ¿A que llamo por teléfono a tu mujer? ¡Vete, vete inmediatamente! Que cojo el teléfono, ¿eh?... ¿Esperar qué? ¡Que te crees tú eso! A mí no puede hacerme daño ni siquiera un pez gordo como tú. ¿Y qué pasa si...? ¿Qué más me pueden quitar? Sólo me queda lo que tú sabes..., por eso vienes. ¡Viejo asqueroso!» Empellones, susurros, cantilena cada vez más apagada, bisbiseos, silencio.

Al amanecer, las vías, el asalto. La almohada salta con un movimiento reflejo y vuelve a caer en su sitio, parece un pastel de hojaldre húmedo. ¿La radio? ¿El teléfono? La cerradura ha perdido su agresividad: no se oye. Ni la menor señal.

A mediodía, el radiocasete, el grifo, la ducha, el teléfono. La voz es cálida y tranquila. «Deja, que a éstos me los conozco yo... Después de diez horas en una silla escucha que te escucha acaban locos. Sin pestañear, por supuesto. Como unos reclutas... Después, echan a correr... Dicen que van a hacer una reestructuración de personal. No quiero ni pensarlo. ¿Dónde voy a ir a pasear, dónde? ¿No has visto lo que hay en la calle? ¿A qué restaurante? ¿Dos mujeres solas al restaurante? Malos y caros, ya lo sabes. ¿Qué música? ¿Y dónde? Si cierran a las diez. Yo también lo creo. ¿Con estas calles tan oscuras? Bien, gracias. ¡Si puedes, sería fantástico! Trescientos gramos. Sí, para la tortada de mi madre. Bien, pasaré, claro que sí. Ganas... No sé qué ganas... Tenía, naturalmente que tenía. No soy ninguna boba. Vale, ya hablaremos. Me quedaría así, escondida bajo tierra. Y dormir, no necesito nada. Lo han conseguido, sí, hale. Sólo eso y no saber nada más. Sí, pasaré, seguro que pasaré.»

A las trece horas el diario hablado, las primeras noticias, interviene el timbre, ding dong, cajita de melodías. Otra vez. Ah, vamos a ver, no es la vecina... Todos los timbres suenan igual.

Se abre la puerta. En el umbral, por fin, ¡la vecina! Se deja contemplar. Edad media, rostro aún joven, pelo hirsuto, talle esbelto. El caballero tampoco es un oso: ni viejo ni un crío ni paralítico. Un poquito atontado, mientras camina se mete la gruesa camisa azul dentro de unos vaqueros harapientos.

—Tengo la impresión de que se le ha olvidado algo en la lumbre... Huele a quemado, lo he notado.

Sonríe protectora. Voz ni alta ni baja, ardiente, oportunidad para agudos atiplados. Se pasa la mano por el pelo, cohibida ante la mirada nada apresurada del atolondrado.

—Sí, creo que sí... Yo tengo la culpa —esboza una sonrisa infantil el vecino.

Un paso atrás, duda si invitarla a pasar. No tendría sentido, está todo patas arriba, un adolescente en su cuarto de la casa paterna. Además, ha de ir corriendo a la cocina...

Corre a la cocina y aparta la cazuela completamente negra. Abre la ventana para que salga el humo. Coge un trapo, agarra la cazuela y la mete en el fregadero. Abre el grifo, crepita el agua y sale vaho. Huele a quemado y a

ceniza.

La puerta de entrada se ha quedado entreabierta. La vecina ya no está. No ha tenido tiempo de darle las gracias y de excusarse... Llamará a su puerta: el incidente nocturno daba pie, pero luego qué vas a hacer, estando puerta con puerta.

El administrador vigila en su puesto del zaguán.

—¡Cuánto tiempo sin verlo! Sale usted poco de su casa. Me pregunto lo que comerá, nunca lo he visto en la tienda de comestibles. Es usted un poco misterioso, camarada... No se enfade, ¿eh? Estaba bromeando. Los vecinos siempre me están preguntando y no sabía qué contestarles. A propósito, aquí tengo una carta para usted...

Llevaba el sobre en el bolsillo: si el sospechoso se decidía a salir de su madriguera, tendría que pasar por el zaguán, allí, por delante de su puesto...

—¡Conque del Brasil! Ah, menudas relaciones tiene usted —musitó contrariado porque el alelado se metió rápidamente la carta en el bolsillo, sin mirarla—. No, no hay ningún problema con el vencimiento. ¡No tiene importancia! Cuando tenga tiempo, pase por mi casa para liquidar las cuentas.

Pero el apresurado vecino ya se había deslizado, intimidado, hacia la salida.

Fuera, en la calle, la furia de los megáfonos, los hurras. En el quiosco, una sorpresa agradable: ningún cliente. La vendedora despeinada está haciendo punto.

—No hay cerillas... Desde hace dos semanas.

El amonestado no tiene valor para seguir importunando. Prefiere ir con rodeos y utilizar una fórmula de cortesía:

—Tenga la bondad, desearía...

La encargada no es impresionable ni tampoco quisquillosa.

—¿Cigarrillos chinos? ¡Está usted bueno! Ni chinos ni búlgaros llegan desde la primavera pasada. Me quedan dos paquetes de Amiral, cógelos o ya no tendrás ocasión.

Te tutea, no puedes ofenderte. Es un acto amistoso, desde luego, como la rareza de la mercancía, un auténtico favor.

Unos pocos pasos hasta la puerta del bloque. Por fin, el jefe no está. Estará en la caldera de la calefacción, en el incinerador de basura o lo habrá llamado alguien para liquidar los recibos atrasados de la comunidad. El sospechoso va corriendo hasta el ascensor. Pulsa el botón y mira a su alrededor. No tiene paciencia para esperar y sube las escaleras de dos en dos o incluso de tres en tres. ¡Uf, ha llegado! Rebusca la llave pero no la encuentra. Ah, estaba aquí, en el bolsillo del pantalón...

—¿Qué tal? ¿Ya de vuelta?

¡La voz del control! ¿De dónde habrá salido? La puerta del piso compartido, junto al ascensor, está abierta. La señora pensionista le está ofreciendo una ancha sonrisa al administrador. Pero también se fija en la desazón del vecino. No cierra la puerta sino que se queda tal cual, clavada, para no perderse la escena.

—Ah, precisamente se me había olvidado decírselo —prosigue el sabelotodo—. El cartero me dejó para usted un paquete de revistas. Venga, que se las doy porque las tengo desde hace días.

¿Cómo que le dejó? ¿Y por qué? Si sólo se ausentó para... Y no está autorizado para entregárselo a nadie más. Sería clamar en el desierto, no tiene fuerzas y se arrastra sudoroso tras el benevolente. ¡El muy canalla! No tiene prisa, no acelera sus pasos de zanquilargo, le sobra el tiempo. Pero no voy a entrar, no me tirará de la lengua... Me quedaré en la puerta, lo único que tiene que hacer es darme lo que debe darme, paquete, obús, apercibimiento, sentencia, lo que quiera...

En efecto, se queda en el umbral de la vivienda. No le apetece volver a ver las paredes color pastel, los carteles de actrices ni la alfombra gruesa, el sillón de piel y el tocadiscos.

Le trae un rollo compacto de revistas atadas con una faja amarilla.

—¡Ya veo que sus amigos se preocupan de usted! Si es lo que digo yo... Brasil, Francia, Canadá, Bélgica... Va a tener mucho que leer. Podrías prestármelas a mí... Si no las necesitas, naturalmente. En vez de tirarlas... Les echaría un vistazo por las noches, para pasar el rato.

¿Qué demonios les pasa a todos hoy que me tutean? Los predispongo yo, habrá algo en mí que les hace levantar el gallo. Primero de usted, reverencias, amabilidad... y, de golpe y porrazo, plum, «¡podrías prestármelas a mí!».

Como si no las hubieses hojeado ya todas... Al fin y al cabo, no las has tenido para nada tantos días. ¿Cómo diablos sabes que son de Bélgica o Canadá? En fin, éstas son de Marsella. La carta sí que la inspeccionaste, venía del Brasil. Pero ¿de dónde has sacado lo de Bélgica y Canadá? Me lo dices sólo para impresionarme con tus recursos, con tu poder, hoy entro a tomar un cafecito, mañana otro... Y así sucesivamente hasta que... ¡Pues eso!

—¿No quieres pasar? Te haré un buen café... Tengo del de verdad, nada de mezclas. ¿O tienes prisa? Siempre con prisas, con prisas.

Logró quitarle el rollo de la mano; el vigilante lo miraba sonriente. Le dio las gracias con un breve asomo de sonrisa. Bigotudo, desparasitado, planchado, perfumado... La voz agradable y apacible, los pantalones sujetos en los tobillos con una pinza metálica, por la bicicleta... La corrección te agobia, te persigue, te atormenta. No hay forma de cogerlo en renuncio ya que es el dueño de todas las reglas. Recto y cuartelero: pues te está bien empleado, no quieres bromear con nosotros, decirnos un poemita, cucarnos el ojo..., ufano, reservado, porque todos tenemos algo que esconder..., no te va el estar de tertulia..., como si no existiéramos... Tarde o temprano acabas llegando aquí, no tienes elección, el cedazo está aquí, en casa del menda, y pasa el que nosotros queremos.

En casa de la vecina, viejos tangos. En las ventanas, la lluvia húmeda. La melómana concluye la tarde con un concierto eslavo de violonchelo. Se envuelve con la colcha, está caliente, como en la infancia.

Los tranviarios: ¡chicuelos de uniforme! Los pasajeros: hombrecillos. Los guardias de circulación: escolares de primaria. Lo mismo la chiquita del quiosco. El administrador es el soplón con la cara llena de barros de quinto curso. Llegamos a tiempo, la campanilla, nos sentamos en los minibancos. Uniformes, recreos. Formales, recibimos la taza de té. No salimos hasta el atardecer, nos proveemos de libretas, lápices, cambiamos los bonos de comida por una barra de pan con margarina. En casa, cerramos rápidamente las ventanas para que no se meta el sonido estridente de los coches blindados. Ya no se oye ni la marcha rítmica de los deportistas que pasan. En las calles, escándalos, se rompen las lunas de una tienda, le dan una paliza al goloso que ha cogido dos raciones y al holgazán que se ha retrasado en abrir la cantina. Los mamporreros hacen lo que les viene en gana, le piden la documentación a

cualquiera, controlan el número de matrícula y dan una tunda cuando menos te lo esperas. Los escolares, obedientes, están asustados, cunde el de sor den. Mira, éste me ha atacado sin motivo, llevaba billete, lo juro, puedo enseñarlo. Pero él me coge de las orejas, me baja y me empuja hasta la esquina de una calle maloliente donde no nos ve nadie. «Oye, chaval, que yo te conozco... Métetelo en la cabeza. Has de tener miedo, ¿me oyes? Yo te defenderé, pero no vuelvas a esconderte, ¿entendido?» Y me pone ante los ojos un sobre grande con muchos cuños. Tiene una voz agradable el pustuloso chivato de quinto, pero grita demasiado y es un tipo demasiado tieso y seguro de sí. «¿Y de dónde sacas la manduca, eh? ¿De dónde, cacho piojoso, de dónde? Tendrás hambre, ¿lo oyes? Yo te daré. Aprende a comportarte, ¿me has entendido? Te estoy educando como es menester, respondo de ti. Dentro de diez años estarás preparado.» Me tira de las dos orejas, acerca su cara larga y pustulosa y abre los ojos de par en par. «Dentro de diez años serás capaz de todo para recibir el bono. Ya me encargo yo, sabandija graciosa. ¡Pero quiero saberlo todo! ¿Lo has entendido? Respondo por ti. Serás amaestrado perfectamente. Mira el silbato, con él daré la señal. Dentro de diez años cumplirás como es debido las órdenes, sean las que sean.» Rebusca en el bolsillo interior de la chaqueta el silbato, no lo encuentra. Se mete dos dedos en la boca y da un silbido largo y ensordecedor. En cada rincón de la plaza aparece una pandilla de chicos, se abalanzan sobre mí para aniquilarme...

El vecino se despertó repentinamente embutido en la colcha húmeda de sudor. Alargó el brazo hasta la lamparilla de la mesita de noche. Acribillado por el pánico, no acertó. Volvió a extenderlo, apretó el interruptor. Una habitación desconocida, fría... El atolondrado se encogió y se puso a contar: uno, dos..., cinco, apagó la luz. Se tapó cabeza y todo con la colcha.

La trituradora giraba lenta y uniformemente. Una máquina gigantesca, como las torres de perforación. Mas no era sino una simple trituradora de carne extraordinariamente grande. Los espectadores asistían a una demostración como gorgojos junto a la suela de una bota de Gulliver. Centenares de gorgojos colgaban de una manivela inmensa para poder moverla. La giraban de arriba abajo de forma lenta y uniforme. La boca de acero vomitaba gruesos cordones de picadillo de los que chorreaba un líquido rojizo. Algunos espectadores que había debajo de la boca quisieron retirarse,

pero luego volvían, les habían prohibido abandonar el espectáculo. Se rehuían la mirada. Chorros de picadillo ensangrentado caían continuamente sobre los que vomitaban, corrían, se retorcían y volvían encogidos de terror. Verano, canícula, sudor, el ejercicio se desarrollaba en una plaza pública. Los megáfonos derramaban sobre la muchedumbre amontonada detalles técnicos acerca de la operación y, de vez en cuando, órdenes breves y severas. La manivela giraba lentamente, monótona, los racimos de cuerpos subían en la manivela hasta arriba del todo para luego bajar como cucarachas de colores, enroscados en la barra de acero que cegaba a causa del sol. Largas entrañas de picadillo colgaban, se rompían, los espectadores caían, vomitaban, se levantaban bajo otros gruesos chorros de carne, los montones de picadillo y los cuerpos aumentaban.

El desvanecido inquilino se despertó con la mano en la boca. Se precipitó al cuarto de baño. Permaneció largo rato inclinado sobre el lavabo. Volvió mareado, tambaleándose, con la cara húmeda. Abrió la ventana y aspiró el aire frío. Los dinosaurios traqueteaban en los raíles, la ciudad se levantaba, aturdida, de las nieblas del descanso. La vecina estaba oyendo marchas militares.

El inquilino se encaminó al baño. Se afeitó con rapidez, se lavó con presteza y se vistió. Revolvió el armario hasta dar con una vieja cartera, le quitó el polvo, se endosó la cazadora y cerró la puerta con llave. En el ascensor se encontró con el profesor de educación física, rubio, tímido y con el pelo cortado a cepillo. Se saludaron pegados el uno contra el otro en la angosta jaula. Ni media palabra, con el aire de fastidio de los que van contando los pisos hasta el aterrizaje...

En la calle, bultos de gente apresurada. Se alineó con ellos a lo largo del malecón. Los productores se dispersaban y aparecían otros. Continuó su marcha absorto y, de pronto, se vio solo en las afueras. Humeaban altas chimeneas, apestaba a azufre y a laceros. Empezó de vuelta el largo camino hasta el centro.

Entró en una tienda de fotografía y se interesó por el precio de las fotos, según el tamaño, si los paisajes eran más baratos que los retratos. Pasó junto a una sinagoga cerrada, tenía listones clavados en la puerta. Se metió en una cola entre viejas parlanchinas, pero avisaron que se había acabado la leche.

Le preguntó a un guardia de tráfico el nombre del barrio y cuál era el camino hasta la estación. Había muchos guardias de tráfico, se los encontraba uno a cada paso, algunas veces aparecían en grupo. Quiso seguir matando el tiempo, encontró otra cola, se habría agenciado varios rollos de papel higiénico, pero desistió. Llegó frente a una iglesia. La puerta estaba abierta, ardía una vela, no había nadie. Esperó, el cura no apareció ni al cabo de una hora y tampoco se dejaban ver los fieles.

Le entró hambre pero se aguantó. Se sentó en un banco. Una plaza miserable, se veía una especie de sala de gimnasia en un sótano, una guardería infantil, probablemente, donde los preescolares en uniforme de cazadores de montaña ensayaban para un desfile.

Descansado, reanudó el paseo. Llegado a la puerta de un hospital, esperó hasta que saliesen los primeros y se fue tras ellos. La señora del abrigo verde entró en una confitería. La encontró sentada a una mesita de mármol blanco. En el plato había unos diez pastelillos envueltos en láminas de papel apergaminado. Parecía todavía joven y guapa. Tenía la tez pálida y el pelo largo, espeso y brillante. No se molestó por la pregunta. Respondía con calma. Bosquejaba una especie de ensayo sociológico del que apenas se entendía nada... El mal humor se debía, afirmaba la jubilada, al hecho de sentirse excluidos. Es decir, no poder tomar por tu cuenta y riesgo..., y además no hay manera de compensar. Por ejemplo, ayer tarde encontré cerrado el cabaret Rousseau y la Ópera Cómica ya no funciona desde que el viejo aquel, Da Vinci, se marchó a filas. Tampoco hay donde bailar, amigo mío, en otros tiempos había cursos especiales y salones de baile, quizá se acuerde del magnífico Leopardi, en Griviței..., o de Rosa con su pareja Karl de Luxemburgo, no recuerdo exactamente la dirección.

El inquilino regresa a casa con los empleados que vuelven a entrar en las jaulas. En la puerta del bloque, afluencia de gente, no se permite pasar. El administrador, flanqueado por dos agentes de circulación, controla los documentos de identidad. Se percató de que no había cogido el suyo... Da explicaciones, hay un testigo, el pustuloso: el administrador masculla algo.

Sólo se le permite entrar un cuarto de hora después. Lo que hay que ver, precisamente la harpía esa de abogada quería darse el gustazo..., pero podía ser un accidente, con el gas no se está seguro nunca.

En el ascensor lo alcanza la vecina. Parece cansada pero aún tiene un aspecto joven. La melena le ondea juguetona. El traje sastre verde con cuello le queda bien, palabra, muy requetebién... Sonríe, tiene los ojos verdes y los labios húmedos. Sólo están ellos dos en el ascensor, una especie de intimidad ladina y peligrosa que provoca y al mismo tiempo prohíbe...

—¿Sabe que me han preguntado muchas veces por usted? No sólo él, otros también. No hay que preocuparse, no pasa nada malo. ¡Les he dicho que usted es un pedazo de pan! Tranquilo, retraído, nadie lo oye. No hay nada sospechoso en ello, ¿no le parece?

Del hombro le cuelga un bolso grande marrón, al cuello lleva una bufanda de seda burdeos. Abre el bolso, las llaves están colgadas en una cadenilla hecha con minúsculas figuritas. En la puerta, sonrío, adiós, *ciao*, *bye*.

Mejor estar fuera de casa: una coartada perfecta, has tenido cosas que hacer; a nadie le importa; cada uno a lo suyo. Pero el inquilino ya no tiene paciencia para quedarse en casa. Vuelve a salir a la calle. Al otro día tres cuartos de lo mismo, por la mañana y por la tarde. Semanas seguidas. Parecía haber transcurrido una estación, más de una. Lo vio todo, todo, estaba al corriente de las farmacias, carnicerías, cines, restaurantes, sastrerías, parques, escuelas, policlínicas, garajes, no podría reprochársele que se quedara encerrado en casa. Pero con el tiempo se cansó y volvió a asumir el riesgo. Volvió a alejarse de todo, a despegarse y se convirtió en sedentario. Si le hubiesen preguntado habría podido dar razones, pero era más conveniente así, sin palabras ni gestos. La habitación desordenada y coqueta, un reducto, una caja fuerte, una inútil estación orbital hacia la que llegaban, de uvas a peras, las señales, los días, intermediarios codificados.

«¡Haz lo que quieras, pero por mi casa no aparezcas! Lo que pasó pasado está, era de noche, me pillaste desprevenida... Basta, yo tengo mi vida. Con mis problemas me sobra. Eh, figúrate, me han admitido... Sí, por unanimidad, para que te enteres. ¿Por qué no me iban a admitir? Los otros no son más listos. Gracias a Dios, todos sacan la tajada que pueden y tienen una antigüedad respetable, qué quieres que te diga.»

«Figúrate, querida, le metí en un sobre quinientos y ni se inmutó. La tuvieron cuatro días sin mirarla siquiera, ni le ponían el termómetro.»

«Gracias, claro que participaré. ¡No podemos faltar a un acto así! Naturalmente que los voy a movilizar. ¿Cómo? Advirtiéndoles, lisa y llanamente... Y si no, adiós a sus pretensiones.»

Otoño dorado. La luz serpenteaba tierna, cola larga de arco iris y de pavo real. Los peatones se desabotonaban los uniformes y se paraban a mirar el desierto del cielo.

Por los ruidos, comprendió que la vecina estaba en casa, no había ido a trabajar. Bajó antes que ella y esperó escondido tras una columna del bloque de enfrente.

Amanecer turbio, el asedio de los elefantes con sus tornillos rechinando, gentío, horas de vacío y sumisión, bromas, sustos, noticias, disciplina, el gusto insípido de los platos, las reuniones, los nervios, la jaula, el televisor, el teléfono, de nuevo, vuelta a empezar. Furiosa, adaptada y cada vez más furiosa. Se volvía otra, se había vuelto, había que verla... Pero la vecina no apareció, o no reparó en ella, los días siguientes. Continuó con su observación. Quería verla, las réplicas no le interesaban. Trató de verle la cara, una arruga nueva, la cicatriz, la sonrisa de conejo, un tic, sin duda había aparecido algo, algo que pudiera leerse para certificar la transformación, el nuevo estatus.

¡Si decía que la habían admitido por unanimidad!

La pereza solar del mediodía, el hormiguero abigarrado. De repente, una mujer alta y esbelta. Parecía hermosa, era elegante, oh, sí, había sido hermosa. La frente límpida, al igual que la mirada, el pelo espeso, brillante, reina anónima, arruinada, las mejillas caídas, la espalda estrecha y encorvada, sonrisa de conejo, herida y maligna.

Traje sastre blanco, una blusa de seda naranja. Del hombro izquierdo cuelga un bolso grande de piel marrón. Con la mano derecha carga dos bolsas de plástico con bombas o malas hierbas. Una actriz, una terrorista, una condesa reeducada en el trabajo, un ama de casa, una empleada, una niñera. Jadea, ceñuda, por el peso de las bolsas. Cansancio, arrugas, venenos.

La desconocida se detiene junto a la columna y deja las bolsas en el suelo. De la ventana del sótano surge una gorda rata gris. Unos vocingleros abandonan la cola de las avellanas y se dedican a acosarla. Consiguen cercarla, hacen un círculo, la asediada tiene ojos pequeños y vivaces, quiere escapar. Los bribones se le echan encima, gritan, se carcajean del placer de dar patadas a aquella pelota sanguinolenta. La señora se ajusta el moño, baja la mirada y se inclina para no ver. Se seca la frente con el pañuelo y trata de recobrase. Coge las bolsas y se va. Pasa por la puerta del bloque, por la farmacia, por el estanco y llega frente a la peluquería, sigue adelante con el ceño fruncido y entregada a sus pensamientos.

—¡Prueben la suerte!

La viandante se estremece, mira atrás, ve al payaso y sonrío. Ensueño, toxinas, iluminación. Un paso al lado, un paso atrás.

—Prueben la suerte —repite metódico el viejecito con los billetes de lotería en un sobre.

Chorro fresco, caramelos, césped. El bufón destroza las edades, la jerarquía, las cotizaciones, la voz del pobretón intima, promete, el demagogo se sabe los trucos, nostalgia, mimo, plaf, te la dan con queso.

—Prueben, prueben la suerte —advierte humilde el mentiroso.

La mujer sonrío sorprendida. Abre el bolso, revuelve entre los carnés, pañuelos, bolígrafos y cajitas hasta encontrar el monedero.

—Prueben la suerte, prueben la suerte...

Estoy dentro, enroscado, invisible, rabo sutil de un diablo del montón. Sólo sé la verdad: falsos, *señora*,* pura filfa, no toca nunca.

Escarba testaruda con la derecha, con la izquierda arrastra las pesadas bolsas de provisiones y bombas.

—Prueben la suerte, prueben...

Estoy en mi puesto, vigilando, enroscado, protector, trinitrotolueno invisible: billetes caducados, *señora*, ya se han utilizado, hiel y viento, *señora*. ¡En vano! No se da por vencida: no escucha; quiere intentarlo: aún quiere, aún quiere, aún quiere... Mantiene una expresión serena, la antigua felicidad. Busca febril. Las manos son blancas y ásperas.

Los párpados apagan, de repente, la explosión del mediodía.

Marina con pájaros

Había que reconducir, tras un largo camino, a aquellos cuerpos que llegaban tambaleándose y agotados hasta aquí, hasta esta orilla desierta..., tendidos en la arena fría y húmeda del otoño, para que volviesen a oír el hervor silencioso del horizonte licuado que se acercaba. La espuma verduzca les hubiera aliviado la humillación, se habrían dejado cubrir de buena gana por las olas como si fueran largas sábanas húmedas, como una última entrega.

O, en un día de verano, cuando marchaban como un rebaño sin derecho a levantar la mirada..., bajo las plantas de los pies el ardor de las piedras angulosas y la harina abrasadora de la arena..., tirados en tierra de un vergajazo o de un tiro de pistola, cientos de cuerpos amarillos, achicharrados, transparentes, huellas lunares de caliza. Habrán cerrado los ojos para morir en una dulce reconciliación solar, restituyendo al aire filas de esqueletos obedientes lamidos por las largas lenguas del agua.

Habían llegado aquí, a esta ribera, al menos los supervivientes, en vagones de lujo, y después bajaron por la costanera alta y polvorienta. Obligados a mirar horas y horas el horizonte fluido y violeta, temblor sedoso y tenue de la primavera. Durante días, semanas, un año entero estuvieron clavados ante ese mismo paisaje. Quizá se sentían invadidos por una sensación de inanidad, de infinitud, no se habrían lanzado con tanta ansia a recuperar el tiempo, no habrían irrumpido, como chiquillos atontados por bellas palabras y bolitas de colores, en la algazara de las calles. Quizás algunos sintieran la felicidad de vivir solos la alegría de un instante.

El chico, al menos el chico, se merecía los vientos húmedos y fríos, el incendio de los espejos, el verano..., hace tanto tiempo que tendrían que haberme traído aquí, pensaba el hombre, aturdido de pereza y sueño... Me habría acostumbrado, al cabo de años y años, a la luz y a los sollozos del agua, habría comprendido por qué la naturaleza me resulta tan indiferente que

hasta el bramido ensordecedor se me volvió, con el tiempo, ¿quién lo hubiese creído?, tan... Pero recaía pesadamente en la ola blanda de la almohada, no podía despegarse de ella.

Bajaba al fondo, los dedos delgados y fríos de la mujer lo encontraban de nuevo. Flautas frescas de agua le acariciaban el cuello y el borde caliente de la oreja. Se estremecía azorado, momentos de antaño... Una vez, hace mucho, aceptó venir con una mujer, con otra, desde luego. Explosión de cuerpos alocados. Se habría dejado devorar por cualquiera y en cualquier momento. La joven lo intuyó entonces todo. Tensa, hostil. Su cuerpo joven y espigado se convirtió en una larga hoja de espada; el dolor la doblaba: sus fogosos abrazos descargaban perdigones de plata. La juventud había sido una membrana sangrienta; rupturas vidriosas; el sufrimiento de unos caníbales suaves y melancólicos; la hipocresía, la crueldad, el impulso para el gran salto. Pero el rostro de él, joven durante tan poco tiempo, quedaba lejos; déspota frágil e impaciente, dueño de la llama débil y hambrienta de todos los vientos.

Al amanecer podía encontrársela asomada a la ventana o corriendo por la orilla desierta. O dormida, ganduleando hasta mediodía. O saliendo bruscamente, hecha un mar de lágrimas y besos, de una pesadilla tras una larga noche de separación. Al final de cada día o de cada noche rompía, en una fracción de segundo, el equilibrio tan difícilmente conseguido. ¡Cansado y, ya entonces, no preparado para afrontar los cambios! Las sorpresas se volverían con el tiempo más agotadoras e insoportables. No resistió, desde hacía mucho tiempo lo único que le faltaba era... Vacilaba, impulsado de vez en cuando, por breves intervalos, a la superficie.

A través del destello de los párpados húmedos entreveía el marco verde de la ventana, las piernas largas y carnosas de la mujer y sus manos blancas y finas. Paulatinamente la iba reconociendo. De modo que ya no era joven, dueño de una quimera salvaje. Los días habían entrado en un acuerdo placentero. Reconciliado consigo mismo y con los demás, un niño abandonándose a unos brazos, como dulces olas, al calor de la mujer grande y madura que dominaba los días, las noches y el vacío cada vez más extenso entre los pensamientos.

La fría estría de la barra metálica de la cama se le metía en la pantorrilla. El dolor lo despertaba, pero los movimientos se dilataban por el entumecimiento. Le faltaban fuerzas para enfundarse los pantalones finos de dril azul descolorido. A duras penas subía una pierna, luego la otra, sin levantarse. Se los había metido hasta las rodillas, pero demoraba subírselos hasta la cintura y colgaban por debajo de la barriga. Cogió el jersey y se lo llevó despacio hasta la cabeza, dosificando el esfuerzo.

«Todas estas cosas no me dicen nada, lo sabes muy bien», musitó con el rostro encendido. La mujer le acariciaba el pelo y sonreía (lo notaba sin necesidad de mirarla). Su aspecto de niño enfurruñado y desorientado la enternecía.

Levantó el pie, el aire se lo refrescaba y luego volvió a pegarlo al suelo, junto al borde metálico de la cama. El frescor siempre lo tranquilizaba. Buscaba las ráfagas del otoño y quería, como una forma de redención, verse siempre cubierto de agua.

«¿Por qué nadas con la cabeza debajo del agua?», le preguntó. Aplazaba la respuesta, como si no hubiese oído o no pudiese sacar la cabeza del cuello del jersey. «¿Por qué con la cabeza?», preguntó la mujer. Quizá lo preguntase refiriéndose al modo de meterse el jersey por la cabeza, de forma perezosa, como en la infancia, por las mañanas, cuando tenía que irse corriendo al colegio...

Aquí, junto a la ebullición fría del agua, tendrían que haber traído, hace mucho, al muchacho. Para que sintiese la espesa masa verdosa crecer desde el horizonte y concentrarse en las profundidades para invadir después toda la superficie del cielo de octubre o, en verano, la llanura lisa y dorada bajo la bóveda de tinta, los nadadores dispersos mar adentro, lejos de la bulla enloquecedora de la playa, bajo la ceniza blanquecina de las olas subiendo a lo alto, como una campana o, en invierno, el hielo de las rocas tristes cubiertas de nieve.

De pequeño habría aprendido a nadar, libre y solo, a morir en un instante por exceso de placer cuando renunciase a seguir luchando contra el agua, reconciliado, apagado, repleto, a través de los ojos, la boca y la nariz, y colmado por la fluidez. Liberado de sí mismo, de todos, transportado sobre los almohadones del agua hasta la quietud: la de nadie, la de todos.

«Hace fresco, échatela a la espalda», musitó la mujer. Salían del patio, ella le cubrió los hombros con una camisa de tela gruesa, lo sostenía porque trastabillaba a cada paso.

Las yerbas ásperas y punzantes, los espesos matorrales entre los hoyos, la tierra seca y polvorienta, el cansancio del despertar, la noche que se diluía y el violeta sanguinolento y vidrioso del amanecer hacían lenta la subida. Se dejaba arrastrar con ternura por el brazo que tenía enroscado al cuello. Sentía la piel fresca de ella como la de una madre joven, maravillosa y serena.

Era más o menos a mediodía, en el corazón tórrido del verano: el autobús se había detenido a la puerta del hotel, la playa no se veía. Justo entonces llegó el hombre, aún en plena juventud, tarde y repentinamente, para buscar su propio sitio frente a aquella extensión reluciente... Años largos por lo turbulentos, la exaltación del adolescente, el vacío y agitación de los anfiteatros, el frenesí por los libros y reuniones, una pubertad estúpidamente prolongada en la pobreza, ceguera y sueños antes de recibir, al fin, el regalo de la explosión de la lejanía, la ruptura de sus barreras internas y el sol levantando el horizonte. El cielo se había dado la vuelta, las sombras rojas, anaranjadas y amarillas deliraban sobre las crestas plateadas. Láminas largas y azuladas surgían por todas partes, el tumulto del abrazo absoluto tanto tiempo esperado. Quizá se hubiese desvanecido entonces al encontrar su paisaje, al comprender por qué las montañas, los lagos, las colinas y los amaneceres fastuosos de la estepa que en el exilio había contemplado no lo habían satisfecho... Luego, cada año y cada estación habían significado un hondo reencuentro y hundimiento, un alivio en medio de ese trastorno despiadado.

Las mañanas lo recuperaban cada vez con más dificultad. Arrancado, como ahora, del síncope del sueño, parecía un guiñapo húmedo meciéndose impotente en el frío de la madrugada. Alguna que otra vez oía a su lado la voz clara y llena, de límpida sensualidad, de la mujer. Su vigor jovial, su ternura discreta y la fraternidad con que lo protegía merecían, indudablemente, algo más que una mediocre conformidad.

La salida del sol en el mar, todas estas cosas no me dicen..., se disponía a repetir. Le dio un golpecito con el codo en el seno izquierdo duro y redondo, apoyó el codo, se tambaleaba de sueño e insomnio... Ya no me dicen, iba a

musitar, aunque hubiese llegado a su debido tiempo cuando era un niño, recién venido del otro mundo, o durante la larguísima adolescencia, si las murallas que hay dentro de mí se hubiesen derretido cuando era menester, a su debido tiempo, cuando aún había tiempo, ahorrándome tantos rodeos y demoras, si los años y las estaciones hubiesen llegado antes y hubiesen durado más, cuando volvía aquí siendo joven y dueño de esta alma rebelde de felino... El frío y la humedad se le metían en los huesos. De haber podido, él mismo se habría condensado en palabras. En una sola, para rendirse así a la mujer.

La naturaleza no me hablaba, no la veía. La notaba algunas veces en la piel y en las narices. Y ahora, mira por dónde, ya no reconozco mi lugar tan tardíamente descubierto, me rechaza. Hace dos otoños que me ha abandonado..., le hubiera gustado poder decírselo. La mujer merecía saber cómo perdía la ligazón con lo que creía ser su espacio interior, lo mucho que lo asustaba esa ruptura. Captaba, como un niño frágil en peligro, las señales oscuras de las que debía guardarse. Sólo en su pecho grande y bueno habría podido guarecerme, el resto ya no me..., pero temblaba, entumecido de frío y cansancio.

Los brazos, la cabeza y los hombros le caían pesadamente. Los pies gravitaban sobre la tierra húmeda y se demoraban en levantarse para dar el paso sucesivo. Los párpados tenían una leve vibración, eran pequeñas fisuras en la niebla azulada que disminuía a su alrededor. No obstante, tenía la sensación de que la madrugada lo aceptaba... El despertar de un plácido sueño y el prolongado esfuerzo de la subida lo habían cansado en grado sumo. Finalmente, habría querido confesarle su agotamiento, su preocupación. La mujer le dio un pequeño empujón a la vez que lo sostenía para que no cayese.

Llegaron a la cima de la colina. Ahora bajaban la pendiente abrupta de la ladera resbalando en la yerba húmeda. Iban cogidos de una mano y con la otra se apoyaban en el terreno. Después de una marcha tan larga por las colinas que subían desde la casa de campo hasta el borde del acantilado, buscaban un refugio. El viento soplaba con fuerza.

La presteza del grupo de excursionistas congregados en las proximidades, como en actitud de oración, para no perderse la salida del sol, y la prontitud con que la mujer se adaptaba a las distintas iniciativas lo enfurecían, naturalmente. Tierna complicidad, había que reconocerlo. Se diría que estaba

siguiendo un discreto plan curativo. Metódica, paciente, sin forzar sus adhesiones y resistencias, lo abría poco a poco a pequeños gozos no deseados, ya que él habría rehusado hacer esfuerzo alguno para alcanzarlos, pero que, finalmente, aceptaba asombrado y desarmado.

Lo había traído hasta allí, consciente de que en él anidaba un furor creciente contra ella y contra todos. Sin embargo, en su afán por buscar un lugar diferente de aquel donde pensaban reunirse con los demás, evitándole así la presencia de éstos... pero también la del frío, procuraba conducirlo hacia una de las oquedades excavadas en el terraplén, que parecían hoyos hechos por bombas. Conocía bien aquellos lugares. Lo había observado atentamente durante todo el camino: helado, deshecho, furioso. Estaba convencida de que las cosas se calmarían en el refugio desde donde contemplarían cómo el sol se levantaba del mar e iba hacia ellos.

«Siéntate, siéntate tú también», insistía la mujer sintiendo que la pereza cedía ante la hostilidad. Esperaba que, pronto, el hombre renunciase, melancólico, a toda resistencia. Por el momento, miraba asqueado los matojos húmedos y la concha excavada, como un sillón, en la pared arcillosa. No tenía ganas de nada, ella conocía las lentas etapas que lo habían llevado hasta la aceptación, en que el arrebató podía volver a estallar con exagerada violencia. Su silencio y su prolongada apatía la preocuparían si no estuviese acostumbrada a las sorpresas, gracias a su espíritu de aceptación, tranquilo y firme.

Rayaba la aurora, verdosa y transparente; unas nubes algodonosas descoloridas dejaban al descubierto el ancho pecho del horizonte. En las crestas de las olas dormían, meciéndose como dóciles grupos de patitos, racimos de gaviotas. Nidos que se elevaban y descendían al dulce ritmo de las olas.

«Mira allá lejos, a la izquierda. Más a la izquierda, junto a la raya negra», le señalaba la mujer. Su voz era fresca y honda.

Mar adentro brotaban dos trombas simétricas que golpeaban el aire y el agua con gran fuerza. Los chorros surgían con violencia y se dispersaban a lo lejos.

«Andrei y Emma, ellos son. Están nadando estilo mariposa.» Los gemelos delgados y vigorosos, los hijos de su cuñado el pintor. Contentos, como por timidez. Cohibidos entre los otros, impacientes por retirarse. Los había observado a menudo con atención. Era verdad, el hermano y la hermana eran inseparables desde que amanecía, incluso antes del alba, eso se decía. Salían juntos y se zambullían en las aguas negras e intactas de la noche, abriendo las puertas de un nuevo día. Una vez más se habían despertado antes que los demás y ahora estaban lejos, mar adentro, dueños de la extensión desierta.

Feliz embriaguez, tan libres y tan unidos... Nunca he sabido dominar el agua. Tampoco sé nadar muy bien. Sólo distancias cortas, donde haga pie. Una especie de trampa, el placer de dejarme fundir, de sentir que me disuelvo. El agua por encima, sólo quería eso, la cabeza por debajo, sumergida por completo, el valor de entregarme, como deseaba, de dejarme ahogar, de dejarme llevar, de dejarme liberar, de dejarme dispersar en un fluido viscoso, una descomposición... El hombre se pasó las palmas de ambas manos por debajo de los muslos.

Sintió en la espalda y en los codos la humedad intensa y caliente. Hierbajos macerados o cualquier otra cosa, como de sangre. Levantó los codos para mirarlas y luego las manos. Probó también debajo de la otra pierna. Lo mismo: la tela húmeda y pegajosa. Se estremeció de asco; la mujer observaba, tensa, el cambio.

Los pantalones se habían mojado hasta la cintura, también en el fondillo, pero no era por la humedad fría del suelo. Una especie de pasta tibia y espesa. Dudaba, prefería no mirarse las manos.

La mujer, aterrada, dio un gritito al verle las manos rojas. Se miró él también, sorprendido, las palmas y los dedos ensangrentados. No podía tratarse de ningún vidrio ni de ningún trozo de hojalata afilado sobre los que se hubiese sentado. Habría notado el corte y la sangre. El lugar era blando y agradable, un tanto húmedo. Volvió a mirarse las manos asustado. Tenía los ojos muy abiertos y turbios, los labios le temblaban.

... El águila había estado observando, largo rato, al pájaro en el borde del rayo de luna, a través del desierto silencioso de la noche que nos engullía incesantemente en su cielo cada vez más profundo. Un mar en el que flotábamos sin más suplicio que el sueño de ese pájaro solitario cuya fuga se

reflejaba en el resplandor del cementerio de las aguas. Se elevaba a lo alto, cada vez más arriba, para congelarse en el aire enrarecido de las alturas, para morir antes de que el destino lo alcanzase y defenderse, de esta manera, del apareamiento voraz y furioso. Probablemente estaría tratando de escapar a esa última entrega, la más completa que se le pedía. El salvaje aleteo se acercaba y lo cubría como si quisiera protegerlo, un momento más, del frío de las alturas, para capturarlo caliente. El pájaro giraba y giraba cada vez más débil, perdido, prolongando el goce del último vuelo. El aire corría manso, sin ímpetu, el pájaro esperaba, resignado ya, el ataque, presto a llenar aquella boca hambrienta de sangre y calor. Lo atacó cuando estaba ya sin fuerzas... Nosotros nos estremecimos aterrados, lo recuerdo, a medianoche, y golpeamos a la vez con los brazos la barra metálica de la cama. Saltamos en pleno sueño, el águila se abalanzaba con la presa ensangrentada sobre nosotros, en el agujero de aquella maldita pesadilla donde tendría que devorar a su víctima, esa víctima que lo había asqueado, supongo, muy viva todavía, impotente, mucho más insignificante de lo que parecía desde lejos, flecha ardiente, sangre latiendo con violencia. Restos de un pájaro abandonado debajo de mi cuerpo pesado y caliente, arrastrado hasta aquí, al amanecer, para aguardar la salida del sol que esperabas que fortaleciese nuestro arrullo, los dos juntos, si seguimos siendo, si hemos sido...

Se levantó sin poder articular palabra, blanco, encorvado por el pavor y el cansancio difuso de la madrugada que no lo aceptaba.

Había alzado las manos ensangrentadas a la altura de los hombros, como un prisionero que se rinde. Ella lo observaba impotente, le miraba el rostro chupado, ahora parecía incluso amoratado, y los pantalones llenos de sangre.

Un paso, dio un paso hacia abajo por el abrupto terraplén. Se diría que quería avanzar hacia el mar. Descender hasta las profundidades, hasta lo más hondo, purificado y curado de las secuelas de la herida. Como si hubiese percibido al pájaro todavía cerca, dentro de sí. Rendirse al agua, mejor al agua que a la mujer a la cual, desde hacía mucho, se sabía atado.

Avanzó un paso y de nuevo volvió las palmas de las manos para vérselas. Miraba a lo lejos, entre los dedos abiertos, a los nidos de gaviotas encima de las olas. Manchas rojas como el resplandor del mar que venía apacible y ancho.

Estaba saliendo el sol, incluso por encima de los gemelos, que revolucionaban con frenesí el mar abierto. Incluso la arena de la orilla parecía roja. El sol cubrió el horizonte, el mar resucitaba con un leve murmullo por doquier, tal y como él había deseado, era una redención. Entrar en el haz de rayos solares bajo el techo denso y líquido, por el desierto fluido que te atrae sin cesar y te engulle en un cielo cada vez más hondo. Última entrega, cada vez más débil pero plena. El líquido caía cada vez más pesado, mansamente, sin brusquedad: dulce aniquilación. Salvo que tuvieses la suerte de llegar a tiempo, todavía vivo, a la boca depredadora y hambrienta, pronta para apagar la vibración última y caliente, para beberse el abrazo de la muerte.

Los gemelos hacía mucho que se habían perdido en la luz desmesuradamente intensa; se había olvidado de ellos. La mujer lo alcanzó en la orilla. Él le tocó el hombro caliente y sintió en sus cabellos y en el cuello sus dedos frescos y fluidos.

«Un grosellero. Había groselleros rojos. Te sentaste justamente encima de uno. No te asustes. Sólo hay unas cuantas grosellas aplastadas», susurraba la hermana mientras corría intranquila tras él. La voz llegaba profunda y turbia: boca fresca y hambrienta.

Octubre a las ocho

Caminan junto a los estrechos tenderetes, a un paso de distancia el uno del otro. La mujer delante, a buena marcha. El hombre a su izquierda, más despacio.

Rodillas vidriosas que suben acompasadamente: la capa roja y ondulante se abre con el movimiento que distiende la larga pierna. El tacón impacta en el adoquinado y golpea el cuerpo, que tiembla a cada paso por el choque y el sonido del impacto, herido por la violencia del impulso con que despega la pierna del suelo.

El hombre reanuda su marcha dificultosa. Siguen a un paso de distancia el uno del otro.

Pirámides de pimientos morrones carnosos y brillantes. Montones de pimientos verdes y tomates, el brazo de tela negra del campesino. Cajas de manzanas amarillo limón. En el platillo de zinc de la balanza caen ciruelas moradas. Una toquilla inclinada sobre el manojito de zanahorias. El mostrador blanco, batas blancas alrededor de los cachos de queso blanco: dedos húmedos y enrojecidos recubiertos de grumos de queso. Vendedores parlanchines, trapaceros y bromistas moviendo sus grandes manos nudosas en torno a la balanza. Bulbos pedregosos de corales, excrecencias de cerebros marcianos: las coliflores. Sacos de patatas llenos de polvo entre las puntas de huraños borceguíes. Un rostro obeso y blancuzco sobre el círculo de peras deslucidas, envueltas en un color apagado y terroso. Algazara en sordina bajo el tragaluz de placas verdes colocadas, a modo de techo, en cada rectángulo que formaban las mesas. Una luz vagamente verde y acuosa sobre los globos amarillos de las calabazas, con su dentadura de simientes húmedas en un rictus burlón.

... La víspera, el transcurso lento de las horas demoraba la confirmación, de alguna u otra forma, del aniversario. Entrada la noche, volvió bruscamente la cabeza hacia los ojos de ella, fríos por la espera. Su voz temblorosa llenó la habitación de palabras deshilvanadas: fraternidad, cansancio, ternura, el comercio de los sentimientos...

El azul de la mirada había resucitado vibrátil, cargado de rocío y de vacilación lacrimosa. Su asustadiza solidaridad y su doloroso afecto tenían que durar, afirmaba. Estables, precisamente porque eran dolorosos y definitivos, a pesar de que parecían cambiantes... La réplica de ella ocultó por un tiempo la resignación culpable de él.

Se acercaron, habían perdido la anquilosis y el exceso de demoras y habían vuelto a encontrar la concentración de la pasión. La impaciencia de antaño los volvía febriles y se vieron de nuevo: ardorosos, presurosos y tiernos.

Después apagó la luz para encenderla enseguida, ya que no soportaba la espesa oscuridad del cuarto. La emoción lo había debilitado, había vuelto el miedo, y mucho, y la voz de ella le llegó trémula y caliente.

Como huérfanos, eso decía... Una relación entre huérfanos extraños, perdidos en el ancho mundo, extraviados en el desierto, apretados desesperadamente el uno contra el otro, sólo así se sentían protegidos... Siempre que uno se derrumbaba, el otro asumía la carga durante breve tiempo, uno recuperaba sus fuerzas y luego volvían a cambiar los papeles, como niños que se hacen los valientes.

Volvió a apagar la luz y a encenderla de nuevo, las palabras encadenaron los brazos fríos y agotados y la madrugada los encontró despiertos y aturdidos por la tensión y el insomnio.

El frío del fin de semana los arrojó a la calle de madrugada. Atolondrados en medio del domingo desierto. El aire helado y gris, la luz mortecina y el griterío del mercado: el gorjeo sordo de las voces, el crujido de las cáscaras de nuez que se balanceaban al fondo del saco, el chasquido de las hojas de col arrancadas una tras otra como camisas almidonadas, el cuero grueso de las calabazas partido con el hacha fría, toquillas y gorros, rostros helados de torta quemada.

Salen del bullicio del mercado. La mujer un paso por delante, el hombre se aprieta la bufanda de cuadros negros verdes rojos alrededor del cuello de la gabardina color arena. Suben a la acera húmeda y la cuesta de la calle enmudecida.

Pega las palmas al frío muro. Manos estrechas y blancas, uñas largas y nacaradas. Están en la esquina de una callecita desierta y petrificada. Se encoge bajo las hombreras mojadas de la capa cubierta por su pelo. La espuma de aire frío penetra por los pómulos huesudos, por el remolino de las órbitas y las sienes de suave palpar. No ve a su acompañante, mira a otra parte, a ninguna parte.

El azul transparente de los ojos húmedos, las manos pegadas al enlucido frío y sucio del muro a un brazo de distancia del rostro espinoso y fofo de él. La nube profunda y de lago azul de la mirada herida. Una mirada sin respuesta.

«Fui una niña enferma y solitaria. Sin fuerzas...», repitió al rato la frágil voz de ella y se interrumpió. La voz levantó un pequeño vaho alrededor de los labios blanquecinos.

El hombre, medio vuelto de espaldas, trata de olvidar la belleza de ella realizada por la inquietud. Luminosidad cortante y agresiva que recuerda el espasmo de una noche a la que no debería agarrarse más. Querría que las palabras se disipasen en el mismo momento de salir o que rebotaran en el blindaje de su cuerpo ausente, ese cuerpo de edad mediana e insípida bendecida por la apatía. Observa la pared manchada frente al solar del columpio.

En la pared gris y sanguinolenta hay estampadas huellas negras y manchas de moho. El espacio estrecho del solar. Tierra batida, piedras colocadas de cualquier manera, montículos de hierba seca y pobre. Verde oxidado... Sí, el pelo áspero y largo de ella algunas veces cobra, al empezar el día, tintes de oro cobrizo y verdoso.

Un tablón rojizo fijado en el centro por un tarugo cilíndrico, chas chas, arriba abajo arriba y otra vez abajo, chas chas... Al lado, el armazón metálico del columpio en desuso. Una improvisación, tubos gruesos hincados como postes en el suelo. De la barra transversal cuelgan las cadenas con dos sillas desaparejas: una alargada y la otra corta y estrecha, de niño.

La chiquilla se acerca incrédula al columpio. Campesina, de unos dieciséis años. El negro de los ojos cargado con la alegría de la mañana. Frente lisa bajo el negro del pañuelo.

Descarga el doble morral. Dos chepas de camello colocadas junto al tarugo resquebrajado. Endereza la espalda, una mano en los riñones. Vestido amarillo de flores sobre unos pantalones azules de chándal. Labios rosados y húmedos ligeramente hinchados por el cansancio. El arco negro de unas cejas largas y rizadas. Está junto a la silla grande. Se pasa la correa del asiento y la engancha. Se ven los dedos gruesos y azulados apretando la cadena oxidada.

–Si no pareciese exagerado... Si las palabras no lo volviesen todo inverosímil, falso... Créeme, he rejuvenecido a medida que he avanzado en edad. Ahora es cuando percibo de verdad la fuerza de los acontecimientos, el peso y la tensión de los días. Acepto la risa, ya no me asusta como antaño. Tampoco los placeres, ni la crueldad del juego, ni la carga de las palabras, ni el equívoco. Parecen propulsados desde un vacío mágico...

La niña del columpio espera, inmóvil, mirando los muros que han crecido alrededor. Descubre a la pareja y la mirada del hombre que la está observando desde hace un rato, sin pestañear.

Objeto de su tensa atención: curiosa pero tranquila, contenta por la holganza y el frescor. La cabeza rizada de él está inclinada hacia abajo; la ve sólo una fracción de segundo, otra más, cuando la silla se acerca al suelo; un instante y la chiquilla ya está en lo alto, para volver a caer y a volar sobre los dos, petrificados en el suelo helado.

–Ahora es cuando he cogido más fuerza. Ahora es cuando podría, tal vez, intentar hacer frente...

Las palabras aletean livianas. El placer del vuelo las podría multiplicar, guirnaldas de aire, banderolas, nube creciente de insectos invisibles revoloteando, placidez fecunda, tensión, veneno, amarguras y nostalgias liberadas, hasta la saturación del gran vacío en que la atmósfera ennegrecida se volverá más densa, fermentada y sofocada por la abundancia de nada en estratos compactos... Pero el hombre se vuelve, está esperando la mirada azul de ella, posa la fría palma de la mano sobre los dedos largos y secos de uñas lisas y nacarinas. La mujer le sonríe.

–Ya tantos años juntos. El aniversario de ayer, increíble. Con qué rapidez..., y cuántos más vendrán. La buena suerte, el don..., la energía vital, el goce y la fuerza de vivir. O sea, la energía de la vida... Que nos conquiste, que volvamos a encontrarla. Como dos huérfanos encadenados, para conjurar el miedo, el desierto.

Le da la vuelta con ternura, se dan la vuelta mientras chirría la palanca, el balancín, arriba abajo, arriba abajo: *los ojos negros de la niña suben y bajan, la sangre del nuevo día, vaivén, las piernas enfundadas en el chándal brincan en la silla que sube y baja.*

–Ahora es cuando toda la alegría habría de venir. Ahora es cuando tengo fuerzas para sentirla. Y quizá también para el sufrimiento.

Se callan y la miran: *se balancea, pensativa, sin pensamientos.* La barbilla del hombre tiembla de frío, los labios se encogen, los dedos aprietan los de la mujer.

Armonía: muro gris con manchas verdosas. Dulce balanceo, adelante, atrás: otro más. El columpio, la chiquilla, el frío de la mañana, las cadenas chirriando, arriba, abajo, arriba, el cielo vidrioso y helado.

Los cabellos dorados, cobrizos, sobre la capa roja. Nadie podría interrumpir el pulso de los astros, el movimiento infinito, el triste corazón sosegado de la verdad. Una lágrima azul, el columpio chirriando paciente: un cielo opaco e ilegible; los dedos del hombre aprietan los huesos finos y largos; su asustado rostro recupera intensidad y fuerza. Detrás, pasos que se multiplican, pisadas, voces. La calle se despierta, impaciente y hostil. El silencio se mece un instante más, intacto.

Noches de luna

La enfermedad de las palabras. Así se llamarían, según el doctor, los largos insomnios del exilio. Rebelde marea que aceleraba, bruscamente, el pulso del destierro nocturno.

Esa mágica exaltación me embriagó por vez primera hace miles de años, como si hubiese sido ayer, trato de explicarle a William, mi vecino de cama. Sólo el exotismo de ciertas palabras estimula todavía al apático Sir S.

Una noche sonámbula, de plata, como hace cinco mil años y como la actual, trato de explicarle a Willie. «Me amenazaron con fusilarme, me pegaron, me desnudaron y me arrastraron. Pero el muchacho no debe oír todo esto», decía santa María apretándome el brazo al tiempo que sacaba de la maleta ropas y conservas y chocolate y lápices de colores que había traído únicamente para su pequeño príncipe desterrado. Había recorrido centenares de kilómetros en tren, en trineo, en carro y en camiones militares para llegar al Sinaí, como llamaban los centinelas a aquel campo de la estepa ucraniana. «Traía dos maletas más, pero me las robaron», balbuceaba nerviosa y lunática. «Vuestro primo Osy fue quien eligió y pagó todo. Se ha portado como un ángel. Ya lo conocéis, con esos modales suyos foráneos, ya sabéis qué mote le han puesto.»

Entonces, en la hipnosis de aquella noche crucial oí por primera vez el nombre de Oswald, «el duque de Amberes». Nadie habría podido privarme del extraño encanto que el cometa de las palabras me donó en medio de las tinieblas de aquel otoño enfermo. Con aquellas exóticas palabras me quedé después de que, al otro día, los centinelas confiscasen la mantequilla y las gorras y la manta y el chocolate y las bufandas y los lápices de colores y después de que expulsaran a la pecadora cristiana resuelta a permanecer y morir entre los malditos del Sinaí.

El duque, el duque de Amberes, dice contento, preparado para el viaje, el niño Willie, impaciente por oír el cuento que le calme la impaciencia.

Sí, mi padre contaba en las noches de la noche 1942 la historia del primo Feingold, el yerno del santurrón cuyo nombre llevaba yo. «El zanquilargo ese no es para ti», así repetía mi padre en voz baja las palabras que Nathan Braun, el hermano de mi abuelo, le había espetado a su hija. Yo veía aquel cinematográfico crepúsculo del verano del 32, cuando la comedia de celuloide del mundo preparaba las farsas guerreras, veía a Zelda, la flamante bachiller, parada en la puerta del almacén sin decidirse a bajar los tres peldaños que conducían al despacho de su padre.

«Ese zanquilargo pobre y negruzco no es para mi hija», repetía Nathan el Sabio sin levantar la vista del libro de comercio en el que escribía, encorvado por el silencio helado de su adorada Zelda. «Me han dicho que te ves todos los días con ella, aunque yo he prohibido esta relación», diría rezongando el inflexible Nathan Braun, el hermano de mi abuelo, dos semanas después, cuando el elegante galán se atrevió a visitarlo. Esperaba que lo invitasen a pasar, pero el señor Braun seguía tecleando en su extraña máquina de escribir Smith Corona. Exportar huevos rumanos a Europa desde el pueblo de R. parecía a los habitantes una hazaña tan misteriosa, recalcaba mi padre, como las cartas en tres idiomas que —era de dominio público— escribía el autodidacta Nathan con un dedo en su gracioso pianito transoceánico...

«Supuse que lo habría entendido de una vez por todas.» El rancio Nathan no aceptaba al guapo Oswald para la guapa Zelda. «Se lo dije a ella: “Ese zanquilargo, negruzco y canijo debe de estar tísico”», ése fue el recibimiento deparado al candidato a la mano de la señorita Braun. Tras aquel primer encuentro, el joven Feingold se marchó a Amberes. O sea, al infinito. «Te pagaré los estudios y vivirás con la familia de mi amigo Levy», resolvió, resignado, tras una hora de controversia, el comerciante. «Zelda te esperará aquí. Cuando acabes la facultad os casáis», concluyó tajante el cansado progenitor.

En efecto, se casaron el año 1936, cuando la comedia de celuloide empezaba a velarse y el pulso agitado de las noches anunciaba el largo insomnio del siglo. Una boda magnífica en la que, al parecer, estuve presente, aunque acababa de nacer, y en la que mi abuelo, el librero, hubo de officiar en lugar de su venerado hermano al que, según decía, el führer Adolf Haman le había producido un paro cardiaco. El recién nacido, de dos meses de edad, no sabía lo que nos esperaba en el punto de tránsito Sinaí. Convencido de la buena estrella de su nuevo nieto, el abuelo estaba seguro de que yo les traería suerte a los novios y a sus hijos.

Una pareja legendaria, murmuraba la pequeña ciudad, fascinada por las palabras exóticas y las luminarias que aureolaban su pintoresquismo: la muñequita de porcelana blanca y apasionados ojos negros, junto al esbelto caballero melancólico de Brabante. Zelda y Oswald, a distintas edades, en el escaparate del fotógrafo provinciano. Zelda y Scott F., la pareja inverosímil, en los anuncios luminosos de celuloide Metro Goldwyn Mayer.

Al duque lo vi por primera vez en los años cincuenta, cuando visité con un destacamento de pioneros la fábrica de cartones donde trabajaba como almacenero.

Tras salir del escondrijo que lo libró de ir al campo de concentración, acabada la contienda se escapó por pelos de una acusación de burgués y espía al servicio de una potencia extranjera. Otra vez Maria Pasionaria, que se había convertido en ferviente comunista, habló en su favor y la prueba era que incluso había logrado un puesto de trabajo.

El primo Oswald Feingold era alto y pálido, de movimientos lentos, hablaba con excesiva cortesía y no parecía demasiado impresionado por nuestras corbatas rojas. Eso era todo lo que les contó el comandante de pioneros a sus padres después del contacto con la clase obrera del pequeño taller de cartones de la ciudad. «¿Qué puede esperarse de gente como él? ¡Duque de Amberes!, ¿no te fastidia?», completó con desprecio el combativo luchador de la corbata roja retorciendo el labio superior en son de mofa. «De Antwerp», corrigió mi padre y me ofreció como compensación no sólo ese nuevo nombre sino otro más, no menos raro, nombre de río y de monstruo.

Amberes-Escalda, Escalda-Amberes, tarareaba nervioso mi vecino Willie-Billy, poniéndose un cojín en la cabeza a guisa de bicornio de almirante, una cabeza aplastada por pesadillas, y presto para saludar al río Escalda y al puerto de Amberes y a la revolución de 1830 y a la flota inglesa y al bloqueo, El-Blo-Que-O que liberaría Amberes de la corona de los Países Bajos...

A Zelda, que durante años no había salido de su casa, no la vi hasta comienzos de los años sesenta, cuando el matrimonio se mudó a la capital, a una buhardilla bien arreglada. Yo ya sabía de sus manías por la higiene, de modo que no me extrañó cuando frunció el ceño y se puso pálida al verme acodado sobre la mesa arrugando el immaculado mantel. Me habían invitado a comer un domingo pues sabían que los días de fiesta la cantina universitaria estaba cerrada. Acepté azorado por la curiosidad que, seguramente a causa del nombre –eso me habían dicho–, Zelda mostraba hacia mí, pero también esperando que, en algún momento de turbación, hiciera mención a la noche en que nació y murió o dejaron que muriese Escalda Feingold. El bebé de dos cabezas no se lo enseñaron a la parturienta después del parto ni tampoco durante las seis horas de agonía que precedieron a la muerte, eso decía la leyenda, pero Zelda seguía viéndolo en sus largos insomnios neuróticos.

... *Monstruo de dos cabezas, dos cabezas, dos*, me hace repetir mi vecino Will, al que le chiflan los cuentos de monstruos. La orilla de nuestro Nuevo Mundo se eleva hasta el cielo, en la ventana licuada explotan los cometas de las palabras en dos y en veinte cabezas fosforescentes. Cuando quiero contarle más cosas sobre el bloqueo inglés que liberó Amberes en 1830, sobre el flujo y el reflujo y el caudal del río, el rostro sin edad de Willie vuelve a sumirse en el despeñadero paradisiaco del sueño.

Aquel domingo de 1962, Zelda sólo era una mujercita pálida, sacudida a intervalos por un pequeño espasmo del brazo derecho. Un icono deteriorado, una decrepita aberración rafaelita, con una voz extraña y dulce y que se cansaba enseguida. Hablaba de Scott, naturalmente, que se encontraba, «como todos los domingos, en casa de su hermana», lo cual podía significar cualquier cosa, según el sarcasmo con que emitiese la información. De repente, se animó a hablar del trabajo humillante de su marido y de las sospechas que sobre él se cernían. Daba detalles de los interrogatorios a los que, de vez en cuando, era

sometido, de las denuncias que lo tachaban de agente al servicio de una potencia extranjera, de antiguo explotador y de reaccionario. «No tiene valor para reprochármelo, pero sé que yo tengo la culpa por no habernos marchado del país. Antes de la guerra, siempre me hablaba de la catedral, del barrio de los diamantes y la marea del río...» Se detuvo, paralizada un instante por haber tocado un tema tabú, pero inmediatamente continuó y con ritmo acelerado. «Sí, él quería que nos fuésemos. Tenía un sinfín de nostalgias y planes. Al morir mi padre me quedé muy desorientada, después de la boda no fue posible y al acabar la guerra no quería dejar a mi madre. Hoy, la vieja Bella, con su descocada vitalidad senil, aún lee con gusto, ¿qué te imaginas?, al camarada Stalin. ¿Qué te parece? ¿Qué te parece? ¡Al Camarada! Y con gusto, eso dice. Me interesa todo lo nuevo, todo, todo, eso dice. Vale la pena oírlo. Y el colmo es que no está loca. Pero Nathan..., seguro que se habría vuelto loco al oírlo.»

Se dio un golpe en la boca con su mano grande y callosa, aterrada por el nombre que nos unía; suerte que en aquel momento entró Scott, quien llegó a tiempo de tomar un café con nosotros. Había encanecido, vestía ropas estrechas y gastadas, de confección en serie, pero con la gentileza pausada y señorial de siempre. Oswald F., conocido por Scott, enseguida llevó la conversación por otros derroteros: las noches de invierno de la guerra, la luz de la nieve, la calma lúgubre de la cautividad, la heroína que intentó, desafiando a la muerte, salvar a la familia a la que había servido. Habló siempre de Maria, convertida ahora a la laica religión roja, pero siempre dispuesta a ayudar a los proscritos si al caso venía... Las palabras y gestos parecían seguir una estrategia bien estudiada para omitir a su mujer, discretamente apartada de la conversación e incluso del papel de anfitriona, ya que él mismo fue quien preparó y sirvió el café, hablaba continuamente e introducía bromas que relajaban el ambiente, también él me acompañó hasta el ascensor y me invitó a volver.

Con esa misma tierna actitud dominante respecto a la loca de Zelda se portó también en mi boda con el ángel, *el ángel rubio*, como dice Will. Zelda apareció con un enorme sombrero rojo como la bandera soviética y con un vestido apocalíptico de colores, tan corto y transparente que rayaba en la indecencia. Encerrada en un venenoso mutismo, que podía explotar en cualquier momento, se negó a darle la mano a la novia mientras que al novio le

dio un despectivo golpecito en la espalda. Scott se había valido de todos los trucos propios de un caballero para subyugar y ablandar a los que se acercaban a ellos, con la esperanza de que eludirían la mirada vidriosa e insistente del espantajo.

Sólo cuando él murió, pareció recuperarse Zelda, aunque únicamente hablaba de la nobleza y el estoicismo de su marido. Vivía con estrecheces, de la mitad de la pensión del difunto y de los paquetes que recibía desde Amberes, enviados, según las malas lenguas, por la hija ilegítima de Scott. A Zelda le compró mi flamante compañera aquella magnífica capa verde, sobre la que derramaba su rubia melena, el año en que no pudo aguantar más los libros, el pánico y mis ambigüedades y nos divorciamos.

Zelda, al igual que yo, sufrió a mediados de los setenta una depresión. Se despertaba gritando: «El dictador, el dictador, Haman está matando a mi padre», sólo que yo gritaba otro nombre y el miedo no se me iba ni siquiera de día. La diferencia estribaba en que ella se decidió a emigrar, mientras que yo todavía no podía separarme de las palabras. La enfermedad de las palabras había penetrado profundamente en mi terapia cotidiana.

Volví a verla en el 79, cuando me autorizaron a salir de la jaula roja para una corta excursión. Zelda vivía en un barrio pobretón junto al Muro de las Lamentaciones, compartiendo un piso pequeño y sórdido con una vieja marroquí a la que increpaba en un francés pedante y atiplado, de pensionado de señoritas. Me recibió con una especie de extraña complicidad, como si se hubiese enterado de los embrollos y complicaciones que me tenían desequilibrado. Volvía a tener admiradores, viudos y solterones que le hacían las compras, la llevaban al cine y le sacaban el perro a pasear. Cuando emigró, abandonó al setter *Escalda*, pero al año se había hecho con otro *Escalda*, un bulldog moreno y arisco del cual afirmaba que era un exiliado incurable, como ella y todos nosotros. Hablaba con enérgico descontento de todo cuanto la rodeaba, incluso pronunció el nombre de Scott, con el que los pigmeos cortesanos del día no se podían comparar, con agria envidia no sólo porque la había abandonado, sino muy en especial porque, por fin, había encontrado su rango y tranquilidad en la corte del Gran Anónimo.

También mantuve un tiempo correspondencia con Zelda, trato de explicarle a mi vecino W.S., pero los detalles y la intriga lo aburren. En efecto, le enviaba de vez en cuando una postal en la que le explicaba en clave la cada vez más acusada escasez de palabras en la pesadilla contra la que luchaba. También me interesaba por *Escalda* y por el nivel de reflujo del calendario lunar en el que estaba viviendo Zelda. Le preguntaba por la salud de Scott, de su hija y de su famoso padre, el fracasado joyero B.H. Levy. Recibía respuestas rápidas y detalladas. Un año antes de morir, Zelda dejó de responderme. Enviaba desesperados mensajes lacónicos desde todas las localidades trasatlánticas en las que naufragaba, enfermo por la falta de palabras, las cuales me seguían abandonando de modo irrevocable, pero la chiflada de Zelda estaba oculta en la luna.

Medio año después de la muerte de la sonámbula, recibí una larga carta en un francés sospechosamente correcto remitida por la vieja marroquí que aguantó hasta el último momento sus ínfulas y gritos. Me describía con todo lujo de detalles el día del infarto de mi hija Zelda, pero me contaba también el periodo precedente, cuando la duquesa se volvió más agresiva, incluso con el perro *Nathan*, con el que tenía un comportamiento terrible, lo insultaba constantemente por el menor malentendido del pasado, sobre todo por haberla casado contra su voluntad con un egoísta hipócrita, un lechuguino de bulevar, de una zafia tosquedad, que le había gangrenado la vida. Le habló de mí, su padre, que en América se había convertido en el mayor exportador de huevos, con sucursales en todo el mundo, incluidos los Balcanes y el mundo árabe. La marroquí estuvo buscando los productos *Nathan* en las tiendas de Tierra Santa e incluso en los mercadillos callejeros sin encontrar nada. Le respondí a la vieja bruja que, en realidad, yo no me llamaba ni *Nathan* ni *Noah* ni *Nabucodonosor*. Los laceros del Hospital Psiquiátrico *Sinai* de *Brooklyn*, donde vivo, me llaman *Nat*. Así me llama familiarmente todo el mundo, *Nat*, *mister Nat*.

Hallo, Nat, así me saludó sonriente hace un momento *Merrie Apassionata*, mientras le ponía el recipiente del pipí a mi vecino *W. Shakespeare*, al que precisamente le estoy explicando cómo se desencadenó la marea, cuando el monstruo de dos cabezas se pone a ladrar, rabioso de melancolía.

Pero Willie solamente soporta el principio de mis trances verborreicos.

Helo ahí, se ha dormido, ya no tengo ningún control sobre los sueños por los que navega, indolente, como sus viejos antepasados, peritos de embarcaciones y emigraciones.

Notas

* Diminutivo de Basilio, en rumano. (*N. del T.*)

* Santa Miércoles, santa Viernes y santa Dominga son divinidades mitológicas rumanas; téngase en cuenta, además, que en rumano los días de la semana son femeninos. En esta última parte del relato, el autor alude numerosas veces a un cuento homónimo de Ion Creangă (1839-1889), autor moldavo comparable a los hermanos Grimm y cuya obra sintetiza la espiritualidad popular rumana. (*N. del T.*)

* Los pioneros eran una organización para el encuadramiento infantil. De estructura paramilitar, su principal función era el adoctrinamiento político; su célula de base era el «grupo», seguido, por orden ascendente, por el «destacamento» y la «unidad». Cada nivel jerárquico tenía su «comandante». Distintivo de los pioneros eran las «corbatas rojas» (de hecho, pañuelos triangulares) que llevaban al cuello. *(N. del T.)*

* Véase la nota del relato *Instructores.*(*N. de la T.*)

* Famosa escena de la comedia *O scrisoare pierdută* (*Una carta extraviada*), del clásico rumano Ion Luca Caragiale (1852-1912), en que un policía prevaricador, encargado de adornar la ciudad con vistas al Día Nacional, intenta pasarle a un prefecto indulgente la cuenta inflada de las banderas que ha colocado en los edificios públicos («saltándose» algunos en provecho propio). (*N. de la T.*)

* La «Casa Polaca»: antiguo club de la comunidad polaca, en la ciudad rumana de Suceava, utilizado después de la segunda guerra mundial como salón de actos. *(N. de la T.)*

* Mihail Sadoveanu (1880-1961), novelista, figura cimera de la literatura rumana durante la primera mitad del siglo xx. Al brindar su apoyo al régimen comunista, gozó de los más altos honores oficiales y figuró en los manuales escolares. (*N. de la T.*)

* «Mi padre», en ruso. (*N. de la T.*)

** El escenario del suceso relatado por Licã es, con toda probabilidad, la región ucraniana de Transnistria, que Rumania, aliada del Eje, se había anexionado tras la campaña antisoviética y la utilizó como zona de confinamiento, en primer término de minorías indeseables (judíos y gitanos) y, en segundo lugar, de presos políticos. (*N. de la T.*)

* En el lenguaje estereotipado de los países del Este, «activista» ya no significaba «militante», sino miembro de la «nomenclatura», la burocracia del Partido único. (*N. de la T.*)

* «Papaíto» en ruso. (*N. de la T.*)

* En los primeros años del «socialismo real», en los países del Este se estilaba el atavío «proletario». Luego la nomenclatura adoptó un estilo más propio de la clase media. (*N. de la T.*)

** Con fines de diversión y propaganda, en varias capitales de los países del bloque soviético se organizaron, durante la Guerra Fría, Festivales Mundiales de la Juventud. (*N. de la T.*)

* En los países del Este, la pesadilla de los burócratas de origen proletario, encumbrados sin otros méritos que su habilidad de trepar, era el de ser enviados otra vez al «trabajo básico», es decir a la producción. (*N. de la T.*)

* El litoral rumano del Mar Negro, habitado por una numerosa minoría turco-tártara, conserva un evidente aspecto oriental. (*N. de la T.*)

** *Baklavá*: dulce hecho de hojaldre relleno con pasta de almendra o nuez, bañado en miel o en almíbar de rosas. (*N. de la T.*)

* *Lipovanos*: comunidad rusófona que se resistió a adoptar el ritual ortodoxo reformado que introdujeron los zares de la dinastía Romanov. A consecuencia de ello, padecieron represión y persecuciones durante los siglos XVII y XVIII, viéndose obligados a emigrar a países aledaños a Rusia. (*N. de la T.*)

* Miembro de la Securitate, la policía política de la Rumania comunista. *(N. del T.)*

* Dulce preparado con semillas oleaginosas mezcladas con masa de caramelo. (*N. del T.*)

* En la época comunista, todos los funcionarios civiles estaban obligados a realizar periódicamente ejercicios de instrucción militar. (*N. del T.*)

** Exámenes que debían realizar los funcionarios para permanecer definitivamente en el puesto de trabajo. (*N. del T.*)

* En español en el original. (*N. del T.*)

El té de Proust
Cuentos reunidos
Norman Manea

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Títulos originales de los relatos: *Povestire în roz* (Cuento color de rosa); *Puloverul* (El jersey); *Moartea* (La muerte); *Puteam fi patru* (Podíamos ser cuatro); *Ghemele decolorate* (Los ovillos descoloridos); *Ceaiul lui Proust* (El té de Proust); *Nunțile* (Las bodas); *Ora exactă* (Las señales horarias); *Povestea porcului* (El cuento del cerdo); *Cizmele și vioara* (Las botas y el violín); *Hoțul* (El ladrón); *Instructori* (Instructores); *Două paturi* (Dos camas); *Vara* (El verano); *Portretul caisului galben* (Retrato del albaricoquero amarillo); *Premiera* (Función de estreno); *Pisica* (El gato); *Punctul de inflexiune* (Punto de inflexión); *Educație sentimentală* (Educación sentimental); *Promisiunea* (La promesa); *Premise pentru tovarăsa T.* (Premisas para la camarada T.); *Kinderland* (Kinderland); *Peretele despărțitor* (La pared divisoria); *Marina cu păsări* (Marina con pájaros); *Octombrie, ora opt* (Octubre a las ocho); *Nopti cu lună* (Noches de luna)

Ilustración de la portada: © Images.com / CORBIS / CORDON PRESS

© 2008, Norman Manea. Todos los derechos reservados

De la traducción de los cuentos titulados *Dos camas*, *Función de estreno*, *El gato* y *Punto de inflexión*: © Susana Vásquez Alvear, 2010. De la traducción de los demás cuentos: © Joaquín Garrigós Bueno, 2010

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-9066-425-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Norman Manea

EL TÉ DE PROUST

Cuentos reunidos

colección andanzas

